

Sophie Saint Rose

Serie época

Y No quiere

amante

No quiero amarte

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

Capítulo 1

Britannia abrió los ojos al escuchar el estruendo y asustada se sentó en su catre con la respiración agitada mirando hacia la puerta del camarote. Cogió su muñeca de trapo y se la apretó contra el pecho por los gritos que se oían en la cubierta. —¿Padre? —susurró asustada al ver su cama revuelta y vacía.

Gritó al escuchar otro estruendo y vio por los ventanales del camarote una llamarada de fuego a la vez que el barco se bamboleaba de un lado a otro. Escuchó el sonido del acero al chocar y los gritos de los hombres de su padre. Con sus ojos azules abiertos exageradamente del miedo que la recorría, se puso de pie en la cama sin soltar a su muñeca cuando la puerta se abrió de golpe. Un hombre de cabello largo hasta los hombros y barba hasta la cintura llena de trenzas sonrió mostrando sus dientes amarillentos mientras sus ojos negros brillaban de satisfacción. —Hola, nenita —dijo con voz grave acercándose un paso mostrando la espada manchada de sangre. Britannia se pegó a la pared aferrándose a su muñeca y un destello de luz mostró sus largos rizos rojos. El hombre rió. —Hora de regresar a casa, niña. Tu abuelo te

busca. —Se acercó en tres zancadas y la cogió por la muñeca tirando de ella sin esfuerzo. Britannia chilló mordiendo su mano y el hombre se apartó soltándola y mirándola sorprendido. —Así que tienes mal carácter. Tranquila que el capitán te pondrá en tu sitio. —Se agachó para cogerla por la cintura y la niña sacó la daga que escondía en la falda de su muñeca clavándosela en el ojo. El hombre la miró sorprendido con el otro y ella vio la punta de una espada salir de su pecho. La punta desapareció antes de caer hacia atrás mostrando a su padre con la espada en la mano.

—¡Padre!

Su padre se sentó en la cama y la abrazó con fuerza. —Ya ha pasado, mi niña. —La besó en la mejilla. —Ya ha pasado. —La sujetó por el cabello para tirar de su cabeza hacia atrás mirándola bien. —¿Te ha hecho daño?

—No, padre. —Sonrió radiante. —Hice lo que me dijiste y no me ha hecho daño.

—Buena niña. —La besó en la frente. —Nunca te apartará de mi lado.

—No, padre. —Abrazó su cuello. —Jamás no separaremos.

—Mientras haya vida en mi cuerpo eso no pasará. Te lo he jurado, ¿recuerdas?

—Y Harry Winston siempre cumple sus promesas.

—La palabra de un Winston es para siempre.

Alguien entró en el camarote y sonrieron al ver al primer oficial rascándose la barriga. Éste levantó una ceja rubia mirando el cadáver. —Niña, ¿eso lo has hecho tú? ¿Esa no es tu daga?

—Sí, lo he hecho bien. Lo dice padre.

—Y eso que tienes siete años. Cuando seas mayor, serás una pirata de primera y estaré orgulloso de servirte.

—Llévatelo Christopher. Britannia tiene que dormir y la molesta.

La niña se sentó en la cama cogiendo las mantas. —Sí, debo dormir. Mañana tengo mucho que aprender. Y huele muy mal. No se lava, padre. Qué maleducado.

Harry sonrió acariciando sus rizos pelirrojos. —Es que no tiene un buen capitán que le ordene que lo haga, cielito.

La niña chasqueó la lengua abrazando su muñeca mientras cerraba sus ojos. —Cuando sea capitana les ordenaré que se laven. Si no les daré de latigazos.

—Muy bien. Ahora duerme.

—¿Padre?

—¿Si, cielo?

—Te quiero.

Harry la miró emocionado. —Y yo a ti, mi niña. Mi amor por ti no

tiene límites.

Cuando se quedó dormida, Harry se levantó perdiendo la sonrisa para mirar a su hombre fríamente con sus ojos grises intentando controlar su odio. —Pon rumbo a Inglaterra, amigo. Ya va siendo hora de solucionar ciertos temas con mi suegro.

—No des un paso en falso, Harry. Te juegas el cuello. El Duque no volverá a intentarlo. Recibirá el mensaje y lo dejará estar. Hemos pasado por abordajes muchas veces como para que te juegues el pellejo por ese viejo que estará a punto de morir.

Harry apretó los labios. —No puedo dejar que esto vuelva a pasar.

—¿No te das cuenta de que es una provocación? Quiere que vayas y que te ahorquen. No caigas en su trampa. Eres más listo que él. —Miró al muerto señalándolo con la espada. —Son unos bastardos que ni sabían lo que hacían.

—Llegaron hasta aquí. Hasta mi camarote.

—Entonces lo que te debes preguntar es por qué lo han conseguido y dónde estaba el grumete que tenía que cuidar tu puerta.

Harry entrecerró los ojos. —Que formen los hombres.

Britannia subió los escalones a cubierta sujetándose en la barandilla, vestida con los pantaloncitos rojos y la camisa blanca que su padre había encargado para ella en Barbados. Varios hombres limpiaban las cubiertas con cubos de agua y la niña miró hacia arriba para ver el sol cuando tres hombres colgados del palo mayor la hicieron parpadear sorprendida. Al reconocer a Anthony sus ojos se llenaron de lágrimas. Su padre se agachó a su lado y miró hacia arriba como estaba haciendo ella. —¿Sabes por qué ha pasado eso?

—Por traidores, padre.

—Exacto. Jamás sientas pena por un traidor. Es tu pellejo o el suyo. Mata y sigue adelante. —Su hija le miró a los ojos. —Si sientes piedad puede que la siguiente en perder la vida seas tú y eso no puedo permitirlo. ¿Me has entendido?

Britannia asintió. —Sí, padre.

—Ahora vete a desayunar que tienes mucho que aprender. Hoy tocan cartas de navegación.

La niña sonrió ilusionada antes de correr por cubierta moviendo de un lado a otro su cabello rojo. Harry sonrió orgulloso metiendo los pulgares en su cinturón antes de gritar —¡Tirad esa escoria al mar! ¡Britannia, hacia dónde nos dirigimos!

Su hija se detuvo y se volvió en medio de la cubierta. Le miró con sus

preciosos ojitos entrecerrados y gritó —¡Christopher, rumbo a Inglaterra!

De la mano de su padre gruñó por el vestidito de princesa que le habían puesto. —Padre, esto es muy incómodo.

Su padre reprimió la risa caminando por el corredor de mármol hacia el gran salón donde esperaba el Duque. —Se espera que vistas así. En cuanto regresemos te lo quitas.

—¿Y no tendré que ponérmelo más?

—Te lo prometo. Nada de vestidos en el barco. Ahora atenta.

Miró al frente y uno de los lacayos con librea abrió la gran puerta para dejarles pasar. Britannia se detuvo en seco al ver un hombre mirando por la ventana. Tenía el cabello de su color con canas en las sienes, pero no era el viejo del que hablaba su padre a todas horas. Sus ojos recorrieron su serio perfil justo cuando se volvió hacia ellos mostrando su tenso rostro, que la miró fijamente con sus ojos castaños sin mostrar nada antes de que su mirada se desviara hacia su padre. —Veo que tienes arrestos para presentarte en mi casa. Es perfecto para ti que no esté en Londres, ¿no es cierto?

—La verdad es que me ha venido muy bien su retiro, Duque.

—E imagino que si algún lacayo sale de mi propiedad repentinamente,

sufrirá algún accidente.

—Imagina bien. Mi tripulación rodea Branstong Hall.

—Padre, ¿ese es mi abuelo? —preguntó ella sin poder creerse que fuera así.

—Sí, hija. Él es el Duque de Branstong.

Britannia le miró a los ojos antes de entrecerrarlos.

—Veo que mi nieta conoce las mentiras que divulgas por ahí.

—No son mentiras. Brittany era mi esposa y murió por tu culpa.

El Duque apretó los labios. —Mi culpa. ¿Acaso es culpa mía que no soportara la vida a la que la sometías y regresara a mi lado?

—La chantajeaste. ¡Venía hacia aquí para intentar aplacarte!

—Eso no es cierto. Simplemente le expuse claramente los delitos que recaían en ti. ¿O niegas que eres un pirata al que la Reina quiere ahorcar?

—Por tu influencia. Hasta que conocí a tu hija no tuve ningún problema con la corona. Niégalo si te atreves.

—Cualquier hombre de mi posición haría lo que hiciera falta por proteger a su hija. ¡A su única hija! ¡Me la arrebataste y murió por tu culpa!

—¡Brittany era feliz hasta que envenenaste nuestra relación!

—Esta conversación no tiene sentido. Deja a la niña y vete.

—Eso no va a pasar jamás. Mi hija se quedará conmigo.

El Duque apretó los labios. —Veo que no llegaremos a un acuerdo.

—Solo hemos venido para que ella te diga algo.

Britannia enderezó la espalda y soltó la mano de su padre para dar un paso al frente. —No te conozco. No sé cómo eres, pero si me quieres a tu lado es porque debes tenerme cariño porque amabas a mi madre. Yo amo a mi padre y quiero estar a su lado. Si te niegas a entrar en razón, me encontraré en la obligación de tomar medidas.

El Duque la miró sorprendido. —¿Perdón? Niña, deja hablar a los mayores.

—Mi hija siempre es libre de expresar su opinión.

—Eso será en ese barco cochambroso donde vive, pero es nieta de un Duque y debe tener la educación necesaria.

—También es hija de un pirata y está recibiendo la educación necesaria para sobrevivir.

—¿Cómo te atreves? ¡La sangre de mi hija corre por sus venas! Deberías respetar su memoria. ¡Ella quería que se criara conmigo!

—Solo por el hecho de que la pusiste en mi contra y la asustaste con tus vanas amenazas. Pero a Britannia no vas a intimidarla. ¡Ella es libre para elegir y me ha elegido a mí!

—Padre, no lo entiende. —Chasqueó la lengua moviendo su cabeza de un lado a otro y agachó la mirada hacia el impecable suelo. Levantó la vista de golpe y sonrió de oreja a oreja sonriendo. —Ya lo sé. ¡Nos lo jugaremos a las cartas!

El Duque levantó las manos como si ya no pudiera más y Britannia le miró maliciosa. —¿Qué pasa? ¿No te atreves, abuelo?

—¡Esto es inaudito!

—Si gano yo... —Levantó la barbilla. —Pasaré un mes al año aquí contigo. ¡Pero el resto del tiempo estaré con padre! Y si ganas tú. —Hizo una pedorreta. —Será un fastidio, pero lo asumiré.

Su abuelo parpadeó. —¡Niña, no nos vamos a jugar nada!

Harry reprimió la risa. —No sabe jugar a las cartas, hija.

—Claro que sé.

—Pues eso o tendré que matarte. —Ella elevó sus manos vacías resignada. —Yo no quiero, pero si no nos dejas en paz...

—¡Esto es el colmo! —El abuelo no salía de su asombro. —¡Menudo descaró!

—Pues no has visto nada —dijo ella acercándose—. Verás, es que en el barco no puedo morderme la lengua. Soy la única chica, ¿sabes? Y si no me pisan. Además, soy pequeña pero cuando crezca y patronee el barco se van a

cagar.

El Duque se puso rojo de furia y Harry se tapó la boca para evitar reír.

—¡Britannia!

—¿Ves? No nos llevamos bien. Tienes que aceptarme como soy. Eso dice padre. Cada uno somos como somos y no hay que darle más vueltas. Hay un hombre en mi tripulación que no tiene un ojo, ¿y qué? Con el otro ve estupendamente.

El Duque volvió a parpadear y tuvo que sentarse. Britannia se acercó preocupada. —¿Estás bien? No te mueras ahora que vamos a jugar. Aunque si te mueres nos ahorras el trabajo, pero me gustaría conocerte mejor.

—¿De veras? —preguntó atónito—. ¡Si acabas de amenazar con matarme!

—Bah, eso se dice mucho. Después no matamos ni a la mitad. ¿Verdad padre?

—Verdad.

—Solo a los que son muy malos. Como ese que vino a buscarme. — Arrugó su naricilla. —Olía mal y padre dice que hay que lavarse a menudo. ¿Tú qué opinas, abuelo?

El Duque miró a su padre. —Dos meses.

—Uno. Y solo porque lo ha dicho ella. Si fuera por mí no la verías

más. No venía a esto, te lo aseguro.

Le miró con rencor. —Estoy seguro de ello.

—Acepta el trato, viejo. Es más de lo que conseguirías jamás.

La miró a los ojos y Britannia sonrió. —¿Sabes, abuelo?

—No, niña. Dime.

—Acabamos de llegar desde Barbados. ¿Sabes dónde está? Yo puedo enseñarte mucho de navegación. Padre me ha enseñado.

El Duque se levantó y alargó la mano. Harry apretó los labios antes de mirar a su hija que le hizo un gesto con la cabeza. Resignado gruñó caminando hacia él y le dio la mano, pero no la soltó mirando sus ojos. —Solo treinta días. Ni uno más. Como no cumplas el trato e intentes alejarla de mí, morirás. Y ni la memoria de Brittany lo impedirá. ¿Me has entendido?

Cuando su padre ponía esa mirada a los marineros les temblaban las piernas, pero su abuelo levantó la barbilla y siseó —Lo he entendido perfectamente. Ahora entiéndeme tú. Como no la traigas, enviaré a la mismísima armada para buscarte.

—Mi hija ha decidido. —Soltó su mano y la alargó hacia la niña que la cogió de inmediato. —El plazo se iniciará después de las Navidades. A Britannia le gusta la nieve.

—¡Sí, me encanta! Solo la he visto una vez, abuelo, pero es preciosa.

El abuelo sonrió. —Muy bien. Entonces te veré aquí en seis meses.

Se volvió caminando con su padre y dijo con desparpajo —Hemos hecho bien en no matarle, padre.

—¿Tú crees?

—Sí, porque se nota que quería a mamá. Si no la quisiera no me querría a mí, ¿no crees? —El Duque apretó los puños emocionado. —Padre, ¿cómo murió mamá? ¿No se puso malita y murió como Lucy?

—No, cielo. Tu madre murió al caerse del caballo cuando venía hacia aquí. Iba demasiado rápido y chocó contra un carruaje al dar la vuelta a una curva.

—Vaya, los caballos son peligrosos. Yo no me subiré a uno nunca.

—Claro que lo harás. Aprenderás a montar. —El Duque les siguió hasta el pasillo. —No hay que tener miedo a nada. ¿No te lo he dicho mil veces? El miedo solo sirve para impedirte hacer cosas y tú puedes hacer lo que sea.

—Es verdad. —Sonrió a su padre. —Se me había olvidado. Pero si a ti te pasa algo sí tendré miedo.

Su padre se detuvo mirándola sorprendido. —¿Por qué, preciosa? Tienes a Christopher y a los demás. Y ahora tienes a tu abuelo.

—Pero no te tendré a ti y te quiero más que a nada.

Su padre se agachó a su lado. —No debes temer, Britannia. —Acarició sus rizos rojos mirándola con ternura. —Porque siempre estaré a tu lado.

—¿Como mamá desde el cielo?

—Sí, mi vida. Como mamá. Estaremos juntos velando por ti.

—Pero tarda mucho, ¿vale?

—Mucho. Ahora vamos, que Christopher estará preocupado.

Su hija chasqueó la lengua. —Siempre se preocupa.

—Es su trabajo. Nos cuida.

El Duque vio como daban la vuelta a la esquina y suspiró antes de girarse para ver un retrato de su hija sobre la chimenea. Sonreía con un ramo de flores en la mano. Su cabello castaño brillaba mirándole con los preciosos ojos azules que había heredado su nieta. Estaba preciosa con su vestido azul con encajes blancos. Había ordenado que la pintaran justo antes de su viaje a las Américas para visitar a su tía. Apretó los labios porque nunca debería haberla dejado ir. Su barco fue abordado y se enamoró perdidamente de un hombre que no la convenía. Y Harry lo sabía. Por eso la llevó a casa, pero se escapó en cuanto se enteró de que estaba en estado. Él lo hubiera arreglado fácilmente con un matrimonio de conveniencia, pero su hija le suplicó en una carta que no la buscara porque era feliz. Él respondió a esa carta furioso y pensó que no la había recibido. Un año después ocurrió el accidente cuando

iba a buscarle a la finca. Por las acusaciones de su yerno en el funeral se había preguntado millones de veces que hubiera ocurrido si no hubiera escrito esa carta y si fueron esas letras las que la alteraron tanto como para regresar a casa. Ahora ya no lo sabrían. No lo sabrían ninguno. Miró sus ojos con nostalgia y recordó a su nieta. —Hija, esta niña va a darnos muchos disgustos. —Sonrió yendo hacia los licores y se sirvió un coñac. —Voy a tener que aprender a jugar a las cartas.

Britannia suspiró dejando la carta sobre la mesa de la taberna. Su abuelo quería que regresara a Londres de inmediato. No daba explicaciones. Simplemente le decía que en cuanto recibiera la carta se subiera al barco y moviera el trasero hacia allí.

—¿Malas noticias? —preguntó Christopher antes de beber de su ron.

—El Duque me reclama. —Se encogió de hombros mirando a su alrededor. —La carta está fechada hace siete meses. Espero que no la haya cascado porque le he cogido cariño al viejo.

Christopher se echó a reír porque sabía que adoraba a su abuelo. —
Entonces nos vamos.

Viendo una puta de la taberna mover el trasero hacia un posible cliente

que entraba en ese momento, se tensó llevando la mano al puñal que tenía en la bota. El tipo que tenía un aspecto lamentable y era obvio que estaba borracho, la cogió por la cintura riendo antes de meter la cara entre sus pechos. Reprimió una arcada porque había que estar muy desesperada para dejar que ese asqueroso se metiera entre sus piernas. —Atento.

Cristopher dejó el vaso sobre la vieja mesa de madera y se volvió lentamente antes de mirarla con una sonrisa en la cara. —Es un hombre de Félix.

Ella se inclinó hacia atrás para que la sombra la cubriera. —Hay que ser estúpido para atracar en Barbados que saben que es mía.

—Félix se cree el dueño del mundo. Me han llegado rumores sobre que ha tenido el descaro de decir que es capaz de enfrentarse al Dragón dorado y que la próxima vez que le vea cargará sus cañones contra él.

Parpadeó asombrada. —Ha perdido el juicio.

—Eso parece.

—Cuando se entere el Dragón me lo quitará de las manos para estrangularte ante sus hombres. Y es mío.

—Creo que todos los que surcan los mares lo saben de sobra, Britannia. Lo has dejado bien claro quemando sus propiedades en Saint James.

—Divertido se volvió. —¿Quieres que vaya a zarandearle un poco?

—No, es mío.

Se levantó y la mitad de su tripulación se tensó sin mover un gesto. Britannia caminó haciendo resonar los tacones de sus botas sobre la sucia madera, acercándose al hombre que se había sentado en una silla sin dejar de sobar a la pobre tabernera que parecía encantada. Él la miró distraído y perdió parte del color de la cara empujando a la mujer para salir corriendo, pero Britannia le cogió por el cuello de la camisa tirándolo de cara a la mesa. Él giró la cara hacia ella muerto de miedo y antes de darse cuenta tenía el puñal bajo el ojo. —Hola rata.

—¡Ya no estoy con él! —Su chillido hizo reír a sus hombres. —Te lo juro. ¡Ya no estoy con él!

—¡Mientes! En Saint James todavía formabas parte de su tripulación. ¿Qué haces aquí, estúpido?

—Quiero trabajo.

—¿Por eso huías? ¿Porque quieres trabajo?

El tipo se meó encima y asombrada miró su escuchimizado trasero para ver como mojaba sus botas. —Muy valiente. —Sus hombres rieron de nuevo. —Y yo solo contrato a hombres valientes, ¿verdad chicos?

Cristopher se puso a su lado. —¿Vas desarmado, imbécil? ¿A quién se le ocurre?

—Tengo información. Por favor no me mates.

—Es una trampa —dijo ella divertida—. ¿Félix te ha enviado para tomarme el pelo?

—Te juro que no es una trampa. ¡Te lo juro por todos mis muertos! No sabía que estabas aquí. Me he sorprendido, eso es todo.

—Mi barco está en el puerto —dijo ella fríamente—. Yo no me escondo al contrario de la escoria de tu capitán. ¿Dónde está?

—¡En Inglaterra! —Britannia miró sorprendida a Christopher que frunció el ceño. —Se ha ido a Inglaterra porque su Majestad quería verle. Él alardeaba de que va a darle un título como al Dragón, pero yo tuve miedo y me tiré del barco. No me lo creo. La Reina no puede confiar en alguien como él que no es leal a nadie. Por eso vine hasta aquí. Para avisarte.

—Miente, por alguna razón quiere que vayas a Inglaterra. —Christopher se pasó la mano por su barba rubia ahora plagada de canas. —¿No habrán subido la recompensa por atraparte?

—¿Tú crees? —Parpadeó sorprendida antes de sonreír. —Sería estupendo.

Sus hombres rieron con fuerza mientras el canijo se echaba a llorar. — He dicho la verdad, lo juro. Si quieres vengar a tu padre, debes ir a Inglaterra.

Eso la sacó de quicio porque era lo que la había torturado en el último

año y le clavó la daga en la mano que tenía sobre la mesa antes de acercarse a su oído mientras gritaba. —¿Vas a decirme lo que tengo que hacer?

—No, Britannia —dijo temblando de miedo—. Te juro que no miento. ¿Qué puedo hacer para que me creas?

—¿Dónde está Sharon? Dime dónde está Sharon y puede que te deje vivir.

—¡En Martinica! ¡Félix le ha comprado una casa allí! —gritó antes de desmayarse de miedo.

Soltó su cuello mirando a sus hombres fríamente que se levantaron de inmediato. —Buscad a la tripulación, salimos al amanecer. —Se volvió tirando unas monedas de oro al propietario mientras sus hombres agarraban al esbirro de Félix arrastrándolo por el suelo para llevarlo al barco.

Cristopher la siguió poniéndose a su lado. —¿Y si es una trampa? ¿En Martinica? Está demasiado cerca.

—Esa puta no puede ir a Inglaterra con Félix. Llamaría demasiado la atención en la ciudad y Sterling le rebanaría el cuello solo por estar implicada en la muerte de mi padre. Además, el Dragón también ha tenido problemas con ella y debe estar allí porque no sé nada de él desde hace más de seis meses. No, Félix la ha dejado aquí para protegerla.

—Pero Sterling también le cortaría el cuello a Félix.

Britannia se detuvo. —No si le ha llamado la Reina. No se atrevería a contradecirla.

—Así que le crees.

Sus hombres pasaron ante ellos cargando al chivato. —Mírale. Casi no tiene ni para comer. No va armado y estoy segura de que sabía que estaba en la taberna. Lo que pasa es que se asustó en el último momento al ver que me dirigía a él. No esperaba que le reconociera.

—A esa rata le reconoce cualquiera. Con esa nariz...

—Averigua lo que puedas sobre él. Si tiene familia en la isla. Antes de zarpar quiero saberlo todo de ese hombre.

—Sí, capitana. —Su mano derecha se volvió haciendo un gesto a uno de sus hombres que se acercó de inmediato. Al llegar al puerto vio como lo transportaban por la pasarela y gritó —¡Engrilletadle en la bodega!

—¡Sí, capitana!

Caminó por la proa y entrecerró los ojos al ver uno de los cabos cortados. Con los brazos en jarras levantó la vista hacia las velas que en ese momento estaban recogidas. —¡Robert! —gritó llamando a su segundo de a bordo.

Su hombre se acercó corriendo. —¿Si, capitana?

Ella señaló el cabo en cubierta y su segundo frunció el ceño. —¿Qué

es eso?

—Eso mismo me pregunto yo.

Robert se asomó por la borda. —Es un cabo de la puerta de los cañones, capitana. Se debe haber soltado de la argolla.

Se tensó agachándose y cogió el cabo para ver los hilos de la cuerda deshilachados porque obviamente lo habían cortado. Él apretó los labios al darse cuenta de lo mismo. —Revisa todas las puertas.

—¿Pero para qué iban a querer cortarlas? Los cañones saldrían igualmente.

—Sí, pero al caer la puerta sobre el cañón la visibilidad es menor para afinar la puntería. Comprueba que la pólvora no esté mojada. Y el agua. Comprueba que no hayan envenenado el agua. Reúne a los hombres que hayan estado de guardia.

—No ha subido nadie ajeno a la tripulación, Britannia. Yo he estado en cubierta todo el rato leyendo y no ha subido nadie desconocido.

—¿Y no has visto esto? —Levantó una ceja sonrojándole.

—Bueno, bajé a tomar un poco de ron y a comer algo.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora como mucho.

—Pues en esa hora nos han saboteado y quiero averiguar en qué sitios.

No podemos zarpar hasta saber qué puntos flacos tenemos. No pienso ir a Martinica a ciegas.

—¿Vamos a Martinica?

—Sharon está allí.

Robert entrecerró sus ojos castaños. —¿Estás segura? Odia Martinica. Dice que es un nido de serpientes.

—Pues entonces es el sitio perfecto para ella. Revisa el barco, pero solo con hombres de confianza.

Se volvió para bajar las escaleras que llevaban a las habitaciones de los mandos y caminó por el pasillo hasta la habitación del fondo. Cerró la puerta mirando a su alrededor y caminó por su habitación hasta quedarse en el centro mirando cada uno de los recuerdos que tenía por ella, después de ir recopilándolos a lo largo de los años. Se acercó a su enorme escritorio pasando la mano por el huevo de avestruz que tenía el mapa del mundo grabado. Sus ojos pasaron por sus cartas de navegación, el tintero de plata y esmeraldas. Se volvió porque allí no habían tocado nada y entonces vio una arruga en su edredón de seda verde. Con paso firme se acercó para tirar del edredón hacia atrás, encontrándose dos tarántulas donde debían estar sus pies. Gruñó siseando después —Odio las arañas.

Robert entró en su camarote como una tromba con la respiración

agitada e hizo una mueca al ver las arañas. —¿Sí? —preguntó ella cogiendo el calentador de cama y pegándole un golpe a la primera espachurrándola sobre la sábana. Hizo una mueca antes de mirar a su segundo—. ¿Qué tenemos, Robert?

—Han envenenado la comida, jefa.

—¿Cómo lo sabes?

—El gato está muerto en la cocina.

—¿No ha podido ser muerte natural? Mira que era viejo. —Le pegó un porrazo a la otra y se puso el calentador al hombro mirándole inquisitiva. —Yo que tú revisaría el ron.

—No, el ron no es.

—¿Por qué?

—Porque de los nervios me acabo de tomar una jarra.

Britannia se echó a reír. —Viejo borracho.

—¡No soy viejo! ¡Tengo cuarenta años!

—Sigues vivo, así que el ron no es. —Entrecerró los ojos. —¿Dónde cenaste?

—En la cocina hablando con Carsen y con el niño.

Ella asintió porque su grumete estaba con él. —Entonces allí no han

tocado nada. El gato se ha muerto de viejo. —Chasqueó la lengua. —¿La pólvora está bien?

—Sí, Britannia. Y el resto de las puertas están bien.

—Ya sé lo que ha ocurrido.

—¿De veras?

—Sí. Han venido a dejarme este regalo y ha subido por el cabo de la puerta que debía estar en el agua. —Robert entrecerró los ojos asintiendo. — Se debió atar el cabo a la cintura para no hacer ruido al subir y trepó por el casco hasta la borda. No podía dejarla caer de nuevo porque tú lo escucharías y cortó la cuerda. Me dejó el regalo y después se fue por la pasarela o tirándose al agua.

Robert frunció el ceño. —Escuché que algo caía al agua por la proa hace unos minutos, pero al mirar no vi nada.

—Ahí lo tienes. —Sonrió encantada con su deducción. —De todas maneras, que revisen cada rincón de este cascarón para asegurarse. Y buscad otro gato. Mejor dos y darles a probar la comida. Si hay algún problema, lo resolveremos antes de zarpar. —Fue hasta su escritorio y dejando el calentador en la esquina, se sentó poniendo los pies sobre la mesa cruzando los tobillos. —Si ha despertado la rata, que la suban a la cubierta. Acaba de firmar su sentencia de muerte.

—Sí, capitana.

Entrecerró los ojos mirando la cama. Estaba claro que la rata era un cebo para entretenerla en la taberna porque ella estaba a punto de irse. Nunca se quedaba más de una jarra de ron y solo lo hacía para que la tripulación la viera por la ciudad y no se desmadrara demasiado. Iba a tener que empezar a cambiar sus costumbres porque era evidente que todo el mundo lo sabía.

Unos minutos después Robert entró con Christopher que asintió. — Tiene familia en la ciudad. He hablado con su esposa. Tiene siete hijos, ¿te lo puedes creer? Revisamos la casa y encontramos una saca de monedas de oro escondidas en un orinal que estaba boca abajo.

—Es listo. ¿Quién miraría ahí? —Se echó a reír levantándose. —No se puede negar.

Christopher rió por lo bajo asintiendo. —Si trabaja para Félix no lo hace a menudo. Su mujer dijo que hacía tiempo que no zarpaba.

—Debe estar muy ocupado preñando a su esposa. Vamos a ver qué tiene que contarnos ahora. Seguro que es interesante.

Sus hombres la siguieron y de la que subía las escaleras cogió el látigo que tenía colgado de un gancho. Estaba amarrado de las manos al palo mayor y miró sobre su hombro para echarse a llorar cuando la vio acercarse a él dejando caer la cola del látigo.

—Vamos a volver al principio porque creo que te has callado algunas cosas. Por cierto, ¿cómo te llamabas?

—Beacher —dijo entre lágrimas.

Se volvió hacia uno de sus hombres que se llamaba igual y éste gruñó cruzándose de brazos mostrando sus fuertes músculos demostrando que no se parecían en nada. Divertida se volvió hacia el enclenque y preguntó —¿Dónde está Félix, Beacher?

—¡Camino de Inglaterra, lo juro!

—¿Y Sharon?

Cerró los ojos. El látigo atravesó su espalda y gritó de dolor.

—¡Díselo idiota! —gritó una mujer desde el puerto—. ¿No ves que te va a despellejar hasta que se lo digas? ¡Canta cuanto antes!

Todos miraron por la borda para ver a una mujer embarazadísima rodeada de niños. Levantó una de sus cejas pelirrojas. —¿La mujer?

Cristopher gruñó a su lado. —Sí, jefa.

—Vaya. —Le miró fastidiada. —¡No puedo matarle ante sus hijos, Cris! ¡Haz algo!

Sus hombres rieron porque sabían que si era necesario le mataría ante su mujer y el enclenque lloriqueó haciendo que se volvieran hacia él. —Este no tiene carácter —dijo uno de sus hombres decepcionado.

—¡Beacher, sé un hombre! Si vas a morir hazlo con la cabeza bien alta que tus hijos te miran —dijo fastidiada acercándose—. ¿Dónde está Sharon?

—Se ha ido con él —lloriqueó mientras los mocos le caían de la nariz. Era repugnante.

—Así que me envías a una trampa, pero por si acaso me habéis dejado un regalo en mi cama. Muy generosos, pero prefiero las piedras preciosas. En mí lucen mucho mejor. —Le dio otro latigazo. —No te desmayes, Beacher —le advirtió.

—No —dijo temblando como una hoja del miedo.

—¿Por qué quería que fuera a Martinica?

—Te esperan los hombres de la Reina. Si te entregaba, le otorgarían un título. Quiere ser como el Dragón.

—Le falta mucho para ser como él. —Sus hombres se echaron a reír y ella le agarró por sus sucios cabellos tirando de su cabeza hacia atrás. —Así que me envías a una trampa, ¿y las arañas? Si tenía que entregarme a la Reina, ¿por qué intentar matarme antes? ¿Qué sentido tiene?

—¡Eso no es cosa suya, lo juro! Solo tenía que decirte que Sharon estaba en Martinica mientras él iba a Inglaterra. Pero he oído algo...

—Vaya, debes tener un oído muy fino. —Tiró de su cuello hacia atrás con fuerza. —¿Qué has oído?

—Que uno de tus antiguos hombres te odia. Le escuché decir que ésta sería la última vez que atracabas aquí. Lo juró por sus muertos. —Se tensó entrecerrando los ojos. —No sé su nombre. tiene un tatuaje en el antebrazo de un pájaro. No sé qué pájaro es.

—Vaya, vaya, Hyder ha vuelto a nuestras vidas. —Se volvió hacia sus hombres. —¡Buscadle! ¡Al final sí que voy a matar a alguien!

Sus hombres armados corrieron por la pasarela, distribuyéndose en grupos de tres por el puerto para adentrarse en la ciudad. Desde estribor les observó muy tensa y Christopher se puso a su lado. —Un hombre rechazado puede ser muy peligroso, niña. Te lo ha dicho tu padre muchas veces.

—Hyder no es un hombre, como acaba de demostrar. Un hombre da la cara.

—Capitana, ¿qué hacemos con éste? —preguntó su Beacher mirándole con desprecio.

Chasqueó la lengua. —Tíradlo por la borda. —Sus hombres cortaron las cuerdas que ataban sus muñecas y cayó al suelo. Ella se acercó hasta que sus botas estuvieron ante su cara. Se agachó apoyando los codos en los muslos mirándole con desprecio. —¿Algo más que deba saber?

Él la miró a los ojos dándole las gracias con la mirada. —Estaba convencido que tu odio te haría caer en la trampa.

—El error fue enviarte a ti.

—¿Tú crees?

Britannia se tensó y le agarró por el cabello de nuevo colocando un puñal bajo su barbilla. —¿Qué quieres decir?

—Creo que el que ha caído en la trampa soy yo. Está claro que quería deshacerse de mí porque eres demasiado lista para caer en sus patrañas como acabas de demostrar.

Britannia miró a Christopher. —Levantadle y traedle algo donde sentarse.

Los hombres lo hicieron y él gimió cuando le movieron para sentarle. Se incorporó muy tensa y le dio el látigo a uno de sus hombres. —No me lo llevaré muy lejos, jefa. Tus ojos dicen que quieres sangre.

Asintió volviéndose hacia Beacher que hizo un gesto de dolor sentándose en la caja que habían llevado. Le miró fijamente. —Enséñame las manos.

Él apretó los labios antes de abrirlas con las palmas hacia arriba. — Tú no eres marinero.

—Soy cartógrafo. —La miró a los ojos. —Me utilizaba cuando iba por aguas que no conocía.

—No sabe leer los mapas.

—Tiene un problema. Confunde las líneas de profundidad. No es capaz de aprenderlo o de verlo claramente. No lo sé. Nunca quiere hablar de eso. Una vez encalló un barco por una equivocación cuando el mapa era claro en profundidad. —Pasmada miró a Christopher que tampoco salía de su asombro. —No lo sabe nadie. Ha disimulado desde niño.

—Y al parecer ya no te necesita.

—Me ofrecí a acompañarle a Inglaterra porque tenía que ir a Londres. Tengo un conocido allí que me ha ofrecido trabajo muchas veces, pero no quiso llevarme. Dijo que tenía otra misión para mí que era muy sencilla y si lo hacía bien me daría dos sacas más de oro. Necesito el dinero. Tengo muchos hijos.

—¿Y el resto del dinero?

—La última vez que embarqué no me pagó. Ni a mí ni a nadie. Eso fue hace meses. Hemos sobrevivido con lo ganado anteriormente hasta que llegó esto.

—Y no te quedó más remedio que aceptar. Lo hizo a propósito para que no tuvieras elección.

—Ahora me doy cuenta de que es así. Me dijo que se iba a Inglaterra y la razón. Lo que tenía que decir y te aseguro que ahora te lo he contado todo. No soy estúpido.

—Este ha visto algo, jefa —dijo su Beacher mirándole fijamente—.

Pero puede que no lo sepa.

—Sí, creo lo mismo. —Su segundo asintió con la cabeza.

Britannia se cruzó de brazos. —Dices que la última vez que embarcaste fue hace meses.

—Sí.

—A donde fuisteis.

—A Inglaterra.

Ella entrecerró los ojos. —¿Para qué?

—No fue a Londres. Fuimos al noreste. Quería detenerse en una bahía cerca de Ipswich. No sé la razón, me dejó en el barco.

—Hace siete meses recibiste la última carta —dijo Christopher antes de que ella se volviera para ocultar su palidez alejándose de ellos.

Su mano derecha se puso a su lado. —¿Crees que ha ido a ver a tu abuelo? —susurró.

—Hace siete meses mi abuelo me envió la carta que he recibido hoy diciéndome que fuera de inmediato. Está claro que ha pasado algo en casa.

—¿Crees que sigue vivo?

—Es lo siguiente que voy a averiguar. Eso te lo juro. —Se volvió

hacia el enclenque. —¿Crees que lo de la Reina es verdad?

—Ahora lo dudo, pero te juro que cuando salí de su barco estaba convencido de que era verdad.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Robert.

—Cierto. Yendo a Martinica y comprobar si los hombres de la Reina me esperan.

—Eso es lo que quieren, jefa —dijo el viejo Matt antes de escupir el tabaco sobre la borda. Se echó a reír mostrando los tres dientes que le quedaban—. Eso es lo que quieren. —Señaló al rehén. —Es obvio que no es marinero. Solo hay que verle. Le envié para que descubrieras que había ido a Inglaterra. Sabía que le torturarías hasta que lo contara todo y que no es un hombre que aguante mucho el dolor. —Beacher se sonrojó. —Quiere que le sigas a Inglaterra y por eso se ha llevado a Sharon. Puede que en Martinica haya soldados por si acaso caes en la trampa, pero lo que busca es que vayas a Inglaterra cuanto antes. Por eso visitó el este del país para que esta escoria te lo contara porque saldría a la luz que ese había sido su último viaje y que no le había pagado. Puede que sea un cegato que no ve líneas, pero es listo el cabrón. Te ha llevado exactamente a donde quería. ¿Sino porque irse a Inglaterra antes de comprobar que la guardia de la Reina te había apresado? Sabe que no lo harán y que le seguirás. ¿Qué piensa hacer? ¿Presentarse ante su majestad con las manos vacías? —Sonrió malicioso. —No, sabe que le

seguirás. Se ha asegurado de ello si la guardia falla.

Beacher la miró asustado. —Si es así no lo sabía, te lo juro.

—¡También jurabas antes que todo era cierto, chivato de mierda!
¡Todos te oímos en la cantina! —gritó Christopher.

—Beacher, amor... ¿sigues vivo? —gritó su mujer desde abajo.

—¡Sí! —gritó exasperado. Le suplicó a Britannia con la mirada—.
Haré lo que sea. Te lo juro.

Fríamente negó con la cabeza. —No hace falta. ¿Quiere que le siga?
Perfecto. Lleva un año huyendo de mí y no voy a rechazar el reto. —Sus
hombres sonrieron. —Tíradlo por la borda y tu oro me lo quedo yo.

—¡Por favor, mis hijos morirán de hambre!

—¡Haberlo pensado antes! —Christopher furioso le agarró por la
pechera arrastrándolo a la borda antes de tirarle con un empujón.

—¡Beacher! —gritó la mujer—. ¿Qué haces, idiota? ¡Si no sabes
nadar en condiciones! ¡Mira que como te ahogues no te hablo más!

Sus hombres se echaron a reír a carcajadas y ella se alejó con
Christopher y Robert. —Encárgate de la mujer. Que reciba ella el oro. ¡Y no se
lo digas a nadie! —le dijo a Christopher molesta—. Van a pensar que soy muy
blanda.

—No te preocupes. —Se apartó para bajar la pasarela.

—Prepara la travesía. Nos vamos a Martinica.

—¿Estás segura? ¿Por qué no ir directamente a Londres?

—Porque quiero asegurarme de que la Reina está metida en esto. Y es la única manera. Si sus hombres están esperándome, es que está implicada.

Robert entrecerró los ojos y ella le cogió por la pechera acercándole a su cara. —Y te quiero sobrio, te voy a necesitar. ¿Me has entendido?

—Sí, jefa. Ni una gota de ron —dijo con los ojos como platos porque estaba furiosa.

Escucharon gritos en el puerto y se volvieron. Robert suspiró del alivio al ver que seis hombres trasladaban a Hyder que gritaba y pataleaba mientras sus hombres reían porque a pesar de ser enorme no podía soltarse. — Ahí lo traen, jefa —dijo su segundo sonriendo.

Ella alargó la mano y cogió el látigo que le tendió el marinero. Ya le había advertido una vez. Ahora no iba a tener piedad con ese cabrón. Le tiraron ante ella y Hyder pataleó hacia atrás. Britannia ladeó la cabeza mirándole con una sonrisa que ponía los pelos de punta. —Bienvenido de nuevo al Tempestad, cielito.

Los hombres se echaron a reír mientras él se apoyaba en sus manos incorporándose hasta sentarse mirándola con odio. —Hija de...

El latigazo que le cruzó el pecho rasgándole la camisa le dejó sin

aliento. —Ah, ah. Ahora solo hablaré yo. —Chasqueó la lengua. No me ha gustado tu regalo. Y sabes que cuando no me gusta algo me enfado, cariño.

Sin dejar de mirarla con odio siseó —Te crees muy valiente con el látigo en la mano y rodeada de tus esbirros.

—No, valiente tú que dejas a tus arañas que hagan el trabajo que tú no eres capaz de hacer. —Los hombres rieron de nuevo cuando se puso rojo de rabia. Britannia caminó a su alrededor. —Te lo advertió mi padre y te lo advertí yo. Ya no hay más oportunidades.

—¡Solo intenté besarte, joder! ¡Harry exageró lo que había pasado!

—¿Sí? Pero es que no soy tuya para que intentes tocarme. La paliza que te dio mi padre te lo avisó y yo te lo dije meses después cuando volviste a insistir, pero al parecer la puñalada que te di en el costado no te lo dejó claro. Debes ser estúpido.

—¡Me lo quitasteis todo!

—No, no tenías nada antes de que mi padre apareciera en tu vida. Te dio una oportunidad y le traicionaste al intentar conseguir llegar a la capitania enamorándome —dijo con burla—. Pero aquí la única capitana que hay soy yo.

—Zorra. ¡Solo ocupas ese puesto por ser hija de Harry!

—Ya hemos pasado por esto —dijo divertida—. Luchamos por

gobernar el barco y perdiste.

—¡Hiciste trampas! ¡Aún estaba herido por la paliza que me dio Harry!

Ella levantó las cejas pelirrojas y sus hombres apretaron los puños. —
¿Le habéis oído, chicos?

—¡Mátalo Britannia! —gritó Matt furioso—. Es un cobarde y un mentiroso. ¡Todos vimos la lucha y fue justa!

—Al parecer él no piensa así. —Chasqueó la lengua. —Pero ha intentado matarme hoy mismo... No sé, estoy en una encrucijada. —Le pegó una patada en la cara con su bota rompiéndole la nariz y se agachó a su lado cogiendo su cabello rubio. —¿Crees que soy estúpida? Ya tuviste tu oportunidad, maldito cabrón. ¡Si crees que ahora puedes matarme para quedarte con lo que me he ganado, te vas a llevar una sorpresa porque esta noche te vas a encontrar con tu creador! —Se apartó incorporándose y le pegó una patada en el estómago. —¡Colgadlo de la viga! Robert, al parecer este cerdo no sabe cuándo detenerse y quiero que toda Barbados vea como a Britannia no se la traiciona en vano.

—¡Sí, capitana!

Se alejó dándole el látigo a uno de sus hombres y todos escucharon los gritos de Hyder exigiendo que le soltaran. Una soga rodeó su cuello y la miró

con temor. Britannia reprimió la pena por los buenos momentos vividos. Él no había tenido reparo en intentar matarla de nuevo y de manera cobarde, además. Uno de sus hombres tiró la soga por encima del palo y varios cogieron el cabo al otro lado mirándola. Britannia asintió y tiraron del cabo con fuerza. Hyder gritó y se retorció en el aire intentando respirar mientras su rostro se congestionaba hasta deformarse. Los hombres la jalearon repitiendo su nombre, levantando sus espadas y sus pistolas antes de que Hyder convulsionara hasta quedar sin vida. Britannia le miró pensativa durante unos minutos antes de gritar —¡Sacad esta escoria de mi barco!

Le dejaron caer al suelo y se volvió para irse a su camarote. —
¡Revisad las provisiones! ¡Nos vamos a Martinica!

Sus hombres gritaron deseando sangre. Pero la que más deseaban era la de Félix por haber matado a su capitán. Y por su alma que su sangre iba a correr hasta quitarle la vida.

Capítulo 2

Dos noches después se acercaron al puerto de Martinica viendo dos barcos de la armada inglesa sin su bandera hondeando. Christopher rió por lo bajo. —Son de risa. ¿Creen que no les vas a reconocer?

Ella asintió muy seria porque era la prueba que necesitaba. Si no la estuvieran esperando, esos barcos no estarían allí atracados ni por todo el oro del mundo porque la isla era un antro de piratas. Estaba claro que habían tomado la isla.

—¿Qué hacemos? Ya sabemos lo que veníamos a averiguar.

—Así que la Reina quiere verme en Inglaterra. Creo que le voy a dar el gusto, pero no puedo ir con las manos vacías —dijo con los ojos entrecerrados.

—¿Qué se te está ocurriendo, niña? ¿No sabemos a cuántos hombres nos enfrentamos? ¡Puede haber cientos!

Ella se volvió a sus hombres. —¡Tirad el ancla! Vamos a abordar esos barcos.

Los hombres sonrieron maliciosos.

—¡Capitana! —exclamó Christopher asombrado—. ¿Para qué?

—Para llevárselos a la Reina —dijo divertida—. Mira que dejárselos olvidados ahí... —Movi6 la cabeza de un lado a otro como si no se lo creyera. Los hombres rieron por lo bajo. —Hay que llevárselos a Inglaterra. Seguro que lo agradece con un buen cofre de oro.

Christopher sonri6. —Perfecto.

—¡Distribuiros en tres tripulaciones! —orden6 ella—. Christopher, dirigirás el Tempestad durante la incursi6n. Robert fragata dos. Yo ir6 en la fragata uno. —Mir6 a sus hombres con las manos en jarras. —¿Os sentís capaces?

—¡SÍ, capitana! —respondieron orgullosos.

—Pues vamos a abordar a la armada inglesa. Este es el plan.

Se acercaron en las barcas y subieron por los cabos de atraque. Britannia trep6 la primera con el cuchillo entre los dientes y subi6 a la primera fragata mientras Christopher que ya era mayor se qued6 en la barca. No pensaba enfrentarle a eso y que le pasara algo tambi6n. En cuanto pis6 la madera con su pie descalzo, se agach6 mirando a su alrededor mientras

Beacher se agachaba a su lado. Ella le hizo un gesto para que fuera hacia la popa mientras ella iba hacia la proa. Se detuvo agachada tras unos barriles al escuchar unas botas. Vio un martillo en el suelo y lo cogió levantándose tras el soldado y dándole un martillazo que le dejó sin sentido en el acto. Le cogió por las axilas tirando de él tras los barriles y miró a su alrededor. Había otro en el timón sentado en la borda con los pies apoyados en el timón. Agachada se acercó a él por el costado del barco y subió lentamente los peldaños. Se arrastró por el suelo y él miró al cielo suspirando. Ella levantó una ceja diciendo para sí que si uno de sus hombres hacía eso sin estar atento a la guardia, le despellejaría vivo. Se levantó de golpe y él se sobresaltó antes de recibir otro martillazo en la cabeza que le dejó sin sentido. A punto estuvo de caer por la borda, pero ella le agarró de la pechera tirando con fuerza. Estaba rollizo el soldado.

Beacher silbó y uno de sus hombres soltó los amarres. Dos de los suyos levaron el ancla intentando no hacer ruido con la cadena, aunque era prácticamente imposible. Miró tras ella para ver que Robert ya estaba tras el timón de su fragata y levantó el pulgar demostrando que todo iba bien. Subieron las pasarelas en silencio. Sus hombres que aun estaban en las barcas tendieron sigilosamente las varas que habían llevado hasta allí. Con ellas en la mano se acercaron a la borda y empujaron la embarcación alejándola del puerto lo suficiente como para que los demás soldados no pudieran subir. Ella

cogió el cuchillo de su boca guardandoselo en el cinturón y silbó. Sus hombres armados hasta los dientes se pusieron al lado de la escalera que daba acceso a los camarotes y la bodega antes de gritar —¡Al abordaje!

Sus hombres gritaron con fuerza haciendo chocar sus espadas y el primer soldado no tardó en subir solo con los pantalones puestos y sin camisa. Beacher le pegó un garrotazo en la cabeza con el puño que le hizo caer a plomo. Divertida miró hacia el puerto donde varios soldados llegaban corriendo con los rifles en la mano y gritó —¡Atentos!

Sus hombres se escondieron para esquivar las balas mientras los soldados ingleses salían de la bodega. Alguno de ellos recibió disparos. Estaba claro que eran estúpidos. No les costó apresarlos y les arrodillaron con las manos en la cabeza. Estaba satisfecha. Eran veintitrés y suponía que en el otro barco eran más o menos los mismos. Eran perfectos como rehenes.

El barco se fue alejando con la marea al igual que la otra fragata y Britannia ordenó desde el timón —¡Arriad las velas! ¡Nos vamos a Inglaterra!

Sus hombres la jalearon cuando un oficial salió de detrás de un barril donde estaba escondido y la disparó. Juró por lo bajo llevándose la mano al brazo antes de mirarle con odio y apartarse del timón cogiendo su cuchillo. Se tiró sobre él desde el puente de mando dejándolo atontado. Ella con rabia clavó el puñal en su corazón matándolo en el acto y se incorporó mirando a los demás rehenes. —¡Este barco es mío! Y vosotros también. ¡Quien intente

dañar lo que es mío, morirá como él! —Les señaló con el puñal. —No me deis problemas y todo irá bien.

Beacher se acercó de inmediato para mirarle el brazo y le rompió la manga para atársela alrededor de la herida. —Tienes la bala dentro.

—Alejémonos del puerto. Después la sacarás. Ponte al timón. —
Beacher no perdió el tiempo y subió los escalones en dos saltos levantando el pulgar a la otra embarcación antes de volverse y mirarla a los ojos indicándole que Robert lo había visto todo y estaba preocupado por ella. A pesar de estar perdiendo mucha sangre subió los escalones para que sus tripulaciones la vieran y se quedaran tranquilos.

Entraron en mar abierto y uno de los marineros se acercó a ella. —No encuentro nada para la herida, Britannia. Debes regresar al Tempestad.

Miró su barco y le dijo a Beacher —Ponte a su altura. Que arrién la Gavia. Necesitamos más velocidad para alcanzarles.

—Sí, capitana. ¡Arriad la Gavia!

Sus hombres soltaron la vela que estaba por encima de la vela mayor y ganaron velocidad. Robert silbó cuando les adelantaron y ella le guiñó un ojo haciéndole reír.

Ella se acercó a babor y se agarró a unas sogas para subirse al casco. Sus hombres gritaron al verla y le hizo un gesto al marinero que se acercó con

un hacha en la mano. —¿Lista?

Britannia asintió y él cortó el cabo. Corrió por el casco para coger velocidad antes de saltar al Tempestad sujetándose a las sogas, soltando la de la fragata. Gritó levantando el brazo herido mientras su tripulación aplaudía.

Cristopher la miró desde abajo con las cejas levantadas y los brazos cruzados como hacía su padre cuando quería echarle la bronca. Bajó de las sogas con facilidad y saltó ante él con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Y ahora cómo cruzo yo?

—Beacher se encarga. ¡Matt!

—Sí, jefa. Todo listo en tu camarote. —El viejo gruñó cuando pasó a su lado y vio la herida. —Ingleses.

—Tú también eres inglés. No te quejes tanto.

—No, yo soy libre. Un alma libre que no tiene patria. Como tú.

Ella se echó a reír bajando los escalones. —¿Pero qué dices, viejo? Soy inglesa. ¿No has oído que soy Lady?

—Pues los tuyos quieren romper ese hermoso cuello colgándolo de una soga, milady.

—Bah, es que no me conocen. —Se sentó en su silla y cogió la botella de ron que ya había preparado para ella dándole un buen trago. Matt quitó la manga viendo el agujero que aún sangraba.

—Esto va a doler.

—Sácala de una vez. —Christopher entró en ese momento y frunció el ceño al ver la herida. —Estoy bien.

—Debemos regresar a Barbados. Necesitamos suministros para tantas personas. Sobre todo agua para la travesía.

—Pues deprisa. Félix nos lleva mucha ventaja. Auchh. —Fulminó con la mirada a Matt que forzó una sonrisa mostrando los tres dientes que le quedaban. —¡Cuidado, viejo! ¿Es que has perdido vista?

—Está muy profunda.

—¿Cómo va a estar profunda si casi no tengo carne, viejo? —Agarró las pinzas y gruñó metiéndolas en la herida.

Christopher hizo un gesto de dolor y ella sacó las pinzas con la bala. —Muchacha, vaya huevos que tienes. Si tu padre te viera... no podría sentirse más orgulloso.

—Estará orgulloso cuando le rebane el cuello a ese cabrón. —Miró a Matt que aún la observaba con admiración. —¿Qué? ¿Necesitas permiso de la Reina para cerrar la herida?

—Extiende el brazo.

Ella lo hizo mirando a Christopher. —Es cierto que necesitamos reponer...

El grito de dolor de Britannia cuando sintió el ron en la herida se escuchó en todo el barco y Matt gimió con la botella en la mano escuchándola decir —¡Me cago en la mar, viejo! ¡Espera que te coja, que te destripo vivo!

—Mejor cierras tú —dijo el marinero corriendo fuera de la habitación llevándose la botella con él.

Cristopher se echó a reír con ganas arrebatándole la botella antes de que saliera del camarote y bebió un buen trago antes de acercarse mientras ella seguía jurando por lo bajo. Le tendió la botella y ella bebió intentando que el alcohol mitigara el dolor. La dejó sobre la mesa mientras su hombre pasaba el cuchillo sobre la vela. —Eso va a doler.

—Ya lo has visto antes. No hay más remedio. No tenemos médico a bordo.

—Termina de una vez.

Él la agarró con fuerza del brazo antes de poner la punta sobre el agujero y apretar con fuerza mientras ella gemía cerrando los ojos intentando no gritar. En cuanto quitó el cuchillo, se dejó caer sobre el respaldo de la silla porque con él no tenía que disimular. Christopher le puso la pomada que tenían para esos casos y se la vendó en silencio. —Tu primera herida importante.

—Si esto es importante... —Agarró la botella y le dio otro trago mirándole a los ojos. —En cuanto lleguemos a Inglaterra quiero que vayas a

casa de mi abuelo y le digas lo que ha ocurrido.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Levantó una ceja. —¿Tú qué crees? Pienso llevarle mis regalos a la Reina.

Cristopher dio un paso atrás. —¿Estás loca? Te apresarán en cuanto te acerques a palacio.

—Tengo que hablar con ella en persona y para eso iré a palacio. Si me apresaran jamás tendría la oportunidad de explicarme ante su majestad. Me llevarían a la corte y me colgarían. Pero si voy a palacio con mis presentes...

—¿Y qué vas a pedir? ¿Tu libertad?

—La cabeza de Félix. No podrá negarse a cambio de dos barcos y cincuenta hombres de la armada inglesa.

—¿Y si te dice que sí y después te traiciona?

—¿Y quedar mal ante mi abuelo? ¿Un par del reino? No lo creo. Yo voy en son de paz y no he dañado sus propiedades. Sabes que esa recompensa que pende sobre mi cabeza es porque creen que yo hundí ese barco inglés donde murieron varios de la nobleza, pero cuando se entere de quien fue realmente, puede que se lleve una sorpresa. Los Winston jamás amenazamos barcos ingleses.

—Creyeron que habías sido tú porque unos supervivientes dijeron que

les dirigía una mujer de cabello rojo.

—Sí, ¿y Sharon de qué color tiene el cabello?

Cristopher dio un paso atrás. —Rubio. ¿Crees que fue Sharon?

—Estoy segura de que se lo tiñó con algo. Creo que necesitaban quitarme del medio porque sabían que se jugaban el cuello ante la Reina por haber matado a mi padre e hicieron eso para poner a su majestad en mi contra. Estoy segura de que fue Sharon. No sé cómo lo hizo, pero apostaría mi barco por ello porque nadie en estas aguas se atrevería a contradecirme. Solo ellos. Solo necesitaban que los testigos identificaran a una mujer de cabello rojo. ¿Y quién de cabello rojo surca estas aguas más que yo? Las culpas recaerían sobre mí sin dudar.

—En cuanto apareció esa mujer supe que habría problemas.

Britannia se miró la venda del brazo y al ver que ya estaba atada se levantó para ver las fragatas tras ellos a través de los ventanales. Ya estaba amaneciendo. —Debo hablar con la Reina en persona. Eso es lo que tengo que hacer e intentar convencerla de que yo no tengo nada que ver. Una vez perdonó a mi padre.

—Tu padre siempre fue leal a la corona. ¡Si le querían muerto fue cosa de tu abuelo! ¡Cómo cuando le perdonaron para que no tuviera problemas al llevarte a Inglaterra! ¡Todo lo lío él!

—Pues ahora será mi abuelo quien me saque del aprieto de nuevo. Porque hasta que la Reina me dé permiso, no puedo matar a Félix si es su protegido en Londres, sin poner en riesgo a toda mi tripulación. Y por ese cabrón no va a morir ni uno más de los míos.

Vestida con un impresionante vestido rojo, se bajó del carruaje ayudada por un lacayo real que cogió su mano enguantada. Subió los escalones y uno de los mayordomos se acercó de inmediato cogiendo su capa. — Milady... ¿A quién viene a visitar? ¿Alguna dama de la Reina?

—No, buen hombre. —Le guiñó un ojo sonrojándolo. —Vengo a ver a la Reina.

—Oh, milady. Lo siento muchísimo, pero debe pedir audiencia.

Britannia se echó a reír confundiéndolo. —¿Y si pidiera audiencia cuándo me recibiría?

—Si no es un asunto urgente en un par de meses, milady —dijo amablemente.

Chasqueó la lengua tirando de su guante y dándoselo a él antes de tirar del otro. —¿Qué tal si me haces un favor y me anuncias a la Reina? Te aseguro que querrá verme de inmediato.

Parecía tan segura de sí misma que el hombre no sabía qué hacer. —¿Y su nombre es? —Se acercó en confidencia embelesado por esa hermosa mujer tan segura de sí misma. —Hablaré con el mayordomo principal.

—Gracias —dijo ella cómplice—. Dígale que Britannia está aquí y le trae unos presentes de Martinica. Ella sabrá de que hablo.

—De Martinica. Qué exótico.

—No lo sabes bien, guapo. —Abrió su abanico y lo golpeó contra su generoso pecho. Al ver que no se movía atontado le gritó —¡Corre, no voy a estar aquí todo el día!

—Sí por supuesto, milady. —Avergonzado corrió por el hall de mármol hacia las escaleras que subió a toda prisa.

Vio a dos damas sentadas en unas sillas observándola mientras cuchicheaban de manera muy descarada y Britannia levantó sus cejas pelirrojas sin dejar de mirarlas. Se sonrojaron apartando la mirada a toda prisa. Se volvió mirando a su alrededor y se acercó a un retrato de la Reina Victoria que había colgado en la pared. Era enorme y sonrió maliciosa al ver esa sonrisa irónica que lucía. Seguro que en ese momento le estaban dando la noticia. Probablemente esa sonrisa ya no estaría en su cara y estaría pegando gritos diciendo que la detuvieran.

—Tres... dos... uno...

Cinco soldados bajaron las escaleras corriendo con los fusiles en la mano y el mayordomo la señaló. —¡Es esa!

Levantó una ceja viendo como la rodeaban con las armas en alto y cerró el abanico sobresaltándolos. —Tranquilos, caballeros... No queremos que por los nervios aprieten uno de esos gatillos y la Reina se lleve un disgusto, ¿verdad? —Soltó una risita y los cinco entrecerraron los ojos como si se esperaran que saltara sobre alguno en algún momento. —¿Por dónde caballeros?

Uno de ellos se apartó y caminó entre los soldados mientras las damas la observaban con la boca abierta. Se sujetó las faldas y empezó a subir los escalones con la espalda recta como si no la estuvieran apuntando cinco armas. —Precioso —dijo admirando la decoración. —Muy... regio. —Se echó a reír, pero al parecer a ellos no les hizo ninguna gracia. —Vaya, no tienen sentido del humor.

—Muévete —ordenó uno de ellos.

—Ya lo hago. —Se detuvo y le miró fríamente. —Y vuelve a hablarme en ese tono y será lo último que digas.

El soldado palideció dando un paso atrás antes de apuntarla de nuevo a la cara. Britannia sonrió maliciosa antes de volverse y seguir caminando. El mayordomo estaba en un pasillo y le hizo un gesto con la mano para que le

siguiera hasta una puerta dorada labrada con el escudo real. —Vaya, menudo trabajo. Han de decirme quién se lo ha hecho porque pienso redecorar mi barco. Se ha quedado algo anticuado. Pero claro es que mi padre era muy práctico y... —La puerta se abrió mostrando a la Reina de Inglaterra sentada en su trono rodeada de hombres. —Uy, ¿interrumpo algo importante? Espero que no. —Entró con desparpajo caminando hacia ella mientras la mitad de la sala la miraba con los ojos como platos. —Buenos días a todos. Especialmente a usted, majestad. —Hizo una reverencia hasta el suelo y se levantó para mirarla a los ojos sin temor. Ella la observaba fríamente mientras más soldados la rodeaban. Britannia miró a su alrededor divertida. —Pero bueno... Voy desarmada. ¿Creéis que le haría algo a nuestra monarca? ¿Yo que llevo el nombre de mi patria? —Miró a la Reina a los ojos de nuevo. —¿No opina lo mismo, Victoria?

Todos jadearon por lo que era algo inaudito, pero ambas se miraron a los ojos sin mover un gesto mientras los asesores de la Reina gritaban que no tenía vergüenza.

—Dejadnos solas —dijo la Reina fríamente.

Britannia sonrió ampliamente mientras los demás se negaban a dejarla sola con ella. —¡Fuera! —gritó la Reina furiosa apretando los puños—. ¡Todos fuera de una vez!

La sala se desalojó tan rápido que ocurrió apenas en un parpadeo y

Britannia sonrió. —Majestad, les ha asustado más que yo.

—Es mi obligación. —Para su sorpresa sonrió apoyando las palmas de las manos en los brazos de su trono. —Estoy impaciente porque me digas la razón por la que te has presentado en mi residencia a montar este numerito. Serías una actriz de éxito si quisieras cuando ambas sabemos que temes que ordene que te maten en cualquier momento.

—Estoy acostumbrada a enfrentarme a la muerte, majestad. Y vos sabéis que por la memoria de mi padre y por el infinito respeto que le tengo a mi abuelo, jamás os haría daño.

Eso pareció gustarle porque se relajó. —Lady Britannia... has sido mala.

Perdió la sonrisa de golpe. —Se me ha acusado de algo que no es cierto y ambas sabemos la razón.

—Ese tal Félix es ambicioso.

—Entregádmelo.

—No puedo hacer eso, Britannia. No ha hecho nada a los ojos de la ley. Y tu nombre no está exonerado. Ante toda Inglaterra eres una pirata sin escrúpulos.

—Puede, pero a esos no los maté yo.

La Reina se echó a reír a carcajadas. —Eres un soplo de aire fresco.

—La observó atentamente. —Un soplo de aire fresco... —Entrecerró los ojos como si estuviera dándole vueltas a algo. —Una asesina despiadada que tiene la posición...

—Majestad si volvemos a lo que me ha traído aquí...

Victoria levantó la mano. —Silencio Britannia. Déjame pensar...

La Reina se levantó sorprendiéndola y bajó los tres escalones del trono yendo hacia las ventanas, mostrando la obra de arte que era su vestido con complicados bordados por toda la falda.

Britannia se impacientó y se cruzó de brazos. Bueno, era la Reina. Podía esperar unos minutos a que le diera vueltas al asunto, siempre y cuando le entregara a Félix. Cuando se volvió su majestad sonrió. —¿Sabe que le he traído unos regalitos? Intentó atraparme en Martinica y sus soldados fueron descuidados con sus barcos. Los dejaron abandonados en el puerto. ¿Se lo puede creer? Se los he traído para que no los eche en falta. —La Reina parpadeó antes de echarse a reír a carcajadas y regresó a su trono. —También he traído algunos soldados que descuidando su trabajo estaban dormidos de guardia. Están en el puerto y...

—Me los has traído...

—Sí, como un gesto de buena voluntad. Para que vea que soy de ley.

—Esa frase era lo que necesitaba para decidirme Lady Britannia —

dijo satisfecha.

—¿No me diga? ¡Estupendo! ¿Dónde está Félix?

—Te lo diré y te lo entregaré con gusto... —Sonrió maliciosa. —En cuanto hagas algo por mí.

—Lo que sea. Usted pida por esa boquita que soy su mujer... —Puso los brazos en jarras. —¿A quién tengo que matar?

—No, milady. De momento no tienes que matar a nadie. O al menos eso espero. —Sus ojos brillaron como si estuviera realmente contenta. —Tienes que sustituir a alguien.

—¿Sustituir? —preguntó confundida.

La Reina asintió. —¿Conoces a Jack Sterling?

—Un hombre como los que ya no quedan —dijo satisfecha—. Lo vi una vez siendo cría cuando mi padre pasó por Londres. Después de que le perdonarais, Majestad.

—Estoy segura. ¿Así que sabéis quién es?

—El rey de los bajos fondos de Londres y de parte del resto de Inglaterra. No hay ratero o asesino que no le conozca —dijo orgullosa—. ¿Tengo que hacerle un favor a él? Lo haré encantada. Era buen amigo de padre.

—Sí, tienes que hacerle un favor a él y a mí porque me interesa que esa parte de la sociedad londinense esté bajo buen recaudo, no sé si me

entiendes.

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarle?

—Debes sustituirle en su puesto de liderar a los asesinos y rateros de Londres.

La miró sin comprender. —¿Perdón?

La Reina suspiró. —Desgraciadamente va para mayor y le ha prometido a su hija que dejaría su puesto para dedicarse exclusivamente a la familia. En la actualidad se mantiene al margen a no ser que sea algo realmente importante. Para todos sigue siendo el rey, aunque ya no ejerce como tal. Entiendo que quiera retirarse. Han sido muchos años de dedicación y trabajo. Además, ha amasado una fortuna incluso mayor que la mía y quiere disfrutar de lo que le queda de vida. —La miró fijamente. —Así que necesito sangre nueva, Britannia. Y esa eres tú. Tú te convertirás en la nueva Reina de esa parte de la ciudad. —Iba a decir algo, pero su majestad la interrumpió. —Por supuesto no lo harás sola. Desde hace un tiempo un hombre que es una persona de confianza de Sterling y que se ha ganado el respeto de sus subordinados, le ha sustituido diligentemente. Ese hombre se llama Rawdon Coleman.

—Pero si le temen a él, ¿para qué me necesita a mí? —preguntó sin entender nada.

—Porque Coleman no tiene tu linaje, Britannia. Tú eres una lady. La lady que necesito para entrar en cualquier casa de Londres y enterarte de ciertas cosas que nunca llegarían a mis oídos. Y la información es poder. Supongo que sabes eso, ¿no es cierto?

La miró fijamente. —¿Y por qué iban a contarme a mí nada? Soy una pirata, ¿recuerda? Me despreciarán por ser hija de quien soy.

—Oh, te adorarán como te temerán. De eso estoy segura. Serás la persona a la que todo el mundo querrá invitar simplemente para llamar la atención y que su fiesta sea la mejor de la temporada. Y mientras tú disfrutas en ellas, tu marido dirigirá la otra parte del negocio cuando tú no puedas hacerlo. Siempre había pensado en una sola persona hasta que has aparecido y me he dado cuenta de que es la solución perfecta.

—Así que quiere una espía. —Entonces algo llegó a su memoria. —¿Marido? —gritó a los cuatro vientos—. ¿Cómo que marido? Ah, no... —Se volvió yendo hacia la puerta. —¡Señora soy una pirata! ¡Y muy buena! Ningún hombre dominará mi vida y...

—¿Acaso no has jurado matar a Félix?

Britannia que tenía la mano en el pomo de la puerta se detuvo en seco. —Estoy segura de que tu padre te enseñó bien y un juramento es un juramento, ¿no es cierto, Britannia? Como no des tu brazo a torcer, te encierro en la Torre

de Londres y tiro la llave. Seguro que los años que te queden, te retorcerás pensando que Félix disfruta de su vida con esa zorra que propició la muerte de tu padre.

Se volvió furiosa. —Bruja manipuladora.

La Reina se echó a reír asintiendo. —Es lo más bonito que me han dicho últimamente.

—¡Yo no me caso! Busque otra manera o...

Negó con la cabeza. —No hay otra manera. ¡Llevo casi cinco años buscando una solución y nadie era adecuado! —Se levantó mirándola fríamente. —Harás lo que te digo. Te casarás con Coleman y dirigiréis los negocios... ilícitos de Sterling. A cambio, te exoneraré de tus delitos y en unos años le daré un título a tu marido para que vuestros hijos continúen el legado en ambos lados de la ley. Tu vida de piratería se ha terminado, Britannia. Ya va siendo hora de que aportes algo a la corona. —Sonrió maliciosa. —Piensa en lo contento que se pondrá tu abuelo al tenerte de nuevo en casa.

Jadeó del asombro por el descaro que tenía. —¡Yo no he hecho nada en contra de la corona! ¡No cometí el delito que se me imputa!

—Ya, pero si yo no digo nada te ahorcarán en unos días. Y a tu tripulación también porque enviaré a mis barcos a buscarles hasta que no quede ni uno.

—Uy, lo que decía. Que ganas de...

—Ah, ah... —Negó con un dedo de un lado a otro. —Recuerda que a mí no puedes tocarme.

—¡Bruja!

Victoria se echó a reír divertida. —Sé que cumplirás con tu deber.

—¿Y Félix?

—Le encerraré con esa zorra hasta que des a luz tu primer hijo y me asegure de que no te vuelves a escapar en ese Tempestad tuyo. Por cierto, me gusta el nombre.

—Gracias majestad. —Soltó con ironía.

—De nada. —Sonrió encantada. —Bueno, asunto resuelto. Qué alivio. Llevaba dándole vueltas... Pero al fin se ha solucionado.

—Cómo me alegro de que esté tan contenta.

La Reina rió. —Sé que lo harás bien, aunque ahora tengas ganas de incendiar el palacio.

—¡Yo solo quería que se diera cuenta de que el asesino fue él! —gritó indignada—. ¡Estoy segura!

—Ya, ¿pero tienes pruebas?

La miró con rabia. —No. —De repente sonrió. —¿Y quién le dice a

usted que dentro de un año no me iré después de matar a Félix?

La Reina se echó a reír. —Porque no conoces a tu futuro marido —dijo acercándose—. Pero le conocerás muy pronto. Coleman no se caracteriza por su buen humor precisamente. Pero es muy diligente. Si le traicionas... él se encargará de encontrarte para mí. No tendré que mover ni un dedo.

No le asustaba ese Coleman para nada. Entrecerró los ojos. No estaría mal tener un mocoso para que siguiera sus pasos. —Al menos dígame que es apuesto.

La Reina se echó a reír. —No le conozco en persona, querida. Solo me han hablado de su trabajo.

—Sterling imagino.

—Exacto. Si es feo, tendrás que hacer la vista gorda. No puedo prescindir de él. Conoce los bajos fondos demasiado bien como para hacerlo. Le necesito y tú le necesitas para llegar hasta Félix. —Sonrió divertida. — Ahora te aconsejo que le enamores, querida... porque nuestro trato no saldrá de estas cuatro paredes.

Perdió el aliento. —¿Que le enamore?

—No debe saber que hemos llegado a un acuerdo. Jamás. Es un hombre muy orgulloso y estoy convencida de que le encantaría llegar al puesto de Sterling por méritos propios, pero sin un linaje... —Negó con la cabeza. —

No me sirve de nada. Siempre le verían como a otro Sterling. Alguien a quien temer y a quien ir a pedir un favor, pero que nunca es invitado a una casa de postín. Eso no puede pasar en la siguiente generación.

—Una generación de espías. ¿Tengo que vender a mis hijos por Félix?

—gritó furiosa intentando reprimir las lágrimas de la rabia.

—Es el precio que tienes que pagar. Vamos... —La Reina se echó a reír. —Ahora dirigirás a asesinos y ladrones, pero en tierra firme viviendo como una Reina. No es para tanto. Te aseguro que la comida será mucho mejor.

—¿Y qué ocurriría si Coleman se enterara de nuestro acuerdo?

—Pues que te abandonaría, seguramente. Y puede que llegaras a dirigir el negocio tú sola. Pero ha tomado unas dimensiones que sería mucho trabajo para ti. Te aconsejo que no dejes que Coleman piense jamás que no tiene el control sobre los negocios o perderás a tu marido. —Le advirtió con la mirada. —Que él se dedique a la escoria mientras tú te dedicas a la alta sociedad. Ayúdale, apóyale, pero deja que la cara visible sea él. Debes proteger su espalda, ¿me has entendido? Y si te conozco lo harás porque eres leal. —Se echó a reír. —Y una descarada. Mira que venir aquí para que te perdone y encima después de robar dos de mis fragatas. No tienes remedio, Britannia.

Chasqueó la lengua haciéndola reír más aún. —Yo voto por decírselo.

—Es una orden. Cumple con tu deber y tendrás tu recompensa.

Gruñó cruzándose de brazos. —¡Yo no sé seducir a un hombre!
¡Normalmente les muelo a palos!

La Reina se echó a reír yendo hacia la puerta. —Seguro que se sentirá impresionado. En unos meses Sterling le dirá a tu marido que está al cargo y el traspaso de funciones será gradual. Sin aspavientos ni complicaciones. Cuídale mucho, Britannia. Espero noticias. Dale recuerdos al Duque de mi parte. —Iba a abrir la puerta cuando se detuvo. —Por cierto... Dile que me enteré del incendio de su casa en el campo. Una desgracia.

—¿Incendio? —gritó furiosa—. ¿Qué incendio?

La Reina sonrió. —Otra razón para que no dejes escapar a Félix, querida. Te deseo suerte en tu plan de seducción.

Britannia apretó los puños. Ahora entendía la carta de su abuelo. —Es mío, ¿me oye? —gritó furiosa mientras la Reina salía del salón del trono—. ¡Le juro por lo más sagrado que ese hombre es mío!

La Reina metió la cabeza sonriendo. —La discreción no es lo tuyo, ¿verdad? Tranquila que aprenderás a disimular. —Se echó a reír al ver que estaba roja de rabia. —Toda la buena sociedad lo hace muy bien. Bienvenida a Londres, querida —dijo bien alto—. Me alegra tenerla en casa de nuevo.

Gruñó saliendo tras ella cuando desapareció y allí estaba todo el mundo como si temieran que a su majestad le ocurriera algo. La Reina caminó entre ellos tranquilamente y le hizo un gesto para que la acompañara. Pasó entre las damas y la Reina la cogió por los hombros caminando por el pasillo a su lado. —Lady Britannia, ¿cuáles son sus planes a partir de ahora que ha regresado a casa exonerada de sus delitos?

Por la mirada de la Reina se dio cuenta de que tenía que empezar a disimular en ese mismo momento. —¿Qué hace cualquier joven dama de mi edad? Buscar marido, majestad.

—Muy bien, milady. Tendrá que ser un hombre de carácter para soportar su temperamento. —Britannia gruñó mientras varias damas reían. —Estoy segura de que no le faltarán candidatos.

En ese momento el Duque de Branstong apareció al final del pasillo y Britannia sonrió radiante viendo a su abuelo que pareció aliviado al verla tan bien. —¡Abuelo! —gritó corriendo por el pasillo y tirándose sobre él. El Duque la abrazó con fuerza mirando a la Reina a los ojos. Victoria sonrió acercándose mientras Britannia se apartaba para mirarle bien. —Tienes más canas pero estás muy apuesto, abuelo. ¿Te has echado novia?

La Reina rió llegando hasta ellos. —Duque, qué ocurrencias tiene su nieta.

El Duque hizo una reverencia. —Majestad...

—Me alegra muchísimo verle, Duque. Supongo que le han llegado noticias sobre la llegada de su querida nieta y no ha podido resistirse.

Su abuelo la miró confundido. —Es que hacía tiempo que no la veía, mi Reina. ¿Todo bien? —preguntó dudoso haciendo reír a la nieta de nuevo.

—Su nieta es más que encantadora. —La miró fijamente. —Tiene unos atributos que no tiene ninguna dama de esta ciudad. Felicidades, Duque. Apóyela en todo y quiérala por lo que es. —Su abuelo asintió. —Espero verles muy pronto. —Se volvió confundida y le hizo un gesto a uno de sus asesores. —¿Cuándo es el baile anual?

—En tres semanas, majestad.

—¡Perfecto para presentarla en sociedad! Será mi invitada de honor.

El Duque estaba atónito. —Es un honor, majestad.

La Reina miró su vestido rojo totalmente inapropiado para una joven de su edad y soltera, además. —Querida, ¿Qué tal si le hace una visita a Madame Blanchard? Es una modista maravillosa. Seguro que le encuentra... algo apropiado con su explosiva personalidad. —Cogió su barbilla elevando su rostro. —No queremos que pierda su esencia, ¿verdad? —Sonrió antes de pasar ante ellos y el Duque se agachó a su paso mientras Britannia pensaba en cómo se le había liado la vida en cinco minutos. Su abuelo la cogió de la

muñeca tirando de ella hacia abajo y se agachó a regañadientes.

En cuanto pasó toda su corte el Duque se incorporó y furioso siseó tirando de su brazo —Niña... te juro que ahora mismo te estrangularía.

—Abuelo, no me regañes que el plan se ha ido a la mierda.

—Esa boca.

Gruñó siguiéndole y bajaron las escaleras ágilmente. Las damas seguían allí sentadas y no salieron de su asombro cuando la vieron llegar al hall. Ella sonrió diciendo —Qué graciosa, su majestad. Mira que recibirme de esa manera. La próxima vez seré yo la que le gaste una broma.

Dejaron caer la mandíbula mientras salía. En el exterior su carruaje esperaba y Robert que estaba en el pescante suspiró del alivio al verla sana y salva. Cuando se enterara de la verdad no pondría esa cara. Pero su abuelo tiró de ella hasta el carruaje del Duque. —Sube.

—Abuelo... tengo mucho que hacer y...

—¡Sube te digo!

—¿Qué tal si luego voy a verte y cenamos?

—¡Sube Britannia!

Gruñó subiendo al carruaje de un salto y sin ayuda. —Mira, te hago caso porque no te dé un jamacuco y te me quedes en el sitio porque ese corazón no está para muchos trotes.

—¡Está perfectamente! —gritó sentándose ante ella—. Teniendo una nieta como tú tengo que estar como un toro. ¡No viniste en navidades!

—Tienes que entenderlo. Debía vengar a padre. He estado muy ocupada siguiendo a esa serpiente. —Apretó los puños porque ahora tendría que esperar al menos un año más.

—¡Sí, ya me ha dicho Christopher todo lo que ha ocurrido! ¡Cómo se te ocurre presentarte ante la Reina después de lo que se te acusaba! ¿Es que estás loca?

—Eso está arreglado, abuelo. —Le miró a los ojos. —¿Qué pasó en la casa de campo?

—¡Qué he perdido la mitad de mi casa! ¡Eso ha pasado! Fue intencionado y como esa noche un pescador vio un barco en la zona me dio el aviso. ¡Supe enseguida que tú tenías algo que ver en el asunto! Por eso te escribí diciéndote que vinieras de inmediato. —Gruñó furioso. —Pero no, la niña no viene porque su abuelo la reclame... viene porque le sigue la pista a esa rata que está en Londres.

Le miró con los ojos como platos. —¿Sabes dónde está?

—¡Se aloja en palacio, Britannia! ¡La Reina quería protegerle de ti si aparecías y lo has hecho! ¡Y después de haberle robado dos barcos a su majestad! ¡Esa noticia corre por Londres desde hace una semana!

—Oh, ¿lo sabía? Vaya, y yo pensando que le había dado una sorpresa. Es que tuvimos que detenernos para recoger provisiones. De repente mi armada se multiplicó por tres. —Soltó una risita. —Pero le ha gustado que se los haya devuelto. Lo sé.

Su abuelo levantó sus cejas canosas. —Muy bien. Cuéntamelo.

—¿El qué?

—Lo que te ha ordenado la Reina. Si no quisiera algo de ti, en este momento irías camino al patíbulo.

—¡Yo no maté a esa gente!

—Pero has dejado en ridículo a la armada inglesa, Britannia. La Reina no te lo hubiera perdonado si no quisiera algo de ti. —Chasqueó la lengua cruzándose de brazos y miró por la ventanilla. —Lo sabía.

—No puedo hablar de ello. Y si te lo contara no te iba a gustar...

—Teniendo en cuenta que tu modo de vida no me gusta desde que naciste, dudo que algo me pueda escandalizar ahora. Me voy a enterar igual. Lo sabes. ¡Habla de una vez!

Le miró fijamente a sus ojos castaños. —Quiere que sustituya a Sterling como rey de los bajos fondos.

Su abuelo palideció. —Dios mío. Vas a morir.

—Qué va. Él quiere dejarlo. Algo de la familia o yo que sé.

—¡No digas tonterías, Britannia! ¡Puede que seas una pirata muy temida en los mares, pero aquí eres una recién llegada! No les conoces. Se tirarán sobre ti como buitres para ocupar tu puesto.

—Bueno... es que para eso está la segunda parte del plan.

—¡Suéltalo de una vez!

—La Reina quiere que me case.

Su abuelo suspiró del alivio. —Tengo unos candidatos idóneos para ti y...

—Con la mano derecha de Sterling.

El Duque de Branstong dejó caer la mandíbula con los ojos como platos. Britannia pasó la mano por delante de los ojos que no se movieron en absoluto. Chasqueó la lengua. —¿Te ha dado un repente? ¿Abuelo?

—¡Esto es inaudito! —gritó de repente sobresaltándola—. ¡Eres nieta de un Duque con un linaje que se remonta al Conquistador!

Ella asintió mordiéndose el interior de la mejilla. —Creo que eso a la Reina no le impresiona demasiado.

—Es... es...

—¿Cómo es, abuelo? —preguntó interesada.

—¡Un ladrón y un asesino! —Fuera de sí levantó los puños apretándolos con fuerza. —¡Es quien se encarga de toda la escoria de esta

ciudad y de varios nobles disolutos que no pagan sus deudas!

—Bueno, es su trabajo, ¿no? —preguntó sin verlo tan mal como él—.

¿Es atractivo?

La miró como si estuviera loca. —¿Es un sádico!

—Sí, ¿pero es agradable de ver?

—¿Es una montaña con muy mala uva, niña! ¡No le durarías ni cinco minutos! Éste es capaz de despacharte para quedarse con todo.

Suspiró mirando por la ventanilla pensando en eso. —Igual por eso quiere que le enamore.

—¿Que le qué? ¡A Coleman no vas a enamorarle, Britannia! ¡Tiene a las meretrices más hermosas de Londres trabajando para él! ¡Seguro que las ha probado a todas!

—¿Tú crees? —preguntó sin sonrojarse—. Vaya, eso complica las cosas. Esas mujeres son expertas en el arte de la seducción.

—¿Y por qué tienes que plegarte a los deseos de la Reina si puede saberse?

—Bueno... supongo que mis delitos tienen algo que ver, pero la razón principal para que tenga que soportar a ese hombre es Félix.

Su abuelo entrecerró los ojos. —¿Félix?

Le miró fríamente a los ojos. —Juré matarle, abuelo. La Reina va a

retenerlo para que cumpla con sus planes. Me lo entregará cuando dé a luz a mi primer hijo y después me iré de nuevo.

Su abuelo se echó a reír a carcajadas. —¡Abuelo!

—Llevo años intentando encontrar la manera de retenerte y la Reina lo ha conseguido por mí. —Sonrió malicioso. —No regresarás a tu vida, querida. Si la Reina te ha metido en esto, es porque te necesita desesperadamente. Hará lo que sea para retenerte y ha puesto un plazo de un hijo mientras piensa en cómo solucionar el resto de tu vida aquí. Si haces bien lo que te ha encomendado, tendrás que quedarte. Si no cumples con su cometido, te matará para dar una lección a todos los que quieran contradecirla. Ya buscará la razón. Es la Reina, puede hacer lo que le venga en gana como hoy. Te ha exonerado porque te necesita, pero puede volver a culparte cuando le convenga y enviarte al patíbulo.

—No me asusta la Reina. —Se cruzó de brazos. —En este momento me preocupa otra persona. Abuelo, ¿cómo se seduce a un hombre?

Su abuelo se sonrojó con fuerza. —¡Niña, eso no se pregunta y menos a tu abuelo!

—¿No? Con padre hablaba de todo.

—¡Pues habérselo preguntado a él!

—¡Tú ahora cumples su función y debes despejarme estas dudas!

¡Cómo se seduce a un hombre! —le gritó a la cara.

—Gritándole no. Te lo aseguro.

Frunció el ceño. —¿No? Pues algunos marineros me ponen ojitos cuando les grito desgañitada.

El Duque puso los ojos en blanco. —Niña, lo tienes muy difícil. Y más con tu reputación.

—¿Mi reputación? —preguntó indignada—. ¡Soy pirata!

—¡Por eso! ¡Puedes conquistar a hombres sin carácter, pero un hombre como Coleman no querrá competir con su mujer! ¡Él es el jefe!

—Ah, no. Ya lo discutiremos. La jefa soy yo. Aunque él no lo sepa. — Su abuelo la miró sin comprender y le hizo un gesto con la mano. —Algo del orgullo de los hombres, por eso no puedo decirle el plan de la Reina.

—¡Pues lo que yo te digo! ¡Un hombre como él está acostumbrado a mandar! ¡Y tú eres muy mandona!

—¡Porque soy la jefa! —Su abuelo levantó las manos como pidiendo ayuda y siseó —Lo voy a conseguir. Si tengo que casarme con ese tipo para llegar a Félix sin que mi tripulación sufra las consecuencias, lo haré.

—Eso y que te juegas la horca.

—Eso también. Aunque no me preocupaba demasiado.

—Que no le preocupaba... —Se pasó la mano por la frente como si

estuviera agotado y ella le miró con pena. —¿Te he disgustado? Pues ahora voy a vivir aquí y me temo que lo haré a menudo, abuelo. Pero tranquilo que solo será un año. Si le conquisto, claro. Bah, pero seguro que no será muy difícil. —Se detuvieron ante la casa del Duque en la ciudad y un lacayo abrió la puerta. —Uy, ya hemos llegado. Vamos, que estoy hambrienta. Tengo que tener energías para conquistar a mi hombre.

Capítulo 3

Robert y Christopher, vestidos como auténticos caballeros, la miraron con los ojos como platos sentados en el sofá del salón de su abuelo antes de mirarse entre ellos y echarse a reír a carcajadas.

El Duque reprimió la risa al ver su reacción y Britannia le fulminó con la mirada. —Te lo dije.

—¿Qué ocurre? —Miró a sus hombres. —¿Qué os hace tanta gracia?

—Es que ella no le conoce —dijo Christopher dándole un codazo a Robert que intentó recomponerse. —Verás, niña... —Se levantó de golpe. —¿Ves como no era buena idea ir a ver a la Reina? ¡Ahora sí que se ha liado todo!

—¡Y dale con lo mismo! ¡Tenía que hacer que me perdonara para llegar a Félix, que por cierto está en palacio!

—¡No vas a conseguir lo que ella te propone, Britannia! Coleman es...

—¿Le conocéis? —preguntó con asombro—. ¿De qué?

—Todo el mundo conoce a Coleman, Britannia. Mientras visitas a tu

abuelo, nosotros nos quedamos en Londres. Por supuesto que le conocemos — dijo Robert—. Es el hombre de confianza de Sterling desde hace unos años y se encarga de... —Tomó aire. —Arreglar sus asuntos. Liquidarlos más bien.

—¿Y?

—Es un hombre de mundo.

—¿Y yo una mujer de mundo!

—Pero sus mujeres son... muy...

—¿Son putas, Robert! ¡No soy tonta!

—No, no son putas. Son la flor y nata de las mujeres de la vida, cielo —dijo Christopher sentándose de nuevo—. Lo mejor de lo mejor. Dirige el club más importante de la ciudad y si ninguna de esas ha conseguido conquistarle, y te aseguro que lo intentarían porque es un diamante en bruto, tú no lo vas a conseguir.

Britannia puso las manos en jarras y de repente sonrió. —Un diamante en bruto, ¿eh? Pues para bruta yo. —Los tres se miraron exasperados. —Bah, no os preocupéis demasiado. Algo se me ocurrirá. De momento esta noche voy a conocerle. ¿Tiene un club?

—De caballeros, Britannia. Es de Sterling, pero lo dirige él ahora — dijo su abuelo escandalizado.

—Te aseguro que he estado en sitios peores, abuelo. —El Duque gruñó

yendo hacia el mueble bar y se sirvió un coñac. Ella le miró divertida. —
Abuelo, ¿has estado alguna vez?

Se sonrojó con fuerza girándose de golpe. —¿Cómo?

—¿Conoces el club? —Christopher se levantó y sirvió copas para todos. Le dio una a Britannia y su abuelo a punto estuvo de decir algo, pero se reprimió. —¿Abuelo? —preguntó después de beber un buen trago.

—Claro que lo conoce, niña. Lo conoce cualquier caballero y si es viudo con más razón.

—¡Estupendo! Iré contigo esta noche. —Miró a los chicos. —¿Queréis acompañarnos? —Sus hombres asintieron vehementes. —¡Qué divertido! ¡Voy a conocer a mi marido! —Se bebió la copa de golpe dejándola en la mesa de centro. —Voy a ver que me pongo. —Como una niña salió del salón mientras que los tres la miraban con asombro porque jamás le había preocupado su aspecto.

El Duque preguntó asombrado —¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—Pero si ni le conoce —dijo Robert sin salir de su asombro.

—Pero ya le admira. Si es la mano derecha de Sterling es porque es leal y debe ser muy trabajador, además de valiente. Para ella no hay nada que pueda admirar más. Son las únicas cualidades que importan en un hombre. Su padre se lo ha dicho hasta la saciedad. Y eso que no le ha visto. —Christopher

sonrió. —Vamos a tener que ayudarla un poco. No es muy diestra diciéndole a un hombre lo que necesita oír.

Los tres hicieron una mueca y el Duque miró su copa pensativo. —Mi niña no podía casarse con alguien como yo, ¿verdad? —Los dos le miraron sin saber qué decir y él suspiró. —No, claro que no. Se moriría de aburrimiento en dos meses. Si a mí solo me soporta uno al año.

—Su nieta le adora, Duque. Pero la vida en el mar al lado de su padre la amaba más.

El abuelo sonrió con tristeza. —Ahora tenemos que cambiar un amor por otro. Espero que ese amor por Coleman crezca lo suficiente para dejar la piratería.

Sus hombres se miraron con pena. —Se ha acabado esta etapa. Al parecer nos quedamos en tierra, amigo —dijo Robert—. ¿Estás preparado después de estar toda tu vida en la mar?

—Ya ha llegado el momento. ¿Y tú?

—¿Una vida sin Britannia? Después de diecinueve años ya no podría vivir sin sus locuras. Además, seguro que aquí nos divertiremos también.

Cristopher se echó a reír. —Estoy seguro.

—¡Robert! ¡No tengo que ponerme! ¡Vete a robar algo!

El carruaje se detuvo ante la puerta del club de Sterling y ella hizo una mueca. —No tiene pinta de antro —dijo mirando al hombre vestido con un traje de noche negro que estaba en la puerta.

—Es un club de categoría, cielo —dijo su abuelo algo nervioso—. ¿Seguro que tengo que ir contigo?

—Claro que sí. Así me presentarás a algún conocido. Seguro que conoces a alguien.

En la oscuridad del carruaje no vio cómo su abuelo se sonrojaba, pero sus hombres sonrieron maliciosos. —Eso, Duque. Preséntenos a sus conocidos —dijo Robert con cachondeo.

Britannia sin ser consciente de sus comentarios porque se moría de la impaciencia de ver a su futuro marido, le hizo un gesto a Christopher para que saliera y lo hizo de inmediato para cogerle la mano y ayudarla a bajar mostrando el vestido azul con encajes negros que Robert había robado en la casa de al lado a la de su abuelo con otros cinco más. Al menos le valía. Sonrió a su abuelo cuando descendió y pasó su brazo, pero al ver que sudaba le miró confusa. —No debes preocuparte, abuelo. No te va a pasar nada. Yo te cuido.

—No, si no es eso. Aquí estaremos más seguros que en todo Londres.

Sonrió radiante. —Entonces no tendría que haberme armado. Tenías que habérmelo dicho antes, abuelo.

Subieron los escalones y el de la puerta la abrió de inmediato. — Hostia, Duque. No le esperaba esta noche. Bienvenido.

—Gracias, Bert —dijo con voz grave.

—¿Sabes su nombre?

—Por cierto, no deje que Daisy se vuelva a subir a la mesa para quitarse el vestido. Rayó con los zapatos la mesa de Coleman y la han tenido que sustituir. Se la cargará en la cuenta, Duque. —Se echó a reír. —¡Menuda juerga la de ayer!

Asombrada miró a su abuelo. —¿Ayer?

—No te pongas celosa, preciosa.

Britannia se tensó. —¿Qué me has llamado?

Bert perdió la sonrisa poco a poco mientras sus hombres se tensaban. Él carraspeó confundido. —Que disfruten de la velada, señores.

—Eso pensaba.

Levantó la barbilla pasando ante él como una Reina y el Duque le hizo un gesto. —Luego te explico, Bert.

—Supongo que me enteraré tarde o temprano, Duque.

Britannia entró en el hall y parpadeó al ver a dos mujeres que bajaban por las escaleras riendo en ropa interior, sujetas del brazo de un caballero con el lazo de alrededor del cuello sin anudar y media camisa abierta. Chasqueó la lengua apreciando el gusto en la decoración de estilo francés y al escuchar risas en un salón donde se oía música de fondo, caminó hacia allí deteniéndose en el vano de la puerta doble. La imagen no la sorprendió porque había mujeres muy llamativas vestidas de distintas maneras hablando con hombres que se notaba que eran de buena posición mientras los camareros rellenaban las copas de champán. El salón era enorme. Había mesas donde algunos hombres jugaban a las cartas, pero también había sofás.

Sus hombres se detuvieron tras ella mientras analizaba la situación. ¿Alguno de esos sería Coleman? Un hombre miró hacia ella y perdió la sonrisa de golpe. Su amigo que hablaba con él giró la cabeza y abrió la boca asombrado. Se fue haciendo el silencio en el salón poco a poco al verla y varios se levantaron. Britannia sonrió con ironía. —Por favor señores, continúen con lo que estaban haciendo. He venido a divertirme no a matar a nadie. —Dio un paso al frente y caminó entre ellos acercándose a una mesa de juego. Miró las cartas de uno de ellos y levantó una ceja pelirroja. —Amigo, si quiere ganar le aconsejo que se descarte. —Miró la fortuna que había en la mesa. —Y se lo aconsejo ya.

El que tenía en frente carraspeó. —No debería darle consejos.

—Oh... —Se acercó a él y miró sus cartas. —A ti te aconsejo lo mismo. No te pongas celoso. —Le guiñó un ojo incorporándose y se quitó la estola de piel mostrando su generoso pecho. —¡Un ron! ¡Voy a enseñar a estos ingleses cómo jugamos al otro lado del mar!

Todos se relajaron y varios la observaron con admiración. —¡Por Dios Britannia! —Miró hacia la puerta para ver al mismísimo Sterling que se había quedado de piedra mirándola con sus ojos negros como platos. A pesar de pasar de los cincuenta seguía siendo muy atractivo e iba vestido con un impecable traje de noche negro que aún le hacía gallardo a los ojos de cualquier dama. Sonrió ampliamente acercándose a su anfitrión. —¿Qué rayos haces aquí?

Se echó a reír y se acercó a él para abrazarle. —Hola guapo. —Le guiñó un ojo y susurró —¿Has hablado con la Reina? —Negó con la cabeza imperceptiblemente mirándola a los ojos. —Ah, entonces no puedo decirte nada de momento.

—¿Tiene que ver con lo que creo?

Sonrió de oreja a oreja. —¿Tú qué crees?

—¡Diablos, ya era hora! —Se echó a reír abrazándola. —Lo harás muy bien. —La cogió por los hombros para apartarla. —Pero...

—Con ayuda, Jack. Con ayuda.

El amigo de su padre apretó los labios y dándose cuenta de que todos les miraban susurró —Hablaemos en unos minutos. —Miró al Duque y sonrió. —Me alegro de verle de nuevo.

—¿No te habías retirado, Sterling? —preguntó su abuelo afable dándole la mano.

—Eso es imposible del todo. De momento. ¡Champán y ron para mis invitados! Que no le falte de nada a la mujer más temible de los mares. —La cogió por la cintura apartándola. —Ya me parecía extraño que la Reina te perdonara, aunque yo nunca creí que hubieras hecho esa atrocidad de la que te acusaban.

—Ella tampoco lo creía, pero al parecer la acusación le vino de perlas.

Sterling entrecerró los ojos. —Así que te ha presionado. Y supongo que la llegada de Félix ha tenido que ver.

—Le ha escondido en palacio para que no pueda tocarle y obligarme a esto.

—No, cielo. Lo ha escondido en palacio para que yo no pueda tocarle. Y por si me arriesgo a contradecirla, piensa trasladarle a la Torre de Londres de inmediato según tengo entendido. Con todo un ejercito cubriendo las espaldas a ese cabrón.

Eso le encajaba mejor y sonrió. —Gracias por intentarlo, Jack.

—Siento no haberlo conseguido. Coleman está furioso porque se le escapó entre los dedos. —Las cejas de Britannia se elevaron y Jack entrecerró los ojos. Vio como su amigo comprendía. —Entiendo.

—No debe saber nada. No sé qué del orgullo masculino. Me lo han intentado explicar, pero no lo entiendo.

—Cumples todos los requisitos que quería su majestad y más aún porque no te escandalizarías de nada que hiciera tu marido. Entiendo lo que ha empujado a la Reina a hacer esto, porque eres perfecta. Formaréis un equipo formidable.

—¿Pero?

—Pero la Reina tiene razón. Su orgullo le puede. —Sonrió con tristeza. —Supongo que como a todos los que son como nosotros. —Britannia asintió. —Es mejor que no sepa nada.

—Pero si me rechaza...

Jack sonrió divertido. —¿A ti? ¿Con lo dura que eres? Durante años he oído cosas increíbles de ti. Tu padre estaría muy orgulloso antes de morir. Has superado cualquier expectativa.

—Solo me queda una cosa por hacer para quedar en paz y hasta que no la consiga pienso hacer lo que sea.

—¿Cuándo le soltará?

—En cuanto le dé un hijo.

Jack asintió mirándola a los ojos. —Espero que después te quedes, Britannia.

—Eso ya lo veremos. De todas maneras, ya estará afianzado en su puesto.

—No me gustaría que su esposa desapareciera como la mía, Britannia. Le tengo mucho aprecio. Es como un hijo para mí.

—Yo no quiero hacerle daño. Pero un juramento es un juramento. Y tú me entiendes mejor que nadie porque la palabra de Sterling es ley.

Su amigo tomó aire y sonrió. —¿Me admites un consejo?

—Los que sean pues vienen de ti.

—Sé como eres. No hay nada que odie más que la falsedad

—Entiendo. —Pensó en ello. —Si se enterara de la verdad me odiaría.

—Pero si queremos conseguir nuestro objetivo, eso no se puede evitar. Te ayudaré en lo que pueda.

Britannia sonrió. —Gracias. No sabes cómo te lo agradezco. —Miró a su alrededor. —¿Quién es?

Sterling se echó a reír a carcajadas. —Tranquila que cuando llegue te

darás cuenta. Está haciendo un encargo para mí, pero no puede tardar. Ya sabes, un aristócrata muerto de hambre que no quiere pagar sus deudas.

—Menudo descaro —dijo indignada—. Espero que le parta las piernas.

Jack asintió. —Perfecta. La Reina tiene mucho ojo.

—¡Vamos señores, no tengo toda la noche! —protestó ella sentada a la mesa con las cartas en la mano—. Suelten el dinero, que necesito una casa en Londres.

—Niña, ¿y la mía? —preguntó su abuelo divertido de pie a su lado.

Levantó la cabeza mirándole con cariño. —Es para cuando me case, abuelo.

—Oh, por supuesto.

—¿Va a casarse, Britannia? —preguntó uno de los hombres que la observaban mientras una prostituta le acariciaba el pecho seductora.

—Si consigo el hombre apropiado... No me vales, así que olvídate. —
Miró sus cartas de nuevo mientras todos se reían.

—¿Por qué? ¡Soy Conde!

—Como si eres el príncipe de Gales, hermoso. No soportaría ver esa cara en travesía y al final te tiraría por la borda.

Todos rieron incluido él y Britannia dejó las cartas sobre la mesa. — Escalera de color.

Los hombres soltaron sus cartas mientras ella reía llevando sus manos a las ganancias. —¡Abuelo, ya tengo media casa!

—Sí, querida. En cuatro días ningún incauto querrá jugar contigo.

—Claro que sí. —Miró a los hombres que estaban a punto de levantarse y preguntó indignada —¿No me dejarán ahora? —Se sentaron de nuevo a regañadientes y Britannia sonrió encantada. —¿Ves, abuelo? No pueden rechazarme.

—Es que es encantadora, milady —dijo el que tenía sentado a su lado sudando profusamente de los nervios.

En ese momento entró en la sala un hombre enorme de cabello castaño y ojos color miel que miró a su alrededor con una autoridad que le provocó un vuelco al corazón. Sin ningún disimulo le observó de arriba abajo. Su traje de noche le quedaba perfecto y el nudo de su pañuelo estaba impecablemente anudado. Se notaba que cuidaba mucho su aspecto y era lógico cuando había aprendido de Sterling. Pero lo que le llamó la atención era la autoridad que emitía su presencia. Debía ser su estatura y su fuerza que superaban con creces

a Sterling y eso la provocó de una manera que quiso conocerle de inmediato.

—Tú —dijo él acercándose en dos zancadas a un hombre que estaba en el sofá sentado al lado de una prostituta—. ¿No te he dicho que ya no tienes crédito? ¡Puede que tu padre sea Conde, pero si no cubre tus deudas no puedes entrar! —Le agarró por la pechera y le tiró contra la puerta haciéndole resbalar por el mármol del suelo hasta llegar a dos hombres. Uno de ellos era Bert. —Sacadle de aquí. Me tiene hartó.

Suspiró encantada dándose cuenta de lo que fallaba con su hombre. No tenía ningún tacto porque había dejado a ese patán en ridículo ante sus iguales de juergas y ahora esa cuenta no se cobraría fácilmente a no ser que hubiera huesos rotos de por medio. No es que ella tuviera mucho tacto, pero igual lo hubiera hecho de otra manera.

Los ojos de su futuro marido recayeron en su mesa pasando de largo antes de regresar de golpe hasta los suyos y fruncir el ceño como si no le gustara lo que veía, pero a Britannia la incendió de arriba abajo. Vaya si sería su marido, porque no podía dejar que ese hombre se le escapara. Se levantó de su silla dejando a todos sin saber qué hacer mientras sus compañeros de mesa suspiraban del alivio. Caminó hacia él con una sonrisa en el rostro aparentando que no estaba asustada y él frunció el ceño aún más antes de decir con voz grave —Sube a la habitación tres y espera allí. Desnuda.

¿Ya estaba? Su corazón saltó en su pecho. Dudó en si decirle que no,

¿pero para qué perder el tiempo? Eso no iba con ella. Amplió su sonrisa. — Como quieras. —Caminó saliendo del salón y él se volvió para observarla como todos los demás.

El Duque hizo una mueca mirando a Christopher, que se encogió de hombros mientras los demás volvían a hacer caso a las prostitutas que estaban encantadas de volver a captar la atención de los clientes.

—¿Debemos hacer algo? —preguntó Robert.

—¿No veníamos a esto? —Christopher miró a Coleman que hablaba con un hombre de posición que había estado solo sentado a una mesa.

El Duque palideció. —Oh, Dios mío. Chicos, creo que no es lo que suponíamos.

El hombre se levantó con una sonrisa satisfecha en el rostro y le dio una palmada a Coleman en la espalda antes de salir del salón.

—Joder, van a rodar cabezas —dijo Robert al ver que Coleman se sentaba con una rubia a una mesa. Ésta le dio un beso en la mejilla antes de acariciar su cuello como si le perteneciera. —Joder. —Miró nervioso a Christopher.

El grito en el piso de arriba les hizo mirar hacia el techo antes de que Coleman saliera corriendo para ver al Barón rodando escaleras abajo, mientras Britannia en ropa interior y el cabello suelto hasta la cintura miraba

al hombre con odio mostrando el puñal que tenía en la mano.

—¡Vuelve a tocarme y te corto los huevos, cabrón! —gritó ella furiosa mientras todos en el hall con la boca abierta miraban a esa furia de ojos azules. En ese momento nadie dudaría de quien era porque sus ojos pedían sangre.

Britannia miró a Coleman y le señaló con el cuchillo. —¡Tú! ¿Le has enviado a la habitación?

—Sí. ¿Acaso no eres una puta?

Sterling llegó en ese momento y gimió al ver al Barón en el suelo medio inconsciente. —Britannia, ¿qué has hecho?

—¡Darle su merecido! —Levantó la barbilla y bajó las escaleras sacando el arma que tenía en la liga y al llegar abajo le pegó una patada al Barón en el costado antes de llegar a Coleman y ponerle la pistola bajo la barbilla. —A mí nadie me ridiculiza. Vuelve a hacerlo y te arrepentirás el resto de tu vida. ¡Christopher!

—¿Si capitana?

—Nos vamos. —Se apartó mirándole con odio antes de pegarle un rodillazo entre las piernas que le hizo gemir mientras esa pelirroja salía de allí en ropa interior sin importarle lo que pensarán los demás.

Sterling hizo una mueca y le dio una palmada en el hombro a su hombre

que se había puesto rojo de dolor. —Bueno, no ha ido mal. Sigues vivo, amigo. Eso es que le gustas.

Todos asintieron y él con la voz congestionada siseó —¿Quién es esa bruja?

—¿Todavía no te has dado cuenta? La furia de los mares.

Los tres miraron hacia arriba cuando escucharon algo estrellarse contra una pared. —Ya se ha despertado. Y eso que han pasado dos días —dijo Christopher antes de meterse unos huevos en la boca.

—La niña no está acostumbrada a que la rechacen —dijo Robert gimiendo por la resaca que tenía.

El Duque suspiró dejando el periódico sobre la mesa. —Es que ha sido una humillación para ella. No solo la rechazó, sino que envió a un cliente a la habitación.

En ese momento la vieron llegar aún con la ropa de dormir. El Duque suspiró porque al menos llevaba la bata. Forzó una sonrisa al ver que estaba furiosa. —Buenos días, cielo. Has dormido bien.

Gruñó haciendo que la doncella saliera corriendo hacia la cocina y parpadeó asombrada. —¿Qué le pasa a esa?

—Debe ser que ayer la echaste de la habitación de los pelos cuando te preguntó si querías la cena. —Su abuelo vio cómo se servía el desayuno. — Me alegro de que hayas recuperado el apetito.

—Esa rata...

En ese momento llamaron a la puerta y el mayordomo corrió a abrir. Britannia se volvió para ir hacia la mesa cuando vio que entraba Coleman con Sterling. —Jack, ¿qué haces aquí?

—Veníamos a disculparnos por lo que ocurrió la otra noche. —Miró de reojo a Coleman que muy serio no movía el gesto observándola como si quisiera matarla. —Fue un error imperdonable. Disculpe por irrumpir en su casa Duque, pero esperábamos que ayer acudieran al local y como no lo hicieron...

—No se disculpe. Teniendo en cuenta quien es mi nieta, en esta casa hemos prescindido de las normas sociales hace mucho. —Miró a su nieta de reojo que seguía mirando a Coleman como si quisiera tirarle el desayuno a la cara. —Querida, ¿no tienes nada que decir?

De repente ella levantó una de sus cejas pelirrojas haciendo que todo el servicio saliera corriendo. Coleman se tensó porque le miraba directamente a él. —Milady... siento el error.

—¿Lo sientes? —preguntó aparentando diversión dando un paso hacia

él.

Robert se levantó en el acto poniéndose tras el Duque que le miró asombrado sobre su hombro. —Póngase a cubierto, abuelo.

Coleman puso los brazos en jarras sin dejarse intimidar. —¿Puede que si no vistieras como una puta y estuvieras en un club de caballeros, no te hubiera confundido con una de ellas!

Eso la sacó de sus casillas y le lanzó el plato. Coleman se apartó por un pelo y miró hacia atrás como si nada para ver cómo se estrellaba sobre el suelo del hall.

—¡Enseguida lo recojo, milady! —gritó el mayordomo a lo lejos.

—¡Gusano! ¡Yo soy libre para ir a donde me plazca y vestirme como me venga en gana!

—¡Pues los demás son libres para tener la opinión que les convenga!

Jack dio una palmada sonriendo. —Bueno, como ya todo está arreglado... ¿Qué tal si vienen esta noche al club? Serán mis festejados de honor. —Se retaron con odio antes de mirar a Sterling. —Y Coleman será tu anfitrión para asegurarse de que todo va como debe. ¿Verdad Coleman?

—Sí, Jack —dijo con cachondeo—. Me aseguraré de que no le falte un amante esta noche para tenerla contenta.

Britannia se sonrojó de la rabia, pero la sinceridad que la

caracterizaba salió a la luz. —A mí no me vale cualquiera. Así que asegúrate de estar en esa cama desnudo cuando te requiera.

Coleman apretó las mandíbulas. —Antes de acabar en tu cama me corto el miembro, bruja.

Levantó las cejas divertida. —Entonces no me servirás de nada.

El Duque carraspeó, pero nadie le hizo ni caso mientras Coleman le gritaba a la cara. —¡Es que no tengo que servirte! Ni lo haré jamás.

—Eso no es del todo así, amigo —dijo Jack muy serio haciendo que su hombre le mirara sorprendido—. Britannia tiene un problema de seguridad y a partir de ahora te encargo su protección. Se lo debo a su padre.

—¿Y esos? —preguntó él con rabia señalando a sus hombres.

—No lo han hecho muy bien. Por eso Britannia está aquí. Pero tiene muchos enemigos que no dudarían en matarla. Uno de ellos en palacio, como sabes.

Sus hombres se mordieron la lengua gruñendo, pero no dijeron palabra porque todos sabían que Jack lo hacía para que pasaran más tiempo juntos.

—No me extraña nada que todo el que la conozca desee matarla —dijo él con desprecio.

—Seguro que a ti tus enemigos te adoran —ella sonrió radiante.

—Muy graciosa. —A Britannia se le cortó el aliento cuando miró sus

labios durante una décima de segundo. Coleman se volvió y salió de la casa dando un portazo.

Jack suspiró como si estuviera agotado. —Niña, es que no ayudas nada.

—¡Encima tengo que ayudar! ¡Me humilló! ¡A mí! —Le señaló con el dedo. —A otro...

—Lo sé, niña... pero él es especial.

—¡Por eso sigue vivo! —gritó a los cuatro vientos. Salió del comedor—. ¡Ya me ha fastidiado el desayuno! Que no irá a mi cama dice... ¡Este no sabe con quién está tratando!

En cuanto escucharon el portazo en el piso de arriba los cuatro se miraron. —Va a ser un poco más difícil de lo que me imaginaba —dijo el Duque.

—Qué va. —Christopher se sentó para seguir desayunando. —Ya casi está hecho.

Jack le miró asombrado. —¿De verdad?

—Sí. —Los demás que parecían incrédulos. —Al chico le gusta.

—¿Le gusta?

—Normal que le guste —dijo su abuelo indignado—. Mi nieta es preciosa.

—En cuanto terminen en la cama, asunto zanjado. Él no podrá resistirse más.

—¿Por qué? —preguntó Sterling sin salir de su asombro.

—Porque en cuanto se acueste con ella, la niña le considerará suyo si no lo cree ya y matará a cualquier mujer que se le acerque. Así que si quiere compartir lecho con una mujer...

—Tendrá que ser con ella —dijo Jack sonriendo de oreja a oreja antes de salir del comedor y gritar —¡Britannia!

Una puerta se abrió y ella mostró su cara. —¿Qué?

—¡Acércate muchacha!

A regañadientes se acercó a la barandilla con la barbilla en alto. — ¡Más te vale que acudas esta noche a la fiesta porque hay una mujer que le está rondando desde hace tiempo y debes hacer acto de presencia para que ni la mire! ¿Me has entendido?

—¿Una muchacha? —preguntó como si nada mirándose las uñas.

—Sí, se llama Amber. Es una rubia preciosa que no se le quita de encima. Recuerda tu misión antes de sacar ese carácter que le pone de los nervios, ¿quieres?

—Bueno, haré lo que pueda. —Chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —¿A qué hora debo estar allí?

—A medianoche. —Sterling se fue hacia la puerta. —Querida, vendrá una buena amiga en una hora. Hazle caso en todo. Ella sabe lo que hace.

—¿Sabe lo que hace sobre qué?

—Sobre todo, Britannia. Ella te enseñará lo que necesites saber.

Le vio salir de la casa y sus hombres salieron del comedor. —¿Qué ha querido decir?

—Creo que lo comprobarás enseguida —dijo Christopher—. Deberías desayunar para tener fuerzas.

Entrecerró los ojos. —Tienes razón. Ese no me va a quitar el apetito. —La escucharon susurrar —A esa rubia se le va a quedar el pelo blanco esta noche. ¡Dónde está mi desayuno! —gritó como si estuviera en el barco antes de entrar de nuevo en su habitación.

Capítulo 4

Se mordió el labio inferior pensando en todo lo que le había dicho Madame Blanchard sobre lo que había que hacer para conquistar a un hombre. Desde que había llegado a su habitación, la había mirado de arriba abajo y sin reprimirse le dijo —Puede que seas la mejor pirata de los mares, pero estás hecha un desastre, querida. Tenemos mucho trabajo por delante y no quiero una queja. Si la Reina de Inglaterra no se queja, tú mucho menos que reinas los mares. ¿Me has entendido?

Le divirtió su manera de hablarle y asintió. A partir de ahí le dio mil instrucciones y sus tres ayudantes la rodearon empezando a tocarla por todas partes. Nerviosa se tocó el recogido a un lado que le habían hecho dejando los tres rizos que le habían cortado cayendo sobre su hombro. Miró a su abuelo sentado ante ella y susurró —¿Estoy hermosa, abuelo?

—Jamás te he visto más bonita que en este momento, mi niña —dijo emocionado mirando su impresionante vestido blanco de noche con bordados dorados—. Si te viera tu madre...

—No sé lo que madre opinaría de mi vida.

—Estaría muy orgullosa.

Emocionada miró a su abuelo. —¿De verdad?

—Eres como una ola, cielo. Única e irrepetible. Estaría maravillada por la mujer en la que te has convertido y del papel que vas a desempeñar a partir de ahora.

—Eso si ese cafre me acepta. De momento no va muy bien.

—Pero tú no te darás por vencida. —El carruaje se detuvo y sus hombres se bajaron antes de que su abuelo se acercara dándole un beso en la mejilla. —No estés insegura, mi niña. Eres Britannia. Levanta la barbilla y sigue adelante.

Su abuelo se bajó del carruaje y ella se apretó las manos. ¿Qué diablos estaba haciendo? Él tenía razón. Nunca sentía miedo y no iba a dejar que esa situación la superara. No iba a dejar que Coleman la superara. Levantó la barbilla y cogió la mano de su abuelo antes de bajar del carruaje. La puerta se abrió y allí estaba su futuro marido guapísimo con su traje de noche mirándola como si fuera un auténtico desastre. Ocultó su decepción subiendo los escalones del brazo de su abuelo y sonrió a Coleman.

—Bienvenida al club, milady. ¿Lista para divertirse? —preguntó con ironía.

—No sabes cuánto. —Pasó ante él y se quitó la estola de piel

dádosela a un lacayo viendo lo animado que estaba el salón. —Cuanta gente.

—En cuanto se enteraron de que la fiesta era en tu honor casi se pegan por una invitación. —Coleman se acercó a ella mirándola de arriba abajo antes de que sus ojos llegaran a su escote de nuevo. —Aunque la mona se vista de seda... —dijo por lo bajo antes de sonreír mientras ella apretaba los puños con rabia—. ¿Me sigue, milady?

—Hoy has descuidado mi seguridad, querido.

—Es que no has salido de casa, querida —respondió con sorna antes de mirarla a los ojos—. Y para venir hasta aquí te ha seguido un coche. —Un camarero se les acercó con una bandeja de champán. —¿Gustas?

—Ron, si no es molestia —dijo muy seria porque estaba claro que no iba a dar su brazo a torcer.

—Para milady lo que pida. O casi.

Era evidente que quería dejar clara su posición de que no acabaría en su cama. Varios hombres la miraron con deseo y él levantó la vista divertido. —Al parecer esta noche tienes donde elegir. Que disfrutes de la fiesta.

De repente se vio rodeada de hombres que requerían su atención y abrumada miró a su alrededor para ver que él se acercaba a una mesa donde una rubia se levantó en el acto besándole en los labios. La sangre le hirvió, pero recordó las palabras de Madame Blanchard. —Ya sabe que te interesa y

que eres suya. Un error evidentemente, porque has dejado clara tu posición desde el principio y ahora estás en desventaja. Además él te ha rechazado públicamente porque todo el mundo sabe que esperabas que fuera él quien subiera a la habitación. Debes hacerle ver que no te interesa tanto y que cualquiera le sustituiría fácilmente. Eso dañará su orgullo y querrá dejarte claro a quién perteneces.

—¿Y la rubia?

—Ah, eso es lo que haría un hombre, querida. Enfrentarse a su rival a puñetazos, pero tú eres una mujer y debes ser más sutil. Si la pegaras ante todos, demostrarías a Coleman que estás enamorada de él y huirá de ti. Pero si en cambio pones tus ojos en otro y le molesta, es que vas por el camino adecuado. Ya sacaré él los puños por ti.

Volviendo al presente sonrió a los hombres que tenía a su alrededor agasajándola y miró a un guapísimo hombre de ojos negros que estaba ante ella. Cogió su mano y se presentó como el primogénito del Conde de Gatenby, Horace Madley.

—Un placer —dijo como toda una dama antes de sonreír maliciosa—. ¿Sabe jugar a las cartas?

Todos se echaron a reír y vio por el rabillo del ojo como Coleman fruncía el ceño viendo como cogía del brazo al hijo del Conde, que mirándola

maravillado la llevó hasta una mesa mientras todos la seguían como abejas a la miel.

Decidió divertirse y sus hombres se colocaron tras su silla apartando a empujones a varios invitados. Miró sobre su hombro a Robert y le hizo un gesto casi imperceptible. Su hombre sacó una saca de monedas de oro y ella soltó una risita. —Espero que no les importe, no sé dónde he metido las libras.

Todos se echaron a reír. —Se la disculpa, milady. Supongo que será uno de sus botines.

—Por supuesto. ¿No ve que son monedas de Italia?

Todos se echaron a reír de nuevo. —Debe contarnos cómo es su vida en el Tempestad, milady —dijo un hombre que tenía en frente mirándola con deseo. Vaya, al parecer Coleman no le hacía caso, pero tenía pretendientes de sobra.

—Bah, no me gusta hablar de mí. —Apoyó un codo sobre la mesa mirándole con picardía. —Además si se lo contara todo, igual pedían mi cabeza en algún otro sitio.

—¿En cuántos países quieren colgar ese delicioso cuello, milady?

—Oh, solo en dieciséis. Eran diecisiete, pero como sabrán la Reina se ha dado cuenta de que jamás haría algo en contra de mi querida Inglaterra.

—Como su nombre indica —dijo uno que estaba de pie mirándole el

escote.

—Exacto. No hay nadie más patriota que yo.

—¿Ya tiene pareja para el baile anual de la Reina? —preguntó Lord Madley ansioso.

—Veo que corren las noticias. —Soltó una risita. —Aún no lo he decidido.

—Si me tomara en cuenta...

—Madley, no debes presionarla de esa manera en público. Estas cosas se preguntan en privado —dijo el que tenía en frente molesto.

—Lo que ocurre es que no se te ocurrió pedírselo a ti, Blessing.

—Por supuesto que sí, pero tengo más decoro que tú.

—Señores, señores... —Se echó a reír coqueta. —No se peleen. No lo decidiré hasta más adelante. —Por el rabillo del ojo vio que Coleman le miraba tranquilamente sin perderse una palabra mientras aquella sobona no le quitaba las manos de encima. Parecía un pulpo. Cuando la pillara... Se volvió a fijar en sus acompañantes. —¿Empezamos la partida? Me gustaría aumentar mi fortuna. Espero que sepan jugar al póker.

—La otra noche dijo que buscaba marido. Le ofrezco mi mano, milady.

—Asombrada se giró para mirar al que estaba al lado de Christopher y le miró de arriba abajo. No es que fuera feo, es que era lo siguiente y divertida se

percató de que no debía tener ni su edad. —Vaya, ¿pero tienes edad para casarte?

Todos se echaron a reír mientras él se sonrojaba elevando la barbilla. —Por supuesto. Soy Barón. Conmigo viviría como una princesa.

—No, cielo. Yo soy una Reina. —Miró a Coleman a los ojos. —Y necesito un Rey. No me conformaré con menos.

Coleman se tensó enderezando la espalda y ella se echó a reír encantada.

—Pues reyes quedan pocos —dijo Blessing divertido.

—No crea. Reparta Lord Madley. Quiero la mejor casa de Londres, después de la de Sterling, por supuesto.

Todos se echaron a reír y empezaron a jugar. Desplumó a dos de ellos y antes de darse cuenta solo quedaban Blessing y ella. El dinero que había sobre la mesa haría temblar a cualquiera, pero ella no le daba importancia. Quizás porque tenía mucho. Pero Blessing empezó a sudar como un cerdo y Britannia pudo ver como empezaba a temblarle el párpado. Dejó sus cartas sobre la mesa boca abajo y apoyó los codos sobre la impecable superficie de madera cruzándolos dedos. —O cubre la apuesta o se retira, milord.

—Déjeme pensar.

—Por supuesto, piense lo que quiera. —Le hizo un gesto a un

camarero. —Niño, ¿dónde está mi ron?

—Enseguida, milady.

—Tiene nervios de acero, milady. Se juega mucho —dijo Madley con admiración.

—Me he jugado mucho más en otras ocasiones. La vida, por ejemplo.

—Me gustaría verla gobernar su barco, debe ser fascinante la vida que lleva.

—La vida de mi nieta es demasiado peculiar para cualquier caballero. Tiene que ser de una pasta especial —dijo el Duque insinuando que él no la tenía y que se estaba pasando de la raya.

—Oh, sí. Por supuesto.

Cogió el ron que le acababan de servir y miró a Blessing bebiéndoselo de golpe. —Milord, por mucho que mire las cartas no van a cambiar. —Él la miró con rabia. —¿Abandona? —Alargó la mano para recoger las ganancias y él la cogió por la muñeca. Coleman se levantó de golpe mientras sus hombres se tensaban, pero Britannia levantó la otra mano deteniéndoles en seco antes de decir fríamente —Suélteme si no quiere perder esa mano, milord.

La mirada de Blessing había pasado de la adoración al odio en apenas una hora y la soltó con rabia antes de arrastrar lo que le quedaba al montón. — Muéstreme sus cartas milady.

Britannia sonrió irónica y las volvió mostrando un póker de Reinas. Todos se echaron a reír mientras Blessing palidecía. —Su turno.

La miró a los ojos. —Tramposa.

Se tensó perdiendo la sonrisa de golpe. —¿Qué has dicho?

—¡Putra tramposa! —gritó perdiendo los nervios.

Britannia pegó una patada en el asiento de su silla que salió disparada hacia atrás haciéndole caer al suelo de espaldas mientras ella tiró la mesa a un lado con el cuchillo en la mano. —Repíte eso —dijo poniéndoles los pelos de punta mientras daba un paso hacia él.

Coleman entrecerró los ojos cruzándose de brazos y Blessing al ver que no pensaba hacer nada, pataleó hacia atrás hasta llegar a la pared. Al ver el atizador de la chimenea que tenía al lado, lo cogió con las dos manos mientras no se oía una mosca. Britannia chasqueó la lengua. —¿De verdad vas a atacarme con eso? —Se echó a reír y su puñal atravesó su muñeca de lado a lado dejando caer el atizador mientras él gritaba como un cerdo viendo la punta que salía por el interior de su brazo. Britannia le cogió de los pelos tirando de él para arrastrarlo hasta el centro del salón y arrancó el puñal de su mano antes de ponérselo bajo el ojo. —¿Crees que no soy capaz de destriparte aquí mismo? He matado a hombres mucho más valientes que tú. Solo te voy a dar una oportunidad porque creo que te has puesto nervioso y no quiero aguar

la fiesta.

—Lo siento, Britannia.

—No te he escuchado bien.

—¡Lo siento! —gritó muerto de miedo. Pasó el cuchillo por su mejilla y lo subió por la mandíbula hasta llegar a su oreja mientras temblaba de miedo —. Lo siento mucho, te lo juro.

—No me jures. Tú no eres un hombre del que me pueda fiar y menos en sus juramentos. Pero para que me recuerdes y recuerdes que tienes que aprender a perder, creo que voy a cortarte una oreja. —Le agarró del lóbulo y se lo cortó con un corte seco. Él chilló llevándose la mano a la oreja y su mano se llenó de sangre mientras le tiraba el pedazo de carne encima y limpiaba su daga sobre su camisa blanca dejando un rastro de sangre. — Recuerda esto para el futuro. Esta noche podrías haber perdido la vida. Nunca más vuelvas a cruzarte en mi camino.

Les hizo un gesto a sus hombres enderezándose y sonrió a su audiencia que la miraban entre la admiración y el asombro. Sonrió radiante. —¿Qué podemos hacer ahora?

—¿Qué tal una apuesta? —preguntó un joven emocionado—. Apuesto a que Lady Britannia es capaz de usar ese cuchillo de mil maneras y que puede darle a una moneda a treinta pasos.

Ella se echó a reír al ver que todos desembolsaban su dinero mientras sus hombres sacaban del salón a aquel desgraciado que se había puesto a llorar como un niño.

—Uy, no sé si eso se me está permitido. —Puso los brazos en jarras mirando a Coleman. —Igual te molestas si clavo un cuchillo en la pared por equivocación.

—Es tu fiesta.

Los hombres gritaron de alegría y vio como Coleman se sentaba de nuevo en su silla mientras aquella rubia la miraba con malicia antes de pasar un brazo por su pecho y besarle en el lóbulo de la oreja. Esa zorra estaba muerta.

Al final decidieron para alargar el juego que empezara a diez pasos de su objetivo y pusieron en la pared un pedazo de papel pegado con una resina que encontró uno de los lacayos.

Se echó a reír porque la mitad habían apostado contra ella. —Bueno, yo por supuesto apuesto por mí. —Todos se echaron a reír asintiendo. —Apuesto las ganancias de esa partida de póker que ha terminado tan desafortunadamente para él.

Los hombres aplaudieron porque era una fortuna que sus hombres se habían encargado de recoger y la pusieron sobre la mesa con todas las

apuestas que uno de los hombres de Coleman llevaba apuntadas en una hoja.

—Empecemos —dijo un hombre impaciente por cobrar, haciendo que varios se rieran.

Miró a Coleman de reajo que la observaba fríamente desde su asiento. Miró hacia el papel y tiró el cuchillo para girarlo en el aire y cogerlo por el filo. Les sonrió maliciosa y de lado sin mirar la pared, lo lanzó clavando el cuchillo en el centro del papel dejándolos a todos con la boca abierta. Coleman frunció el ceño apoyando los codos sobre las rodillas y le hizo un gesto a la rubia para que le dejara. La furcia hizo un mohín alejándose de él y Britannia se sintió estupendamente. Caminó diez pasos más mientras todos apostaban de nuevo emocionados. Para su sorpresa las apuestas a su favor descendieron, lo que demostraba que los hombres creían que no sería capaz. Aquellos estúpidos perdían el dinero a espuestas. No le extrañaba que Sterling fuera tan rico.

Esperó pacientemente a que terminaran cogiendo la daga por la punta y su abuelo se acercó levantando una ceja. —Apuesta lo que quieras, abuelo —susurró mirándole a los ojos—. Yo te indicaré cuando parar.

Sin decir una palabra se acercó al hombre de las apuestas y apostó al igual que sus hombres que ya se frotaban las manos. Se volvió hacia Coleman y preguntó divertida —¿No apuestas?

—Todavía no —dijo con voz grave excitándola solo con una mirada de esos ojos color miel—. ¿Te diviertes?

—He estado en mejores fiestas.

—Eso no lo dudo.

—Cuando quiera, milady —dijo Lord Madley encantado porque había recuperado lo que había perdido esa noche y más.

—Pues vamos allá. —Se volvió mirando el papel y sin dudar lanzó el cuchillo.

Varios gritaron de la alegría y ella entrecerró los ojos molesta porque se le había desviado un poco, aunque había dado en el blanco. Seguramente Coleman la había alterado y eso no podía suceder jamás. Rabiosa consigo misma cogió el puñal que le entregó Christopher que levantó una ceja. —Lo sé.

—No me defraudes. Ya sabes lo que opinaba tu padre de los errores.

Asintió antes de volverse y caminar otros diez pasos hasta quedar al lado de Coleman. —¿Qué opinaba tu padre de los errores, Britannia?

Le miró fijamente. —Cuando cometes un error, puedes perder la vida. Por eso los errores son imperdonables porque se arriesga demasiado.

—¿Y cómo te reprendía si cometías un error?

—Mi padre me amaba más que a nada y si lo hacía era por mi bien.

—Estoy seguro de ello. Pero tengo curiosidad.

Entrecerró sus ojos azules. —Hacía guardias.

—¿Guardias? —Levantó las cejas. —No me parece un castigo demasiado duro.

—Y no lo era.

—Mientes —siseó levantándose y acercando su cara a la suya—.

¿Dónde eran esas guardias?

Apretó los dientes mirando sus ojos. —En lo alto del palo mayor.

La miró sorprendido. —¿Te dejaba allí toda la noche?

Levantó la barbilla. —Te aseguro que después de una noche de tempestad aprendes a no cometer errores.

—¿Cuántos años tenías la primera vez?

—No insinúes que era un mal padre porque no lo era —siseó furiosa.

—¿Cuántos años tenías!

—Siete años.

La miró tan sorprendido que ella dijo con desprecio —Me hizo más fuerte y estoy segura de que tu vida tampoco ha sido fácil, así que ni te atrevas a sentir pena por mí.

—No siento pena por ti. —Se volvió a sentar observándola fríamente.

Sus palabras la confundieron y miró hacia el papel. Si no sentía pena,

¿qué sentía? ¿Desprecio? Ya no sabía qué pensar con ese hombre. Sin poder evitarlo tiró el cuchillo furiosa dando de lleno en el papel y los pocos que habían apostado por ella se felicitaron.

Se volvió mirando a los hombres. —Este juego me aburre.

Los hombres protestaron, pero ella no les hizo caso colocando la pierna sobre el asiento de una silla y levantando la falda para meter el cuchillo en su liga. Coleman apretó los labios mirando su pierna cubierta por la media bordada antes de mirar a los demás que tampoco habían perdido detalle. Dejó caer las faldas y sonrió, pero sin saber la razón quería largarse de allí. Su conversación sobre su padre la había dejado inquieta. —Bueno, no ha estado mal la fiesta. Ahora soy más rica que cuando llegué.

Varios se echaron a reír. —¿Pero no pensará en irse ahora, milady? —preguntó Madley acercándose—. La fiesta acaba de empezar.

—¿De veras? —Maliciosa miró a las prostitutas que parecían de lo más aburridas sentadas en los sofás. —Seguramente querrán compañía femenina, señores. Y Sterling tiene a lo mejor de lo mejor para divertirles. Buenas noches. —Se volvió sin mirar a Coleman y fue hacia la puerta seguida de los suyos que se pusieron tras ella para evitar que otro la siguiera importunando. Estaba poniéndose la estola cuando vio a Coleman en la puerta del salón.

Sonrió acercándose a él. —Dile a Jack que gracias por la fiesta. Siento no haberle visto para darle las gracias en persona.

—No le fue posible venir.

Chasqueó la lengua. —De todas maneras gracias.

Se volvió y Coleman la agarró por el brazo volviéndola. —¿Es cierto que buscas marido?

Su corazón saltó en su pecho y miró sus ojos. —¿Te estás ofreciendo?

—Solo era curiosidad por los comentarios que he escuchado.

Negó con la cabeza sonriendo encantada. —No busco marido porque ya lo he encontrado. —Coleman se tensó mientras se alejaba de él añadiendo —Buenas noches. —Iba a salir al exterior donde su carruaje ya la estaba esperando cuando se volvió. —Por cierto, mañana voy a salir a cabalgar en cuanto me levante. Te lo digo para que no tengas a tus hombres haciendo guardia toda la noche. Como acabas de comprobar, tengo mi puñal.

Salió descendiendo los escalones para llegar al coche donde Christopher esperaba para ayudarla a subir. En cuanto cerró la portezuela miró hacia el club y vio allí a Coleman observándola con una expresión dura en el rostro como si no le gustara lo que veía. Suspiró mirándose las manos y su abuelo puso su mano sobre ellas apretándoselas con cariño. —Debes estar cansada.

—¿Qué cansada y qué cansada? ¿Por qué no has despellejado a esa rubia? —preguntó Robert indignado—. Si alguien tocara algo de tu propiedad le destriparías, pero has dejado que te mirara como si fuera superior a ti, esa zorra.

—Seguía los consejos de Madame Blanchard y no sé si han funcionado —dijo confusa. Miró a sus hombres sentados frente a ella—. ¿Creéis que padre era duro conmigo? —Su abuelo se tensó, pero no dijo palabra.

Los chicos se miraron antes de responder —Sí. ¿A qué viene esa pregunta? Puede que fuera duro contigo, pero lo era para que fueras la mejor. Y lo eres.

—¿Lo soy?

—¿Qué coño te pasa? —preguntó Christopher atónito—. ¿Acaso lo dudas? ¡Te temen en todos los mares, joder! ¡Eres la mujer más dura que conozco! ¡Por eso la Reina te ha encomendado esta misión!

Miró hacia la ventanilla sintiéndose mal por dudar de la manera de educarla que tuvo su padre por una simple mirada de Coleman, cuando su padre lo había hecho para que sobreviviera en un mundo de hombres. Recordaba una conversación que había tenido con él después de su primer mes con su abuelo. Había vuelto como una princesita cargada de regalos y él se había sentado con ella en su camarote preguntándole si quería regresar con el

Duque. Le había dicho que no horrorizada y él se había echado a reír. Le había abrazado diciéndole que ella quería vivir con él y su padre le acarició la espalda susurrándole —Te he echado de menos, pececito.

—Y yo a ti, papá. ¿Harás de mí una pirata?

La apartó para mirarla a los ojos. —Haré de ti la mejor.

Sonrió radiante y le besó en la mejilla. Recordándolo apretó la mano de su abuelo. Su padre la había amado más que a nada y ella había aceptado esos castigos con orgullo y sin flaquear para convertirse en lo que era. Que por una mirada de Coleman dudara de su padre, le hizo sentirse muy mal y se preguntó qué rayos hacía allí y por qué ella seguía las instrucciones de la Reina cuando no la gobernaba nadie desde la muerte de su padre. Entrecerró los ojos y sus hombres se enderezaron sonriendo. —¿Qué estás pensando, capitana?

—Que este plan no me gusta. Eso pienso. Es hora de cambiarlo.

Apenas una hora después, veinte de sus hombres estaban ante la Torre de Londres en barcas en la ribera norte del Támesis y ella dirigiéndolos vestida de pirata con un pañuelo negro en la cabeza para cubrir sus rizos rojos, observaba agazapada la puerta donde había dos guardias. Robert

vestido de negro como todos se puso a su lado. —¿Estás segura de esto?

—No pienso esperar y no voy a dejar que la Reina me presione para manipular la vida para la que me he criado.

—Este sitio es enorme y no sabemos dónde está.

Ella giró la cabeza. —Claro que lo sabemos. La Reina solo ha podido alojarle en un sitio. La torre blanca que está en el centro de la fortificación. ¿Estamos seguros de que está ahí dentro? —Robert asintió. —Pues si yo le hubiera enviado ahí, le pondría en el sitio más seguro para que cierta pirata no se le ocurriera acercarse siquiera.

Robert miró hacia la puerta de estilo medieval que tenían ante ellos que en ese momento estaba cerrada. —¿Y cómo vamos a entrar?

Miró la fortificación y vio a un hombre caminando por el muro exterior. Sonrió maliciosa. —¿Qué? —preguntó Robert.

—Necesitamos al Tempestad. —Abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que quería decir. —Tienes una hora para traerlo hasta aquí y volar esa puerta mientras yo busco la manera de entrar. Haced todo el ruido que podáis.

—Quieres una distracción.

—Exacto. —Le hizo un gesto a Beacher que se acercó de inmediato agachándose para que no le vieran desde la torre. —Elige a los hombres más

ágiles para que nos sigan. Los demás os quedaréis aquí para cubrir nuestra retirada. Necesitaremos ganchos para trepar los muros.

—Entendido capitana.

Mientras Beacher señalaba a los más ágiles que iban a ir con ella y que se metieron en su barca, Robert se subió a otra con uno de sus hombres para alejarse pegados al muro del río y así no ser vistos. Ella agachada ante los seis hombres asintió porque eran los mejores. Beacher hacía muy buen trabajo y debería recompensarle en el futuro.

—¿Preparados? Nos pegamos al muro del oeste y escalamos. Sed sigilosos. Hasta que no llegue el Tempestad no deben saber que estamos dentro porque si no nos jugaremos el cuello. —Todos asintieron. —Es hora de vengar a mi padre y no podemos fallar. —Alargó la mano mostrando su puñal. —Fidelidad hasta la muerte.

Sus hombres sacaron sus puñales cruzando sus hojas y repitieron esa frase en voz baja cuando lo que deseaban era gritarla a los cuatro vientos. Alejaron algo la barca de la puerta principal mientras el resto de sus hombres se quedaron allí pegados al muro con las armas preparadas. Cuando se alejaron lo suficiente y vio que no había guardias observando, Britannia subió el muro de contención del río corriendo hacia la empalizada tan rápido como podía sin hacer ruido. Uno por uno fueron llegando todos sus hombres y nadie dio la alarma. Miró hacia arriba y Beacher deslizó en su mano la cuerda que

tenía un gancho al final hasta que casi rozó el suelo. Lo empezó a girar hasta que con fuerza lo tiró hacia arriba enganchándolo en el muro. Tiró de él cargando su peso para afianzarlo y le dio la cuerda asintiendo. Con su puñal en la boca empezó a subir apoyando los pies en la piedra. Cuando llegó arriba levantó la cabeza lentamente para mirar a su alrededor, pero no había guardias por ningún sitio. Saltó al muro y les hizo un gesto para que subieran. Dos ganchos se colocaron en el muro y sonrió agachada porque sus hombres no tardaron en subir. —Recogedlos. No queremos que sepan que estamos aquí.

Atravesó el pasillo para mirar el muro interior que tenía frente a ella. Ya era mala suerte de que allí se hubieran hecho dos murallas, pero tampoco era para tanto. Miró a su alrededor y dejó caer la mandíbula al ver unos largos tablones al lado de la puerta de una de las torres. No podían tener tanta suerte. Les hizo un gesto para que las cogieran y en silencio las pusieron sobre los muros de las murallas haciendo puentes. Un guardia pasó por la muralla interior y todos se agacharon. Britannia hizo una mueca por si veía las tablas. Aunque estaba algo lejos, se suponía que si estaba haciendo guardia llegaría hasta allí. Miró a Beacher a los ojos reteniendo el aliento y él siseó —Tendrás que matarle. Solo tú puedes hacerlo.

Ella echó un vistazo y vio que se acercaba mirando hacia abajo distraído con el fusil al hombro. Cogió una piedra y se dijo que ese era el tiro más importante de su vida. Lanzó la piedra con fuerza y le dio en la sien

provocando que cayera sobre el muro dejando caer el arma al suelo. Se quedaron en silencio por si alguien les había escuchado y ella les hizo un gesto para que no perdieran el tiempo. Pasaron por los tablones con agilidad y al llegar al otro lado señaló al soldado. —Traedlo.

—¿Qué vas a hacer?

—Acabo de convertirme en soldado de la Reina —susurró divertida haciéndoles reprimir la risa.

Dos minutos después se ponía el sombrero ocultando su largo cabello. Se puso el fusil al hombro y susurró —Colocad los ganchos.

El uniforme le quedaba algo grande, pero era lo que había. Sus hombres colocaron los ganchos y ella se deslizó por la cuerda primero. Caminó de un lado al otro del amplio patio para asegurarse de que no había vigilancia y ante la torre blanca les hizo un gesto para que bajaran. Miró hacia el edificio y se dijo que ya no podían escalar más. Ahora había que subir por el interior.

Se acercó a la torre viendo la escalera de madera que daba acceso al edificio. La puerta de entrada estaba en el primer piso. Su padre le había hablado de eso. En el pasado la escalera se retiraba en caso de ataque y los enemigos no podían acceder a la entrada debido a la altura. Menos mal que a nadie se le había ocurrido retirarla. Subió los escalones de madera y les hizo

un gesto a sus hombres para que esperaran porque no sabía lo que iba a encontrarse tras esa puerta.

Enderezó la espalda y abrió la puerta para ver al menos seis fusiles apuntándola. Levantó las manos lentamente y Beacher juró por lo bajo escuchando gritar desde dentro —¡No se mueva, Lady Britannia!

Ella giró la cabeza a un lado y le hizo un gesto a Beacher para que sacara a sus hombres de allí antes de decir —Tranquilo capitán. Solo venía de visita. —Al mirar de nuevo hacia donde estaban sus hombres suspiró de alivio porque ya no estaban allí.

El capitán pasó entre sus soldados y le quitó el fusil antes de cachearla para quitarle el puñal de la bota y la pistola que llevaba en el cinturón. — ¡Dese la vuelta! ¡Queda apresada en nombre de su majestad! —La agarró por el brazo pegándola a él para sisear —Seguro que se alegrará muchísimo de haber tenido razón.

—Seguro que sí. Buen hombre, debería masticar hoja de menta. Le apesta el aliento.

—¡Muévase! —Tiró de ella hacia la escalera y levantó una ceja al ver al menos a veinte soldados en el patio apuntándola.

Antes de darse cuenta apareció un carro de presos y la tiraron en su interior cerrando la puerta de golpe asegurándola con un candado. Se acercó a

los barrotes de la ventana de la puerta y el carro empezó a andar pasando bajo las murallas antes de salir al exterior. La puerta principal se cerró. El carro giró y vio a su barco y a sus hombres gritando que la habían apresado. Entonces escuchó disparos y juró por lo bajo tirando de los barrotes al ver caer a Beacher cuando corría hacia las barcas. Dejó caer la cabeza hacia adelante apoyando la frente en los fríos barrotes y suplicó mientras las lágrimas de rabia corrían por sus mejillas. —Ayúdame un poco, padre.

Capítulo 5

De pie ante el trono miraba fijamente el asiento vacío. Vestida de negro y desarmada la recorría la rabia sin saber qué le había ocurrido a su tripulación de la que era responsable. La puerta se abrió de golpe y miró hacia allí para ver a la Reina vestida con una bata blanca y dorada digna de una monarca. Ni se había recogido el cabello que caía hasta la cintura y sus ojos reflejaban que estaba furiosa. —¡Odio que me despierten en plena noche, Lady Britannia!

—Siento importunarla, Majestad.

—Déjate de historias. —Miró a la guardia y le hizo un gesto para que la dejara sola con ella. —¡Fuera!

Britannia tomó aire y la miró a los ojos. —No puedo hacerlo.

—¿Qué no puedes hacer? ¿Esperar un año o dirigir a asesinos como haces en la actualidad?

—No puedo casarme con él.

La Reina la miró asombrada y frunció el ceño. —¿Y cuál es la causa si

puede saberse? Porque me he informado y es atractivo. ¡Niña, no puedes pedir más! —Britannia la miró fríamente y la Reina entrecerró los ojos. —Ya veo... temes enamorarte de él, ¿verdad?

—¡Eso no es cierto!

—Claro que sí. ¡Y la Reina de los mares no puede tener debilidades!

La sorprendió que la conociera tan bien. Victoria sonrió y dio un paso hacia ella. —Pero las Reinas también tenemos corazón, Britannia. Tú reinas en un sitio y yo en el otro, querida. ¿Pero crees que no te comprendo? Jamás podemos parecer enfermas o débiles. Jamás podemos mostrar nuestros sentimientos si estamos tristes o con ganas de llorar. Solo podemos demostrar nuestra furia porque eso nos hace más fuertes frente a los demás. Y amar es una debilidad porque puede hacer que cometamos errores por dejarnos llevar por nuestro corazón. —Los ojos de Britannia se llenaron de lágrimas. —Por eso Coleman es perfecto para ti, porque es digno de ser tu otra mitad. Juntos formaréis el matrimonio perfecto como yo con mi marido.

—No quiere estar conmigo.

—Querida, cualquier hombre querría estar contigo. ¿Crees que él es distinto? Puede que parezca que no da su brazo a torcer, pero si te ha conocido no podrá dejar de admirarte.

—¿Cómo está tan segura de eso?

—Soy la Reina de Inglaterra, siempre tengo razón. Ahora vuelve a casa de tu abuelo y seré magnánima olvidando lo que ha ocurrido esta noche. Has tenido miedo, es comprensible tu rabieta.

—¡No tengo miedo de nada! —le gritó a la cara haciéndola sonreír.

—Así me gusta, Britannia. Que nadie sepa que tienes debilidades.

Apretó los puños de la impotencia y la Reina se echó a reír. —Eres puro fuego, ¿cómo no va a enamorarse perdidamente de ti?

—Pues me ignora.

—Oh, ¿y por qué será? —La Reina se volvió mostrando que no le tenía miedo en absoluto subiendo los escalones que llevaban a su trono. —Has sido muy directa, me imagino. —Suspiró sentándose. —Una equivocación absoluta.

Parpadeó reponiéndose. —Madame Blanchard opina lo mismo. —Gruñó cruzándose de brazos. —Yo no valgo para esto.

La Reina se echó a reír. —Querida, todas valemos para seducir a un hombre. Aunque algunas son más hábiles que otras, eso es evidente. —La miró de arriba abajo. —Y tu hombre es peculiar, debo admitirlo. Además, tú no tienes paciencia.

—¡Quiero matar a Félix!

—Querida, ese canalla no se va a ir a ningún sitio. Te aconsejo que le

olvides hasta que culmines nuestro acuerdo. Que te centres en tu hombre y en aprender todo lo que puedas de Sterling.

—¿Y si no lo consigo?

—Si no lo consigues, tendremos que prescindir de él —dijo cortándole el aliento—. Eres tú la que me interesas. —Frunció el ceño sonriendo maliciosa. —Nunca imaginé que te asustaran tanto los hombres

—No me asustan los hombres. Voy a poner las cartas sobre la mesa. Voy a hacer que Sterling le diga que a partir de ahora trabajaremos juntos.

—¡Eso no me va a ayudar en nada!

—Claro que sí.

—¡Sterling está seguro de que su orgullo le hará irse si se entera de que tú eres la imprescindible en mis planes!

Britannia chasqueó la lengua entrecerrando los ojos. —Puede que tenga razón. Puede que se vaya. ¡Pero es que no me siento capaz de seducirle! ¡No le intereso! ¡Y por cómo se comporta no le interesaré nunca!

—¿Es que tengo que pensarlo yo todo? ¡Desnúdate y métete en su cama!

Parpadeó asombrada. —¿Así se seduce a un hombre?

—Bueno... —La Reina se sonrojó. —Te puedo asegurar que ayuda.

Entrecerró los ojos antes de negar con la cabeza. —No, no va a

funcionar. Ya me ha visto en ropa interior.

La Reina no salía de su asombro. —¿Y no hizo nada?

—No parecía impresionado en absoluto.

—Es más duro de pelar de lo que pensaba.

—¡Eso le decía! ¡Madame Blanchard me ha dicho que le dé celos después de ser tan directa, pero tampoco ha funcionado! ¡Y ya estoy harta!

—¡No tienes paciencia, Britannia!

—Claro que la tengo.

—¡Si le conociste hace tres días!

Se sonrojó porque puede que tuviera razón y gruñó —A mí no me gusta perder el tiempo.

—Mira, vamos a esperar un par de meses a ver lo que ocurre. Si en ese tiempo no se rinde ante ti, veremos lo que hacemos.

—¿Por qué no le obliga a colaborar como a mí? —preguntó exasperada.

—Porque es un hombre al que le debo un par de favores, querida. —
Soltó una risita. —No sería adecuado.

—¡Ah, pero conmigo sí!

—Es que tú me has robado dos fragatas. —Sonrió maliciosa. —Y

tengo lo que quieres. —Britannia bufó yendo hacia la puerta. —¿A dónde vas?

—¡No me ayuda en nada!

La Reina soltó una risita cuando la vio entrar de nuevo con los ojos entrecerrados. —¿Mi tripulación?

—Les diré que les liberen.

Britannia le guiñó un ojo. —Gracias majestad. No es tan bruja como aparenta.

La Reina jadeó antes de echarse a reír al ver que había salido corriendo. Esperaba que todo fuera bien porque le daba la sensación de que en temas de amores estaba algo perdida.

Sentada ante la ventana con su traje de montar se mordió el labio inferior viendo que llovía con fuerza. —Creo que vas a tener que suspender tu salida, cielo —dijo su abuelo desde el sofá.

En ese momento escucharon que llamaban a la puerta y Britannia se levantó a toda prisa para ver entrar a Robert que se quitó el gabán empapado dándoselo al mayordomo. —¿Cómo está Beacher?

—Ya está despierto. Ningún muerto, capitana.

Suspiró del alivio. —¿Entonces se recuperará?

—Eso dice el médico. —Miró su vestido. —¿No pensarás salir con este tiempo?

—¿Tengo pinta de dama delicada que no se puede mojar?

—Sí.

Le miró asombrada llevando sus manos a su estrechado vientre por el corsé que Madame Blanchard le había obligado a ponerse. —¿De verdad?

—Quien no te conozca, no lo dudaría, te lo aseguro. —Entró en el salón viendo a Christopher leyendo el periódico y al Duque con un libro en la mano. Fue hasta el mueble de las bebidas y se sirvió un coñac. —Odio este tiempo. —Se apretó las manos desde la puerta del salón y los tres vieron lo inquieta que estaba. —Te aseguro que están bien. Les he comprado cinco barriles de ron y están celebrando que siguen vivos.

—Debería haber ido yo.

—Tú no estás así por tus hombres, que por otro lado te acaban de decir que están bien —dijo su abuelo mirándola con cariño—. Estás así por Coleman.

—¿Así cómo? —Levantó la barbilla poniendo los brazos en jarras.

—Nerviosa.

—¡Yo no me pongo nerviosa, abuelo!

Sus hombres carraspearon agachando la mirada, pero su abuelo sonrió.

—Si tú lo dices...

Entrecerró los ojos y fue hasta la puerta. —Pues voy a salir.

—Como digas, querida —dijo su abuelo desde el salón sin preocuparse por ella.

Se puso la chaquetilla de terciopelo azul que tenía el mayordomo en la mano y miró sobre su hombro abrochándosela. —Mi caballo, Robbins.

—Está listo, milady.

—Estupendo. —Salió de la casa abriendo la puerta de golpe y se quedó de piedra al ver allí a Coleman con el cabello empapado al igual que su ropa. —¡Al fin!

Él levantó una de sus cejas y cuando vio que iba a salir la cogió del brazo metiéndola dentro y cerrando la puerta de un portazo. —¿A dónde te crees que vas, mujer?

—¡A cabalgar!

—¿Estás loca? ¡Llueve a cantaros!

—¡Necesito hacer algo! ¡En esta casa me voy a volver loca!

Coleman entrecerró los ojos. —Muy bien. Quítate el vestido.

Sus hombres se acercaron a la puerta escuchando con los ojos como platos mientras ella se sonrojaba. —¿Perdón?

—Estás inquieta porque estás acostumbrada a estar al aire libre. Quítate el vestido. Practicaremos esgrima.

—Lo que tú quieres es retarme para comprobar si puedes ganarme.

—Eso también —dijo dándole a Robbins su gabán antes de quitarse su chaqueta mostrando su camisa blanca—. Estoy seguro de que tu abuelo tiene espadas.

—Sí, hijo. ¿Robbins?

—Enseguida, Excelencia. ¿Les puedo sugerir la sala de baile para no destrozar más muebles?

Sin dejar de mirar sus ojos color miel se dijo que ese hombre que podía alterarla con una sola mirada no iba a dominar su vida. Le iba a pegar una paliza que no se iba a levantar en una semana de la vergüenza. —Muy bien. Sí, creo que es lo que necesito. —Se quitó la chaquetilla y se la tiró a Robbins a la cara antes de volverse con las manos en jarras. —No pierdas el tiempo.

Coleman reprimió una sonrisa mirando los botones de su espalda. — ¿No hay doncellas para eso?

—No disimules que es la primera vez que lo haces. ¿Terminas o no?

Él miró a su abuelo que levantó las manos como si no pudiera con ella. Suspiró empezando a desabrochar el vestido y a Britannia se le cortó el

aliento sintiendo el roce de sus dedos en su cuello. Ahora entendía eso de las mariposas en el estómago. Enderezó la espalda no queriendo pensar en ello mientras un lacayo aparecía con dos espadas que debían tener cien años por las empuñaduras. —Abuelo, son preciosas.

—Eran de mi abuelo, querida. Era un espadachín increíble según tengo entendido.

Coleman se acercó a su oído y preguntó con voz grave —¿Te desato el corsé?

—No, así está bien —respondió como si el aliento en su oído no le hubiera alterado la respiración y dejó caer el vestido al suelo pasando sobre él para acercarse a las espadas y coger una admirándola—. Es hermosa. —Se volvió hacia Coleman sonriendo y saltó el corazón en su pecho al ver lo que parecía deseo en sus ojos. —Luego no te quejes.

Por primera vez pareció sonreírle sinceramente. —No suelo quejarme. Y más sobre lo que me busco yo mismo. —Se acercó a ella y sin dejar de mirarla cogió la otra espada de manos del lacayo. —Solo espadas. Eso que llevas en las ligas debes dejarlo.

Se echó a reír sacando el cuchillo de la liga de su pierna derecha y se la tendió a Robert que la cogió de inmediato. Maliciosa sacó la pistola. —¿No te fías de mí?

—Mejor prevenir que lamentar.

—¿El salón de baile? —preguntó el mayordomo temeroso.

Coleman le hizo un gesto para que se adelantara. —¿Milady?

Caminó ante él yendo hacia el corredor que llevaba al salón de baile. Miró sobre su hombro muy excitada y emocionada porque estuviera allí, para quedarse con la boca abierta al ver que no quitaba ojo de su trasero cubierto por las pantaletas bordadas que se había puesto esa mañana, antes de bajar su vista hacia las medias bordadas con las mismas rosas.

Sin saber qué decir miró al frente roja como un tomate y respiró hondo. ¡Dios, ese hombre podía volverla loca solo con una mirada! De eso estaba segura.

Llegaron a la sala de baile seguidos por los suyos y ella cogió el pomo de bronce para girarlo. —Es aquí.

—Pues vamos a ello.

Abrió la puerta y él pasó primero mirando a su alrededor. El impresionante salón de baile mostraba su suelo en mármoles de distintos grises que con cortes geométricos formaban el escudo del ducado y los cristales de las lámparas de aceite ahora apagadas brillaban por la luz que se filtraba por las ventanas que rodeaban toda la estancia. —Un sitio perfecto para la esgrima —dijo sin parecer impresionado bajando los escalones.

—Yo no sé las reglas de la esgrima.

Bajó tras él y Coleman se volvió con una sonrisa en los labios. —No esperaba que las supieras.

—Perfecto. ¿Entonces ponemos nuestras reglas?

—Nada de matarnos.

—Esa regla es importante. ¿Necesitas alguna regla más? —preguntó disimulando la risa.

—No, preciosa.

Britannia dio un giro de muñeca como si nada y le rajó la camisa haciendo que la mitad de su pañuelo cayera al suelo. —Oh... ¿era muy caro?

Coleman entrecerró los ojos. —Puedo comprarme más. Tú tranquila.

—Eso pensaba. —Se puso en guardia adelantando el pie y estirando el brazo colocando la punta de su espada a unos centímetros de su pecho y levantó una de sus cejas pelirrojas. —Cuando quieras, cielo.

—Esto va a ser muy interesante. —La atacó con fuerza y ella levantó el brazo protegiéndose de su envite mirándole fijamente a los ojos. —
¿Demasiado fuerte?

Ella giró sobre sí misma haciendo que se apartara para que no le diera con la hoja en el vientre. —No creas.

Coleman atacó haciéndola retroceder rechazando sus envites y la punta

de su espada cortó el tirante de su camisola haciéndola entrecerrar los ojos.

—Vaya, tendrás que pedirle a Madame Blanchard que te la arregle.

—Tengo más. —Golpeó su espada apartándosela y con un rápido movimiento de muñeca le rajó la camisa de nuevo haciendo una equis. La tela se abrió mostrando su duro pecho. Tragó saliva al ver el ligero vello oscuro que lo cubría. Divertida miró sus ojos. —Upsss.

—Ya sé que me quieres desnudo, ¿pero no vas demasiado deprisa?

—O tú demasiado despacio —dijo con descaro levantando la barbilla antes de que él la atacara sin piedad. Bueno, ya sabía sus habilidades, así que era hora de demostrar lo que ella podía hacer. Al repeler una de sus estocadas se agachó resbalando entre sus piernas y le golpeó en el interior de la rodilla haciéndole caer. A punto de darle una estocada en el hombro, él se giró de rodillas levantando la espada deteniendo su ataque. Con el brazo levantado la empujó hacia atrás y Britannia rió al ver que se había molestado.

—¿Por la espalda?

—No hay reglas, cielo. —Movié la espada de un lado a otro antes de darle vueltas entre sus dedos.

Él sonrió al ver el dominio que tenía del arma. —Está claro que has ocultado cosas.

—No hay que mostrar todas las cartas al principio del juego. —Le

guiñó un ojo. —¿Continuamos?

—Por supuesto. —Coleman la señaló con la espada. —¿Seguro que no quieres echarte atrás? Ahora sí que no voy a tener piedad.

—Como a mí me gusta —dijo mirando sus ojos.

Coleman la atacó con tal fuerza que tuvo que emplearse a fondo para repeler sus estoques sin perder la espada, así que decidió esquivarlos. Asombrado vio que con agilidad se inclinaba de un lado a otro antes de golpearle con la empuñadura de la espada en la cabeza. Él juró por lo bajo llevándose la mano encima de la ceja y al ver la sangre gruñó. —Cariño, te has hecho pupa. ¿Necesitas un descanso con toda esa fuerza que has desperdiciado?

—No puedo negar que eres muy hábil. —Sonrió sorprendiéndola antes de echarse a reír. —Muy hábil.

—Pues no has visto nada, cielo.

Él la miró con deseo y la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. Se le cortó el aliento al sentir su dureza y miró sus labios dejando caer la espada al suelo antes de que Coleman atrapara sus labios. Cuando saboreó su interior, Britannia se mareó de deseo antes de sentir una punta en la espalda, pero la ignoró para seguir disfrutando de él que se apartó lentamente para mirar sus preciosos ojos azules. —Al parecer hay algo que no se te da tan bien

—dijo él divertido—. Y has perdido, preciosa.

Entonces fue consciente de la daga que tenía a la espalda y jadeó ofendida antes de echarse a reír. —Me he confiado. Es que besas muy bien. — Deseando besarle de nuevo iba abrazar su cuello con las manos cuando él se apartó.

—Desgraciadamente no puedo decir lo mismo. Además, tú también has hecho trampas. Solo te he demostrado que también tienes puntos débiles.

Britannia perdió la sonrisa poco a poco al ver que se apartaba de ella. —¿Coleman?

Sonrió irónico y le dio la espalda yendo hacia las escaleras donde su familia ya no estaba. —Al parecer el Duque considera que puede dejarte sola conmigo. Me pregunto la razón, milady.

—¿Coleman! —gritó muerta de la rabia porque se había burlado de ella. Él se volvió como si estuviera aburrido de estar allí y con ganas de gritar apretó los puños—. ¿Por qué?

—¿Por qué? No entiendo que me preguntes eso.

—¿Por qué me rechazas cuando es obvio que me deseas?

Él se tensó. —Será porque yo elijo las mujeres con las que me acuesto y no al revés.

Disimuló el dolor por sus palabras. —Así que es eso. He dañado tu

orgullo al ser directa con lo que quiero. Pues entérate bien, no voy a cambiar ni por ti ni por nadie. Y que te haya elegido para ser el primero no lo considero un insulto.

Coleman sonrió de medio lado. —¿Debería sentirme halagado de que la Reina de los mares se haya fijado en mí?

Le miró decepcionada e intentando que no se diera cuenta del daño que le había causado pasó furiosa ante él. —La Reina de los mares también es una mujer y siente como las demás. Aunque no lo creas.

Coleman se la quedó mirando mientras salía del salón de baile corriendo y apretó los labios antes de seguirla, pero al llegar al pasillo había desaparecido.

Minutos después Britannia en la ventana de su habitación le vio salir de la casa y como subía a su caballo alejándose de la casa de su abuelo en Mayfair. Una lágrima corrió por su mejilla sintiéndose impotente. La había insultado de todas las maneras posibles, pero lo que más daño le había hecho había sido su desprecio. Como si no fuera suficiente para él. Se tapó la cara con las manos recordando sus labios sobre los suyos mientras las lágrimas salían sin poder evitarlas. Nunca se había sentido tan humillada como en ese

momento.

La doncella entró en ese instante y ella gritó —¡Fuera!

Salió de inmediato antes de que un jarrón le diera en la cabeza estrellándose en la puerta y Britannia se sentó en el asiento de la ventana abrazando sus piernas. Las gotas de lluvia volvieron a golpear los cristales y le recordó cuando se sentaba ante los ventanales del Tempestad los días de tormenta. Cómo echaba de menos a su padre. Solo él la comprendía. Sus ojos azules miraron como esas gotas corrían por los cristales al igual que las lágrimas corrían por sus mejillas. —Si estuvieras aquí, me dirías lo que debo hacer. Sin tu guía estoy perdida. Nunca me hablaste de esto. Me preparaste para mil batallas, pero no para enfrentarme a él. Ya no sé qué hacer... Padre, ¿qué puedo hacer?

Su padre no dejaría que nada la dañara. Apoyó la mejilla en las rodillas mirando la calle. No dejaría que nada la dañara y la llamaría estúpida por sufrir por un hombre que no merecía ni que le escupiera a la cara. ¿No la quería? Pues muy bien. Entrecerró los ojos y se levantó. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa como decía la Reina y si no le gustaba como estaban las cosas, que se fuera. Si lo perdía de vista mucho mejor. Ella podía encargarse de todo. Levantó la barbilla mirándose al espejo. —Ahora sí que vas a conocer a la Reina de los mares.

Entró en el club con un impresionante vestido rojo y le hizo un gesto a uno de los lacayos sin entrar en el salón. —¿Dónde está Coleman?

—Arriba, milady. En el despacho de Sterling.

Se dirigió hacia las escaleras y sus hombres la siguieron. Se detuvo a la mitad volviéndose. —Quedaos aquí.

—Pero...

—¡Quedaos aquí! —Abrió la puerta que suponía que era el despacho. La que estaba en frente de las escaleras y no se equivocó. Allí estaba Coleman sentado tras su escritorio mirando unos documentos mientras se tomaba una copa de coñac. —Buenas noches, cielo. —Sonrió cerrando la puerta y él levantó una ceja carraspeando antes de moverse incómodo. —O por favor, no te levantes. Sé que los modales no son lo tuyo.

—Britannia, ¿vuelves a la carga? Preciosa, hay más hombres que yo en Londres. ¿Lo sabías?

—Por supuesto que lo sé. —Le guiñó un ojo. —Tranquilo, si esa lección la he aprendido. —Sonrió maliciosa. —Ahora vengo hablar de negocios.

Él dejó los papeles sobre la mesa exasperado. —¿Negocios? Tú no realizas negocios, tú robas.

—Oh, como tú más o menos. —Soltó una risita. —Pero no hablo de ese tipo de negocios, sino del negocio. —Miró el lujo del despacho lleno de muebles y estanterías de las mejores caobas. —¿Acaso no quieres sustituir a Sterling?

Él tensó la espalda. —Yo no traiciono a los míos.

—Y no tendrías que hacerlo, querido. La Reina está de acuerdo. —Cogió una figurita de porcelana que mostraba a una bailarina rubia mostrando sus encantos. —Es igualita que tu amante.

—¡Déjate de historias, Britannia! ¿Qué quieres decir?

—Oh, pues que serías el candidato perfecto para sustituir al rey de los bajos fondos. —Dejó caer la figurita al suelo haciéndola añicos antes de mirarle a los ojos. —Pero te falta algo...

—Ya sé que la Reina busca a alguien que tenga contactos en la alta sociedad y Sterling está de acuerdo. —Sonrió cruzándose de brazos. —No sé lo que se te pasa por la cabeza, pero...

Ella se echó a reír interrumpiéndolo. —No ha sido idea mía, te lo aseguro. —Se acercó al escritorio. —A mí nunca se me hubiera ocurrido tal disparate, pero ellos tienen otra opinión. ¿Quieres saberla?

—Me pones malo con tus rodeos. ¡Vete al grano de una vez!

—Pues eso es que no eres muy listo, cielito. Yo soy lady y estoy

acostumbrada al crimen. No me escandalizaría porque mi marido, en definitiva tú, llegara un día con un tiro porque se haya enfrentado a unos ladrones. — Coleman se tensó. —Además tengo los contactos gracias a mi abuelo. Un Duque nada menos. Cuando se le ocurrió a la Reina casi no se podía creer la suerte que había tenido al entregarme.

—Por eso te perdonó. Y por eso intentaste seducirme.

—Por supuesto. —Sus ojos azules brillaron. —Ella quiere algo de mí y yo quiero algo que tiene ella. En un año, cuando dé a luz para asegurarse de que me quedo en Londres, me entregará a Félix y a Sharon que es lo único que me importa, vengar la muerte de mi padre. Por supuesto, ella espera que me quede, pero este es el trato, nos casaremos y tú te quedas con todo. Todo excepto el bebé, ya sea niño o niña, que se irá conmigo. A cambio, yo simularé ante todo Londres que le sigo la corriente a su majestad. Te ayudaré en lo que pueda si quieres y si no me da igual. Tú quieres el puesto que ocupas ahora y yo quiero a Félix, es simple. ¿Si o no?

—¿Y si digo que no?

—No quieras saberlo. La Reina me dijo que intentara conquistarte porque tu orgullo es algo frágil, pero como veo que eso es imposible ya que no me soportas, he decidido ir al grano. Sería una auténtica pena que te fueras, pero sabes que yo puedo ocupar tu puesto porque me temen tanto como a ti. Además, me iré en un año. ¿Quién se ocuparía de todos esos maleantes que

camparían a sus anchas por Londres?

—Tú no podrías ocupar mi lugar.

—¿Seguro que no? Solo lo averiguaríamos si te vas, ¿no crees? Sería una pena con todo lo que has trabajado para llegar a ser la mano derecha de Sterling. Es un año de tu vida. Un precio demasiado bajo.

—Un hijo no es un precio demasiado bajo —siseó furioso.

Ella se echó a reír. —Vamos, puedes tener cien más adelante. Ese es mi precio. Es lo único que pido cuando tú te quedarás con todo. —Se quedaron en silencio unos minutos y Britannia le miró con ironía. —Al parecer tu orgullo no es tan grande como todo el mundo piensa, ¿verdad, cielito?

—Como has dicho, he trabajado como un mulo para llegar hasta aquí para que venga otro a ocupar mi puesto.

—¿Entonces hay trato?

—¿Y después te irás?

Apretó los dientes porque parecía que lo estaba deseando como si no soportara ni verla y Britannia sintió que se le retorcía el corazón. —Palabra de pirata. En cuanto mate a Félix y a Sharon, regresaré a mi vida.

Él asintió y miró la superficie del escritorio antes de levantar la vista hacia ella. —Trato hecho.

Britannia sonrió radiante, aunque por dentro no sentía ninguna alegría. Se iba a casar con un hombre que no la apreciaba en absoluto y eso nunca lo hubiera imaginado.

—Bueno, pues al final no ha sido tan difícil —dijo resuelta antes de ir hacia la puerta ocultando sus ojos—. Por cierto, no le digas nada a Sterling ni a nadie sobre nuestro trato. Como te he dicho, creían que te lo tomarías a mal y esperan que me quede dentro de un año. Además, me estoy jugando el cuello como la Reina se entere de que voy a traicionar su confianza.

—No soy estúpido. Ya me había dado cuenta.

Tomó aire antes de abrir la puerta. Iba a ser un año larguísimo si todo lo que dijera se lo iba a tomar a mal. Se volvió para mirarle. —Cielo, yo no soy tu enemiga ni he impuesto las reglas para que te sientes en ese sitio que tanto te gusta. Intentemos llevarnos lo mejor posible, ¿quieres? —siseó fríamente—. No me gustaría perder la paciencia y arrancarte el corazón antes de que termine el año. —Salió de allí dando un portazo y sus hombres se tensaron.

—Joder, no ha ido bien —dijo Robert por lo bajo de la que pasaba ante él.

—Ha ido perfecto. Robert te quiero en el Tempestad. Quiero que zarpes y regreses en un año. Y más te vale que hayas aprovechado el tiempo

con varias incursiones.

Su hombre se detuvo a mitad de la escalera sin salir de su asombro. —

¿Yo? ¿Por qué yo?

Se volvió en el hall. —¡Es una orden!

Robert gruñó bajando el resto de los escalones. —Pero puede ir Christopher.

—Ah, no. Yo me quedo con la niña. —Se subió los pantalones encantado con su decisión.

—¿Y Beacher? —La siguió hasta la salida. —Ahora está herido, pero es fuerte como un mulo. Lo hará bien. —Se detuvo mirándole fijamente y Robert se sonrojó. —¿Un año? Bah, no es mucho tiempo.

—Eso pensaba. —Sus hombres salieron del club y ella miró hacia el piso de arriba para ver a Coleman observarla con los labios apretados desde la barandilla. —Cariño te espero mañana para el desayuno. Tenemos mil cosas que decidir. —Le guiñó un ojo antes de abandonar el club.

Capítulo 6

Al día siguiente bajó las escaleras con un primoroso vestido de mañana en gasa amarilla con margaritas bordadas en el bajo. Al llegar al comedor su abuelo ya estaba sentado a la cabecera y disimuló su disgusto al ver la palidez de su piel y sus ligeras ojeras. Era obvio que no había dormido bien. —Buenos días, querida.

—Buenos días, abuelo. —Sonrió acercándose a él y besándole en la mejilla.

—Cielo, ¿te encuentras bien?

—Por supuesto. Ya he conseguido lo que quería.

—No era lo que querías.

—Eso ya está olvidado.

—¿Seguro? No quiero que sufras con esto.

—¿Sufrir? Te aseguro que eso no va a pasar. —Le hizo un gesto a la doncella que le sirvió el desayuno. Para que su abuelo no se preocupara empezó a desayunar como si estuviera hambrienta. En ese momento llamaron a

la puerta y forzó una sonrisa masticando.

El Duque de Branstong gruñó molesto arrugando el periódico poniéndose a leerlo mientras su prometido entraba en la sala del desayuno vestido con un carísimo traje marrón seguido de Robbins. —Buenos días.

—Buenos días, querido. ¿Quieres desayunar?

—Un té.

—Siéntate por favor —dijo como toda una dama—. Abuelo...

—¿Si, querida? —preguntó sin levantar la vista del periódico.

—Coleman ha llegado.

—¿No me digas? —siseó sin mirarle.

Ella hizo una mueca y Coleman se tensó. —Tranquilo, se le pasará. Lleva tu rechazo mucho peor que yo.

—Me lo imagino. —Se sentó frente a ella. —Así que lo sabe todo, Duque.

—Por desgracia. —Dejó caer la parte del periódico que estaba entre ellos para mirarle a los ojos. —Y mi nieta se merece mucho más.

—Pues es lo que va a obtener si quiere conseguir a Félix. —Irónico miró a su prometida y frunció el ceño observando su rostro. —¿No has dormido bien? ¿No me digas que tienes remordimientos?

—¿Remordimientos? —preguntó confundida—. ¿Por qué iba a tenerlos si voy a conseguir lo que quiero?

—Eso mismo me pregunto yo. —Cogió la taza de té que el lacayo acababa de servir y le dio un sorbo. —¿Cuándo nos casamos?

—Por mí cuanto antes. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

—Pues podemos hacerlo esta tarde.

—No —dijo el Duque asombrándolos—. Mi nieta tendrá una boda como Dios manda. Entiendo que no podéis esperar seis meses por la situación, pero al menos esperareis dos meses y habrá cortejo.

—¿Cortejo? —preguntó Coleman como si no supiera lo que era.

—Abuelo, no...

Su abuelo adelantó la cabeza y susurró —Vosotros veréis, pero si no hay cortejo creo que la Reina se preocuparía un poco por vuestro precipitado matrimonio, ¿no creéis? ¡No es tonta!

Se miraron a los ojos y asintieron a la vez. —Muy bien. Dos meses. ¿Quieres ir hoy al teatro? —preguntó él sorprendiéndola.

—Muy bien. —Se metió unos huevos en la boca disimulando el malestar que tenía en el estómago. Esperaba no vomitar el desayuno.

—Después podemos pasar por el club para que te vean.

Asintió masticando. Sonrió a Christopher que entró en ese momento. — Buenos días —dijo él sonriendo antes de sentarse al lado de Coleman dándole una fuerte palmada en la espalda—. Me alegra verte aquí, muchacho. ¿Has visto que hermosa está nuestra niña esta mañana?

Su prometido gruñó antes de beber de su té de nuevo. Estaba claro que ni una palabra amable podía tener con ella. Esperaba tener la voluntad para aguantar todo un año así sin clavarle el tenedor entre los ojos.

—¿Qué vais a hacer esta mañana? ¿Paseo por el parque? ¿Os haréis los contradizos?

—No es mala idea —dijo él mirándola y viendo que estaba distraída moviendo su desayuno de un lado a otro—. ¿Britannia?

Sorprendida levantó la vista. —¿Si?

—¿Un paseo por el parque? Puedes ir en calesa y yo acercarme a caballo al parque para que vean que nos encontramos.

—Va a llover. —Apartó el plato. —Pero si te empeñas.

Él entrecerró los ojos. —No me empeño, te lo estoy preguntando.

—Pues muy bien. —Se levantó y dijo —Voy a por el paraguas.

Los tres vieron como salía de la sala del desayuno antes de mirar su plato del que no se había comido ni la mitad. De pronto apareció un cuchillo bajo la nuez de Coleman y sorprendido miró al Duque. —Hazle daño a mi

nieta y hago que te cuelguen del palo mayor del Tempestad —siseó furioso haciendo reír a Christopher que asentía dándole la razón—. Estás advertido.

—Entendido Duque.

—Y cómprale regalos como hacen los pretendientes —añadió Christopher—. Cosas bonitas.

—Y un buen anillo. Con una piedra enorme que se vea a cien millas.

Él metió la mano en el interior de la chaqueta. —Eh, eh...

—Te lo voy a mostrar para que des el visto bueno. Pero como no se lo puedo dar todavía porque me obligas a pasar por el cortejo dos meses, igual no quieres verlo.

Los dos miraron lo que sacaba y el Duque dejó caer la mandíbula al ver un rubí enorme rodeado de diamantes. —Tenía que ser un rubí —dijo Christopher satisfecho—. Bien hecho, muchacho. Nuestra niña no se merece menos.

Ella entró con un paraguas en la mano y les miró confundida cuando se quedaron en silencio, mientras Coleman se la quedaba mirando sin expresión escondiendo la mano. —¿Qué ocurre?

—Nada. Que tu abuelo me ha amenazado de muerte.

—¡Abuelo! —dijo sorprendida antes de sonreír—. ¿Sabes que te quiero?

—Claro que sí, mi niña. Me lo dices todos los días.

Se acercó a su abuelo y le dio un beso en la mejilla antes de rodear a Coleman para besar a Christopher de la misma manera. —A ti también te quiero.

Su mano derecha se sonrojó de gusto y le dio un codazo a Coleman — ¡Levanta de una vez! ¡No hagas esperar a tu prometida!

—Estos jóvenes —dijo el Duque exasperado—. Britannia, debes llegar para la comida.

—Sí, abuelo. ¿Robbins?

—La calesa está preparada y la doncella que debe ir de carabina también.

Divertida miró a Coleman. —¿Carabina?

—Yo tampoco lo entiendo. Si ya te he visto en ropa interior y lo sabe medio Londres.

—Hay que seguir las normas —siseó el mayordomo—. Aunque ustedes las ignoren, existen.

—Lo que tú digas, Robbins. —Cuando salieron vieron a la doncella que ya estaba sentada en la calesa y parecía a punto de llorar por tener que acompañarla. —Oh, por Dios.

—Cielo, ¿tienes problemas con el servicio?

—Es que no tienen carácter.

Coleman se echó a reír bajando los escalones antes de ir hacia su caballo sin molestarse en ayudarla a subir. Gruñó yendo hacia la calesa y cogió la mano del lacayo para sentarse frente a Jyll. —Como llores, te tiro de la calesa. Ni que te estuviera matando —dijo tirando el paraguas a un lado.

La chica gimió apretándose las manos. —Lo siento, milady.

—No sé por qué te pones así. No te di con el jarrón, ¿no? Y te aseguro que podía haberlo hecho.

—Lo sé, milady.

—Además se llama a la puerta antes de entrar.

—Culpa mía, milady. —La miró desconfiada por si se estaba cachondeando de ella, pero vio que era sincera.

Eso la hizo sentirse culpable. —¿Te doy miedo? —Cuando la chica miró hacia otro lado ella la cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —¿Te doy miedo?

—No... —Sus ojos marrones le dijeron que sí que la temía.

Bufo soltándola. —¿Es porque soy pirata?

—No.

—¿Entonces?

—Bueno, sí.

Sonrió porque había mostrado valor por primera vez desde que la conocía. —¿Eres pirata?

—No, milady.

—¿Intentas matarme?

—No, milady.

—¿Robarme?

—No. —Negó con la cabeza con vehemencia moviendo sus rizos castaños bajo su cofia.

—¿Dañarme de alguna manera?

—No, claro que no.

—¡Pues no te voy a hacer nada, tonta! ¡No tengo razones!

—Ah... ¿Entonces no es una despiadada asesina de inocentes?

Britannia se tensó. —¿Qué has dicho?

Jyll se sonrojó. —Nada.

—¿Dónde has oído eso?

—Lo dijeron cuando murieron esos nobles, milady. Pero si la Reina la ha exculpado...

—Por supuesto, porque yo no les he matado. Félix fue el responsable

de ese asalto y por eso está en la torre de Londres esperando que el filo de mi espada le atravesase el corazón. —La miró de reojo. —¿Qué? —le espetó molesta.

—El Conde quiere su cabeza.

—¿El Conde?

—El padre del hombre que murió en ese barco con toda su familia, milady. El Conde de Kepford. Quiere su cabeza.

—Pues que se ponga a la cola.

Tomó aire sin darle importancia y Jyll la miró asombrada. —¿No le preocupa?

—No. —Se encogió de hombros. —Te aseguro que no me preocupa.

—Es muy valiente, milady.

—Sí, lo soy.

El coche entró en el parque y allí estaba Coleman con cara de aburrimiento como si estuviera a punto de dormirse sobre su montura. Gruñó apretando los puños al ver que ponía cara de sorprendido de manera chistosa antes de acercarse. —¡Milady Britannia! Qué sorpresa —dijo a voz en grito sonrojándola de la vergüenza porque todos les miraron—. Cada día está más hermosa como el sol cuando amanece que tiene ese color rojizo tan embriagador. Seguro que ha robado al sol esos cabellos para estar más bella

aún.

¿Pero qué rayos decía? Alargó una mano forzando una sonrisa. — Señor Coleman, qué amable.

—Amable usted al detenerse en su paseo para que pueda admirarla.

Le advirtió con la mirada. —No te pases... —siseó furiosa haciéndole sonreír más aún.

Unas damas rodeadas de perritos empezaron a cuchichear —¿Puedo acompañarla para escoltarla? Cualquiera querría robar tanta belleza.

—Es muy amable, caballero —le dijo entre dientes deseando clavarle el paraguas en ese corazón tan negro que tenía. El cochero inició el trayecto de nuevo y Coleman puso su caballo a su altura. Él inclinó la cabeza saludando a las damas que jadearon ofendidas y él rió por lo bajo—. Al parecer no te llevas muy bien con las damas de la buena sociedad.

—Eso es porque saben que les procuro divertimento a sus maridos — dijo con sorna.

La doncella abrió los ojos como platos antes de agachar la mirada hacia sus manos roja como un tomate. Ella le fulminó con la mirada. —¿No sabes guardar el decoro?

—¿Tú me vas a enseñar decoro cuando apareces en ropa interior en cualquier sitio?

—No en cualquier sitio, querido.

—Pues yo de las cinco veces que te he visto, dos de ellas pude contemplar esos corsés tan sensuales que luces.

—Recuerda que las dos veces fuiste tú quien me pidió que me desnudara, querido.

Coleman se echó a reír a carcajadas. —Tienes razón. Eres fácil de convencer para quitarte la ropa.

Perdió todo el color de la cara por el insulto y miró al frente. —Creo que ya nos han visto lo suficiente.

Su supuesto prometido perdió la sonrisa viendo la palidez en su perfil.

—Sí, milady —dijo Jyll preocupada—. Además, hace fresco y no debe coger frío. Matthew a casa que va a llover.

—Enseguida.

—Te paso a recoger a las cinco para ir al teatro.

Ella asintió forzando una sonrisa. —Estaré preparada.

Él asintió antes de volver su caballo y salir a galope atravesando el parque. Britannia le observó alejarse esperando que las cosas mejoraran en el futuro. —Tranquila milady. Terminará amándola por encima de todo.

La miró sorprendida. —¿Por qué lo crees cuando es obvio que me desprecia?

—Porque si yo después de unos minutos he visto que no es tan fiera como la pintan, él que será su marido no podrá evitar amarla. Deje que el tiempo ponga las cosas en su sitio. Hágame caso. No sea impaciente y disfrute de la vida.

Cómo iba a disfrutar de la vida cuando él le decía esas frases que solo le desgarraban el alma. Sabía que nunca serían un matrimonio normal y que en cuanto pasara un año y tuviera al bebé, se iría para siempre. Pero no podía dejar de desear que la tratara y la mirara con amor. Un estúpido sueño que solo le hacía daño y que debía desterrar de su vida.

Vestida con un traje de noche verde de terciopelo y con sus rizos recogidos de manera primorosa a un lado de la cabeza, esperaba en el salón mirando por la ventana. Jyll se había esmerado muchísimo. Era una pena que su prometido llevara media hora de retraso.

—Al parecer se retrasa —dijo su abuelo acercándose a ella—. Querida, si quieres te llevo yo en mi carruaje para que no llegues tarde.

Sonrió a su abuelo. —Gracias. Cuando quieras nos vamos.

—Ese collar de esmeraldas es increíble. ¿Forma parte de un botín?

—Una francesa gritona que lloró más por el collar que porque tiraron a

su marido por la borda al intentar dispararme a traición.

—Seguro que si hubiera sido tu marido, te hubieras tirado detrás para salvarle.

—Depende del marido —dijo molesta.

Su abuelo se echó a reír poniéndose la capa mientras el mayordomo le ponía a Britannia la estola de piel sobre los hombros. Cogió su brazo y salieron de la casa. Miró a su alrededor por si llegaba Coleman y se dijo que era una estúpida al pensar que podía contar con él para algo. Como siempre le estaba demostrando lo que le importaba.

Llegaron al teatro y la calle estaba atestada. —Cuidado por donde pisas, cielo —dijo su abuelo ayudándola a bajar. Un chico se tiró sobre ella empujándola contra la puerta y gritó de dolor cuando le arrancó el collar antes de salir corriendo. —¡Britannia! —gritó su abuelo mientras ella se llevaba la mano al cuello asombrada—. ¿Te ha herido?

—No, creo que no —dijo aún atontada por el golpe. Después se dio cuenta de lo que había ocurrido y juró por lo bajo—. Me ha robado el collar. —Miró a su alrededor y levantando las faldas se acercó a un pillo. Le dio dos golpecitos al hombro y el niño se volvió mirándola con desconfianza. —Dile al que me ha robado que me lo devuelva de inmediato.

—Yo no sé na... —Se iba a volver, pero ella le agarró por el cabello

poniendo bajo su barbilla el cuchillo que llevaba escondido. El niño abrió los ojos como platos.

—Al parecer no sabes quién soy. ¿Ves mi cabello? —El niño lo miró palideciendo. —Exacto, soy Britannia y no pararé hasta encontrar a tu compinche porque sé que todos os conocéis. Díselo a tu amigo. Además, mi prometido no estaría muy contento de que me robéis. ¿Crees que debería decírselo a Coleman? —El chaval perdió todo el color de la cara y negó muerto de miedo. —Eso temía. Tienes dos minutos porque no pienso entrar en el teatro sin él. Date prisa. —Le soltó y el chico salió corriendo como si le persiguiera el diablo.

—¿Crees que te lo devolverán?

—Lo descubriremos en un par de minutos.

No tuvieron que esperar tanto porque el chico llegó corriendo con la gorra en la mano. Se detuvo ante ella y susurró —No lo sabíamos.

Britannia sonrió cogiendo la gorra y vio que el cierre del collar se había roto con el tirón. —Vaya. —El niño casi se desmaya al verlo.

—Lo siento, lo siento de verdad. No se lo diga a Coleman, por favor.

Miró al niño a los ojos y le revolvió el cabello antes de entregarle la gorra. —No se lo diré. —Le guiñó un ojo. —Por cierto, buen trabajo.

La observó con admiración mientras se alejaban hacia el teatro y le

daba el collar al Duque sin darle importancia para que se lo guardara. Un niño se acercó a él y susurró—¿Es quien creo que es?

—Sí —dijo impresionado—. ¡Y me ha perdonado la vida!

—Jo, qué suerte. Te ha amenazado Britannia. —Le dio un codazo. — Igual deja que te vayas en su barco para convertirte en pirata.

Dejó caer la mandíbula antes de mirar a su amigo de pillaje. —¿Tú crees?

—Por preguntar no pierdes nada, Tony. Venga, vamos a ver si robamos algo. —Señaló a un gordinflón. —Ese tiene un reloj de oro.

La obra era un aburrimiento y la mujer que tenía en el palco de al lado llevaba tanto perfume para ocultar su verdadero olor que era desquiciante. Se abanicó con fuerza sintiendo a alguien a su espalda y se volvió poniéndose en guardia para ver a Coleman tras ella. Se sentó a su lado en silencio y frunció la nariz acercándose a su oído. —Cielo, ¿has cambiado de perfume?

Apretó los labios volviéndose hacia el escenario y siguió abanicándose. Él acarició su cuello en la nuca y le miró sorprendida. —¿Qué ha pasado? —preguntó muy tenso.

—Ya lo he solucionado yo. —Molesta se volvió de nuevo y le escuchó

jurar por lo bajo.

Cuando terminó el último acto aplaudió como todo el mundo y se levantó. Cogió el brazo de su abuelo y salieron del palco sin mirarle siquiera. Ya no pensaba disimular más. Él la cogió del brazo deteniéndola. —No he podido llegar antes. —Bajo la luz de la lámpara de aceite que tenía detrás, él vio bien lo sonrojado que tenía el cuello por el tirón y la miró a los ojos. — Siento no haber llegado a tiempo. He tenido trabajo.

—Me voy a casa. No me encuentro de humor para ir al club.

Coleman muy serio asintió. —Entonces te veré mañana para ir a dar un paseo a caballo.

Britannia asintió alejándose con su abuelo, que le dio palmaditas en la mano que tenía apoyada en su brazo.

—Al final ha llegado.

—A diez minutos de terminar la obra —dijo sintiendo que se la llevaban los demonios por la broma del perfume. Era lo que le faltaba. Ni por una vez podía tener una palabra amable de manera sincera.

Al día siguiente tardó en levantarse de la cama. Estaba claro que el clima inglés empezaba a deprimirla porque jamás había nada que la retuviera

en la cama. Jyll entró en su alcoba metiendo la cabeza para comprobar si estaba dormida y al ver que tenía los ojos abiertos sonrió. —Buenos días, milady. Su prometido está abajo esperándola.

—Pues que espere —dijo importándole un pimiento.

Jyll la miró de reojo abriendo su armario. —¿Qué vestido, milady?

Hasthada miró hacia ella. —Sabes que esas cosas me dan igual. ¿Por qué me fastidias con nimiedades?

—No son nimiedades estar hermosa para su prometido.

—Para lo que me mira... —dijo por lo bajo sentándose en la cama.

Miró hacia la ventana—. ¡Qué sorpresa, está lloviendo!

Jyll soltó una risita. —Bienvenida a Londres, milady. Bueno, ¿el azul o el verde agua? —Entrecerró los ojos mirándola como si quisiera cargársela. —El verde agua. —Volvió a tumbarse y se tapó con las mantas hasta la cabeza para no escucharla. —¿Está teniendo una rabieta, milady?

—¡No!

—¿Seguro? Mire que las piratas no tienen de eso.

—¿Qué sabrás tú si no conoces a ninguna!

—La conozco a usted, milady. Venga, a levantarse que su prometido espera.

—¡Para qué si no podemos salir! —Bajó las mantas para mirarla. —

¿No querrá volver a batirse conmigo?

—Espero que no. Igual solo quiere su compañía. O llevarla a Bond Street a tomar un té. O a...

—¡Sí, claro!

—A un museo. O simplemente desea observar esa belleza que debió dejar de piedra a todos los piratas de esos mares que no conoceré jamás. ¡Mueva el culo, milady!

Sonrió por el carácter que se le estaba poniendo a su doncella. En unos meses se le subiría a las barbas si tuviera. Bufó apartando las mantas y la puerta se abrió de golpe. Parpadeó al ver allí a Coleman que había dejado con la boca abierta a Jyll seguramente porque creía que era un descarado.

—¿Se puede saber por qué tardas tanto? —preguntó molesto.

—¡Porque me da la gana! —Se levantó y cerró la puerta de un portazo.

—¡Muy bien, milady! ¡Menudo descarado tiene ese hombre!

La puerta se volvió a abrir y él gruñó viendo que uno de los tirantes de su camisón había caído de su hombro. Pero al ver el morado que tenía en el cuello entró en la habitación y en dos zancadas la cogió por el cuello con delicadeza para inclinar su cabeza a un lado y verlo bien. —¿Quién te ha hecho eso?

—Ya te dije que lo había arreglado yo.

—¡Me da igual lo que me hayas dicho! ¡Quiero una respuesta!

—Pues no te la doy. —Levantó la barbilla retándole con la mirada y Coleman entrecerró los ojos. —¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Qué nadie toca a mi mujer!

Disimuló lo bien que le sentaron esas palabras. —Eso ya lo he dejado claro yo. ¿Algo más?

—Britannia...

—Oiga, caballero... —dijo Jyll sorprendiéndolos a ambos—. Eso no se toca hasta después de la boda. ¡Y cuando digo eso, me refiero a todo! ¡Le veo a usted muy suelto con mi señora!

Coleman volvió a mirarla a los ojos. —¿Quién es esa?

—Mi doncella. No te preocupes. ¿Deseas algo más?

Él miró sus labios y gruñó antes de soltarla, pero pareció pensárselo mejor, la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo y Britannia pensó que se desmayaba cuando sus labios casi la rozaron. Coleman acarició su nariz con la suya provocando que separara sus labios y gimió de deseo al sentir su aliento. —Buenos días, preciosa —susurró antes de entrar en su boca y beber de ella como si estuviera sediento. Mareada casi se le doblan las piernas y se aferró a sus hombros.

Jyll carraspeó molesta y se cruzó de brazos. —Será descarado. Eso

era lo que buscaba al venir aquí. —Volvió a carraspear y como no le hacían caso entrecerró los ojos viendo que como no parara eso terminaban en el lecho. Chilló cuando la mano de Coleman descendió peligrosamente. — ¡Milady! ¡Decoro!

Él apartó sus labios mirándola exasperado y se separó de Britannia cogiendo a la doncella del brazo para sacarla de la habitación y cerrarle la puerta en las narices. Se volvió lentamente y Britannia sintió que se desmayaba al ver el deseo en su rostro mientras se cogía las solapas de la chaqueta tirando de ellas hacia atrás para quitársela.

—¿No crees que deberíamos esperar? —preguntó ella con la boca seca.

—Es evidente que no pienso eso. —Tiró la chaqueta a un lado. — Además cuanto antes te quedes en estado mucho mejor.

Eso no era muy romántico, pero tenía razón. Para abreviar cogió el camisón por el bajo y se lo quitó dejándolo caer al suelo. Coleman mirando su desnudez con deseo se quitó la camisa sacándosela por la cabeza a toda prisa antes de dar un paso hacia ella. Apartó un rizo de su pecho mostrando su pezón que estaba endurecido de deseo. Nerviosa no sabía qué hacer y levantó la mano pasando las puntas de sus dedos sobre su pectoral haciendo que se tensara bajo su tacto. Él rozó el pezón con su dedo y Britannia cerró los ojos por el estremecimiento que la recorrió de pies a cabeza antes de que acunara

su pecho con suavidad. —Abre los ojos, Britannia —susurró con voz ronca y ella lo hizo sabiendo que su cuerpo ya no le pertenecía. Su respiración se agitó al ver como se agachaba sin dejar de mirarla a los ojos y metía su pecho en su boca. Gritó de placer y se sujetó en sus hombros porque no se sentía capaz de mantenerse en pie. Él pasó la lengua por su pezón de nuevo. —Sabes a miel, preciosa.

—¡Dios! —exclamó ella cuando atrapó su pezón de nuevo chupando con fuerza antes de incorporarse cogiéndola por la cintura para pegarla a su torso. Britannia no podía ni pensar y se estremeció de nuevo cuando sus pieles se rozaron antes de que atrapara su boca y la besara como si su aliento fuera lo más exquisito del mundo. La cogió en brazos tumbándola sobre la cama colocándose sobre ella y su mano acarició su cadera hasta llegar a su muslo sin que sus labios dejaran de embriagarla. Cuando se apartaron de su boca gimió sintiendo que su cuerpo le reclamaba algo que no entendía. Sus labios bajaron por su cuello erizándole la piel y regresaron a sus pechos torturándolos de una manera que la volvió loca. Desesperada sintió como su interior se iba tensando y gimió enterrando sus dedos en su cabello mientras seguía bajando hasta su ombligo. Arqueó su cuello hacia atrás buscando liberación hasta que sintió que uno de sus dedos rozaba su sexo. Fue un ligero roce, pero Britannia gritó como si la hubiera quemado tensándose con fuerza. Coleman miró hacia arriba y sonrió. —¿Te gusta, preciosa? —Volvió a

hacerlo antes de que sus labios se posaran en el botón de su sexo y Britannia arqueó su espalda con fuerza estallando en un placer que ni se imaginaba que existía.

Sin ser consciente de lo que la rodeaba ni vio como Coleman se arrodillaba entre sus piernas ni en como cogía sus caderas para pegarla a su pelvis. Mirándola fijamente acarició con su duro sexo los húmedos pliegues de Britannia antes de entrar en ella de un solo empujón. Ella gritó por el dolor que la traspasó y le miró sorprendida. —¿Qué has hecho?

Coleman levantó sus cejas. —¿Qué he hecho? Hacerte mía, mujer. ¿Qué crees que estoy haciendo?

Britannia miró entre las piernas y él se movió ligeramente sonrojándose cuando vio que sacaba su sexo lentamente humedecido de sangre. Le miró ofendida. —¿Estoy sangrando, bruto! —Le arreó un tortazo y Coleman rió cogiéndole las manos y tumbándose sobre ella sin dejar de mirar sus ojos.

—¿Acaso no sabías que ibas a sangrar la primera vez? —preguntó él con voz ronca antes de mover las caderas con fuerza robándole el aliento—. Para ser una dura pirata, sabes muy poco de la vida.

Se sonrojó. —Es que nadie me habla de esas cosas. Me he criado entre hombres.

Coleman salió muy despacio de ella y sin poder evitarlo apretó su interior para no perderle. Él gruñó sin moverse. —Pues no me quiero imaginar la cara de tu padre cuando te hiciste mujer.

Sin aliento abrazó su cuello en cuanto le soltó las manos. —Me hice mujer en la casa de campo de mi abuelo y el ama de llaves... —Coleman entró en ella de golpe y gritó de placer sin saber ni lo que decía.

Él gimió besando su labio inferior antes de moverse de nuevo y ahí ya no se detuvo porque entró en ella una y otra vez de manera exquisita hasta que la tensión de Britannia se hizo insoportable y desesperada le miró a los ojos susurrando —Te necesito.

Coleman la miró posesivo antes de embestirla con fuerza dándole liberación y Britannia se estremeció entre sus brazos sintiendo que había encontrado al hombre de su vida.

Capítulo 7

Aún estaba intentando recuperarse cuando escuchó un ruido en la habitación. Sonriendo abrió los ojos y vio que Coleman se ponía la chaqueta. Eso la sorprendió y se apoyó en su codo para mirarle bien. —¿A dónde vas?

—Tengo trabajo —dijo muy serio cogiendo el pañuelo y poniéndoselo alrededor del cuello antes de acercarse al espejo del tocador.

—Pero... —No sabía por qué, pero no le gustaba nada que se fuera en ese momento. —¿Ahora?

Él la miró a través del espejo anudándose el lazo con destreza dejándolo perfecto. Se volvió y la miró irónico. —No podemos repetir. Ahora estarás sensible.

Se sonrojó con fuerza. —No lo decía por eso.

—¿Entonces? —preguntó como si no quisiera de ella nada más.

Avergonzada agachó la mirada. —No, por nada.

—¿Esta noche quieres ir a la Ópera? Sterling me deja el palco.

—Lo que tú quieras —dijo sabiendo que tenían que verles juntos.

—Perfecto. ¿Sabes? Puede que esto del matrimonio no esté mal del todo.

Fue hasta la puerta y la iba a abrir cuando ella preguntó —¿Coleman?

Se volvió para mirarla y al ver que estaba desnuda ordenó —Cúbrete. Puede verte alguien.

Se cubrió con las sábanas. —Tenemos muchas cosas que decidir. Como dónde viviremos y...

—¿Ahora quieres hablar de eso? —La miró como si estuviera exasperado. —Britannia tengo que irme. ¿Y qué más dará donde vivamos si te vas en cuanto des a luz? —preguntó como si le importara un pimiento que se fuera—. Alquilaremos algo para esos meses. Encárgate tú.

—Pues para eso nos quedamos aquí —dijo fríamente sin mostrar su decepción porque era obvio que le daba igual.

—Pues mejor. De todas maneras, en cuanto te quedes en cinta nos veremos lo justo. —Salió de la habitación dejándola con la boca abierta. Era evidente que acababa de dejar clara su posición. Se casaba con ella por ocupar el puesto de Sterling y ese matrimonio era un trámite. Aunque tampoco podía culparle porque ella había pensado hacer exactamente lo mismo. Se estaban utilizando el uno al otro para conseguir lo que querían y no podía ser tan hipócrita como para negarlo. Era una pena que le hubiera robado el

corazón. Sonrió con tristeza. Era verdad eso que decían: “Quien roba a un ladrón, tiene cien años de perdón.” No podía culparle de ser como ella.

Sentados en el palco al lado de su abuelo, ignoró las miradas de asombro de la alta sociedad al verlos juntos de manera oficial. No sabía de qué se sorprendían. Era pirata, ¿no? Podía casarse con quien le diera la gana.

—Mañana deberíamos asistir a alguna merienda —dijo su abuelo después del primer acto.

Coleman se tensó. —Yo no puedo asistir a ese tipo de fiestas.

—Claro que sí, querido. Siendo mi prometido sí. Además, iremos con el abuelo. —Le advirtió con la mirada. —Recuerda que cuando me vaya, debes ocupar mi puesto. La Reina debe darse cuenta de que puedes sustituirme. Sino todo esto no tendrá sentido y todo volverá a empezar.

Acercándose a su oído susurró —Me considerarán como a Sterling.

—Estarás casado con una noble. Y la Reina en un año te otorgará un título si todo va bien. —La miró sorprendido y ella sonrió. —Bienvenido a la alta sociedad, querido. Cuando te lo otorgue ya no habrá vuelta atrás. Serás el rey de los bajos fondos. ¿Estás preparado?

—Más que preparado.

—Pues mañana nos vamos de merienda. —Miró a su abuelo. —Que sea en la casa más importante que mañana dé una de esas reuniones.

—En el desayuno revisaré las invitaciones.

Mirando distraída a su alrededor sintió que Coleman le cogía una mano y volvió su rostro hacia él sorprendida cuando le dejó algo metálico en la palma. Miró su mano y vio un anillo. Su prometido parecía aburrido ignorándola completamente, demostrando que todo aquello le daba igual. Menuda pedida de mano más romántica. Miró su anillo de nuevo e ignorando la tristeza que la recorría se lo puso en el anular sin decir una palabra antes de levantar la vista y ver que la zorra rubia que trabajaba para Coleman entraba riendo en el palco de su derecha abanicándose con un precioso abanico de plumas. En cuanto les vio les saludó con la mirada y con picardía se sentó en la silla al lado de un caballero.

—¿Qué hace está aquí? —preguntó molesta a su prometido.

—Está trabajando —le susurró al oído—. Es un caballero americano que quiere divertirse. Amber es perfecta para eso.

Tensó la espalda cuando se alejó y vio la ironía en sus ojos. Así que con esa zorra se divertía y era obvio que con ella se aburría porque no había más que verle la cara desde que habían llegado. Apretó los labios mientras el telón se levantaba de nuevo. No pudo concentrarse en la obra hasta que vio a

Gilda demostrando su dolor por la traición del Duque que flirteaba con Magdalena. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver el dolor de su padre Rigoletto. Su padre juraba venganza y Britannia se preguntó si la venganza siempre dominaría su vida. Era la venganza la que le había metido en ese lío, pero no podía dejar que la muerte de su padre quedara impune. Parpadeó respirando hondo y miró a su derecha para ver a Amber sonreír mientras el americano le susurraba al oído de manera seductora. Ni se atrevía a mirar a Coleman por si estaba celoso. Al fin y al cabo era su amante y estaba segura de que prefería estar con esa mujer a pasar su tiempo con ella. Cuando vio el cuerpo vestido de hombre de Gilda sobre el escenario palideció sin darse cuenta porque se había sacrificado por el amor de su vida. Una lágrima corrió por su mejilla sabiendo que ella haría lo mismo. En cuanto terminó el tercer acto el público se puso en pie aplaudiendo tal magistral representación. Ella disimulando se limpió la mejilla y sonrió aplaudiendo también. Al girarse vio que Coleman la observaba muy serio y él preguntó —¿Te ha gustado?

Sonrió disimulando. —Ha sido precioso, ¿no crees?

—Ella muere al final. ¿Qué tiene de precioso? —preguntó como si fuera idiota—. ¿Nos vamos? Tengo que ir al club. El americano va hacia allí y pienso sacarle cada uno de esos dólares que ha traído.

Britannia rió saliendo del palco. —Y haces muy bien, querido. — Cogió su brazo porque ahora que estaban comprometidos ya podían hacerlo y

los rumores recorrieron el pasillo mientras el Duque iba saludando a sus conocidos. Le miró de reojo sin perder la sonrisa. —¿Quieres que te acompañe?

—Mejor que no. Viene acompañado y no quiero que nadie se confunda.

Levantó una de sus cejas pelirrojas. —¿Como tú?

—Exacto.

Se echó a reír y llegaron a las escaleras. Varios se volvieron para admirarlos y empezaron a bajar los escalones. Un hombre se volvió y sacó un arma. Britannia empujó a Coleman gritando y cuando se volvió hacia él escuchó la detonación sintiendo un dolor abrasador en las costillas. Miró al hombre que debía tener la edad de su abuelo antes de que un agujero en la frente mostrara el hilo de sangre que descendió hasta su nariz. El hombre cayó hacia atrás sobre el suelo de mármol del hall mientras la gente gritaba queriendo salir del teatro. Britannia se miró el pecho y vio que la sangre manchaba la seda gris perla de su vestido tiñéndola de un color oscuro y cayó sentada hacia atrás. Vaya, eso sí que no lo había esperado. Coleman se acercó a su lado aún con el arma en la mano mientras su abuelo gritaba pidiendo ayuda. Miró a los ojos a su prometido. —Es mal sitio.

—No pasa nada, respiras bien. No sangras por la boca. —La cogió en brazos bajando los escalones gritando a todo el mundo que se apartara.

Cuando consiguió salir al exterior aquello era un caos lleno de carruajes que atestaban la calle. Coleman se alejó del teatro llegando al primer carruaje y gritó —¡Llévanos al club de Sterling!

—Pero mi señor... —Coleman le apuntó con el arma que tenía en la mano y el cochero asintió. —De acuerdo.

Su abuelo abrió la portezuela y Coleman la metió en el coche. —¡Y date prisa si aprecias tu vida!

El cochero saltó del carruaje antes de salir corriendo y el Duque juró por lo bajo subiéndose al pescante. —¡Coleman sube!

Su prometido se sentó a su lado y levantó sus faldas haciéndola parpadear. —¿Qué haces?

Él sacó el cuchillo de su liga y sin perder el tiempo lo llevó a su escote cortando el frontal de su vestido de varios cortes secos. Juró por lo bajo viendo el corsé empapado de sangre e hizo lo mismo antes de arrancar la camisa interior mostrando que la bala había entrado bajo su pecho izquierdo. Britannia cerró los ojos intentando ignorar el dolor, pero respiró hondo sabiendo que Coleman tenía razón. —No ha llegado al pulmón —dijo más tranquila.

—No. La ballena del corsé ha detenido la bala y ha entrado superficialmente. —Levantó la vista y sonrió. —Pero pierdes demasiada

sangre.

—¿Y eso te alegra? —preguntó divertida.

—Podía haber sido peor. Joder como me alegro de que no seas una de esas remilgadas. En este momento no podría soportar sus gritos.

—Ya gritaré cuando me la saquen. ¿Quién rayos era ese tipo?

—El Conde de Kepford.

Cerró los ojos mareándose. —Dios.

—Ha sufrido mucho. Supongo que no pudo soportar que la Reina te perdonara.

—No lo hice yo. No maté a su familia.

—Lo sé. —Abrió los ojos y vio que era sincero. La cogió por la mejilla y le dijo muy serio. —No te desmayes.

Asintió respirando hondo y el carruaje pegó un bote que la hizo gemir de dolor. Coleman miró por la ventanilla. —Ya estamos llegando, preciosa.

—Cúbreme, ¿no pensarás sacarme así?

Coleman se quitó la chaqueta cubriéndola hasta la barbilla y Britannia volvió a gemir llevándose la mano a la herida sin poder evitarlo. Sin aliento miró sus ojos. —Creo que esto no va a ser tan sencillo como pensamos.

—¿Por qué lo dices, preciosa?

—Estoy palpando algo que no es la bala.

Él juró por lo bajo cogiendo el corsé y lo rajó por el agujero para ver que la ballena se había roto y faltaba un pedazo de hueso. —No pasa nada.

—¡Eso lo dices tú que no tienen que sacártelo! —dijo indignada haciéndole sonreír. La cogió por la nuca acercándola a él y Britannia pensó que se desmayaría de dolor. Cada minuto el dolor era más intenso.

—No te desmayes —susurró él acariciando su mejilla—. Vamos preciosa, no hay pirata más dura que tú.

—Sí, además no puedo dejarte viudo antes de la boda. El plan se irá al garete y ninguno conseguiría lo que quiere.

Coleman apretó los labios. —Eso es, cielo. Félix quedaría libre y no puedes consentirlo.

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. —Por supuesto que no. Eso no va a pasar.

Coleman sonrió y la besó con fuerza antes de apartarse para bajar del carruaje. La cogió en brazos sin esfuerzo sacándola con cuidado y gritó a Bert —¡Qué venga el médico!

—¡Está dentro jefe!

Abrió la puerta para dejarles entrar y en cuanto llegaron al hall su prometido gritó —¡Smithson, espero que no estés borracho porque te juegas el

cuello!

Sin perder el tiempo empezó a subir las escaleras y caminó hasta la habitación del fondo. El Duque iba detrás y les abrió la puerta. Coleman le miró. —Espere ahí, Duque.

Su abuelo la miró emocionado. —Abuelo estoy bien. No debes preocuparte.

—Si mi niña lo dice, es que será así.

Un hombre de unos cincuenta años llevaba un maletín de cuero en la mano y ella le miró sorprendida porque parecía que estaba algo perjudicado. —Cariño, ¿ese hombre sabe lo que hace?

Coleman miró sobre su hombro después de tumbarla sobre la cama y juró por lo bajo al ver que el médico casi se choca contra el marco de la puerta. Furioso fue hasta él arrebatándole el maletín antes de pegarle un puñetazo que le dejó sin sentido en el pasillo. —Maldito inútil...

Britannia hizo una mueca. —Estupendo, ya no tengo médico.

Coleman cerró de un portazo ignorando al atónito Duque y se acercó a la cama dejando el maletín a su lado. —No pasa nada. Yo lo hago.

—No, mejor vete a llamar a alguien. Y mejor si no está borracho y ha estudiado medicina.

—Ya has perdido mucha sangre, Britannia. —Sacó unas pinzas que

puso a su lado y ella juró por lo bajo. Eso sí que iba a doler. Apartó la chaqueta y juró al ver que el agujero no había dejado de sangrar. Coleman miró a su alrededor y fue hasta una mesa donde había varias botellas de cristal tallado. Quitó el tapón de una tirándolo al suelo y se acercó a ella para mirarla a los ojos. —¿Lista?

Tomó aire y asintió antes de que el líquido cayera sobre la herida haciendo que se arqueara hacia atrás de dolor apretando los dientes con fuerza. Él entrecerró los ojos al ver que algo asomaba de la herida y la cogió por la cintura elevándola mientras lo sacaba con las pinzas. Todavía le ardía tanto la herida que ni se enteró. Sonrió al ver el trocito de la ballena del corsé. —Eres un cirujano de primera, prometido —dijo agotada.

—Pues no has visto nada. —La elevó aún más y entrecerró los ojos al ver algo oscuro entre tanta sangre. Debía tener mucho cuidado si no quería que la bala terminara más adentro. Con sumo cuidado metió las pinzas y Britannia gimió sintiendo como se le escapaba una vez. Aquello era horrible y apretó el brazo que la sujetaba por la cintura reprimiendo un grito de dolor cuando sintió que tiraba de su carne. Escuchó que algo caía al suelo y volvió a coger la botella. Britannia gritó sorprendida cuando sintió el alcohol en la herida abierta. Coleman sonrió. —Ya está, preciosa. Solo queda cerrar. —Vio que sacaba hilo y aguja del maletín y cerró los ojos. Ni se enteró de cómo le ponía los puntos de manera experta.

Agotada susurró —Lo habías hecho antes, ¿verdad? Nosotros usamos fuego.

—Lógico en un barco, pero aquí somos algo más civilizados, milady.

Sonrió sintiéndose tan cansada... Cansada de llevar una culpa que no tenía y pagar las consecuencias. Cansada de tener que ser siempre la fuerte y cansada de vivir sin saber lo que ocurriría mañana. Debía estar más sensible de lo normal, pero le habían pegado un tiro por algo que no había hecho y tenía derecho a estar sensible si le daba la gana. Pero esperaría a estar sola para llorar. Coleman la miró cortando el hilo y apretó los labios. —Puedes llorar si quieres.

—¡No quiero llorar! ¿Has terminado? —preguntó molesta porque supiera lo que pensaba.

Él miró su herida e hizo una mueca. —Pues sí.

Ni quería mirar hacia abajo porque igual tendría que matarle por el costurón que le debía haber hecho. Él se agachó a su lado y le acarició sus rizos pelirrojos. —Voy a hacer que venga el médico para que te dé algo para el dolor.

—Dame esa botella y listo.

Coleman sonrió y la besó en los labios. —Lo has hecho muy bien, preciosa.

—Gracias. La botella.

Se echó a reír apartándose y le entregó la botella incorporándola un poco para que pudiera beber. Bebió varios tragos y parte del whisky corrió por su barbilla. —Qué mal sabe esto —dijo tomando aire antes de seguir bebiendo.

—Mejor llamo al médico porque si sigues bebiendo así los días que te duela acabarás como esas que están en el puerto vendiéndose por un cuarto de chelín para poder beber un vaso de cerveza.

Britannia apartó la botella de su boca y sonrió. —Yo cobraría un chelín y bebería ron.

Coleman rió por lo bajo dejándola sobre la cama con cuidado para ir al aguamanil. Mojó una toalla y la escurrió varias veces. Cuando se volvió, vio la botella vacía sobre la cama y a su prometida totalmente dormida. Hizo una mueca antes de sonreír acercándose para empezar a asearla.

Gimió de dolor y alguien apretó su mano. Abrió los ojos débilmente y vio a su abuelo. Sonrió a pesar del agotamiento recordando lo que había pasado. —Abuelo...

—Mi niña, ¿cómo estás?

—Como si el Tempestad se me hubiera pasado por encima.

—Tienes algo de fiebre, pero el médico ya te ha dado la medicación.

Cerró los ojos con la boca seca y sintió el vaso en su labio inferior. Levantó la mano viendo la manga del exquisito camisón que llevaba y cogió el vaso sin fuerzas. Bebió con ansias con su ayuda y cerró los ojos de nuevo respirando profundamente. Cuando su abuelo apartó el vaso dejándolo sobre la mesilla de noche, Britannia abrió los ojos. —¿Dónde está Coleman?

—Está en palacio. Le ha llamado su majestad para enterarse de lo que ha ocurrido.

Le miró asustada. —No le dirá que lo sabe, ¿verdad? Si su majestad se entera de que se lo he dicho...

—No es tonto, tranquilízate cielo.

—¿Christopher?

—Está abajo. No se ha separado de ti en toda la noche velando tu sueño. —Acarició su frente. —Se llevó un susto enorme cuando se enteró, pero se ha quedado tranquilo y ahora está abajo bebiendo ron para celebrar que trabaja con la mejor pirata de los mares. Seguramente estará contando historias sobre tus hazañas.

Gimió cerrando los ojos. —Que no se emborrache. Se pone muy pesado.

—Tranquila. Ya es mayorcito. Descansa. Eso es lo que tienes que hacer ahora, descansar.

En ese momento se abrió la puerta y Coleman entró en la habitación sonriendo al ver que estaba despierta. Ella respondió a su sonrisa. —Hola.

—Hola, preciosa. —Se puso al lado de su abuelo. —¿Qué haces despierta?

—Eso mismo me pregunto yo. Tráeme una botella de ron.

Él negó con la cabeza. —Lo que me faltaba, una esposa borracha.

Chasqueó la lengua. —De todas maneras, para lo que me vas a ver. ¿Qué te ha dicho la Reina?

—Que he hecho muy bien al quitarle del medio. Se había convertido en un estorbo que no hacía más que lloriquear por su familia, molestando a la corona con sus reclamaciones absurdas. —Britannia perdió la sonrisa poco a poco y Coleman asintió. —He abreviado. La Reina no lo dijo así precisamente.

—Me lo imagino. Pero el resultado es el mismo, ¿no? —Coleman asintió. —Pobre hombre.

—¡Pobre de ti! —exclamó su abuelo sorprendiéndola—. ¡Por poco te mata cuando tú no has hecho nada!

—Abuelo, yo hubiera hecho lo mismo si hubiera creído que era el

asesino de mi familia. ¿Acaso no lo estoy haciendo ahora con Félix?

—¡No es lo mismo! ¡Félix mató a tu padre! ¡Y a traición! ¡El muy cobarde ni fue capaz de enfrentarse a él en una pelea justa! ¡Le mató como a un perro engañado por esa zorra!

—¿Cómo ocurrió exactamente? —preguntó Coleman con interés.

Ella suspiró y miró al techo. —Mi padre tenía una relación con Sharon desde hacía dos años. En cuanto atracamos en Saint James fue a verla a la casa que le había pagado. Le llevaba varios vestidos y una pulsera de topacios tan hermosa que robaba el aliento. Le mataron en la cama por la espalda. Sharon se fue con Félix de inmediato antes de que yo fuera a buscarle porque no había regresado. La casa estaba vacía. Cuando me dijeron que Sharon se había escapado con Félix lo supe. —Miró a su prometido a los ojos. —¿Tú no hubieras pensado lo mismo? —Él asintió. —Desde entonces les busco y Félix mató a esos nobles utilizando a Sharon para que su majestad me acusara de piratería cuando hasta entonces éramos corsarios a las órdenes de la corona. —Apretó los labios. —Pero a la Reina le vino muy bien mi acusación.

—Para llegar hasta aquí.

—No me creo que se le ocurriera de repente que nos casáramos. Y Sterling lo sabía. Estoy segura.

—Por eso atrajeron a Félix hasta aquí. Para que le siguieras y te vieras

forzada a colaborar.

—Exacto. —Sonrió con ironía. —Pero se van a llevar una sorpresa, ¿verdad esposo?

Coleman asintió. —¿Y qué ocurrirá contigo después? Volverás a ser fugitiva.

—Puedo vivir con eso. Ya lo soy en muchos países. —Cerró los ojos de nuevo.

—Duque debería comer algo. Yo me quedaré con ella.

El Duque se levantó yendo hacia la puerta y Coleman se sentó a su lado. Sin darse cuenta ella cogió su mano y le miró a los ojos. —¿Le has dicho que lo sabes?

—Por supuesto que no. Le he dicho que estoy empezando a conocerte. Ella se ha asegurado de dejarme claro que vería muy bien esa unión y que comprendía que al ser tu Lady yo podría ser reticente pues no tengo tu rango, pero que ella lo solucionaría con el tiempo. Ya encontraría una excusa para darme el título. Como este atentado, por ejemplo.

—Así que te ha dado el empujón que se supone que necesitas sin dejar las cosas claras.

—Es sutil, pero al fin y al cabo me ha dicho que si me caso contigo todo será nuestro. Que eres la mujer que necesito para sustituir a Sterling.

Tomó aire. —Así que todo va bien.

—Todo va perfecto, preciosa.

—Ya no tenemos que esperar para casarnos.

Él negó con la cabeza. —Al enterarse de que estás aquí, sonrió de oreja a oreja encantada. No le extrañaría que la boda se hiciera oficial cuanto antes y más después de lo que me ha dicho.

—Estupendo. —Le miró a los ojos. —¿Cómo has llegado tú hasta aquí?

—¿Hasta aquí?

—A trabajar para Sterling.

Coleman se tensó apartando su mano. —No creo que eso te importe. Estoy aquí y eso es lo importante.

Britannia apartó la vista defraudada porque por un momento se sintió unida a él, pero al parecer había sido un espejismo. —¿Puedes hacerme un favor?

—Sí, por supuesto —respondió él molesto.

—¿Puedes bajar a controlar a Christopher? No quiero que beba demasiado. No se irá de la lengua, pero se puede poner pesado con los clientes.

Coleman asintió. —No te preocupes por él. —Fue hasta la puerta muy

tenso y casi se choca con Sterling que entraba en ese momento vestido como un auténtico Duque con su bastón de empuñadura de plata en la mano. —Jefe, ¿cómo tú por aquí? —Sonrió encantado dándole la mano.

—He venido a ver a nuestra huésped. —Sonrió acercándose. —¿Cómo te encuentras, querida?

Correspondió a su sonrisa alegrándose de verle. —Muy bien. En unos días estaré como nueva.

—Me alegro. —Sterling disimuló al ver que tenía la frente perlada en sudor. —Me alegro muchísimo. ¿Y cómo te trata mi mejor hombre?

Miró de reojo a Coleman y dijo maliciosa —Es un poco terco, pero... —Sterling se echó a reír mirando a Coleman que gruñó cruzándose de brazos. —¿Pero sabes qué? Creo que cada vez le gusto más. Hace unos días ni me miraba y ya me ha salvado la vida.

—Entonces vas avanzando. —Los ojos de Sterling brillaron y ella sonrió. —Eso es bueno.

Ella levantó la mano aparentando estar encantada de la vida y Sterling miró el rubí asombrado. —¿No me digas?

Soltó una risita gimiendo después de dolor y Coleman se acercó a ella de inmediato. —¡Britannia no te rías!

Le miró de reojo respirando hondo. —Terco y mandón.

Sterling se echó a reír a carcajadas y le dio una palmada en la espalda a su hombre —Felicidades.

—No sé qué tiene, pero desde que la vi en aquella escalera gritando como una furia...

Su jefe se echó a reír. —Sí, es que después de eso cualquiera la olvida. ¿Y cuándo será la boda?

—Todavía no hemos hablado de eso —respondió Coleman a toda prisa—. Cuando se recupere...

—Sí, por supuesto. —Miró satisfecho a Britannia. —Pues espero que sea pronto.

—¿Asistirás, verdad? —preguntó ella.

—Por supuesto. No me la perdería por nada del mundo. —Se volvió hacia su hombre. —Ven, debemos hablar sobre el futuro. Espero que te mejores Britannia.

—Gracias por la visita, Rey.

Él inclinó la cabeza como todo un caballero antes de salir de la habitación. Britannia levantó sus cejas y susurró —Vete.

—¿Estás bien?

—Sí, vete. A ver qué te dice. —Le hizo un gesto con la mano y él puso los ojos en blanco antes de salir.

Intentó mantenerse despierta mientras tomaba la sopa que su abuelo se encargó de que le llevara una de las mujeres de la casa, pero no aguantó mucho tiempo porque en cuanto comió se quedó dormida.

Sonó con su padre el día de su muerte. Ella estaba en la cubierta del barco y se sujetó a una de las sogas mientras el viento agitaba su cabello observándole caminar por la pasarela tan contento. Se volvió hacia ella y sonrió mirándola a los ojos. —No me esperes hasta mañana, cielo. Y no te preocupes por mí.

—No lo haré. Disfruta de la escala.

Su padre se echó a reír. —¿Piensas hacerme trabajar mucho?

—Por supuesto. Te estás volviendo un vago.

Su capitán siguió riendo alejándose de ella y Britannia fue perdiendo poco a poco la sonrisa mientras se alejaba. El cielo empezó a oscurecerse rápidamente y se estremeció cuando cayó un rayo justo por donde su padre había pasado momentos antes. Entonces lo supo. Había muerto y ella estaba sola. Una lágrima cayó por su mejilla porque ya no vería más esa sonrisa y porque jamás la abrazaría de nuevo. Porque ya no la regañaría por ser una inconsciente y porque no estaría ahí para ver a su nieto. El viento agitó su cabello con fuerza y de repente la cara de Félix apareció ante ella. Sacó su puñal del cinturón y gritó de rabia, pero el Tempestad se alejaba del puerto y

aquel canalla de ojos grises se echó a reír burlándose de ella. Se sobresaltó despertando empapada en sudor y con la respiración agitada miró a su alrededor para ver a Coleman tumbado a su lado observándola. Suspiró del alivio dejando caer la cabeza sobre la almohada.

—¿Un mal sueño?

—No te importa —dijo furiosa consigo misma por dejar que ese cerdo la alterara de esa manera y más aún en un sueño que llevaba acosándola desde la muerte de su padre.

Coleman apretó las mandíbulas y se levantó mostrando su cuerpo desnudo. A Britannia se le olvidó todo en ese momento dejando caer la mandíbula mirando ese duro trasero. Dios, tenía que hacer que alguien le esculpiera porque era perfecto.

Regresó a ella con una toalla mojada en la mano y se tumbó a su lado poniéndole el paño en la frente. —Tienes menos fiebre.

Sin ser capaz de responder porque su miembro erecto la había dejado medio alelada le miró a los ojos. Coleman sonrió. —Preciosa, ¿en qué estás pensando?

—En que si no te pones un camisón vamos a tener un hijo antes de lo que creemos.

Él se echó a reír. —¿De veras estás pensando en hacerme el amor?

—Debería tener un pie en la tumba para no pensar en hacer el amor después de verte en cueros. —Sonrió maliciosa. —¿Me harías un favor?

—Puede. Pero si tiene que ver con el sexo...

—No es eso.

—Pues lo que sea.

—¿Lo que sea? Quiero una escultura tuya.

A Coleman se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Ya me encargo yo de encontrar al artista.

—¡Ni hablar!

—¡Me has dicho que sí!

—¿Y para qué quieres una escultura mía?

—Qué pregunta más tonta. Para ver ese trasero cuando quiera.

Él se sonrojó con fuerza y Britannia se echó a reír sin poder evitarlo.

—Estabas bromeando, ¿verdad?

Maliciosa le guiñó un ojo. —Nunca lo sabrás. Ahora cuéntame qué te ha dicho Sterling.

—Pues lo que esperabas. Que en un par de meses se retirará del todo. Que ya va siendo hora y que como lo estoy haciendo tan bien, ya es hora de que me haga cargo. Además...

—Está muy satisfecho con tu futuro matrimonio.

—Eres adivina.

—¿Habéis hablado de la Reina?

—Solo para preguntarme qué había ocurrido. Yo se lo conté todo y él estaba de acuerdo. Ya lo sabía todo. Sterling no me la pega.

—Así que estaba en palacio escuchando la conversación cuando tú estabas allí. Muy listos.

—Están bien sincronizados.

—Es evidente. —Le miró a los ojos. —Bueno, ahora nos toca a nosotros. ¿Crees que tardarás mucho en darme un hijo?

La miró indignado. —No es culpa mía que te hayan disparado. ¡Ahora a dormir! —Le tiró la toalla a la cara. —¡Britannia!

—¿Qué hora es?

—Pues sobre las once.

—¿De la mañana? —preguntó asombrada.

—Vas a casarte con un hombre que pasa despierto parte de la noche, preciosa. Ahora a dormir.

Llamaron a la puerta y él suspiró cerrando los ojos antes de gritar —
¿Quién es?

—Chaucer, jefe. Ha habido un problema en el centro.

—Bajo ahora.

Preocupada vio que apartaba las sábanas y se levantaba. —Coleman...

—¿No crees que deberías empezar a llamarme por mi nombre?

Sonrió encantada. —Es que se me hace raro llamarte Rawdon.

—Pues es mi nombre. —Se puso la camisa.

—Tienes que empezar a delegar, Rawdon.

La miró sorprendido antes de fruncir el ceño. —Joder, es verdad.

Ahora el jefe soy yo.

—Elige bien a tus hombres de confianza y que ellos se encarguen. —

Se sentó dándole la espalda mientras se ponía las botas. —Hombres a los que confiarías tu vida.

La miró como si estuviera loca. —No le confiaría mi vida a nadie.

Estaba claro que ni en ella confiaba. Hizo una mueca viéndole levantarse para ponerse la chaqueta. —Diré que te traigan algo para desayunar.

—Sí, pero nada de sopa. Un buen desayuno. —Él fue hasta la puerta y dijo sin poder evitarlo —Pues yo sí te confiaría mi vida. —La miró sorprendido y se sonrojó ligeramente. —De hecho ya lo estoy haciendo porque si me delatas...

—Yo también tendría mucho que perder, milady.

Salió de la habitación y miró la puerta confundida. —¿Qué rayos ha querido decir? ¿Qué si no se jugara mucho te delataría? —No salía de su asombro y le estuvo dando vueltas toda la mañana.

Cristopher llamó a su puerta una hora después y sonrió. —Me han dicho que estabas despierta.

—¿Qué tal la juerga de anoche, amigo?

—Necesito crédito.

Se echó a reír divertida. —Me lo imagino. Habrás perdido hasta la camisa.

—Y porque Coleman me retuvo, que ya no sabía ni lo que hacía. —Se sentó a su lado. —¿Cómo te encuentras?

—Ve a casa del abuelo y que me traigan ropa. Quiero regresar a casa.

—¿Ya? —Miró a Christopher fijamente. —¿Qué ocurre, niña?

Suspiró sin saber qué decirle. —No lo sé. Es como esas olas que te dejan caer de repente antes de subir de nuevo a la siguiente en medio de una tormenta. Te alegras cuando pasas la ola, pero el nudo en la boca del estómago vuelve de nuevo cuando ves la siguiente y crees que no se acabará nunca.

—Así te sientes con Coleman.

—Soy estúpida. Me utiliza como yo a él.

—Pero tú le has entregado tu corazón.

Asintió emocionada porque con él no tenía que disimular. —El día que mate a Félix le perderé para siempre. Le prometí que me iría en cuanto me vengara.

Cristopher asintió. —Sí que es un dilema, pero eso me hace recordar cuando tu padre perdió a tu madre. Una noche le pregunté si le hubiera gustado no conocerla nunca para no sufrir por su pérdida como lo hacía. —Sonrió con tristeza. —Me dijo que por cada minuto que había estado a su lado merecía la pena cualquier sufrimiento. —Britannia intentó retener las lágrimas y Christopher le cogió la mano. —Debes decidir si esos buenos momentos te acompañarán en los próximos años y si merecen la pena. Si es así, disfruta de cada instante a su lado y sino nos alejaremos. Ya tendrás tu momento de vengarte y si no es así, a tu padre no le gustaría verte sufrir, lo sabes.

—Tengo que hacerlo. —Una lágrima cayó por su mejilla sabiendo que si no lo hacía se arrepentiría toda la vida y jamás se arrancaría la espina que tenía en el corazón.

Cristopher que la conocía muy bien asintió. —Pues vamos a ello. Sé valiente como lo eres sobre el Tempestad y no dejes que el miedo te domine. Sé su esposa y atesora los buenos momentos como un botín insustituible para cuando ya no esté a tu lado. ¿Quién sabe? Puede que se enamore de ti y la vida puede ser muy larga. Siempre existe la esperanza. —Asintió sabiendo que

tenía razón. —Yo estaré a tu lado hasta mi último aliento, mi niña. No lo dudes nunca.

Acarició su mejilla como lo hubiera hecho su padre y Britannia le abrazó por el cuello con fuerza. —Gracias.

—No tienes que darme las gracias. Puede que no sea tu padre, pero te quiero como si lo fueras.

—Y yo a ti y a tu padre te quería como a un hermano.

Emocionado se apartó. —¿Entonces quieres regresar a la casa del Duque?

Negó con la cabeza dejándola caer sobre las almohadas. Le miró a los ojos. —Afina el oído. Quiero saber qué opinan de que se haga cargo del puesto de Sterling.

—Ya lo he hecho. ¿Crees de verdad que me había emborrachado?

—Cuéntame, ¿algo interesante?

Capítulo 8

Se pasó aburrida casi todo el día excepto por la visita de su abuelo. Al verle con el traje de noche sonrió ignorando que su prometido no había aparecido por allí en todo el maldito día. —¿Te vas a unir a la fiesta?

—Sí, voy a ver qué opinan los míos de tu relación. En cuanto beben un poco se les suelta la lengua.

Se echó a reír. —Al parecer tengo espías en todos los sitios.

—Debías haber dejado que tus hombres se movieran por el puerto. Eso nos habría puesto al día.

—Son hombres de mar. No podía obligarles a estar un año aquí separados de sus familias. Algunos las tienen, ¿sabes?

Su abuelo sonrió sentándose a su lado. —¿Cómo te encuentras? Te veo mucho mejor.

—Mañana me levanto. Odio estar aquí tirada. —Le miró a los ojos. —¿Qué dice el servicio de la casa de mi compromiso?

—No les extraña nada de lo que hagas —respondió divertido.

—Lo supongo.

—Pero mi eficiente mayordomo me ha informado que corren los rumores por los mercados. Los pillos te admiran, pero han escuchado que varias señoras quieren hacerte el vacío en el baile de la Reina.

Levantó una de sus cejas pelirrojas. —Eso no es bueno.

—No. Va en contra de lo que desea la Reina. Debes conseguir ganártelas y la muerte del Conde Kepford no te ayuda nada.

Asintió tomando aire. —Hubieran preferido que hubiera muerto yo. Tienen un corazón enorme.

—Debes entenderlas. A ti no te conocen. —Miró hacia la puerta. — Pero hay algo que puedes hacer para que las damas de la Reina te apoyen. Ellas tienen mucha influencia y aunque aparentarán ante su majestad que están con ella pueden hacerte la vida muy difícil si rumorean en tu contra.

—¿No me lo digas? Alguna de esas damas tiene problemas.

—Se rumorea que hasta la Reina le ha echado una mano en un desliz que cometió con cierta joya que le robaron en el lugar incorrecto.

—Supongo que regalo de su marido —Divertida sonrió. —Así que le es infiel y al parecer lo sabe todo el mundo si ha llegado a tus oídos.

—Sabes que en la alta sociedad la infidelidad está a la orden del día, pero la baronesa de Dimsdale ha cruzado un límite y ha pagado las

consecuencias. El Barón le ha pegado una paliza que por poco la mata y la ha enviado al campo.

—¿Y qué puedo hacer yo por esa mujer? —Su abuelo levantó una ceja.
—¿Quieres que mate al Barón? —preguntó asombrada.

—Es un gusano que se casó con ella cuando tenía doce años. Su padre la vendió por unas tierras cuando era una niña. Le dio un hijo con dieciséis años y desde entonces ella hizo lo posible por alejarse de él.

—Creyéndose liberada al tener al heredero.

—Exacto. Pero la vigila como un halcón y estoy seguro de que la Reina la ayudó en esa ocasión para que no la matara. La Reina le tiene aprecio y en cuanto dio a luz consiguió liberarla de él al convertirla en su dama un año...

—Pero no pudo retenerla más tiempo.

—Exacto. Su marido la reclamó. En venganza la encerró en su casa de Londres seis meses.

—Y aun así por rebeldía sigue siéndole infiel en cuanto puede.

—Es su manera de rebelarse. Que todo Londres crea que es un cornudo.

Los ojos azules de Britannia brillaron. —Tengo la sensación de que hay mucho más detrás de esta historia.

El Duque de Branstong apretó los labios. —Creo que en realidad no lo hace. Simplemente lo simula para que todo el mundo lo piense.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Lady Melody Dimsdale es muy descarada ante los demás, pero he visto como cuando ciertos hombres avanzan hacia otras relaciones se retrae.

—Algo totalmente comprensible en una dama que ha sufrido tanto.

Su abuelo asintió. —No sé qué ocurrió con la joya que perdió, pero eso fue un error. De hecho, no conozco a nadie que haya compartido lecho con ella que lo haya dicho abiertamente.

—Para evitar un duelo, seguramente. —De repente Britannia se echó a reír. —Ahora lo entiendo todo.

Su abuelo la miró sorprendido. —¿De veras?

—Nuestra baronesa es muy lista. Tiene un marido celoso que solo la quiere para él y busca amantes ficticios para que el Barón se vea forzado a enfrentarse a duelo. Pero es un cobarde y al parecer su plan no funciona porque la que termina pagando las consecuencias es ella. —Le guiñó un ojo. —Y la Reina lo sabe. Por eso cuando perdió la joya la ayudó. Porque en su plan había cometido un error de cálculo.

Su abuelo lo pensó. —El Barón nunca se enfrentará a duelo. Como dices solo se atreve con su esposa.

—¿Cuántos años tiene la baronesa?

—¿Unos veintidós? ¿O son veintitrés? No lo puedo asegurar.

Britannia perdió la sonrisa de golpe. —¿Tiene veintidós años?

—Fue dama de la Reina con dieciséis. Era una niña.

—Pensaba que era mayor.

Su abuelo negó con la cabeza. —Y todavía le queda mucho por vivir al lado de ese hombre. No me puedo imaginar lo que es meterse en la cama con ese viejo que tiene mi edad y es repulsivo, te lo aseguro.

Britannia entrecerró los ojos. —No puedo ir por ahí matando maridos. Vendrán a mí todas las desesperadas de la alta sociedad.

El Duque apretó los labios. —Se ha ganado el cariño de las damas.

—Algo realmente raro cuando presume abiertamente de la infidelidad, ¿no crees?

—Imagínate la vida que tiene al lado de ese hombre para que pasen eso por alto.

Asintió pensando en ello. —Lo que no entiendo es porque no le ha matado ella misma.

—¿Y acabar en la cárcel? La justicia la haría añicos.

—Justicia impartida por hombres.

—A no ser...

—¿Que una mujer le ridiculice tanto que la rabia le domine hasta cometer un error fatal ante testigos? ¿Crees que asistirá al baile de la Reina?
—preguntó divertida.

El abuelo sonrió orgulloso. —Siempre he opinado que has heredado mi inteligencia.

—Eso mismo decía padre. —Su abuelo gruñó haciéndola reír. —Veré qué puedo hacer. El Barón no es precisamente un hombre valiente y si me insulta ante Coleman...

—Debes hablarlo con tu esposo antes.

—¿Esposo?

—Niña, compartes su lecho ante todos. No necesito que un cura dé el visto bueno.

—¿Te has dado cuenta de todo lo que has cambiado desde que nos conocimos?

—Eres una mala influencia —dijo divertido.

—Cierto.

Cuando su abuelo se fue para unirse a la fiesta, pensó un rato en la situación de la baronesa. Su familia y cómo la había tratado la impresionaba, no podía negarlo. Puede que su abuelo y su padre se llevaran mal, pero desde niña había sabido que ambos darían la vida por ella y jamás la hubieran tratado de esa manera. Vendida a un viejo siendo una niña... No se quería ni imaginar lo aterrorizada que debía estar al ser casada a tan corta edad. Suponía que eso había hecho que el resto de las damas se pusieran de su lado. Aunque Britannia no era tonta y sabía que había damas que eran casadas a tan temprana edad, cualquiera se sentiría asqueada con la situación y afortunadamente eso pasaba cada vez menos. Sí, había llegado el momento de que enviudara. Después de diez años al lado de ese cerdo merecía ser libre. Sonrió cerrando los ojos cuando escuchó gritos en el piso de abajo. Bufó abriendo los ojos y agudizó el oído. No eran gritos de alegría. Alguien estaba discutiendo.

Al escuchar que se rompía algo, apartó las mantas y se levantó furiosa. Con aquel escándalo no se podía dormir. Cogió su pistola que estaba al lado de su puñal sobre la mesilla y caminó hasta la escalera. Una de las meretrices que salía en ese momento de la habitación medio desnuda para enterarse de qué ocurría, al ver su rostro se metió de nuevo y por lo que pudo escuchar cerró con la llave. Chica lista.

En lo alto de la escalera vio que un hombre salía disparado del salón

cayendo sobre el suelo de mármol y resbalando sobre él hasta la puerta, pero eso no detenía la discusión pues los gritos aumentaron. Gruñó al escuchar que se rompía otro mueble y bajó los escalones ignorando el dolor de su herida. Al llegar a la entrada del salón se apartó justo a tiempo de que Bert le cayera encima y chasqueó la lengua al ver la brecha que tenía en la frente. Asomó la cabeza para ver que se pegaban los unos a los otros mientras su marido no hacía absolutamente nada porque estaba sentado en el sofá hablando con la rubia. Los demonios la recorrieron de arriba abajo al ver que ella le sonreía y le acariciaba la mejilla con el índice. Levantó el arma y disparó a la lámpara del salón que cayó sobre las mesas de juego a punto de llevarse por delante a dos que se estaban pegando. Se volvieron hacia ella y todos se enderezaron al ver su rostro que parecía sacado del mismo infierno. —La fiesta se ha terminado. ¡Todos fuera! —gritó fuera de sí mientras sus ojos azules refulgían de furia.

Varios carraspearon tirando de sus chaquetas y caminaron hacia la puerta separándose de ella todo lo posible. Cuando el primero pasó ante ella levantó el arma para apuntarle a la cara. —Antes de irse milord, deje su bolsa para pagar los desperfectos. ¡Y eso va para todos!

El tipo que tenía el ojo hinchado metió la mano en el interior de la chaqueta y dejó caer su bolsa al suelo. —Ahora largo y no vuelvan por aquí si no saben comportarse.

Uno tras otro fueron saliendo y miró de reojo a Coleman que estaba furioso. ¿No le gustaba que hubiera intervenido? Que lo hubiera hecho él. Miró asombrada a su abuelo que tenía un corte en la ceja. —¿Quién te ha hecho eso? —gritó a los cuatro vientos haciendo que un hombre saliera corriendo casi arrollando a los que tenía delante. Ese no volvía por allí.

Cuando salieron los clientes y solo se quedaron las meretrices y los suyos, hizo una mueca al ver que Christopher se tocaba el costado como si lo tuviera dolorido. Puso las manos en jarras. —¿Vais a explicarme qué ha ocurrido aquí?

Todos se sonrojaron. Todos menos su hombre que seguía sentado con aquella zorra sin que se sintiera intimidada en absoluto. Christopher iba a hablar, pero ella levantó un dedo interrumpiéndole. Descalza se acercó a ellos mirándola como si fuera estúpida. —Espera Christopher, que al parecer hay alguien que todavía no me conoce.

—Britannia...

Ignoró la advertencia de Coleman que se tensó y agarró de los pelos a aquella rubia que gritó sorprendida antes de sentir el cañón de su pistola en la mejilla. —Vamos a ver. Cuando yo hablo tú te callas. Porque sabes quién soy, ¿verdad? —La chica la miró con temor con sus preciosos ojos azules. —¿Lo sabes? —volvió a gritar.

—Sí, milady.

—Y yo sé quién eres tú, así que si quieres morir, vuelve a tocar algo que es mío. Te juro por lo más sagrado que como te vea ponerle un dedo encima de nuevo, te rompo todos tus flacos huesos y esa cara no la va a reconocer ni tu madre, si sabes quién es. —Tiró de sus cabellos haciéndola caer de rodillas al suelo y Coleman gruñó. Le fulminó con la mirada antes de pegarle una patada a la rubia en el costado. —¡A mí se me respeta!

—Britannia...

—Ahora estoy contigo, querido. Esta cree que puede pasar por encima de mí y le estoy demostrando que no tiene lo que hay que tener para eso.

—Zorra —siseó la rubia en voz baja tensándoles a todos.

—Amber, discúlpate —dijo Coleman muy serio levantándose.

—¿Ahora te pones de su parte? —gritó ella desde el suelo mirándole atónita—. ¡Es una aprovechada a la que la Reina ha puesto ahí como si tú no fueras suficiente y lo eres!

Asombrada miró a Coleman sintiéndose traicionada porque si la Reina se enteraba de que al final se fugaría, era ella la que se jugaba el cuello. —Se lo has dicho.

Coleman apretó los labios. —No, Britannia. Se lo dijiste tú.

Dio un paso atrás sin creerse una palabra. —Mientes.

Nervioso se pasó la mano por el cabello. —Estaba en el despacho el día que viniste a explicarte.

Le miró incrédula. —¿Estaba en el...? —Palideció sintiendo que se desmayaba al recordar que la habitación estaba vacía y que solamente no había mirado en un sitio para que alguien pudiera esconderse. Bajo el escritorio. Se podía imaginar qué hacía una mujer escondida bajo el escritorio cuando él estaba sentado. Lo había visto antes en alguna taberna.

La rubia se echó a reír y Britannia nunca se sintió tan traicionada como en ese momento y sus ojos azules no pudieron evitar demostrarlo. Coleman dio un paso hacia ella. —No debes...

—¡Cállate! —gritó perdiendo los nervios antes de apuntarle con su arma en la cara descompuesta de dolor—. ¡Debería matarte ahora mismo, maldito traidor!

—¡No sabía lo que me ibas a decir cuando entraste en el despacho!

—Y era muy divertido burlarte de mí mientras esa... Esa... —Sus ojos se llenaron de lágrimas de la rabia que la recorría mientras los suyos se ponían tras ella.

—¿Qué quieres hacer, jefa? —preguntó Christopher con ganas de sangre.

—Mátala —respondió fríamente sin dejar de mirar sus ojos ni apartar

la pistola ni un milímetro.

—¡No! —gritó Amber pataleando hacia atrás.

—¡Ella no va a decir nada!

—¿Crees que voy a dejar mi vida en manos de tu puta? —Sonrió maliciosa. —No me conoces, cielo. Pero a partir de ahora me vas a conocer, eso te lo juro.

Cristopher sacó la pistola que llevaba a la espalda y apuntó a Amber que se detuvo en seco cuando iba a salir corriendo del salón. Entonces entraron cuatro hombres de Coleman apuntándoles con armas y ella siseó — ¿Queréis que muera?

—No va a disparar. —Coleman miró a sus hombres. —Salid del salón.

—Pero jefe... —dijo Bert preocupado.

—¡Salid del salón! —La miró a los ojos mientras sus hombres se alejaban hasta el hall. —No va a decir nada. No es tonta y sabe que si me traiciona lo pagará.

—Sí, pero ya será tarde para mí, ¿no crees?

—Preciosa, baja el arma si no quieres morir.

—Me acabo de dar cuenta de que contigo he cometido el mayor error de mi vida.

Coleman apretó las mandíbulas. —Aparta el arma y subamos a hablar

de esto.

—Ya no tengo nada que hablar contigo. Has perdido mi confianza. El trato se ha roto.

—¡Estás exagerando, Britannia! ¡Todo sigue igual!

—¡No! ¡Era algo entre tú y yo! ¡Pero tú lo has convertido en otro modo de reírte de mí! —gritó con desprecio antes de sonreír—. Acabas de perderlo todo. —Furiosa dio un paso al frente sin darse cuenta de que una lágrima corría por su mejilla. —Cuídate las espaldas Coleman, porque a partir de ahora tienes una cruz en la espalda.

Se volvió dejando caer el brazo del arma y miró a Christopher. —Nos vamos.

Coleman la cogió del brazo y siseó — ¿Me estás amenazando?

—A ver cómo explicas a Sterling que he roto mi compromiso. — Amber perdió todo el color de la cara. —Buena suerte. —Soltó su brazo con fuerza y añadió —Y jamás vuelvas a tocarme. Quédate con tu puta. Espero que os vaya muy bien juntos escarbando entre la mugre del puerto.

Con la cabeza muy alta pasó ante Christopher y los tres salieron del club. Ni sintió que se le aflojaban las piernas hasta que Christopher la cogió en brazos pegándola a él. —No llores, mi niña —susurró furioso—. Yo me encargaré de ella.

—Da igual. Sácame de aquí.

El coche del Duque llegó en ese momento y no perdieron el tiempo en meterla en su interior sin ser conscientes de que Coleman impotente les observaba desde la ventana.

Jyll entró en su habitación a la mañana siguiente y se acercó a la cama de puntillas para encontrarse una pistola ante la nariz. —Nunca te acerques así a mi cama —dijo agotada porque no había podido pegar ojo.

Ella sonrió. —Muy bien. ¿Le traigo el desayuno? ¿Es cierto que le han pegado un tiro, milady? —Frunció el ceño al ver sus ojeras. —Sí, debe ser verdad porque tiene mala cara.

Gruñó apartando la pistola y metiéndola bajo la almohada de nuevo antes de taparse con las mantas hasta la cabeza. —Déjame en paz.

—Eso no ha sido una orden, orden, ¿verdad? Porque no ha gritado. Ya la voy conociendo. Por cierto, su prometido está abajo.

Apartó las mantas de golpe para mirarla asombrada. —Perdón, ¿qué has dicho?

Jyll sonrió. —El señor Coleman está abajo. Por eso he venido. Tienen los tres una cara de funeral... ¿Se ha muerto alguien que deba saber?

—No, pero sí que se va a morir —dijo furiosa saliendo de la cama con el arma en la mano.

—La veo muy ágil para... —Su ama no le hizo ni caso y gritó desde la habitación —¡Milady su bata!

Britannia lo vio todo rojo. Que tuviera el descaro de presentarse allí después de lo que había ocurrido la noche anterior era el colmo. Bajó los escalones mientras Robbins se hacía el loco sin moverse de la puerta del salón. Caminó hacia allí y gritó —¿Por qué le habéis dejado entrar?

Coleman se levantó lentamente al ver que estaba armada. —Creo que te conviene escucharme. Hablo en serio Britannia. Baja el arma.

Le veía muy convencido y eso la puso alerta antes de sonreír. —Déjame adivinar. Si no vuelvo contigo hablarás con la Reina de mis planes.

—Si no me dejas otro remedio lo haré. Olvida lo que ha ocurrido y sigamos con lo que teníamos planeado como si nada.

—Como si nada. ¡Para que me traiciones más adelante cuando Sterling te lo haya cedido todo!

Coleman se tensó. —Sé que ahora no me crees...

—¡Ni te creeré nunca más! —exclamó fuera de sí—. ¡Así que sal de mi casa o te juro que te mato!

Él dio un paso hacia ella y Britannia le disparó en la punta del zapato

deteniéndole en seco. Se miraron a los ojos. —Estás cometiendo un error.

—El error lo cometí al pensar que podía confiar en un hombre que se mueve por dinero. —Encajó el insulto lo mejor que pudo apretando los puños y ella sonrió. —¿No me digas que ahora me vas a presionar con que voy a perder a Félix?

—Pues ya que lo dices... —siseó furioso.

—Pero da la casualidad de que si estoy muerta ya no puedo matar a nadie. Ahora sal de mi casa.

—Aún podemos arreglarlo, Britannia. Te juro que Amber no dirá nada.

—Ya, pero es que ahora me asquearía compartir la cama con un cabrón como tú y más aún tener un hijo tuyo —dijo con desprecio tensándole—. No te lo repito más. Fuera de mi casa. —Levantó el arma hasta su rostro y esperó.

Él vio que no tenía el anillo de compromiso puesto. —¿No sabía lo que ibas a decir cuando entraste en el despacho y cuando empezaste hablar no podía decirte lo que estaba ocurriendo!

—¿Y no me detuviste cuando tuviste la oportunidad!

—Aceptaste el trato y yo no he roto mi parte. La que no tiene palabra eres tú. ¿Lo que ocurre es que estás celosa de Amber y como no he querido matarla, estás rabiosa! ¿Pues acéptalo! ¿La conozco desde hace mucho más que a ti y ha demostrado que es alguien en quien puedo confiar! ¿Acaso tú no se lo

has dicho a Christopher o a tu abuelo? —Britannia palideció y Coleman dio un paso hacia ella. —Siento que te hicieras ilusiones respecto a nosotros, pero eso no es culpa mía. Madura de una vez, preciosa. Como dijiste, esto son negocios y al parecer tú no estás preparada para realizar el trabajo que se espera de ti si por un ataque de celos eres capaz de tirarlo todo al garete. — Pasó a su lado y Britannia dejó caer el arma al suelo antes de volverse para verle salir de la casa dando un portazo.

Su familia la miraron muy tensos porque todos sabían que Coleman tenía razón. Los celos la habían dominado y era lógico que él confiara en alguien de los suyos. Pero regresar con él sería como desgarrarse el corazón del pecho, aunque dudaba que aún lo tuviera porque lo que había ocurrido la noche anterior la había destrozado.

—¿Qué vas a hacer, Britannia? —preguntó Christopher preocupado.

—¿Hacer? No puedo hacer mucho. No tengo el Tempestad para irme y si me subiera a cualquier barco, la Reina me atraparía. Además, no puedo perder a Félix.

—Así que volverás con él —dijo su abuelo mirándola con pena.

—Solo rezo porque ya esté en estado y que toda esta pesadilla termine de una vez. —Se volvió y caminó por el mármol sintiéndose sin fuerzas para empezar a subir las escaleras. Su doncella vio preocupada que regresaba a la

cama y que se cubría con las sábanas antes de escucharla llorar intentando no hacer ruido. Jyll se mordió el labio inferior saliendo de la habitación discretamente.

Si la noche anterior se había sentido mal por lo que había ocurrido, en ese momento se sentía mil veces peor por la humillación de que él supiera lo que sentía. Había hecho el mayor de los ridículos y no fue hasta ese momento que se dio cuenta de que él nunca la correspondería porque estaba enamorado de Amber. La había defendido incluso exponiendo su vida cuando todo se hubiera solucionado si esa zorra hubiera muerto. Ella se hubiera aplacado y lo hubieran arreglado, pero sin embargo la había defendido. Dios, era humillante. Y lo más humillante vendría ahora porque se había dado cuenta de que tenía razón. No era culpa de Coleman que se hubiera hecho ilusiones respecto a él y no era suyo para reclamarle nada. Ella misma le había dicho que eran negocios. Ella le propuso el trato. Y era ella quien lo rompía por sus celos. Ahora tenía que aprender a vivir a su lado sin que la afectara durante el próximo año.

Esa misma tarde le envió una nota al club diciendo que quería verle. Ella no pensaba pasar más por allí. Sentada en su butaca mirando por la ventana rechazó el té que Jyll le ofrecía antes de sentir a Coleman tras ella.

Cerró los ojos llegando hasta ella el aroma de su jabón e intentó parecer lo más fría posible. Volvió la cabeza para ver que Jyll salía con la bandeja sin tocar mientras Coleman decía —Deberías comer si quieres recuperar fuerzas.

Le observó durante unos segundos que para él debieron hacerse eternos porque fue hasta el asiento de la ventana sentándose demasiado cerca para su gusto. Se miraron a los ojos. —Al parecer has tomado una decisión.

—Es que me he dado cuenta de que tienes razón, querido —dijo con burla—. Esto son negocios. Yo quiero algo que es demasiado importante para mí como para dejarlo escapar. Espero que sepas controlar a esa mujer, porque si no es así estáis muertos. Puede que yo pierda la vida, pero los míos me vengarán y habrá una guerra en las calles. Espero que no quieras eso.

—Sabes que no. No ocurrirá nada. Te lo aseguro.

—Bien. Nos casaremos la semana que viene antes de la fiesta de su majestad. No quiero vivir en el club y tampoco quiero vivir aquí. No quiero que esto afecte más a mi abuelo de lo que lo ha hecho.

—Alquilaremos una casa.

—Bien. —Miró hacia la ventana. —No compartiré el lecho contigo. Puedo tener un hijo de otro. De todas maneras, la Reina no sabrá de quien es.

Coleman se tensó con fuerza. —Mi mujer no va a tener un hijo de otro.

—No soy tu mujer. Tu mujer es esa a la que defiendes tanto. Yo solo

soy la parte de un negocio que tienes que soportar. Como un cliente difícil que te va a dejar mucho dinero. En un año no nos volveremos a ver y si hay suerte antes.

—Olvídate de que vas a acostarte con otro hombre, Britannia. El trato es que yo te dejaría en estado y es lo que pienso hacer. No cambies el trato a tu antojo solo porque estás enfadada.

Le miró con odio. —¡No soportaría que me tocaras! ¿Quieres acabar con esto? ¡Pues claudica de una vez!

—No, preciosa. ¡Claudica tú porque no pienso cambiar de opinión! — le gritó a la cara—. ¡Eres mi mujer hasta dentro de un año, así que compórtate como tal!

—Te odio.

—Sí, eso ya me ha quedado claro. Pero no necesito que me mires, preciosa. ¡Cierra los ojos mientras compartamos lecho, pero el trato sigue en pie!

Cuando pensaba que no podía sentir más dolor ahí llegaba otra cuchillada. Apartó la vista hacia la ventana y él se levantó. —Al parecer la conversación ha terminado.

Sin ser capaz de decir una palabra más siguió mirando la ventana devastada por dentro. Iba a ser el año más difícil de su vida. Eso estaba claro.

La atravesó el dolor de la muerte de su padre, pero parecía que el deseo de venganza lo iba paliando poco a poco. Sin embargo, sabía que ese dolor no lo superaría fácilmente porque debía compartir su vida en los próximos meses. Él se agachó a su lado apoyándose en el respaldo del sillón y le susurró al oído —Alegra esa cara, preciosa. Vamos a casarnos. —La besó en la mejilla y Britannia no movió un gesto como si estuviera tallada en piedra. Coleman entrecerró los ojos incorporándose. —Te veré mañana.

—No te molestes. No pienso salir de casa hasta que no esté recuperada y tardaré aún una semana. No hace falta que vengas.

—Pero vendré igualmente.

Molesto fue hasta la puerta, pero ella se mantuvo impasible. Su prometido se detuvo, pero afortunadamente se fue dos segundos después cerrando la puerta lentamente. Britannia cerró los ojos con fuerza y tomó aire varias veces. Lo había conseguido y puede que mañana fuera más fácil. Dios, esperaba que fuera así porque sino no sabía cómo lo iba a hacer.

Capítulo 9

Lo que sí que la sorprendió fue que esa tarde fuera a verla Sterling antes de la cena. Cuando Jyll le dijo que deseaba verla, supo que algo sabía y eso la tensó. No era una simple visita social.

Jack Sterling entró en la habitación y se detuvo en la puerta mirándola con una suave sonrisa en el rostro. —Veo que te encuentras mejor ya que estás sentada. Aunque tu cara no lo refleja en absoluto.

—Sterling déjate de dar rodeos que ambos sabemos que no estás aquí por gusto. —El rey se echó a reír asintiendo y se acercó a ella. —Por favor siéntate. —Le mostró el sillón que estaba frente a ella y él se sentó estirando la pierna antes de poner el bastón a un lado. —Supongo que estás aquí porque has escuchado algo.

—El club sigue siendo mío hasta que haga el traspaso, niña. Por supuesto que me entero de todo.

—Bien, pues no tengo nada que decir.

—Supongo que has arreglado las cosas con Coleman después de su

visita.

—Supones bien.

—No debes preocuparte porque hable sobre su majestad de lo que ha ocurrido. —Le miró sorprendida y él sonrió con ironía. —¿Crees que perjudicaría a Coleman? Quiero que ocupe mi puesto. Lo deseo desde hace mucho tiempo.

—Entiendo. Así que a ti no te molesta que me vaya.

—Estás herrada. Me gustaría que fueras su esposa y le apoyaras. —Él suspiró. —Esta vida puede ser muy dura sin alguien que te entienda a tu lado. La soledad del trono puede ser una carga muy difícil de llevar.

—No me quiere a su lado. El trato es un año. En cuanto la Reina me dé a Félix y a Sharon se habrá acabado.

—Aunque tú desees que se acabe cuanto antes por el dolor que veo en tus ojos.

Avergonzada desvió la mirada. —Eso no es asunto tuyo.

—No. No lo es. —La observó fijamente. —Recuerdo cuando te vi por primera vez. Estabas tan llena de vida... Tu padre no se podía sentir más orgulloso de ti. —Le miró sorprendida. —Y eso que aún eras una niña. En esa visita hablamos mucho de ti, ¿sabes? —Ella negó con la cabeza. —Acababas de visitar a tu abuelo y estabas encantada de volver a tu vida. Tus ojos

brillaban cuando hablabas de tu vida en esos mares y pensé que jamás renunciarías a ellos ni por tu abuelo ni por nadie. Eres un espíritu libre y a ti no se te puede atar en Londres. Por eso sabía que el plan de la Reina no funcionaría. Me pareció absurdo desde el principio, pero necesitaba que ella pensara que saldría bien porque Coleman es perfecto para sustituirme y esto se ha alargado mucho. Mi hija ha tenido paciencia, pero ya está bien.

—Entiendo que quieras retirarte.

Él asintió. —Han sido años muy duros y es hora de disfrutar de la vida. Ahora le toca a Coleman. Es una pena que vuestra relación no pueda ser más profunda. —Chasqueó la lengua. —Y siento lo que ha pasado con Amber.

—Me lo advertiste.

—Sí que lo hice y no me hiciste caso. Pero ha pasado algo muy curioso cuando he entrado en esta habitación y he visto tu rostro. Estás rota de dolor y eso me demuestra que la Reina no es tan tonta como aparenta. Te buscó el marido perfecto, ¿no es cierto?

—No, no es cierto. —Molesta miró la lámpara de aceite que estaba encendida a su lado.

—Por supuesto que sí. De esa manera te ataba a Londres, pero no se esperaba el rechazo de Coleman. Creía que se sentiría fascinado por la Reina de los mares y caería rendido a tus pies, siendo felices para siempre

gobernando la zona oscura de Londres. Pero es que la Reina no conoce la historia de Coleman...

Le miró sorprendida. —¿La historia?

—Te veo ansiosa y es lógico.

—Le pregunté cómo te conoció y se enfadó.

Sterling sonrió. —Es que es una herida que aún no está cerrada del todo. ¿Quieres que te cuente lo que ocurrió?

Apretó los puños porque no debería importarle, pero era superior a sus fuerzas. Sterling vio cómo se debatía y amplió su sonrisa. —Te lo contaré igualmente para que conozcas mejor al que va a ser tu marido. —Miró al vacío. —En aquella época yo estaba desesperado por encontrar a mi esposa que había desaparecido.

—Me lo dijo padre.

—Me llegó un rumor sobre una mujer con sus características al suroeste de Inglaterra y me trasladé allí con mis hombres. Llegamos a un pueblo cerca de Weymouth y nos alojamos en una posada. Allí le conocí. Trabajaba por la comida y estaba famélico, así que mucho no le daban de comer. —Britannia apretó los labios. —Y los morados de distintos colores en su rostro demostraba que su señor las pagaba con él en cuanto podía. Estábamos cenando y escuchamos golpes en la cocina. Al parecer se le había

caído una jarra de leche y aquella bestia le estaba dando patadas mientras estaba en el suelo. Fui hasta allí y vi como Coleman se levantó con rabia cogiendo un cuchillo y clavándoselo a aquel hombre en el pecho tantas veces que terminó empapado en sangre. Cuando dejó caer el cuchillo vi el horror en su rostro y le llamó padre a gritos sin darse cuenta ni de que gritaba.

Britannia palideció. —Su padre...

—Bah, era un malnacido. Cogí a Coleman por los hombros y le ordené que fuera a lavarse. Estaba ido por lo que había hecho, así que le lavé yo mismo sin que lo supieran mis hombres y me deshice del cuerpo del posadero en una cuneta que es donde debía acabar. Me llevé al chico a Londres y le puse a mi cargo. Al principio ni hablaba, seguramente por temor a que alguien le pegara. —Una lágrima cayó por su mejilla escuchándole y sintiendo su dolor. —Pero poco a poco fue saliendo de sí mismo y se dedicó a trabajar más que nadie. —Sonrió con tristeza. —Aprendió a mandar y como has comprobado ahora dirige la organización mejor que yo.

—¿Pero?

—Pero jamás deja que nadie entre en su corazón. A mí me es fiel porque soy el padre que nunca tuvo, pero si muriera mañana Coleman no soltaría una sola lágrima.

—¿No es capaz de amar? ¿Eso me estás diciendo?

—Puede sentir fidelidad e incluso aprecio, pero creo que nunca entregaría su corazón a alguien porque mató a la única persona que amó en su vida. ¿Me entiendes?

—A Amber la ama.

—No, Britannia. La ha protegido porque sabe que no le traicionaría, pero si Amber cometiera un error, sería capaz de matarla él mismo. Te lo aseguro. Lo he visto antes.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Cuando tenía unos veinte años llegó al club una mujer preciosa. Lo encandiló con sus malas artes y Coleman le compró una joya. Era una fruslería, pero en él era un gesto enorme. Ella le dio la joya a su amante apenas una semana después y Coleman se enteró. La hizo trabajar día y noche hasta que le devolvió el dinero del regalo y después la echó a la calle. Murió esa misma noche cuando su amante la apuñaló en el puerto al enterarse de que la habían echado.

—Dios.

—Cuando tu prometido se enteró se encogió de hombros y te puedo asegurar que por cómo la miraba estaba realmente encandilado con ella.

—Así que no le importo ni le importaré jamás. Eso es lo que me estás diciendo.

—Puedes conseguir su aprecio. Puedes conseguir una amistad de por vida en la que arriesgaría la vida por ti, pero no busques nada más porque Coleman no es capaz de amar. Es una fiera protegiendo a los suyos porque es lo único que ha aprendido. Tener palabra y ser fiel a ella.

—Eso lo ha aprendido de ti.

—Pero yo no le he dado cariño, Britannia. Trabajaba para mí. Le daba órdenes y las cumplía.

—No ha tenido alguien que le ame de verdad —susurró sintiéndolo muchísimo por él.

—No, no lo ha tenido y dudo que sepa reconocer el amor. —Sterling suspiró. —Por eso sabía que el plan de la Reina no funcionaría. No se enamorará de ti. Le daría igual que dentro de un año te fueras. Aunque yo por supuesto la animé a creer que eso no pasaría porque Coleman te buscaría hasta encontrarte y más si tienes un hijo suyo.

Aunque sabía que no la amaba, enterarse de que no la querría jamás era descorazonador. Pero tenía que aceptarlo. Su prometido era así y realmente no tenía la culpa de lo que le había ocurrido. Se había criado sin amor en un mundo terrible para un niño y bastante bien había salido para lo que podía haber sido de él.

—Bueno, aunque lo sabía...

Sterling apretó los labios. —Lo sé.

Forzó una sonrisa. —Gracias por decírmelo. Prometo guardar el secreto.

—Nunca se lo ha contado a nadie.

—No le diré nada.

—Lo sé. Tú también tienes palabra. —Sterling se levantó. —Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —Le miró sorprendida. —La culpa es mía que me he hecho ilusiones. No tuya ni de Coleman que no podía haber dejado las cosas más claras desde el principio. Soy yo la que he errado y me he dejado llevar por el orgullo. Te agradezco que me lo hayas contado.

—Espero que te recuperes pronto.

—Gracias Sterling. Por todo. Sé que tú tuviste algo que ver en el perdón de la Reina.

—Conocía a tu padre y sé cómo actuaba. Jamás te hubiera educado para hacer esa atrocidad.

Asintió y él se alejó hacia la puerta. —Por cierto, si me necesitas no dudes en hacerme llamar o venir a casa. —La miró sobre el hombro. —Coleman a veces...

—No tiene tacto. Lo sé —dijo divertida.

El rey de los bajos fondos sonrió antes de salir de su habitación. En

cuanto se quedó sola miró sus manos y abrió los puños relajando los dedos que estaban blancos. No podía haber sido más claro. Aunque sabía que no la quería, enterarse de que nunca le abriría su corazón era doloroso. Tenía que admitirlo y sin darse cuenta se encontró mejor. Puede que tuviera su amistad y eso en él ya era mucho. Debía aceptarle como era y dejarse de soñar o de desear cosas imposibles.

Al día siguiente Jyll le llevó una bata más gruesa que era una maravilla con bordados dorados y le dijo —Para que baje a reunirse con su familia, milady.

Sentada en la cama se dijo que tenía razón. No tenía por qué estar encerrada allí cuando podía estar en el salón con los demás. —¿Están en casa?

—Por supuesto, milady. Su prometido ha dicho que vendría a lo largo de la mañana y no se mueven de aquí hasta que se vaya.

—¿Ya han desayunado?

—Lo están haciendo en este momento, milady.

—Por Dios deja de repetir milady cada dos segundos.

—Sí, milady.

Britannia entrecerró los ojos. —Lo has hecho a propósito.

—Sí, milady. Es para ver si se le mete en la mollera que es una Lady y empiece a comportarse como tal, milady.

Gruñó apartando las mantas. —Serás pesada. Yo no soy como las demás.

Se puso la bata con su ayuda. —Eso lo sé de sobra, milady. No se olvide del anillo.

Miró su joyero sobre el tocador y atándose el cinturón de seda caminó hacia él. Al abrirlo vio todas las joyas que su abuelo le había regalado a lo largo de los años aparte de las que ella se había quedado de los botines, una auténtica fortuna. Sin poder evitarlo cogió el anillo sintiendo mucha pena porque no era un símbolo para Coleman. Para él no significaba nada ni lo significaría jamás. Con una triste sonrisa se lo puso en el dedo mientras Jyll le acercaba las zapatillas y se agachaba ante ella para ponérselas. —Puedo hacerlo yo, ¿sabes?

—Déjeme mimarla, milady. Siéntese para que le cepille el cabello. Y échese algo de perfume. A los hombres les gustan esos detalles.

Sonrió mirándola a través del espejo. —¿Y tú cómo lo sabes? ¿No eres soltera?

—Oh, pero tengo pretendientes, milady.

—¿De veras? ¿Quiénes son? Espero que estén a tu altura.

—Pues uno es carnicero, milady. Y otro es obrador. —Sonrió maliciosa. —También tengo un pretendiente de la guardia de la Reina.

—¿Tienes tres?

Asintió cepillándole sus rizos pelirrojos provocando ondas en su sedoso cabello. —A mí me gusta el guardia de la Reina. ¿Pero y si me lo matan? —Negó con la cabeza. —Ah, no. No puedo ser como esas viudas que tienen cinco hijos y luego tienen que matarse a trabajar para sacarlos adelante.

—Chica lista.

—Por eso pienso en el obrador. Un trabajo limpio y sin riesgo. A no ser que me lo asalten en la calle y me lo maten también. Aunque también puede morir de enfermedad, claro. Pero parece muy sano, milady.

—¿Y el carnicero?

—Oh, ese está descartado. Tanta sangre y olor a carne. —Negó con la cabeza dando un respingo. —Pero me hace regalos, así que aún no le he dicho que me olvide —dijo levantando la barbilla.

—¡Jyll!

—Una chica sola tiene que mirar por ella misma, milady. No me regañe.

Pensándolo bien estaba ella como para criticar a nadie, que iba a casarse con un hombre que no la quería para matar a otro. Hizo una mueca. —

¿Y el obrador es guapo?

Sonrió ilusionada. —Guapísimo milady. Bueno, le falta un diente. —
Señaló uno de sus incisivos. —Pero me hago la tonta.

Sin poder evitarlo Britannia se echó a reír. —¿Te ha besado?

—Me han besado los tres.

—¿Serás descarada!

—¿Lo dice la que comparte lecho con su prometido! —Abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que había dicho y Britannia se echó a reír a carcajadas. —Quiero decir...

Levantó una mano para que no se disculpara y se giró lentamente para no tirar de los puntos. La miró a los ojos. —Así que te casas con el obrador, ¿y quién va a atenderme a mí?

—Oh milady. —Siguió cepillándola. —No me diga eso que no me caso. Ahora que nos llevamos bien...

—Tendré que asustar a otra doncella hasta que se espabile, es una tragedia. —Reprimió la risa al ver que se lo estaba pensando y se echó a reír cuando frunció el ceño. Le cogió las manos y sonrió encantada con ella. —Sé feliz Jyll, con el obrador, con el carnicero o con el soldado. Elige el que más felicidad te dé porque el futuro es incierto y debes aferrarte a la felicidad todo lo que puedas. —Su doncella asintió. —Déjate llevar por el corazón. Y si

algún día tienes problemas siempre podrás acudir a mí.

Jyll la miró emocionada. —Gracias, milady.

—¿Entonces con quién te quedas? —preguntó maliciosa.

—Con el soldado, milady.

Se echó a reír de nuevo y se levantó apoyándose en el tocador para ver que la puerta estaba abierta y que Coleman las observaba con los brazos cruzados apoyado en el marco. Sin poder evitarlo perdió la sonrisa poco a poco cuando su corazón saltó en su pecho y se acercó a él intentando que no se notara. —Buenos días, prometido.

—Buenos días, preciosa. Tienes mejor cara —dijo mirándola con desconfianza.

—He dormido mejor. —Pasó ante él, pero Coleman la cogió del brazo apoyándolo en el suyo. Le miró sorprendida pero no lo apartó porque su cuerpo clamaba por sentirle.

—Veo que estás más... —Se tensó y él hizo una mueca. —Relajada.

—Es que había olvidado mi objetivo —respondió sin darle importancia cogiendo el bajo de la bata para empezar a descender las escaleras.

—Esa es una noticia maravillosa. Ya he hablado con un sacerdote que nos casará el lunes que viene. ¿Quieres celebrar la boda aquí?

Se encogió de hombros como si le diera igual y Coleman tomó aire por la nariz como si se estuviera conteniendo. —Entonces será aquí el lunes. Y me ha llegado un chivatazo sobre una casa en este mismo barrio. Así estarás cerca de tu abuelo.

—Muy bien. —Caminaron hacia la sala del desayuno.

—Lo único que tendrás que amueblarla.

Le miró sorprendida. —¿No tiene muebles? Qué extraño, ¿no? Si es una casa para alquilar...

—La alquilan sin muebles. Al parecer era para una hija, pero no se casó. Ella iba a amueblarla a su gusto.

—¿Y por qué no se casó?

—¿Y yo que sé?

—¿No te has enterado?

—No me interesaba mucho.

Claro, a él la alta sociedad no le interesaba a no ser que estuviera relacionado con su trabajo. Preocuparse de esas cosas era cosa suya a partir de ese momento. —Bien, pues en cuanto pueda...

—No hay prisa. Y a partir de ahora no saldrás de casa sin Bert. Sé que os lleváis bien...

—¿Y yo que pinto aquí? —dijo Christopher molesto sentado ante su

desayuno—. Yo me encargo de proteger su espalda.

—Bert también saldrá con vosotros. —Lo dijo de tal manera que no admitía discusión y Britannia no tenía ganas de discutir. Le daba la sensación de que a partir de ahora iban darle muchas cosas igual.

Soltó su brazo y fue hasta su abuelo sentado en la cabecera en silencio para darle un beso en la mejilla. —Buenos días, abuelo.

—Buenos días, mi niña. Así que os vais de mi casa.

—Es lo mejor —dijo ella sentándose en la silla que Coleman le apartaba en ese momento—. Así nuestros hombres no te molestarán.

—No me molestan.

—Abuelo... —El Duque apretó los labios. —Es mejor así.

—Esta será tu casa algún día —dijo muy tenso.

Apretó los labios mirando la taza de té que un lacayo le llenaba en ese momento. —Creo que es mejor apartar este año del resto de mi vida. Eso es todo.

Coleman se tensó a su lado, pero no dijo palabra mientras Christopher les observaba empuñando el cuchillo como si quisiera lanzarse sobre su prometido en cualquier momento. Su abuelo la miró de reojo. —No vas a volver.

Suspiró antes de mirarle a los ojos. —Sabes que una vez que me vaya

ya no regresaré abuelo. Pero puedes venir conmigo.

El Duque la miró sorprendido. —¿De veras?

—Tengo una casa preciosa frente al mar cerca de Saint John que te encantará. Si quieres venir eres muy bien venido.

—Todavía queda mucho para eso, ¿recuerdas? —dijo Coleman cortante—. Sobre la casa...

—Está bien. La amueblaré en cuanto pueda y nos mudaremos. — Empezó a desayunar lo que Robbins le había servido y se obligó a comérselo todo. Se hizo un denso silencio y cuando terminó suspiró apoyando los codos sobre la mesa. —Sé que he complicado mucho las cosas. Soy consciente de ello, pero ya que tengo que continuar con esto, os agradecería que simularais que os lleváis bien, ¿de acuerdo? Creo que si yo puedo hacerlo, vosotros también.

—Yo haré lo que tú creas oportuno —dijo Christopher sin quitar ojo a Coleman que parecía de lo más relajado.

—Lo mismo digo, cielo —añadió su abuelo.

—Bien...

Miró a Coleman que se encogió de hombros. —Yo no he hecho nada, preciosa.

Tenía razón. Él no había hecho nada porque había mantenido la misma

actitud desde el principio. —Bien. —Forzó una sonrisa levantándose. —
Supongo que tienes trabajo —dijo a su prometido.

—Pues no mucho. Me voy a tomar la mañana libre.

Estupendo. Apretó los labios mientras se trasladaban al salón, pero ella se detuvo antes de entrar. —Creo que voy a ir a la biblioteca a por algo para leer.

—¿Te apetece una partida a las cartas, Coleman? —preguntó Christopher intentando ayudarla mientras se alejaba a la puerta de al lado a unos diez metros. Al entrar respiró del alivio porque podía estar un rato sola y se pasó los minutos acariciando los lomos de cuero sin ganas de leer. En realidad, no tenía ganas de nada. Fue hasta los ventanales y se sentó en el asiento para mirar distraída hacia el exterior. Su rodilla chocó con algo y la apartó para ver un volumen que su abuelo debía haberse olvidado allí. Al mirar el lomo vio que era el diario de bitácora del Liberty. Frunció el ceño abriéndolo y perdiendo el aliento al ver que eran las anotaciones del capitán Ellison. Emocionada lo abrió en la primera página y empezó a leer olvidándose de todo. Fechado en 1754 devoró las líneas del capitán describiendo una vida mucho más dura que la suya. Cuando los mares eran un nido de piratas despiadados y no simples corsarios. Sonrió cuando describió como las ratas habían infestado la nave y ni se dio cuenta de que Coleman entraba en la biblioteca para acercarse a ella por detrás. Se agachó a su lado y

escuchó su risita al leer que una de ellas le había mordido la pierna a su segundo pero que estaba tan delgado que no insistió más.

—¿Eso puede ocurrir?

Se sobresaltó dejando caer el cuaderno al suelo y sin aliento vio cómo se agachaba ante ella y lo recogía quedándose de cuclillas leyendo algunas anotaciones. —¿En tu barco hay ratas?

—No, tenemos gatos. —Hizo una mueca. —O los teníamos. Seguro que Beacher se ha encargado de subir un par a bordo antes de zarpar. Pero muchos no quieren llevar gatos y sí que tienen ratas.

Él levantó la vista hasta sus ojos. —¿Lo echas de menos?

—Cada minuto. —Y más ahora, añadió para sí.

Coleman asintió incorporándose dejando el diario a su lado. —Yo no sé nadar.

Le miró sorprendida. —¿No?

—Nunca he tenido la necesidad —respondió divertido—. Vivo en tierra firme.

—No creas, hay marineros que no saben nadar. Dicen que así mejor porque la muerte llegaría más rápido en caso de naufragio. —Soltó una risita. —Yo prefiero luchar.

Coleman sonrió. —Lo sé.

—Como tú, ¿no? Si has llegado a ser la mano derecha de Sterling, estoy segura de que has tenido que luchar mucho para ganarte su respeto. —Él asintió mirando hacia la puerta como si estuviera incómodo. —¿Tienes que irte?

—Sí, será lo mejor.

—Bueno, pues adiós. ¿Vuelves el lunes para la boda?

Coleman la cogió por la nuca y atrapó su boca besándola de una manera que le robó el alma. Ni fue capaz de responder de la sorpresa, pero él acarició su lengua de tal manera que gimió de placer sin darse cuenta. Se apartó lentamente y besó su labio inferior antes de susurrar —Te veo en la cena.

—¿Cena? —preguntó confundida viéndole ir hacia la puerta e irse sin mirarla. Aún atontada miró por la ventana para verle salir de la casa. Ni una sola vez miró hacia allí. Apretó los labios viendo como su carruaje se alejaba. Solo había sido un beso. Ya sabía que la deseaba. No debía hacerse ilusiones. Era un beso, nada más.

Capítulo 10

A partir de ahí su relación cambió. Iba a verla en los desayunos y en las cenas. Mantenían una relación pacífica porque en realidad no se metían en temas escabrosos como los sentimientos. Ella disimulaba que se había olvidado de lo que sentía y él seguía en sus trece de hacerle ver que no era importante en su vida. Se lo demostró el día antes de la boda que llegó a casa con una caja enorme.

—¿Para mí?

—¿Para quién sino?

Ilusionada vio como la colocaba ante ella en la mesa del desayuno y emocionada tiró del enorme lazo azul pálido que llevaba. Levantó la tapa blanca y se le cortó el aliento al ver el corpiño de un vestido con encaje blanco. —Es un vestido de novia...

—¿Le has comprado un vestido de novia a la niña? —preguntó su abuelo satisfecho acercándose a ellos y dándole una palmada en la espalda a Coleman.

Impresionada lo sacó de la caja. —Oh, no he sido yo. Madame Blanchard se ha encargado de ello. Creía que aún estabas convaleciente en el club y es su regalo de boda.

Por supuesto. Britannia perdió parte de su sonrisa cuando su burbuja estalló, pero disimuló acariciando la delicada tela de su maravilloso vestido. —Es precioso. Si la ves antes que yo has de darle las gracias.

—Vendrá a la boda a vestirte. Está invitada. —La miró extrañado. —
¿No lo sabías?

Se sonrojó ligeramente porque aparte de su abuelo, de Christopher y Sterling no conocía a nadie más en la ciudad.

—Pues perfecto. ¿Robbins puedes encargarte de él?

—Por supuesto, milady. Haré que para mañana esté impecable.

—Gracias. —Fue hasta su sitio y Coleman le apartó la silla mirándola algo tenso.

—Parece que no te ha gustado mucho.

—No, me ha encantado y ha sido un detalle precioso.

Para todos fue evidente que había sido un detalle precioso que no había tenido él, pero Coleman parecía que de eso no se daba cuenta. Britannia le miró de reojo mientras le servían el desayuno. Empezaba a pensar que era muy avisado cuando le convenía. Y era obvio que ella no le convenía en

absoluto.

—Estarás preciosa mañana —dijo su abuelo con una dulce sonrisa mientras Christopher asentía. Todos miraron a Coleman como si esperaran que añadiera algo, pero él levantó una ceja masticando como si ni entendiera de lo que hablaban. Britannia llenó la boca de huevos revueltos para no tener que decir nada, aunque lo que quería era pegarle un puñetazo. Vaya, al parecer la tristeza se iba alejando, dando paso a la rabia de nuevo. Mejor dar mamporros que ir llorando por las esquinas. Eso desahogaba más.

En cuanto tragó decidió cambiar de tema. —Creo que me encuentro perfecta para visitar la casa.

Él giró la cabeza. —¿Ahora? —preguntó como si fuera un incordio.

—Bueno... después del desayuno.

—Mejor lo dejamos para después de la boda. No quiero que te agotes para mañana.

Britannia levantó una ceja antes de volverse hacia su abuelo. —
¿Vendrás conmigo?

—Claro que sí, niña. Si me dice qué casa es...

Coleman carraspeó. —Es que no es el mejor día para visitar la casa.

—¿Y eso por qué? ¿No has firmado el contrato de alquiler?

—Sí, por supuesto. Pero como estaba vacía... —Carraspeó de nuevo

moviéndose incómodo en la silla. —Pues ayer dimos una fiesta.

Lo miró asombrada. —¿Perdón? ¿Has hecho una fiesta en nuestra casa? —gritó perdiendo la paciencia.

—Pues sí. Una timba discreta entre amigos.

Sus dientes rechinaron mirando a su prometido como si quisiera clavarle entre los ojos el cuchillo que tenía en la mano. —¿Y de cuántos amigos hablamos?

—Unos cincuenta —dijo casi en un susurro antes de beber de su taza de té como si nada.

—¿Cincuenta! ¡Y deduzco que había otras cincuenta prostitutas aparte del servicio!

—Hay algunos caballeros que no quieren acercarse al club por si sus esposas se enteran. Esto es más discreto. A veces alquilo alguna vivienda vacía y...

—¡No me des explicaciones que no te he pedido! ¡Es nuestra casa! — le gritó a la cara.

—Veo que te encuentras mucho mejor. —Sonrió dejándola atónita antes de seguir desayunando como si nada.

Asombrada miró a Christopher que gruñó antes de decir —Esas fiestas se avisan, muchacho.

—¡Christopher!

Su amigo se sonrojó. —Es que debió ser épica.

Coleman sonrió por lo bajo y ella le dio una patada en el tobillo perdiendo la paciencia antes de sisear mientras gruñía —¡Busca otras casas!

—Sí, preciosa. ¿Te aburres?

—No sabes cuánto.

Su abuelo jadeó y todos se volvieron hacia él. —Ha muerto el Barón de Dimsdale —dijo asombrado—. Y acusan a su mujer del asesinato.

Interesada estiró el cuello para mirar el periódico. —Mira, eso que me he ahorrado. —Sonrió de oreja a oreja. —Al final tuvo agallas para hacerlo.

—Aquí dice que fue encontrado en el despacho de su casa de Londres y que ella estaba a su lado manchada de sangre minutos después de regresar de su casa de campo.

—¿Cómo que te ha ahorrado el trabajo? —preguntó Coleman mosqueado—. ¿Ahora te vas a dedicar a salvar damas de maridos penosos?

—Si no puedo librarme de ti...

—Muy graciosa.

Cristopher reprimió la risa. —Niña, ¿para qué ibas a querer meterte en eso?

—Oh, era una idea del abuelo. Al parecer la Baronesa de Dimsdale es muy apreciada entre las damas y quería que le echara una mano para ganarme su afecto.

—Cargándote al marido —replicó su prometido.

—¿Había una opción mejor?

Coleman gruñó dándole la razón antes de seguir comiendo y ella sonrió satisfecha. —¿Recuerdas nuestro trato? Tú al club y a los rateros y yo a las damas.

—Tú tienes que espiarles, no meterte en sus vidas.

Chasqueó la lengua preguntando a su abuelo —¿Dice ahí algo más?

—Que la baronesa está en la Torre de Londres a la espera de juicio. Al parecer una doncella la encontró con un cuchillo en la mano.

—¿Un cuchillo? —Negó con la cabeza. —Demasiado obvio, ¿no crees prometido mío?

La miró con desconfianza. —Quieres que pregunte por ahí.

—Qué listo eres. Espero noticias esta noche.

—Esta noche...

—¡Vendrás a cenar esta noche! ¡Nos casamos mañana! ¡Me importan un pimiento tus fiestas, tus putas y tus rateros! ¡Si yo me aburro como una ostra, tú también! ¡En eso se basa el matrimonio!

Él la miró asombrado mientras se levantaba dejándole con la palabra en la boca. Su prometida fue hasta la puerta siseando que hasta una baronesa de tres al cuarto podía entrar en la Torre de Londres mientras ella tenía que pudrirse en Londres que olía fatal. Fue subiendo el tono hasta que escucharon cuando subía las escaleras —¡Estupendo! ¡Sigue lloviendo! ¡Mierda de vida!

—Está algo inquieta —dijo su abuelo sonriendo como si sus gritos fueran lo mejor del mundo.

Le miraron como si él tuviera la solución y no supo qué decir. Christopher bufó. —Éste es un negado...

—Y que lo digas —susurró su abuelo.

—Hago lo que puedo. No es muy fácil de trato.

—¡Menuda mentira! —protestaron los dos a la vez.

Escucharon como algo se estrellaba contra la pared y levantaron la vista al techo —¡Jyll! ¡Vuelve a enseñarme otro vestido y te cuelgo de los dedos gordos de los pies en la barandilla de la escalera! ¡Estás advertida!

—Sí, es de trato fácil.

En el piso de arriba Britannia susurró —Date prisa que quiero irme antes de que salgan de la sala del desayuno.

—Pero milady, ¿a dónde vamos?

—A descubrir un crimen.

—¿Un crimen, milady? —preguntó con los ojos como platos mientras le abrochaba la chaquetilla rosa del vestido de mañana que le había puesto—. ¿Y vamos solas?

—Claro que sí. Me dirían que para qué me esfuerzo, pero la Baronesa ya ha sufrido mucho como para perder la vida por ese cabrón.

—Oh... entonces tenemos que hacer algo por esa pobrecita. —Le mostró el sombrero y ella negó con la cabeza. Odiaba esas cosas. —¿Y en qué vamos? Está lloviendo.

Entrecerró los ojos y se acercó a la ventana para ver ante la puerta el carruaje de Coleman. —Tenemos transporte. Que se moje. Me tiene harta.

Su doncella se puso a su lado y sonrió maliciosa. —Por la escalera de servicio, milady.

—Perfecto.

—¿Va armada?

—Uy, se me están olvidando las buenas costumbres. —Abrió el armario y sacó una pistola de su arsenal comprobando que estuviera cargada y recordando que la otra la había dejado en el club con su daga. Debía recordar reclamárselas a su prometido. Las guardó en las ligas como siempre y asintió

mirando a Jyll. —Vamos.

—Lista, milady.

Su doncella emocionada fue hasta la puerta y la abrió saliendo como si nada. Le hizo un gesto con la mano indicándole que no había nadie. La siguió por el pasillo de su derecha y llegaron a la escalera de servicio. Jyll iba delante y cuando llegó abajo le hizo un gesto con la mano para que se detuviera. Se pegó a la pared al ver que una cocinera pasaba con una bandeja de carne. Jyll disimuló como si se estuviera atando el zapato y cuando la cocinera pasó, miró a ambos lados antes de indicarle que bajara. Cruzaron el pasillo a toda prisa y giraron a la derecha, pero volvieron atrás al ver a Robbins caminar hacia la sala del desayuno a toda prisa con una jarra en la mano. En cuanto pasó recorrieron el pasillo y abrieron el pestillo de la puerta de atrás saliendo a toda pastilla. Corrieron por el jardín de atrás hasta el delantero y en cuanto el cochero las vio se bajó de inmediato.

—Mi prometido me deja el coche. A Regent Park. Por allí preguntaremos dónde está la casa del Barón de Dimsdale.

—Conozco la casa, milady. Le he llevado varias veces a casa después de varias borracheras —dijo él confundido.

—Pues perfecto. Allí vamos.

Jyll ya había subido al coche y ella lo hizo detrás mientras su

prometido parpadeaba como si no se creyera lo que estaba viendo desde la ventana de la sala del desayuno.

El cochero se detuvo ante la casa y Britannia juró por lo bajo al ver a dos policías en la puerta. Qué raro. Eso no le gustaba un pelo, pero no se iba a amilanar. —Jyll vete por la parte de atrás y averigua si la casa está habitada.

—Sí, milady.

Bajó de inmediato y caminó por la acera como si fuera a otra casa. —Chica lista. —Abrió la tapa que tenía tras ella en la pared que daba acceso al cochero. —Cuéntame, así que el Barón era asiduo del club.

—Bastante, milady. Y no se controlaba nada. No sé si me entiende.

—¿Borracho y asiduo a las zorras?

—Sí, jefa.

—¿Alguna amante en particular?

—Fija no. Pero en el club iba mucho con Julia.

—¿Derrochador?

—Totalmente, milady. He escuchado muchas veces como el jefe le reclamaba el dinero.

Vaya, lo calladito que se lo tenía su prometido. —¿Algo que deba saber?

—Pegaba a su mujer. Lo sabe todo Londres.

—¿Algo más?

—Dicen que ella tenía amantes, pero después de conocer el carácter del Barón o tenía mucho valor o estaba loca para provocarle de esa manera.

—¿Enemigos?

—Tantos que no tengo manos, milady. —Frunció el ceño. —No tenía precisamente buen carácter.

—¿Cuándo te enteraste de su muerte?

—Ayer noche Bert se lo dijo al señor Coleman.

—¿Y qué dijo mi prometido cuando se enteró?

—Que ahora no cobraría las trescientas libras que le debía.

Abrió los ojos como platos. —¿Trescientas libras?

—Sí, milady. Una apuesta de juego según creo.

Gruñó molesta porque se hubiera ido al infierno debiéndoles tanto dinero. Bueno, de momento era de Sterling, pero aún así le fastidiaba bastante.

—Gracias... ¿Cómo te llamas?

—Leonard, milady.

—Me gustas, Leonard. Necesito un cochero como tú. Un tipo listo con los oídos abiertos.

—Mi hijo es como yo y necesita trabajo. Para él sería un honor trabajar para usted, jefa.

—Envíamelo a casa. —Era lo que necesitaba. Porque se enteraría de lo que le dijera su padre y estaría al día de lo que ocurría en el club. — Recuerda aleccionarle a diario sobre lo que pueda interesarme. Soy muy generosa con los míos.

—No se me olvidará, milady —dijo satisfecho—. Su doncella viene hacia aquí.

—Perfecto. Veamos qué nos dice.

Jyll subió al carruaje casi sin aliento. —Rayos, cómo llueve —dijo molesta. Levantó una ceja esperando—. Sí que hay servicio. Y he escuchado llorar a un niño. Le he visto por una ventana. No debe tener más de cinco o seis años y va vestido de señorito.

Se tensó mirando hacia la puerta. —Entonces si la casa está habitada, esos están ahí para alejar a los curiosos. Leonard, da la vuelta a la manzana. Entraremos por detrás.

—Muy bien, milady.

Su cochero hizo lo que le mandó y detuvo el carruaje en la zona de

caballerizas de la mansión. Leonard bajó abriéndoles la puerta y uno de los lacayos la miró con la boca abierta. Sin detenerse ante él fue hasta la puerta de atrás llamando con fuerza. Jyll se detuvo a su lado nerviosa y miraba a su alrededor como si las fueran a asaltar en cualquier momento. —Tranquila Jyll, aquí no nos va a ocurrir nada —dijo divertida.

Su doncella suspiró del alivio sobresaltándose cuando abrieron la puerta. Una chica de las cocinas las miraba asombrada. —Disculpe milady, pero...

—Aparta —dijo con autoridad pasando ante ella y recorriendo el pasillo.

Frunció el ceño al ver la suciedad de la casa. Qué extraño. Era evidente que el servicio no hacía su trabajo. Al menos en esa parte de la casa. Llegó a las cocinas y pasó entre los empleados como si tuviera todo el derecho de estar allí, cuando una mujer de unos cuarenta años vestida de negro con las llaves colgadas de un cinturón de cuero se puso ante ella. Miró sus ojos negros que le hacían parecer un cuervo y más aún por su cabello negro recogido hacia atrás con un estirado moño en la nuca.

—Disculpe milady, ¿pero qué hace aquí?

—¿Tu nombre?

Levantó la barbilla. —Soy la señora Dingle.

—Muy bien, señora Dingle. Vengo de parte de su majestad para investigar el asesinato del Barón. Ahora apártese.

La mujer palideció, pero no se movió de su sitio. —¿Entonces por qué no ha entrado por delante?

—¿Es estúpida? —gritó con autoridad—. Vengo de palacio y nadie debe saber que estoy aquí. ¿Acaso no sabe quién soy?

Dudosa miró a su alrededor. —Pues como no se ha presentado...

—Es Lady Britannia —dijo uno de los lacayos observándola con admiración—. La Reina de los mares.

Eso sí que le hizo perder todo el color de la cara a la buena mujer y Britannia levantó una ceja mirando a su doncella que tenía el ceño fruncido. —Pase, milady. Si lo dice la Reina...

—Eso pensaba. Venga conmigo e indíqueme dónde ocurrió el crimen.

—Escuchó el llanto de un niño. —¿El hijo del Barón?

—Está así desde que ayer noche se llevaron a su madre. Ya no sé qué hacer.

—¿Y su niñera?

—No tiene, milady. El Barón obligaba a la baronesa a cuidarle. Para que no tuviera malos pensamientos, decía. —Subieron tres escalones llegando a la planta principal y el ama de llaves le indicó que pasara al hall. La

decoración era rancia y los muebles estaban sin pulir. Todo estaba viejo y Jyll arrugó su naricilla como si todo aquello oliera muy mal. —Por aquí, milady.

Volvieron a escuchar los lloros del niño y Britannia miró hacia atrás ignorando a la mujer y caminando hacia lo que parecía una salita. El mayordomo intentaba que desayunara, pero el niño negó con la cabeza moviendo de un lado a otro sus preciosos rizos rubios. —Bueno, ¿qué ocurre aquí?

El niño la miró sorprendido con sus preciosos ojos verdes y dejó de llorar de inmediato mientras el mayordomo dejaba caer la cucharilla que tenía en la mano mirándola con la boca abierta. Ignorando al hombre caminó hacia el niño con los brazos en jarras y le guiñó un ojo. —¿Sabes quién soy? —El niño negó con la cabeza. —¿No? —preguntó con sorpresa—. Soy Lady Britannia. La pirata más sanguinaria que hay en los mares del sur.

—¿Y qué hace aquí? —Miró hacia la ventana. —¿Y su barco?

—Oh, pues lo tenía en el puerto, pero les he dicho a mis hombres que se fueran porque tengo un asunto muy importante que tratar.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. De momento ordenarte que desayunes si no quieres que te cuelgue del palo mayor cuando mi barco regrese y después haré que tu madre vuelva a casa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo y vio cuanto la

amaba. Eso le recordó a su padre y dijo de inmediato —¡Pero tienes que dejar de llorar!

El niño sorbió por la nariz asintiendo y se sentó ante la bandeja cogiendo un bollo de canela para darle un mordisquito. Britannia sonrió. — ¿Cómo te llamas, niño?

—Humphry. Pero mamá me llama tesoro.

Sonrió sin poder evitarlo. —Porque para ella eres el tesoro más grande que encontrará jamás. Ahora me voy a trabajar y no quiero oírte llorar que me desconcentras, ¿entiendes?

—Sí, señora pirata.

—Lady Britannia.

—Una Lady pirata. Guau...

Divertida se volvió hacia el mayordomo y le hizo un gesto para que se acercara, pero él miró de reojo al ama de llaves como si la temiera. Algo totalmente incomprensible porque era quien ostentaba el mayor rango entre el servicio. Se acercó de manera reticente. —¿Si, milady?

—¿Su nombre?

—Dingle, milady.

Mal asunto, eran familia. Eso siempre llevaba a problemas. Miró al ama de llaves y levantó una ceja. —¿Su esposo?

—Mi hermano.

Vaya, y ella era la que llevaba la voz cantante, eso era evidente. — Vengan conmigo. —Se volvió con Jyll tras ella como si quisiera protegerla, pero no era tonta y les dejó que pasaran delante. —Indíquenme dónde ocurrió todo.

Los hermanos se miraron y vio su parecido. De hecho, parecían nacidos del mismo parto. Cómplices sin duda desde pequeños porque se entendían con una mirada. Miró a su alrededor y entrecerró los ojos al ver la alfombra raída de la escalera. Algo totalmente inaceptable en una casa con posibles, pues se veía desde la puerta principal. Y estaba claro que el Barón tenía dinero porque lo derrochaba con su prometido. El mayordomo rodeó la escalera y abrió una puerta de caoba. —Le encontramos aquí, milady.

—Apártese de la puerta.

Los dos se quedaron en la entrada mientras Britannia entraba en el despacho que tenía el mismo aspecto descuidado que el resto de la casa. Y para ser un sitio tan descuidado se habían encargado ya de limpiar la sangre. —¿Estaba sentado en su sillón tras el escritorio?

—Sí, milady —dijo el mayordomo preocupado—. Con dos puñaladas en el pecho. Milady estaba a su lado con el abrecartas en la mano lleno de sangre.

—El abrecartas del Barón. —Ambos asintieron desde la puerta. —
¿Dónde lo tenía normalmente?

—Ahí, donde el tintero. Como puede ver en el juego de escritorio falta
el abrecartas.

—Describanmelo.

—La empuñadura es de nácar y tiene el escudo del Barón al final. El
filo está grabado con una escena de caza.

Ella miró el sillón donde había estado el cadáver y pasó el dedo por el
cuero rajado. Entrecerró los ojos. —¿Cuánto medía de largo el filo?

La miraron sin comprender y chasqueó la lengua cogiendo la pluma del
escritorio y mostrándosela. —¿Así?

—Más o menos, milady.

—¿El Barón de Dimsdale era corpulento?

—Más bien... —El mayordomo miró de reojo a su hermana que
asintió dándole un codazo. —Gordo, milady. Muy gordo.

—Una joya el Barón —dijo por lo bajo tensándoles, lo que le
demostró que ellos le tenían aprecio—. Acérquese hombre. Quiero comprobar
una cosa. Siéntese en el sillón.

—¿Qué?

—Haga lo que le digo. No tengo todo el día. —Sobre todo porque su

prometido, su abuelo y Christopher la estarían buscando.

Él entró en el despacho y se sentó a regañadientes. Cogió su hombro empujándole hacia atrás para que pegara la espalda al respaldo y metió la pluma por la parte de atrás entre su axila hasta que el final chocó contra el cuero. Casi había desaparecido y si el Barón era más corpulento...

Miró a Jyll levantando una ceja. —El abrecartas no era el arma del crimen.

—Exacto. Fue un cuchillo mucho mayor. A la cocina.

—¿A la cocina? —preguntó el ama de llaves atónita—. ¿Cómo que a la cocina?

—Apártese. Aún no he acabado. —La apartó por el hombro y regresó por donde había llegado para volver a la cocina donde todos cuchicheaban. Puso las manos en jarras mirándolos uno por uno. —Muy bien... ¿Dónde está el cuchillo?

—¿Qué cuchillo, milady?

—¡Uno lo suficientemente grande como para atravesar el torso del Barón hasta traspasar el cuero de su sillón! ¡El abrecartas no pudo hacerlo! ¡Dónde está el cuchillo porque como todos sabemos la baronesa no lo llevaba encima! —Dio un paso hacia ellos mirando a su alrededor y vio varios cuchillos sobre una encimera de mármol. —Uno de vosotros tuvo que lavar el

cuchillo. Tuvo que ver restos de sangre o... —Vio que una niña de unos catorce años se escondía tras una mujer y Britannia le indicó con una mano que se apartara. La mujer lo hizo en el acto y la niña se sonrojó. —Fuiste tú.

—No sabía. Pensaba que había sido al cortar la carne. Después todos gritaron y tuve miedo. Me callé.

De repente se echó a llorar y Britannia puso los ojos en blanco antes de gritar —¡No llores! ¿Le mataste tú? —La niña negó con la cabeza. —¿Pues por qué lloras? ¿Lavaste el cuchillo?

—Sí, milady.

—¿Dónde estaba?

La niña señaló la pila donde se dejaban los cacharros para lavar. —El Barón había cenado y tuve que lavar los platos. El cuchillo estaba encima de todos y vi la sangre, pero no pensé que...

—Ya, ya. —Se cruzó de brazos acercándose a la encimera donde estaban los cuchillos. —¿Siempre están aquí?

—Sí, milady.

—¿Alguien entró en la casa en algún momento? —Todos negaron con la cabeza y era obvio que era imposible porque ella para entrar había tenido que atravesar la cocina. —¿Y la baronesa llegó en el momento de su muerte?

—Le abrí yo mismo —dijo el mayordomo—. Dos minutos después

encontraron al Barón.

Una doncella dio un paso adelante. —Yo lo encontré.

Se volvió hacia la doncella que parecía preocupada y no era para menos. —Así que tú viste a la baronesa en el despacho con el abrecartas en la mano y al Barón muerto sentado en su sillón.

—Sí, milady.

—¿El abrecartas tenía sangre?

—Sí, milady. La sangre del Barón estaba hasta en su mano.

Frunció el ceño pensando en el cuchillo e imaginando la llegada de la baronesa. —¿Mandó el Barón llamar a su esposa para que regresara a Londres?

—Sí, milady —dijo el mayordomo—. Di yo mismo la orden de que el cochero fuera a buscarla.

Los hermanos se miraron y Jyll se cruzó de brazos dando golpecitos en el suelo con su impecable zapato. Eso le hizo mirar a las demás doncellas cuyos uniformes estaban viejos y gastados de los lavados. Sus zapatos también estaban viejos. —Podemos pasarnos aquí todo el día, pero no me voy a ir hasta saber lo que ocurrió en esta casa. Y si tengo que llamar a los guardias para hacerles hablar, lo haré.

Se miraron los unos a los otros. —Era un mal hombre, milady —dijo

la cocinera—. La trataba muy mal. No me extraña nada que le matara.

Varios asintieron. —¿Acaso la baronesa entró en la cocina en algún momento?

—No —respondió la cocinera que se había apartado para mostrar a la chica—. Nunca entraba aquí. Lo tenía prohibido.

—¿Tenía prohibido entrar en la cocina de su casa?

—Así es. —Miró de reojo al ama de llaves y Britannia empezó a entender muchas cosas. El Barón había intentado reprimirla tanto que ni tenía autoridad en su propia casa.

Se acercó a Jyll que estaba molesta y le susurró mirándola a los ojos —¿Qué opinas?

—Nada encaja, milady. Es uno de ellos.

—Opino lo mismo. ¿Pero cómo lo demostramos?

Miró al mayordomo. —No hacen su trabajo. ¿No es extraño?

—Mucho. —Vio que los cocineros y las doncellas empezaban a murmurar —Separémonos para interrogarlos.

Jyll dio una palmada con la autoridad de una primera doncella. —Muy bien los que trabajan en la cocina quédense. Las doncellas vengan conmigo y los demás esperen en el hall hasta que les llamemos.

Britannia se volvió hacia los empleados de la cocina. Cuatro mujeres

vestidas de gris con un largo delantal blanco. También tenían un pañuelo blanco cubriéndoles el cabello. Muy difícil que alguien vestido así campara por el piso superior a sus anchas. —Muy bien. Empecemos por el principio. ¿Quién estaba aquí cuando los barones se casaron?

Capítulo 11

Minutos después Britannia con los puños apretados entró en el hall con Jyll a su lado. Después de compartir impresiones ya tenía una sospechosa. Los demás las seguían y se quedaron tras ellas. El ama de llaves la miró con temor al ver que tenía un cuchillo en la mano. —Muy bien. Vamos a reconstruir la llegada de la baronesa que fue el momento en el que se cometió el crimen. El Barón había cenado y...

—Se fue a su despacho a beber brandy y a fumarse un cigarro —dijo un lacayo dando un paso al frente—. Yo mismo le serví.

—Perfecto. Después qué ocurrió.

—Me quedé en la puerta del despacho por si necesitaba algo como hago siempre. Los demás recogían la mesa del comedor.

—¿No te moviste de la puerta hasta...?

—Hasta que llegó la baronesa y fui a ayudar con el equipaje.

Frunció el ceño. —Ese no es tu trabajo. Eres un lacayo de la casa.

El hombre se sonrojó. —A veces tengo que realizar esas tareas. Llovía

y había mucho que meter en la casa, así que... —Miró de reojo al mayordomo que se tensó. —Me ordenaron hacerlo.

—¿Quién te lo ordenó?

—Dingle, milady.

Sus ojos azules recayeron en el mayordomo. —¿Usted recibió a la baronesa?

—Sí, milady.

—¿Llegaba con el niño?

—Así es. Estaba dormido y la baronesa se lo entregó a Alice para que lo subiera al piso superior. Me preguntó dónde estaba el Barón y yo se lo dije. Fue hacia allí de inmediato.

Britannia se volvió hacia el ama de llaves. —¿Y usted dónde estaba?

—En la cocina ordenando algo para que la baronesa cenara y un baño para ella después del viaje.

Muy lógico. Caminó ante ellos mirando cada uno a los ojos y vio que una doncella de ojos negros agachaba la cabeza a su paso. Se detuvo ante ella.

—¿Cómo te llamas?

—Alice, señora. Soy la primera doncella.

La miró con horror sonrojándola y no era para menos. De todas las doncellas era la que más descuidaba su aspecto. Tenía su cabello castaño mal

recogido en el moño que tenía en la nuca y se le escapaban varios mechones. Al mirar su uniforme vio que estaba arrugado y sus zapatos sucios de barro. — ¿Tú viajabas con la baronesa?

—Así es, milady —susurró tímidamente.

—¿Y por qué no te encargaste tú desde el principio del niño?

—Tenía que desahogarme —susurró roja como un tomate.

Ahí tenía el punto débil. Tenía una cara de culpable que no podía con ella. La agarró por el cabello y tiró de ella al centro del hall mientras la chica gritaba. —Ahora me vas a contar la verdad. —La arrodilló en el suelo ante el mayordomo y el ama de llaves, colocándole el cuchillo en el cuello y la chica la miró asustada. Jyll hizo un gesto a los demás para que no intervinieran antes de cruzarse de brazos.

—¡Yo no sé nada! Llevé el niño arriba y escuché el grito.

—Claro que sabes. ¡Tú entretuviste a la baronesa en su llegada para que no fuera de inmediato al despacho como su marido había ordenado! La mandó llamar por una razón y tú impediste que fuera de inmediato teniendo que esperarte unos minutos, ¿no es cierto?

La chica miró al mayordomo que agachó la vista muy tenso. —¿Dingle es tu padre? No puedes negarlo. ¡Tienes sus ojos!

—Sí, milady —dijo la cocinera envalentonada—. La puso en el puesto

de primera doncella cuando no estaba preparada. A milady le quemó el cabello varias veces porque no se fijaba en lo que hacía.

—Algo imperdonable en otras casas. Te hubieran echado a la calle. Pero aquí no, ¿verdad? ¡Ellos mandan en la casa y solo se hace lo que ordenaban! —Tiró de su cuello hacia atrás de manera dolorosa para que la mirara a los ojos. —Te juro que como no me cuentes la verdad, te rebano el cuello. Quienes me conocen saben que no me tiembla el pulso.

—Yo no sé nada. ¡En cuanto bajé del carruaje, padre me dijo que me fuera al retrete de inmediato! —gritó aterrorizada—. ¡Sabía que milady no le dejaría el niño a nadie más hasta que llegara, porque si lo veía el Barón se ganaría otra paliza!

—Hijo de puta. —Levantó la vista hacia el mayordomo. —Ya vamos llegando al meollo del asunto. —El hombre dio un paso atrás y sonrió maliciosa tirando a la chica al suelo. —La retuviste unos minutos mientras tu hermana mataba al Barón, ¿no es así?

—¡No, milady! Le juro que yo no tuve nada que ver —gritó su hermana asustada antes de volverse hacia su hermano—. ¡Di la verdad! Yo ni estaba arriba.

Uno de los lacayos frunció el ceño y Jyll chasqueó la lengua. —Ese sabe algo.

Britannia se volvió hacia el lacayo. —¡Habla de una vez!

—De la que subía un baúl escuché el tintineo. Pasaba por aquí precisamente. La baronesa estaba entrando en ese momento con el niño.

—Así que has mentido. ¡El tintineo de tus llaves! —La mujer palideció.

—No estuvo en la cocina todo el tiempo —añadió la cocinera—. Estaba en la cocina cuando llegó la baronesa, ordenó agua y subió. ¡Volvió a bajar y pidió la cena!

Varios asintieron y Britannia la miró a los ojos. —Te tengo.

—¡Yo no tenía razón para matar al Barón! —gritó buscando una escapatoria.

—Claro que la tenías. —Dio un paso hacia ella e intimidada dio un paso atrás. —Porque tú diriges esta casa y como una de las doncellas le acaba de comentar a Jyll el Barón estaba muy enfermo. Había empeorado estas últimas semanas porque no se cuidaba nada. El médico estuvo aquí antes de ayer y por eso mandó llamar de inmediato a su esposa y a su hijo. Se moría, ¿verdad? ¡Le entró miedo y llamó a su familia como el cobarde que era! ¡Y por supuesto vosotros lo sabíais! ¡En cuanto la baronesa enviudara, se vengaría de todos al no tener al Barón sobre ella! ¡Y a vosotros, cómplices del Barón, os echaría a la calle! ¡Así que aparentasteis que había sido ella! —

Señaló al mayordomo. —Tú la distrajiste mientras tu hermana le mataba. ¡Pero no tuvo tiempo de lavar el cuchillo o cualquiera de la cocina lo hubiera visto extraño! Así que después de matarlo pidió la cena dejando el cuchillo para lavar, regresando arriba cuando se descubrió el cadáver. ¡Cogiste un cuchillo para asegurarte de que las heridas eran mortales y colocaste el abrecartas en una de sus heridas porque la baronesa no podía bajar a la cocina! ¡Además, acababa de llegar de viaje! ¡Era imposible que ella tuviera un cuchillo, así que buscaste una solución rápida!

—¡Qué ganaba yo con que la acusaran a ella!

Britannia sonrió. —¿Aparte de que no te echaran? Que el Barón se saliera con la suya. Él se moría y no quería que su mujer fuera para nadie, ¿verdad? Lo teníais todo planeado entre los tres.

Varios jadearon —¡Silencio! —ordenó Jyll sonriendo satisfecha.

—En cuanto se enteró de que se moría, habló con vosotros. Sus cómplices durante años en controlar a la niña con la que se había casado. ¡Solo hay que ver la casa para darse cuenta de que hacíais lo que os daba la gana! Sabía que quedaríais en la indigencia si moría. La baronesa os odia, tiene un heredero y lo controlaría todo hasta su mayoría de edad. Temíais que os echara a la calle y qué mejor manera que quedarse con el nuevo tutor, el hermano del Barón es como él, ¿no es cierto? Según me ha comentado el servicio incluso peor. Os venía de perlas quedaros con él porque ya os

conoce. Además, él controlaría la herencia del niño y cerraría la boca con tal de hacerlo. ¡Muy conveniente para todos, excepto para la baronesa que moriría en la horca por un crimen que no había cometido!

—¡Nos obligó! —gritó la señora Dingle muerta de miedo reconociendo su crimen—. ¡Odiaba que su esposa fuera feliz! ¡No fue culpa nuestra!

La doncella intentó salir corriendo, pero Jyll le hizo la zancadilla y Britannia dijo con desprecio —Prendedles, pero no les matéis. Todos queremos que la baronesa regrese a casa como le prometí a su hijo.

Los lacayos se tiraron sobre ellos e incluso las de la cocina ayudaron a retenerles. Britannia con una sonrisa de oreja a oreja abrió la puerta principal, viendo allí a los policías que intentaban escuchar lo que ocurría en el interior. —Señores. Esos son los asesinos del Barón. Les aconsejaría que avisaran a su majestad enseguida y que suelten a la baronesa antes de que la Reina se enfade. —Sonrió a los hombres que estaban perplejos. La servidumbre les explicará lo que ha ocurrido. Buenos días.

—Buenos días, milady.

Se volvió en la acera. —Lady Britannia. No me olviden, señores. Seguro que más adelante volveremos a encontrarnos.

Jyll soltó una risita entrando tras ella en el carruaje donde Leonard

estaba con la puerta abierta. Su doncella se sentó a su lado. —¡Ha sido fantástico, milady! ¡Hemos descubierto a unos asesinos!

—Tú me diste la clave, Jyll.

—Con lo del médico, ¿verdad? ¿Pero cómo dedujo que el Barón estaba implicado en su propia muerte?

—Un hombre como él de dominador, no podía morirse y dejar a su joven y bella esposa que siguiera con su vida como si nada. Al enterarme de lo del médico, supe que el muy cabrón intentaría arruinarle la juventud. Por eso la llamó a Londres de inmediato.

—Pero le mataron ellos.

—Porque no tenía el valor de hacerlo él mismo. Se quedó sentado mientras su ama de llaves le apuñalaba. Sabía que se moría y quería que su muerte sirviera para algo. El médico confirmará que es así. Estoy segura de que les regalaría algo para incitarlos. Registrarán sus habitaciones y encontrarán su botín. —Respiró hondo mirando por la ventanilla. —Me lo he pasado bien. Nada como una batalla en alta mar, pero ha sido interesante. Es una pena que no hubiera podido matarles yo misma. Las lágrimas de ese niño merecen que dejen de respirar.

Jyll asintió muy seria. —¿Y ahora qué decimos cuando llegemos a casa, milady?

—Quería tomar el aire. Estaba harta de estar en casa.

—¡El aire! —le gritó su prometido a la cara hecho un basilisco mientras ella sentada en el sofá bebía su taza de té como si nada—. ¿Tú me ves cara de idiota? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Has estado fuera dos horas!

—Si sabías que salía, no sé por qué te pones así. He salido y punto.

—¿A dónde has ido?

—¿Me estás controlando? —preguntó asombrada.

—¡Sí!

Levantó la barbilla. —Pues no te lo voy a decir. Ahora te fastidias.

—Mujer...

Cogió una pasta dándole un buen mordisco mientras él la miraba como si quisiera pegar cuatro gritos más.

—Coleman, ha salido y ya está. Nadie controla a la Reina de los mares. Es una mujer independiente.

—¡Es que esta mujer es capaz de provocar una guerra en dos horas!
¡Por eso me preocupo!

—He salido millones de veces y nunca he provocado una guerra. Al menos que yo sepa.

Robbins carraspeó desde la puerta. —La guardia de la Reina está en la puerta de atrás preguntando por Lady Britannia.

Coleman fulminó con la mirada a su prometida mientras su abuelo preguntaba atónito —Niña, ¿qué has hecho?

—¡Lo que me pediste!

—¿Yo? —Sin entender nada miró a Christopher pidiendo ayuda, pero éste se encogió de hombros.

—Que pasen, Robbins. ¡A ver si nos enteramos de la que ha organizado ahora! —ordenó su prometido pasándose la mano por el cabello mirándola como si fuera un desastre.

Jadeó indignada como toda una dama. —¡Lo dices como si fuera un problema!

—Déjame pensar... ¡Desde que te conozco me entero de que eres pirata, de que has salvado el cuello casi de milagro llegando a un trato con la Reina para liquidar a un hombre, casi matas a uno de mis clientes en una timba de póker, te han pegado un tiro y seguro que ha habido muchas más que no sé! Si eso no es ser un problema...

Levantó aún más la barbilla. —A tu cliente le perdoné la vida, que es

distinto.

Los pasos de la guardia real llegaron hasta ellos y Britannia se levantó estirando el cuello para ver cuántos eran. Al ver a cuatro sonrió. —No vienen a por mí. Si no vendrían unos cuantos más.

Coleman la miró como si le faltara un hervor antes de dirigirse a los guardias. —¿Qué buscan en la casa del Duque de Branstong?

—¿Lady Britannia Winston? ¿Hija de Harry Winston? —preguntó el teniente que se adelantó un paso.

—Soy yo —respondió resignada.

—La Reina le agradecería que se presentara en palacio de inmediato para dejar clara la muerte del Barón Dimsdale.

Suspiró del alivio. —Ah, ¿es por eso?

Los tres la miraron con los ojos como platos. —¿Pero qué sabes tú de eso? —Coleman la cogió por el brazo llevándola aparte. —¡No le habrás matado tú!

—No me ha dado tiempo. Ya te lo he dicho en el desayuno.

Los guardias carraspearon.

—¿Nos acompaña, milady? —preguntó el teniente.

—Claro que sí, buen hombre. ¿Jyll? —gritó—. ¡Mueve el trasero que vamos a palacio!

Su doncella asomó la cabeza en el salón y le guiñó un ojo a uno de los soldados que carraspeó poniéndose rojo como un tomate. Cuando la doncella llegó hasta ella sonrió de oreja a oreja. —¡Milady, voy a ir a palacio!

—No es necesario que...

Britannia fulminó al teniente. —Mi doncella viene conmigo. Es un testigo.

—Oh, pues entonces...

—Y yo también voy —dijo su abuelo.

—Y yo que soy su prometido. —Bajó la voz —Como le hayas matado tú y tengamos que suspender la boda me vas a oír.

Chasqueó la lengua. —Serás pesado.

Cristopher carraspeó y Britannia sonrió al teniente. —Mi hombre de confianza también viene.

—Muy bien. ¿Alguien más?

Miró a su alrededor y Robbins puso cara de decepción. —Lo siento Robbins, será otra vez.

El mayordomo sonrió hinchando el pecho. —Gracias, milady.

Coleman puso los ojos en blanco y la cogió por la cintura. —¿Nos vamos de una vez a ver si así nos enteramos de qué has hecho?

—¡Hemos resuelto un crimen, señor Coleman! —exclamó Jyll emocionada sonrojándose después. Pero como nadie la reprendió se encogió de hombros entusiasmándose de nuevo—. Hemos liberado a la baronesa.

—Ay, madre. Ésta la ha rescatado —dijo el abuelo por lo bajo—. Niña, ¿la Reina va a enviarte a la Torre de Londres? ¡No lo habrás hecho a propósito para matar a Félix!

Suspiró porque lo mejor era explicárselo a la Reina y que se enteraran. Estaba claro que pensaban lo peor de ella.

Cuando llegaron había un revuelo enorme en palacio. Escoltados fueron directamente al salón del trono y al entrar vieron a la servidumbre del Barón a un lado mientras que los tres detenidos estaban arrodillados ante la Reina que estaba en su trono.

—Lady Britannia, querida... Qué alegría verla tan bien —dijo la Reina levantándose con una sonrisa de oreja a oreja animándola a acercarse.

¿La había llamado querida? Coleman se tensó a su lado lo que indicaba que tampoco se fiaba. Se acercaron a la Reina y todos se inclinaron.
—Cuanta gente. Duque me alegro de verle.

—Majestad... estoy algo confundido con todo esto.

—Oh, ¿no se lo ha explicado, milady?

—Creen que yo le he enviado al otro barrio, majestad. —La Reina se echó a reír sorprendiendo a Coleman que se relajó visiblemente y más cuando le miró con una sonrisa en el rostro aprobando su presencia allí. —Su prometido es muy apuesto, milady. Bienvenido.

—Gracias, majestad. Es un honor.

Jyll se mantuvo en silencio mirándolo todo con los ojos como platos sobre todo a la Reina. Fascinada por ella vio cómo se dirigía al trono de nuevo y se sentaba. Su doncella suspiró haciendo que todos la miraran sonrojándola de nuevo.

Britannia miró a los que estaban arrodillados a su lado. —¿Han confesado lo que hicieron, majestad?

—No ha hecho falta. Los testigos han testificado que lo confesaron en la casa y para mí es suficiente. He mandado liberar a la baronesa que en este momento viene de camino.

—Oh... —Confundida miró a la Reina. —¿Y para qué me ha mandado llamar? Majestad, me ha delatado ante mi familia —dijo conspiradora.

La Reina se echó a reír. —Lo siento, milady. Pero mis asesores consideraron necesaria su declaración. Puede empezar cuando quiera.

Suspiró mientras Coleman le apretaba la mano que tenía en su brazo

advirtiéndola para que no le llevara la contraria. —Bueno, los hechos son estos.

Expuso ante todos lo que había ocurrido esa mañana y la escucharon atentamente. Cuando terminó sonrió. —Eso fue lo que pasó. ¿No es así Jyll? Jyll es mi doncella, majestad.

Jyll dio un paso al frente y se llevó la mano al corazón. —Lo juro. Fue exactamente como relata mi ama, majestad. —Hizo una reverencia hasta el suelo de manera dramática y la Reina levantó una ceja divertida.

En ese momento se abrió la puerta y una mujer hermosísima con su cabello rubio platino suelto hasta el trasero y vestida con un impresionante vestido azul aún manchado de sangre en el corpiño, entró en el salón del trono custodiada por cuatro soldados. Britannia sonrió porque a pesar de lo que le había pasado no aparentaba temor sino orgullo en sus preciosos ojos verdes.

—Baronesa de Dimsdale... —La Reina se levantó de inmediato y bajó las escaleras hasta ella que hizo una reverencia completa. —No, no. Levántese, querida. Siento muchísimo el trance por el que ha pasado, milady.

La baronesa la miró confundida. —Majestad no entiendo.

—¡Lady Britannia ha descubierto a los asesinos, milady! ¡Está libre!

Los ojos de la baronesa se llenaron de lágrimas mirando alrededor confusa y cuando sus ojos coincidieron la baronesa se echó a llorar. —

Usted...

—No ha sido nada. Debe regresar a casa porque Humphrey la echaría mucho de menos, milady.

La baronesa se acercó y le cogió las manos. —Gracias, graci... —Al ver las personas que estaban arrodilladas tras ella dio un paso atrás de la impresión. Acostumbrada a no mostrar sus sentimientos se enderezó y volvió a mirarla. —No sé cómo darle las gracias.

—No tiene que hacerlo. Me he divertido resolviendo el misterio.

Coleman puso los ojos en blanco y la cogió por el brazo. —Majestad, mañana es la boda y ha estado convaleciente.

—Oh sí, por supuesto. Deberá descansar para el gran día. —La Reina sonrió orgullosa. —Es un matrimonio que me hace muy feliz. Venga conmigo baronesa. Hay algunas cosas de su difunto marido que aún no sabe.

—Ni muerto me deja en paz —dijo por lo bajo.

—Exactamente lo que quería. —La Reina la cogió por el brazo y le dio unas palmaditas. —Ahora se lo explico con detalle. Lady Britannia, disfrute de su matrimonio.

—Gracias, majestad.

—Recuerde que es mi invitada de honor en el baile anual.

—Imposible olvidarlo.

—Mucha gente querrá conocerla.

La baronesa y la Reina le dieron la espalda saliendo por otra puerta.

Miró a Coleman satisfecha. —¿Ves como no había hecho nada?

—Sí que has hecho. Pero al menos es para bien. —Gruñó saliendo del salón. —Y no vuelvas a salir de casa sin escolta. No te lo repito más.

—No eres mi dueño —replicó molesta.

—Preciosa, ¿quieres discutir?

—Al parecer quieres discutir tú.

—Coleman...

—Y te he dicho mil veces que me llames por mi nombre.

—¡Me lo has dicho una, una vez!

—¡Pues es suficiente!

—¡Oye que yo no soy uno de tus hombres para que me des órdenes!

—Chicos, ¿no podéis esperar a salir de palacio para gritaros a gusto?

—preguntó el Duque divertido.

—¡Me está provocando, abuelo!

—Tú te provocas sola.

—Sí, te está provocando —dijo Christopher divertido—. Quiere discutir claramente.

Coleman le miró como si fuera un incordio y su amigo reprimió la risa mientras Britannia levantaba la barbilla. —Pues no voy a caer en tu juego.

Se mantuvieron en silencio todo el trayecto y en cuanto llegaron a casa molesta por la actitud de Coleman gritó —¡Robbins un baño!

—Enseguida, milady.

—Britannia ni se te ocurra subir ahora. ¡Ven al salón que vamos a hablar de lo que ha ocurrido! —ordenó furioso.

Se volvió en las escaleras con los ojos entrecerrados. —¡No tengo nada más que explicar! ¡Hice lo que debía hacer! ¡Y no te metas en mi trabajo!

Él apretó los puños. —¡Tu trabajo! Lo has hecho porque te aburrías.

—Es lo mismo.

—¡Y has salido sin escolta!

—Iba Jyll. Y Leonard.

Gruñó dando un paso hacia la escalera de manera amenazante. — Preciosa, vas a ser objetivo de mis enemigos.

—¡Sé cuidarme sola! —Se volvió y continuó subiendo los escalones.

—¡Britannia vuelve aquí!

El portazo como respuesta les dejó claro que no regresaría.

—Me cago en...

El Duque y Christopher le vieron subir los escalones de tres en tres. — Robbins suspenda el baño de milady. —Jyll chilló cuando salió disparada de la habitación. —Sí, creo que va a estar ocupada. Menos mal que se casan mañana.

—Y que lo diga, Duque. Puede preñarla antes de la boda. Harry se hubiera llevado un disgusto.

—Bebamos una copa de coñac. La necesitamos.

Coleman con la respiración agitada miraba fijamente a Britannia que sentada en el tocador se estaba quitando las horquillas de sus rizos pelirrojos. Se volvió en el banquito y chasqueó la lengua. —¡Está claro que el que quieres guerra eres tú!

—¡Prométeme que no saldrás de casa sin escolta, Britannia!

—No pienso prometer nada de eso. —Se levantó y se acercó a él señalándole con el dedo. —¡Recuerda por qué se celebra este matrimonio! ¡No tienes derecho a decirme con quien debo salir! ¡Soy libre para hacer lo que me venga en gana! —Al ver su mirada de deseo frunció el ceño negando con la cabeza. —¡Estamos discutiendo! ¡Me has enfadado! Y aún me dura el enfado de... —La cogió por la cintura pegándola a él y atrapó su boca antes

de meter sus dedos en sus rizos para inclinar su cabeza profundizando el beso. Britannia intentando no claudicar le empujó por los hombros y se miraron a los ojos con la respiración agitada. —¿Me deseas?

—En este momento no hay nada que desee más, preciosa —susurró con voz ronca antes de besarla de nuevo. El corazón de Britannia no lo pudo evitar y se entregó a él. Sus manos bajaron por su espalda y la sujetaron por el trasero poniéndola a su altura. Britannia gimió abrazando su cuello y él apartó la boca —¿Te he hecho daño?

—No. —Se miraron a los ojos y Coleman la llevó hasta la cama arrodillando una pierna antes de agacharse para tumbarla suavemente en la cama. Él levantó sus faldas y juró por lo bajo. Se sentó de golpe y vio que se había cortado con la daga. —¿Te has hecho daño?

—Preciosa, eres un peligro.

Se echó a reír y cogió su mano para ver la herida en el dedo índice antes de coger la daga con la otra mano y cortar su propio dedo. A Coleman se le cortó el aliento cuando unió sus dedos. —Ahora seremos amigos para siempre.

Los ojos de su prometido brillaron. —¿Amigos?

Ella perdió algo la sonrisa esperando que quisiera que fuera su amiga al menos. —La amistad verdadera dura toda la vida.

—Los amigos están ahí cuando se les necesita. ¿Tú estarías si te necesitara?

—Solo tienes que llamarme —dijo sinceramente—. Siempre estoy para mis amigos.

La observó durante varios segundos y Britannia temió haber estropeado el momento. —No quieres mi amistad —dijo algo decepcionada sin poder evitarlo.

—Hace unos días me odiabas. —Cogió un mechón de su cabello y lo acarició entre sus dedos antes de mirarla a los ojos. —Volverás a odiarme.

—Seguramente. —Coleman sonrió. —Pero es que me he dado cuenta de que pedía demasiado cuando no tenía derecho a exigir nada. Lo siento.

Pareció sorprendido. —Britannia no tienes que disculparte.

—Claro que sí. Tenías razón y yo no. Pero que te haya dado la razón en eso no significa que te la dé en todo, ¿de acuerdo? Somos socios.

—Y amigos.

—Y amigos. —Sonrió radiante porque lo había dicho él. Se metió el índice en la boca y Coleman cogió suavemente su mano sacándole el dedo de la boca. Hipnotizada vio cómo su dedo rozaba su labio inferior antes de que su lengua tocara su yema cortándole el aliento. Dios, era tan erótico que un ligero gemido escapó de sus labios. Su yema rozó de nuevo su labio inferior

manchándolo de sangre y ella se acercó pasando la lengua por él tan lentamente que Coleman la cogió por la nuca entrando en su boca saboreándola sin prisas. Ansiosa por más se sentó sobre él a horcajadas y la atrajo a su cuerpo dejándose caer hacia atrás antes de profundizar el beso. Mareada de placer gimió en su boca al sentir sus manos sobre su trasero. Sintiendo que necesitaba tocarle acarició su cuello tirando de su pañuelo impaciente y él se volvió tumbándola de espaldas separando su boca. Mirandola con deseo a los ojos tiró de su vestido hacia arriba y a Britannia se le cortó el aliento al sentir como desgarraba sus calzones antes de acariciar sus húmedos pliegues de arriba abajo. Jadeó cuando entró en ella con un dedo y él besó su labio inferior. —Estás preparada, preciosa —susurró con voz ronca—. Preparada para mí. —Britannia gritó cuando entró en ella de un solo empujón y cerró los ojos por el placer que la recorrió de arriba abajo. Coleman acercó su mejilla a la suya y le susurró al oído —Siempre me tendrás, preciosa. Si me necesitas, siempre estaré para ti. —Los ojos de Britannia se llenaron de lágrimas y abrazó su cuello mientras él volvía a entrar en su interior robándole el aliento. Era la sensación más exquisita del mundo y le necesitaba. Le necesitaría siempre porque era suya, aunque él no quisiera. Mareada de placer sintió que todo su cuerpo se iba tensando poco a poco a medida que Coleman iba acelerando el ritmo. Britannia desesperada por liberarse le miró a los ojos y su prometido entró en ella con fuerza

provocando que todo su cuerpo volara de placer hasta el paraíso que solo podía compartir con él.

Su respiración agitada en su oído la volvió al presente y sonriendo acarició su nuca porque le encantaba sentirle. Así que no dijo una palabra disfrutando del momento. Él besó su cuello antes de levantar la cabeza y mirarla a los ojos. Sabía lo que iba a decirle. Lo veía en su mirada, pero no se atrevía. Seguramente por si se enfadaba. —Debes irte.

—Tengo trabajo. Ya me he ausentado demasiado tiempo.

—No te preocupes. Lo entiendo. Y entiendo que no puedas venir a cenar.

Coleman sonrió. —Te veré mañana. —Se levantó y ella cerró los ojos de placer cuando salió de su interior. Le hubiera gustado que se quedara con ella un rato, pero no podía pedir más. Se sentó en la cama viéndole arreglarse y bajó las faldas. Coleman fue hasta el espejo y se arregló el pañuelo y el cabello antes de volverse. —¿Estás bien?

—Sí, por supuesto.

—Preciosa, mañana deja las armas en la mesilla. Te aseguro que no vas a necesitarlas —dijo divertido yendo hacia la puerta.

—Lo intentaré. —Le guiñó un ojo y Coleman se echó a reír cerrando la puerta, pero en cuanto salió, Britannia perdió poco a poco la sonrisa. Recordó

las palabras de Christopher sobre lo que había dicho su padre de los momentos que había compartido con su esposa y se dijo a sí misma que tenía un año para atesorar momentos como esos, antes de regresar a su vida. Porque su padre tenía razón, merecía la pena por lo que acababan de compartir. Puede que no la amara nunca, pero en ese momento le había sentido suyo. Serían amigos durante ese año y tener la amistad de Coleman ya era muchísimo para un hombre como él. Amigos y amantes. Apretó los labios tomando aire profundamente. No era suficiente porque ella le amaba, pero precisamente porque le amaba estaría a su lado.

Capítulo 12

Madame Blanchard sonrió cuando su ayudante terminó de colocarle el encaje que salía de su precioso recogido en la nuca. —Maravillosa.

—Es precioso —dijo ella mirándose al espejo.

—Es español. Una amiga muy querida me ha sugerido que lo ponga de moda. —Le guiñó un ojo antes de hacerle un gesto a su ayudante y a Jyll para que salieran de la habitación para hablar íntimamente. —Y tiene razón. Será una sensación. Y la encajera que lo hace se sacará un dinero. Tiene seis hijos.

—Pues tiene unas manos maravillosas.

—Me alegro de que te guste, Britannia. —La miró a los ojos a través del espejo. —Sonríe, niña. Este será el mejor día de tu vida. Lo has conseguido. Le has conquistado.

Agachó los párpados mirándose las manos donde tenía su anillo y Madame Blanchard perdió algo la sonrisa. —Ten paciencia, Britannia. —Levantó la vista asombrada. —Puede que el futuro te depare una sorpresa. De momento serás su esposa que ya es mucho para él. Nunca se sabe lo que nos

depara el futuro.

—Has hablado con Sterling.

—Es un buen amigo y está algo preocupado. Preocupado por ti porque te has entregado a nuestro chico animada por la Reina y por él. Pero Jack no creía que te enamorarías tan pronto y ahora que ha visto como has sufrido...

—Estoy bien —dijo volviéndose levantando la barbilla.

Ella apretó los labios. —A veces los amores duelen, ¿verdad? Pero no te arrepientas ni des un paso atrás. Lo que hagas, hazlo de corazón y estará bien hecho. —Los ojos de Britannia se llenaron de lágrimas. —Amar no es algo de lo que avergonzarse. Debes estar muy orgullosa de amar a un hombre como Coleman, porque es un hombre de los pies a la cabeza. —Asintió sonriendo y Madame le acarició la barbilla. —Ahora disfruta de tu día. Te deseo toda la felicidad del mundo, chéri.

Se volvió y fue hasta la puerta mostrando su impresionante vestido violeta. Britannia se acercó a ella y vio a su abuelo al otro lado vestido con un chaqué impecable. La miró emocionado. —Estás tan hermosa... Me recuerdas a mi esposa el día de su boda.

—Abuelo, me vas a hacer llorar. —Cogió su brazo y le siguió por las escaleras.

Sonrió a Jyll que estaba reunida con el servicio de la casa que les

deseaban felicidad mientras caminaban hacia la salida. Jyll le dijo que estaba preciosa —Suerte, milady.

—Gracias. —Se volvió hacia los demás. —Gracias a todos.

Salió con su abuelo de la casa para ver que los lacayos que llevarían su coche llevaban la librea de gala para llevarla a la Iglesia. Y allí estaba Christopher al lado de la puerta del carruaje que sonrió orgulloso al verla bajar los escalones. Varios vecinos la observaban y le gritaron sus buenos deseos. Sonrió y se subió al carruaje con ayuda de su abuelo. Cuando se sentó ante ella dijo intentando aparentar que no estaba nerviosa —Quizás deberíamos haber realizado la ceremonia en casa como pensábamos al principio.

—Así es mejor para todos. Y me hace ilusión que vayamos a la Iglesia.

—Su abuelo la miró preocupado mientras Christopher se sentaba a su lado. —
¿No estás contenta?

—Claro que sí. Es todo tan bonito...

—Tú te lo mereces todo, mi niña.

Ella miró a su amigo que pareció comprenderla. Si fuera real sería la mujer más feliz del mundo, pero todos sabían que faltaba algo fundamental que hacía aquella pantomima mucho más triste. Pero no tenía otra opción que seguir adelante, ¿así que para qué hacer que todos lo pasaran mal? Iba a disfrutar todo lo que pudiera.

Al llegar a la Iglesia sonaron las campanas y salió del carruaje algo abrumada al ver a muchísima gente. Sobre todo pillos que la miraron con la boca abierta. Le guiñó un ojo al que había estado ante el teatro aquella noche y el chico sonrió radiante mientras su amigo le daba un codazo. Fue hasta la entrada escoltada por los suyos y al llegar al umbral de la puerta el sacerdote sonrió. —Milady, está preciosa.

—Muchas gracias, padre.

El hombre carraspeó acercándose más y susurró —¿Dónde está el novio?

Britannia levantó una ceja. —¿Perdón?

—Pensaba que vendría con usted pues no ha llegado.

Aquello empezaba estupendamente. —Pues como puede ver no ha venido conmigo. —No pensaba quedarse allí para que todos los delincuentes de Londres vieran su humillación. —¿Qué le parece si entramos? Seguro que algo le ha retrasado, pero llegará enseguida.

—La iglesia está a rebosar —dijo el hombre sonrojado.

—Y la calle también —dijo Christopher molesto—. Vamos dentro, Britannia.

—Sí, niña. —Su abuelo miró a su alrededor. —No es buen sitio para quedarse parados. ¿Dónde rayos está Bert?

Al ver que su abuelo se alteraba porque los pillos empezaban a murmurar miró fijamente al sacerdote —Vamos a pasar.

Sin darle opción pasó ante él sin detenerse en el vestíbulo de la Iglesia porque si se quedaba allí se la vería desde fuera, así que entró en su interior deteniéndose en seco al ver todos los bancos repletos de gente que no conocía de nada. Perfecto. Forzó una sonrisa y Christopher susurró —A la sacristía.

—¿Y eso dónde está?

—Por aquí, milady —dijo el cura azorado indicándole con la mano. Fue humillante recorrer el pasillo central mientras todos los invitados la miraban. Iba a matar a Coleman.

Subieron los escalones que llevaban al altar y fueron hasta el lateral de la derecha donde había una puerta. Allí había una habitación y se volvió furiosa mirando a Christopher. —Averigua dónde está.

—Sí, jefa. —Salió de allí rápidamente.

—¡Niña, esto es inaudito! —dijo su abuelo alteradísimo—. ¡Todos mis conocidos están ahí fuera!

—Toma aire abuelo —dijo preocupada empezando a temer que se lo hubiera pensado mejor—. No puedes dejar que te altere, por favor.

—Ese... —Apretó los puños fuera de sí.

Temiendo por él ordenó al cura. —Una silla.

—Sí, milady.

Sentó a su abuelo en una silla que le acercó el cura. —Por favor respira hondo. Estás muy pálido.

—¿Cómo no voy a estar pálido? ¡Esto es humillante! ¡Soy Duque, por el amor de Dios! ¡Debería estar dando gracias a su creador por casarse contigo con el linaje que corre por tus venas! ¿Acaso no es capaz de llegar a tiempo a su propia boda?

En ese momento entró Sterling y le dijo al cura muy serio —Déjenos solos.

El hombre ni rechistó saliendo a toda prisa y Britannia tomó aire porque el rostro de su amigo no indicaba nada bueno. —¿Qué ha pasado?

—Hace tres horas hubo una riña en el puerto y se ha convertido en una batalla entre ladrones de cargas. Coleman se unió al grupo porque varios intentaron quemar un barco de la línea Sherman que como sabes debemos proteger por deseo de la Reina. Tenía que detener los disturbios. —Britannia asintió. —Todavía no ha regresado.

Su abuelo la miró asombrado. —No va a venir.

—Vendrá abuelo. —Levantó la barbilla mucho más tranquila porque su ausencia no tenía que ver con ella. —Está haciendo su trabajo. Han aprovechado la boda para hacer de las suyas y está dejando las cosas claras.

Esperaremos.

Sterling sonrió. —Estaba seguro de que lo entenderías.

—Por supuesto que lo entiendo —dijo fríamente—. Y espero que mi marido les haya dejado claro que no piensa dejar piedra sobre piedra hasta encontrar a quién ha organizado esto.

—De eso estoy totalmente seguro. —Sonrió mirándola de arriba abajo.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—Voy a hacer que te pinten así vestida.

Se echó a reír. —Crees que me estaré quieta el tiempo necesario. —Su abuelo gruñó y ella le besó en la frente. —Lo siento abuelo.

—No te disculpes, eres perfecta.

Se echó a reír porque era una mentira gordísima. —Vas a tener que confesarte.

El Duque se sonrojó haciendo reír a Sterling cuando se abrió la puerta y allí estaba su futuro marido con una brecha en la ceja, la camisa rota y sin pañuelo. Eso sin nombrar que tenía las rodillas del chaqué húmedas. Furioso entró dando grandes zancadas y la cogió de la mano tirando de ella fuera de la sacristía.

—¿Estás bien?

—Perfecto. —Gruñó mirándola de reojo. —Lo siento. Sé que llego tarde y puedes gritarme después.

Sonrió sorprendiéndole y se acercaron al altar colocándose ante el sacerdote que miraba el aspecto del novio asombrado. —Empiece cuando quiera —dijo él con voz grave ignorando los susurros de la Iglesia.

Su abuelo puso los ojos en blanco sentándose en el primer banco al lado de Sterling que sonrió a su acompañante.

—Hijo, ¿no quieres ir a asearte un poco? —susurró el cura por lo bajo —. Tienes sangre en la...

—Abrevie —dijo ella divertida—. Seguro que tiene que irse en cuanto acabe y su aspecto será mucho peor en un par de horas.

—Oh... —El cura no sabía qué decir y Coleman la miró sorprendido, pero no dijo palabra. —Queridos hermanos...

Britannia le miró a los ojos e hizo una mueca mirando la herida de la ceja, pero él le apretó la mano sin darle importancia. Se enfureció porque esos salvajes le hubieran hecho eso precisamente el día de su boda. Estaba claro que debían ser despiadados cada día de su vida para que esos malnacidos no se les subieran a las barbas. Y ella iba a ayudar, vaya que sí. Con tal de que Coleman no le llegara de esa guisa a casa, iba a ayudar en lo que pudiera.

Cuando su prometido cogió su mano para colocarle su alianza vio que

tenía varios nudillos despellejados. Ella cogió su mano y repitió sus votos colocando su alianza. —Hasta que la muerte nos separe. —Le miró a los ojos y Coleman sonrió cogiéndola por la cintura y besándola apasionadamente ante el cura que les miró atónito antes de carraspear.

—Hijo, no he terminado. —Su marido no le hizo ni caso y resignado dijo entre las risas de los asistentes —Bueno, entonces os declaro marido y mujer.

Cuando apartó sus labios él apoyó su frente en la suya sin soltarla y susurró —Debo volver.

—Dales duro. No tengas piedad.

Él la besó en la frente y se alejó yendo hacia Sterling para susurrarle algo al oído. El rey asintió muy serio sin dejar de mirarla y Coleman salió de la Iglesia sin hacer caso a los invitados que no entendían nada. Su abuelo se acercó cogiendo su brazo. —Bueno, vamos a hacer el recorrido al revés. En lugar de entrar, saldremos juntos.

Se echó a reír. —Abuelo, al parecer vamos a hacer muchas cosas de otra manera y éste es un ejemplo más.

—Niña, cómo me alegra que estés aquí. Me siento vivo —dijo orgulloso antes de levantar la voz—. ¡Festejemos la boda de mi nieta!

Varios invitados silbaron mientras otros no salían de su asombro.

Estaba claro quienes eran los invitados de quien. Aquella boda iba a dar mucho que hablar, eso seguro.

La fiesta era de lo más divertida y ella disfrutó con los amigos de Coleman que se fueron presentando poco a poco. El salón de baile estaba a rebosar y el champán corría. Le cayó especialmente bien Finnegan que era otro de los hombres de confianza de Sterling que llevaba con él más años. También conoció a la hija de Sterling y a su esposo. Lady Hanford era una mujer increíble que había conseguido que su padre dejara de lado el mundo del crimen por ella. Pero a quien sí que le sorprendió conocer, fue a la esposa de Sterling porque no sabía que se había casado de nuevo. Y que su nueva esposa fuera la madre del dragón Dorado, quien para ella era el mejor corsario de los mares, fue una auténtica sorpresa. Hablaron muchísimo tiempo de su hijo al que ella quería como a un hermano mayor. Era una pena que no hubiera podido asistir porque estaba en alta mar.

Miró a Sterling y le guiñó un ojo. —Al parecer estamos emparentados en más de un aspecto.

—Y que lo digas, niña. Por eso eres perfecta. ¿Lo entiendes ahora?

—Cada segundo lo entiendo más.

Los murmullos hicieron que mirara hacia la entrada del salón y sonrió al ver a su marido vestido con un traje impecable bajando los escalones que llevaban a la fiesta. Ella sonriendo pasó entre los invitados para acercarse a él y vio que tenía un par de puntos en la ceja y que se había aseado. Extendió las manos cogiendo las suyas y fueron hacia la pista de baile. —¿Todo bien? — preguntó mirándole a los ojos.

—Liquidado.

Ella asintió poniendo la mano en su hombro y le miró maliciosa. —No bailo muy bien. —Él sonrió dando los primeros pasos y Britannia se echó a reír porque bailar con él era muy fácil. Solo tenía que dejarse llevar. —Me guías de tal manera que ni tengo que saber bailar, lo que es un alivio.

—Gracias, milady.

—¿Dónde aprendiste?

—No quieras saberlo. —Se echó a reír porque se lo imaginaba.

—¿Bailarás conmigo en el baile de la Reina? No podré hacerlo con nadie más para no quedar en evidencia.

—Bailaré contigo toda la noche para que tengas las lecciones suficientes ese día. —La besó en la sien. —Nunca dejes que nada te intimide, preciosa. Y menos esos estirados.

—No me intimidan. —Sonrió maliciosa. —Más bien es al revés.

Coleman se echó a reír y giró una y otra vez. Chilló de la alegría sujetándose a sus hombros mientras seguía girando y Britannia rió cuando la cogió por la cintura sin dejar de girar mirándola a los ojos. En ese momento pensó que amaría a ese hombre el resto de su vida.

La fiesta fue a más precisamente porque el alcohol corría sin control. Al cabo de un par de horas no había distinciones entre nobles o plebeyos. Todos se divertían y los rumores sobre la certera puntería de Britannia hicieron que Christopher se acercara a ella con una copa de coñac en la mano interrumpiendo su conversación con unos gemelos irlandeses muy divertidos que protegían a la hija de Sterling.

—Niña, ven a sacarme de un apuro.

Le miró sorprendida. —¿Un apuro?

—Dicen que es imposible y yo he dicho que sí.

Puso las manos en jarras. —Amigo, ¿estás borracho?

—¡Como media boda, niña! Tienes que limpiar mi honor. ¡Dicen que miento!

—¡Quién se atreve a decir que mientes! —preguntó furiosa.

—¡Tu marido!

Vaya. Hizo una mueca. —Así que tengo que limpiar tu honor. Pero no puedo matarle...

—¡Solo tienes que demostrar que digo la verdad! ¡Solo eso! De lo demás me encargo yo.

—Perfecto. Pues vamos a ello. ¿En qué se supone que mientes?

Los gemelos se rieron sin perder detalle de la conversación.

—Tienes que hacer eso que hiciste con el cuchillo a aquella sanguijuela que intentó matarte en aquella cantina. ¿Lo recuerdas? Para ti es pan comido. —Bufó, pero su amigo le suplicó con la mirada. —Por favor.

—Espero que la saca de oro que has apostado sea abundante.

Christopher sonrió de oreja a oreja. —Como para retirarme. Como sé que lo vas a hacer...

—Tendrás cara.

Su amigo se echó a reír a carcajadas viendo cómo iba hacia su marido con paso firme. —¿Has bebido algo? —preguntó su amigo colocándose a su altura.

—Tienes razón. Ya decía yo que me faltaba algo. ¡Una botella de ron!

Los invitados la siguieron hasta su marido que hablaba con Sterling cerca de las puertas que daban acceso al jardín. Cuando la vio acercarse sonrió enderezando la espalda. —Esposa, tienes un amigo con la lengua muy

larga.

—No lo creas. Al parecer no crees que pueda ser capaz de hacerlo.

—Creo que ha exagerado mucho la historia. Pero es que es pirata...

Iolanthe jadeó poniéndose del lado de Britannia. —Si dice que lo puede hacer, es que puede hacerlo. ¡Los corsarios no mienten!

—¡Ja! ¡Más que hablan, señora Sterling!

La mujer de Jack la miró a los ojos antes de entrecerrarlos y siseó —
¡Tu marido es idiota!

—¡Iolanthe! —exclamó Sterling asombrado.

—Cállate. ¡Nadie mancilla el honor de los corsarios ante mí!
Britannia...

Le dio la espalda. —Desabróchame el vestido.

Su marido puso los ojos en blanco. —¡Britannia ni se te ocurra quedarte en ropa interior ante los invitados!

—¿Y qué más dará si no se me ve nada? ¿Iolanthe?

Ni corta ni perezosa empezó a desabrocharla y cuando dejó caer el vestido, él gruñó al ver su corsé mientras varias damas la miraban con los ojos como platos.

—¡Britannia! —gritó su abuelo al otro lado del salón—. ¿Estas loca,

niña? ¡Vístete de inmediato!

—¡Abuelo, me han retado!

—Ah, pues si es por eso... —Se acercó corriendo con una copa de champán en la mano. —¿De qué se trata? ¿Despejo el salón de baile?

Ella miró la lámpara de cristal y le dijo a Christopher —Está más alta.

—Bah, puedes hacerlo. Además él es más alto que aquella comadreja.

Miró a su marido sobre su hombro y asintió. —Cierto.

Christopher se frotó las manos. —Esta noche me voy a hacer rico.

—¡Las espadas! —gritó haciendo que un lacayo saliera corriendo mientras su marido sonreía de medio lado—. Cariño, si te hago daño, ¿aún tendremos noche de bodas?

Los hombres se rieron mientras Coleman la miraba con deseo. — Tranquila preciosa, prometo hacerte feliz.

Le guiñó un ojo. —Lo mismo digo.

Las damas jadearon antes de ponerse como tomates, pero como estaban medio borrachas se les pasó enseguida viendo como los lacayos les daban las espadas a los novios.

—Es la mejor boda a la que he asistido en la vida —dijo una Condesa dándole un codazo a una Baronesa que al no esperárselo trastrabilló cayendo al suelo, pero nadie le hizo ni caso sin perder de vista a los novios.

—¿En serio vamos a batirnos en nuestra boda? —preguntó él quitándose la chaqueta.

—Lo estás deseando —dijo divertida—. Al parecer en el puerto no has tenido bastante.

—Preciosa, esta camisa es nueva.

—Prometo ser buena. —Movi6 la espada de un lado a otro haciéndola sonar. —¿Preparado?

Él cogió la espada. —Siempre. —Atacó intentando sorprenderla, pero ella repelió las estocadas sin dar un paso atrás. Con rapidez giró sobre sí misma y le pinchó el trasero haciéndole saltar hacia adelante. Coleman gruñó dándose la vuelta y Britannia se echó a reír. —Upps, lo siento, cielo. Se me ha escapado. La costumbre.

Sterling se echó a reír y su esposa sonrió maliciosa. —Éste se va a enterar de quien es la Reina de los mares.

Coleman sonrió divertido. —Muy bien. En serio.

—Así me gusta. Que todo lo que me hagas sea en serio. —Atacó a su marido y él dio un paso atrás antes de adelantar varios pasos dando fuertes estocadas. Su muñeca no resistiría mucho tiempo su fuerza, así que esquivó varias rodeando la pista de baile mientras los invitados observaban fascinados el duelo que era muy en serio. Britannia le atacó apuntando a su cabeza y él

levantó el brazo deteniendo la espada a unos milímetros, entonces Britannia se impulsó con las piernas subiéndose a sus rodillas antes de apoyar las manos sobre sus hombros soltando su espada y cogiendo su pañuelo. Del mismo impulso metió sus piernas en uno de los brazos de la lámpara sujetándose con el interior de sus rodillas. Tiró del pañuelo con fuerza y Coleman en un acto reflejo dejó caer su espada para levantar los brazos y evitar ahogarse. Britannia se echó a reír soltando su pañuelo y él miró hacia arriba mientras la lámpara se movía de un lado a otro con su esposa allí colgada tan ricamente.

Él se echó a reír. —Está claro que has ganado.

—Cierto, esposo. —Alargó las manos hacia él y Coleman las cogió. Con agilidad ella sacó una pierna del brazo de la lámpara y colocó el pie sobre su hombro antes de colocar el otro manteniendo el equilibrio sujetándose en sus manos. Sus invitados aplaudieron encantados y Christopher se acercó mientras su marido la ayudaba a llegar al suelo agachándose para que saltara.

—No ha acabado igual que ese día, pero casi casi.

—Es que no iba a quedarme viuda.

—No volveré a dudar de tu palabra, Christopher —dijo su marido divertido antes de cogerla por la cintura y besarla en la sien—. Preciosa, ¿no deberías vestirme?

Le miró a los ojos. —¿Para qué?

Él sonrió de medio lado y la cogió en brazos —Tienes razón, ¿para qué? Así ahorraremos tiempo.

Abrazó su cuello mientras iba hacia la salida. —Y el tiempo es oro.

Tres meses después

Britannia bajó del carruaje con ayuda del lacayo y le dijo al hijo de Leonard que ahora era su cochero —Bryan, ya no te necesitaré hoy.

—Bien, milady.

Preocupada subió los cuatro escalones que llegaban a su nueva casa y su anciano mayordomo abrió la puerta de inmediato. —Milady...

—¿Ya ha llegado el señor, Albert?

—No, milady. Todavía no ha regresado.

Preocupada fue hasta el salón. —Un té.

—Enseguida, milady.

Se desabrochó la chaquetilla y se la quitó tirándola sobre el sofá. Hacía dos días que su marido no iba por casa y no entendía la razón. Bert le

había dicho que no había pasado nada, pero algo pasaba. Lo sabía.

Desde su boda todo había ido bien, incluso más que bien. Se habían convertido en amigos e incluso cómplices. Hablaban de mil cosas y él se había abierto muchísimo con ella, pero desde hacía dos semanas sabía que había ocurrido algo, porque Coleman se había ido alejando poco a poco. Llegaba por la mañana y se iba después de la comida. Y eso no era lo peor. Lo peor es que había dejado de hacerle el amor. De compartir todas sus noches había pasado a llevar dos semanas sin tocarle ni un pelo y ahora había dejado de ir por casa. La imagen de Amber en su mente la estaba volviendo loca y estaba a punto de ir al club a buscarle cuando no tenía ningún derecho a hacerlo.

—Milady... —Albert entró en el salón con una bandeja en la mano dejándola sobre la mesa de centro de estilo francés que tanto le había costado elegir y que al final habían elegido juntos como haría un matrimonio normal.
—¿Le sirvo, milady?

—Sí, por favor. —Miró hacia la ventana de nuevo.

Su mayordomo se acercó con la taza en la mano. —No debe preocuparse, milady. El señor estará al caer. Ya sabe que su trabajo es impredecible.

Ella sonrió cogiendo el platillo de su mano. —Gracias, Albert.

—De nada, milady.

El mayordomo se alejó disimulando su cojera. Su marido le había contratado porque había sido expulsado de una de las mejores casas de Londres cuando le atropelló un carruaje en la calle. Y en la calle terminó porque nadie quería contratarle. Su esposo le dio el trabajo en cuanto se enteró y Britannia no podía sentirse más orgullosa de él porque había visto como ese tipo de gestos los tenía a menudo, aunque nadie se enterara para que todo el mundo pensara que era despiadado.

Y lo era cuando era necesario. Si antes le quería ahora que había vivido a su lado y había visto mil cosas le admiraba mil veces más, lo que había provocado que ese amor fuera más profundo, por eso le dolía tanto que ni se pusiera en contacto con ella. Estaba claro que quería alejarse de su lado y tenía que haber una razón. Una razón poderosa que llevaba dos días intentando descubrir. Que no le hiciera el amor la preocupaba muchísimo. Porque su marido era muy sexual y parecía que se había aburrido de ella. Entonces una idea se le pasó por la cabeza y sorprendida dejó caer el té al suelo palideciendo. Se llevó las manos a la cabeza mientras la porcelana se hacía añicos en el impecable suelo de madera y sintió que le faltaba el aire.

—¡Milady! —Albert se acercó de inmediato. —Milady, ¿se encuentra bien?

Sorprendida le miró. —¿Qué?

—Venga, milady. Siéntese en la butaca. Parece que va a desmayarse.

—Estoy bien —dijo casi sin voz porque se había dado cuenta de lo que ocurría.

—Haré que llamen al médico.

—Estoy bien, de verdad —dijo porque no quería preocupar a su abuelo si se enteraba—. Sírveme otro té.

—Enseguida, milady. —Salió del salón como si temiera dejarla sola y ella miró hacia la ventana apretando los puños para que el dolor que sentía por las uñas en las palmas de sus manos le hiciera evitar echarse a llorar. Pero no fue posible. Sus ojos azules se cuajaron en lágrimas porque ya estaba en estado y él lo sabía. Ya no era necesario que compartiera su lecho y era su manera de decírselo. Tomó aire intentando encajar que ya no eran amantes. Ahora buscaría a otras que le satisficieran porque con ella ya había cumplido su parte del trato. Y que pudiera tocar a otra mujer como la tocaba a ella, era algo que no podría soportar.

Jyll entró en el salón acercándose de inmediato. —¿Se encuentra bien, milady? Albert me ha dicho que parece enferma.

—Estoy bien —dijo con la voz congestionada de dolor, pero levantó la barbilla mirando por la ventana—. Que me preparen un baño. Tengo un baile esta noche. Mi abuelo vendrá a cenar y después partiremos.

—Muy bien, milady —susurró Jyll preocupada.

Albert llegó en ese momento con otra taza y otro platillo. Le sirvió en silencio y se lo acercó asegurándose de que lo sujetaba bien. —¿Quiere algo de comer, milady? ¿Un pastel de limón? ¿Un sándwich?

—No, gracias —respondió como toda una dama mirando el líquido de su taza. Una lágrima cayó sobre el té y disimuló cogiendo el asa mientras Albert apretaba los labios preocupado—. Puedes dejarme sola.

—Sí, milady. —Se alejó hasta la puerta del salón y Britannia bebió un sorbo de su té mirando por la ventana mientras las lágrimas corrían por sus mejillas sin darse cuenta sumergida en sus pensamientos. Si de algo debía estarle agradecida es que habían sido los mejores tres meses de su vida y tendría algo suyo para siempre.

Capítulo 13

Llegó del baile agotada porque después de haber asistido al baile de la Reina siempre estaba muy solicitada. Debía hablar con la Reina del comportamiento de varios de los suyos que para Britannia era más que sospechoso, pero ya pensaría en eso al día siguiente. Cuando llegó a su habitación allí estaba Jyll que se levantó de inmediato de la silla donde estaba dormida. Britannia sonrió con tristeza. —Estarás deseando casarte para dormir toda la noche.

Jyll perdió la sonrisa desabrochándole el vestido rojo que llevaba. Britannia la miró sobre su hombro. —¿No me respondes?

—Lo siento, milady. Estoy algo dormida todavía.

Sin creerse una palabra se volvió y le levantó la barbilla tensándose al ver el dolor en sus ojos. —¿Qué ha ocurrido?

—Se ha casado con otra, milady.

Dio un paso atrás asombrada. —¿Qué dices? ¿El soldado? —Sollozó tapándose los ojos y Britannia se quedó de piedra. —Si te había pedido

matrimonio.

—Me ha deshonrado y se ha casado con la hija de un terrateniente de Brighton —dijo entre sollozos respirando con dificultad.

Britannia apretó los labios. —Te ha deshonrado y después se ha casado con otra. ¿Eso me estás diciendo?

—No me eche, milady —dijo angustiada—. Lo siento mucho. —Se puso de rodillas uniendo las manos mientras Britannia perdía todo el color de la cara. —No me eche. Prometo que trabajaré lo que haga falta y...

—¡Calla Jyll! ¿Cómo se te ocurre que voy a echarte? —Se arrodilló y la abrazó con fuerza. Su doncella se echó a llorar de nuevo en su hombro. — Ese canalla...

—Ya no me querrá nadie...

—Claro que sí, tonta. Encontrarás un hombre que te querrá por encima de todo como tú te mereces. —El corazón de Britannia saltó con fuerza en su pecho. —Te amaré como tú te mereces.

—¿Usted cree? —Sorbió por la nariz. —Ahora ya no tengo ninguno, milady. Les había despachado por él y ahora...

—No les querías. Lo sabes. Eso es ser injusta con ellos. No debes jugar con sus sentimientos. —Se apartó y la miró a los ojos. —¿Entiendes? Siempre debes ser sincera con lo que sientes.

Jyll asintió y se pasó la mano por debajo de la nariz como si fuera una niña. Britannia sonrió y se levantaron del suelo. Decidida fue hasta la puerta y Jyll parpadeó sorprendida. —¿A dónde va, milady?

—Al club. Voy a ver a mi marido. —En la escalera se detuvo mirando a su doncella. —Por cierto, ese soldado está muerto, lo sabes, ¿verdad?

Jyll se apretó las manos. —Es cosa mía y...

—Y tú eres cosa mía —dijo fríamente—. Debería haberlo pensado antes de tocarte un pelo.

Su doncella se sonrojó de gusto y sonrió, pero al segundo se asustó. —No se lo he dicho para vengarme ni... Por favor milady, no lo mate por mí. Además está su mujer, se llevará un disgusto.

Britannia sonrió. —Eres la persona más sincera que he conocido nunca. No te preocupes. Y no quiero que pienses más en él, es una orden.

—Ya, ¿pero le matará? No me gustaría tener eso sobre mi conciencia.

Chasqueó la lengua. —Muy bien. ¿Las piernas?

Jyll sonrió maliciosa. —Y un brazo, milady.

—Trato hecho. —Bajó los escalones sintiéndose ella de nuevo y al pasar ante el salón gritó —¡Christopher mueve el trasero! ¡Nos vamos!

Su amigo salió con una copa de coñac en la mano mirándola asombrado abrir la puerta de la calle. —¿A dónde?

—¡Al club!

—¡Ya era hora, diablos!

Miró sin poder creérselo la fachada del club que había sido remodelada con una piedra de mármol que le daba un aspecto lujoso en extremo. Dos hombres vestidos de traje de noche estaban en la puerta y cuando la vieron llegar enderezaron las espaldas abriendo la puerta de inmediato. — Señora Coleman...

Sin responder pues estaba furiosa entró en el hall apretando los labios al ver que había cambiado la decoración de estilo inglés por algunos muebles de estilo oriental que estaban tan de moda. Un gasto innecesario bajo su punto de vista. Llegó al salón y varios hombres carraspearon alejándose de las prostitutas. Ella sonrió divertida. —Tranquilos señores. No pienso decirles nada a sus esposas. Esto es un negocio.

Varios se echaron a reír cogiendo a sus parejas de nuevo y se volvió para subir al despacho. Abrió la puerta sin llamar y como se temía, al no ver a Amber trabajando abajo, allí estaba sentada en la esquina del escritorio hablando con su marido que se tensó en cuanto la vio. —Britannia, ¿qué haces aquí?

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó con ironía—. ¿O hay alguien bajo el escritorio?

Coleman carraspeó levantándose y le hizo un gesto a Amber que se levantó del escritorio rodeándolo y caminando con altanería hasta ella. — Señora Coleman...

El pitorreo de su voz la sacó de sus casillas y la cogió por los rizos rubios tirando de ella hacia la escalera y empujándola por la barandilla. El grito al caer en el piso de abajo la hizo sonreír y miró a través de la barandilla para ver que se había roto una pierna al menos. —¡Para ti Lady Britannia! ¡Vuelve a acercarte a mí y te destripo viva! ¡No te lo digo más!

Coleman furioso la observaba desde la puerta del despacho y se volvió hacia él. —Se lo había advertido. Así que no me regañes, querido.

Entró en el despacho sonriendo y su marido cerró de un portazo. —Eso ha sido...

—Necesario. Lo sé. No lo aprendió la otra vez y eso que le perdoné la vida. —Se encogió de hombros. —¿Qué puedo decir? Es estúpida.

—¡Britannia!

—Me vas a gastar el nombre. —Con los brazos en jarras le miró de arriba abajo. —Al parecer estás bien.

—¿Y por qué no iba a estar bien?

—No sé. Como no has pasado por casa en dos días... Hubo un momento que creía que me había quedado viuda y que nadie me había avisado.

—¡Estoy bien!

—Oh, entonces es que tienes mucho trabajo.

—¡Exacto!

—Pues hace un momento no lo parecía. Bueno, da igual. ¿Quieres que te ayude?

—¡No! ¡Quiero que te vayas a casa! —Se acercó para cogerla del brazo y ella se zafó. La miró con asombro—¿Qué diablos te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? ¡Al menos deberías ser sincero conmigo! ¡Estamos casados y estás muy raro!

—¡Sabes por qué estamos casados! ¡Así que no tengo que darte explicaciones! —Ella ocultó su dolor como pudo y le miró a los ojos. —¡Por Dios Britannia vete a casa!

—¿Tienes algún problema? Yo puedo ayudarte.

—¡No necesito tu ayuda! ¡Vete a casa de una vez!

—Entonces es que sabes que estoy en estado y quieres separar nuestras vidas. Es eso, ¿verdad?

A Coleman se le cortó el aliento dando un paso atrás. Se miraron a los ojos durante unos segundos que a Britannia se le hicieron eternos, porque veía

la verdad en ellos y era desgarrador. Él apretó los labios. —Creo que es lo mejor. En cuanto des a luz te irás y esta relación se está volviendo demasiado estrecha para mi gusto.

Britannia sintió que el mundo se le venía encima pero aun así se sentó en la butaca y le indicó que se sentara en la de al lado, pero él se fue a su sillón tras el escritorio dejando claro que quería poner distancia entre ellos. Forzó una sonrisa. —Así que ya no podemos seguir la relación que hemos tenido hasta ahora porque vamos a tener un hijo.

—No. Tú vas a tener un hijo porque me dejaste claro que te lo llevarías en cuanto te fueras —replicó molesto.

—Tú serás su padre, Coleman —dijo preocupada.

—No, no lo seré. Ni me conocerá.

—¿Y si a mí me pasara algo? ¿No le cuidarías?

La miró sorprendido. —¿Qué quieres decir?

—Eres su padre y...

—¿Cuando a ti te conviene! ¡Si vives muchos años, no me conocerá jamás!

—¿Y quieres conocerle?

Él pareció sorprendido. —Ah, ¿pero hay opción?

Se mordió el labio inferior. —Si vuelvo para traértelo me matarán,

Coleman.

Molesto se levantó. —Déjalo.

—No, vamos a hablarlo. Mi padre era un proscrito cuando me trajo a Inglaterra por primera vez. Puedo buscar la manera de burlar a la justicia. —
Le miró a los ojos. —Pero no le pienso traer de vuelta para que esté tiempo contigo si no le vas a amar por encima de todo. Tienes que hacerle ver que es lo más importante en tu vida.

—Que no te ame a ti, no significa que no pueda querer a mi hijo.

Britannia intentó reponerse del golpe escondiendo su dolor y tragó saliva asintiendo. —Podemos marcar unos plazos.

—Seis meses conmigo y seis contigo —dijo él fríamente.

—Ni hablar. Tú querías el negocio y yo impondré el plazo, pues es lo único que me llevo de este matrimonio.

—Y a Félix, no lo olvides —dijo con resentimiento—. Esa es la razón por la que te casaste.

—Exacto. —Levantó la barbilla. —Esa es la razón por la que acepté todo esto. El niño es mío. Ese era el trato. Te daré un mes al año.

—¡Yo no soy tu abuelo!

—No, eres alguien que hace una hora no tenía ni un solo día. Te estoy ofreciendo un mes por el niño. Porque si a mí me pasa algo, no quiero que

viva con un desconocido. Solo por eso.

Coleman asintió quedándose en silencio y ella le observó sin poder creerse lo que veía porque se sentó de nuevo como si nada y cogió un papel que tenía delante demostrándole que aquella conversación había terminado. Ella alargó la mano aplastando la hoja y siseó —¿Sabes qué? Has conseguido lo que querías. Dejarme claro que no soy nada para ti. Ya me había quedado claro la otra vez, pero al parecer no merezco ni la mínima cortesía por tu parte. Estoy harta de tu actitud. No vuelvas por casa. No quiero verte nunca más. Me encargaré de que te traigan al niño en enero de cada año. —Se levantó yendo hasta la puerta.

—Adiós preciosa. —Sintió que se le retorció el corazón y salió del despacho a toda prisa. Sujetando sus faldas bajó los escalones todo lo aprisa que podía y Christopher se tensó al ver como salía del club como si la persiguiera el diablo. Al levantar la vista vio a Coleman en la barandilla mirándola pálido y Christopher no se lo pudo creer. —Envíame recado si me necesita —dijo él desde arriba.

—No te ha necesitado nunca —replicó con desprecio. Escupió en el suelo mirándole con odio antes de salir del club. Cuando se sentó a su lado la penumbra del carruaje no le impidió ver que estaba descompuesta de dolor y la abrazó por los hombros sin decir una sola palabra. Acarició su cabeza mientras lloraba en su hombro y se juró a sí mismo que ese hombre no

volvería a dañarla jamás.

Detrás de una columna hizo que bebía de su ponche mirando el impresionante baile que la Condesa Fishburgne ofrecía esa noche. La observó riendo abiertamente con sus amigas y sonrió sin poder evitarlo porque eran realmente divertidas. Una raza aparte entre toda aquella falsedad de la alta sociedad de Londres.

Vio a su objetivo ir hacia la puerta del jardín y se volvió ligeramente hacia su abuelo. —Vayamos al jardín.

—¿Necesitas tomar el aire, niña? —Él miró hacia allí y al ver al Vizconde salir asintió cogiendo su copa y dándosela al lacayo que pasaba en ese momento. —Sí, creo que es lo mejor. Estás algo pálida.

Cogió su brazo y saludando con una sonrisa a sus conocidos fueron tras sus objetivos saliendo a la terraza que daba acceso al jardín. Britannia miró discretamente a su alrededor y al no ver al Vizconde de Fales le susurró a su abuelo —Bajemos.

Hablando de lo maravillosa que era la fiesta descendieron al jardín y dieron la vuelta a la casa. Al llegar a la esquina su abuelo ya se había quedado en silencio atento a cualquier ruido. Ella se acercó a la pared y asomó la

cabeza para ver que un grupo de hombres estaban cerca de las caballerizas hablando en susurros. Miró a su abuelo a los ojos y asintió. El Duque apretó los labios y ella miró hacia arriba. —Debemos subir al primer piso.

Se volvieron recorriendo el jardín a toda prisa y entraron en la fiesta atravesando la pista de baile sin importarles los bailarines que les rodeaban. Lo difícil iba a ser llegar a la ventana que estaba encima de la reunión para poder escuchar lo que decían discretamente. La Condesa la interceptó cuando estaba a punto de salir. —Lady Britannia, ¿cómo lo está pasando?

—Muy bien, Condesa. Una fiesta maravillosa.

Lady Johanna se echó a reír haciendo chispear sus ojos ambarinos. —Las tuyas son mejores. Solo se habla del día de su boda. Es una pena que su marido no haya venido para repetir la hazaña.

—Si me disculpa...

Johanna sonrió maliciosa. —¿Una misión, milady?

Esa frase la tensó con fuerza y Johanna se acercó a ella para susurrarle —A veces también ayudo a nuestra señora, supongo que me entiende. Si necesita mi ayuda o la de mis amigas... No dude en pedirla. Sterling es un buen amigo de la familia. —Le guiñó un ojo antes de alejarse yendo a saludar a otra invitada. Bueno, estaba claro que la vida no dejaba de darle sorpresas.

Su abuelo le hizo un gesto y sabiendo que tenía vía libre en la casa

cogió sus faldas subiendo la escalera que daba al piso superior. Calculó las distancias caminando por el pasillo y abrió una puerta discretamente para ver una habitación vacía. Lógico empezaba a hacer buen tiempo y no era un sitio que ella quisiera ahora que empezaba a hacer calor. Seguro que Lady Johanna solo la mandaba ocupar por sus invitados cuando ya no tenía más remedio debido al olor del establo. Se acercó a la ventana que estaba cerrada y esperó que no hiciera ruido al abrirse. Su abuelo abrió el pestillo sin hacer ruido y tiró de ella hacia arriba muy lentamente. Se agacharon para escuchar, pero no se distinguían bien las voces ni lo que decían. Sacó la cabeza y vio que estaban a unos metros delante de la ventana ensimismados en lo que estaban diciendo, mientras uno de ellos estaba mirando hacia el jardín donde varios invitados paseaban. Metió la cabeza de nuevo y le susurró a su abuelo —Voy a bajar al tejado de la entrada de atrás.

—¿Estás segura?

—Tengo que averiguar qué se proponen y para eso tengo que acercarme todo lo que pueda. —Abrió la ventana del todo y miró de nuevo. Ninguno se había percatado de su presencia, así que sacó el pie a la cornisa y salió pegando el pecho a la pared. Caminó un poco a su derecha y vio que tenía el tejado debajo. Esperaba que las tejas no crujieran con su peso. Se dejó caer y se agarró con las manos a la cornisa. Juró por lo bajo porque se había hecho daño en la mano derecha, pero aun así consiguió sostenerse antes

de dejarse caer de nuevo pensando que aquel vestido no era la mejor vestimenta para espiar a nadie. Se agachó arrastrándose por el tejado. Definitivamente iba a quedar para tirar.

Cuando llegó al final del tejado escuchó —¡No podemos dejarlo más tiempo! Debemos actuar cuanto antes.

—Cálmate Martin. Estás levantando la voz. —Todos miraron a su alrededor antes de continuar —Debemos mantener la calma.

—Llevamos así varios años. Esa mujer hace y deshace a su antojo. ¿Has visto cómo ha favorecido a esa zorra que mató a los nuestros? Si hasta fue su invitada de honor en el baile anual. ¡Esto es una desfachatez! —A Britannia se le cortó el aliento porque hablaban de ella.

—A mí me preocupa más el círculo de amistades que se está forjando —dijo el Conde de Houghton muy serio—. ¿Os habéis dado cuenta de que nuestra anfitriona visita mucho palacio últimamente con sus amigas?

—La Duquesa de Stradford de nuevo —dijo otro con odio—. Son la flor y nata de la sociedad. Amigas de la ahijada de la Reina y protegidas. Mueven los hilos de todos a su conveniencia. Y sus maridos se han convertido en los hombres más poderosos de Inglaterra.

—Y los más ricos —dijo otro con rabia—. Acaparan los mejores negocios como mercaderes de segunda.

—Eso es influencia del padre de la americana. La línea Sherman de barcos se ha convertido en la mejor del mundo. Y los contactos que ha conseguido Lady Johanna en Inglaterra le han favorecido mucho. La Reina la adora.

—¡En lugar de favorecer mi línea de transporte que es inglesa!

—Martin te he dicho que te calmes —dijo el Conde demostrando que llevaba la voz cantante—. Tenemos que encontrar una solución y rápido. El círculo cada vez es más amplio. Debemos conseguir separarlos para hacerlos más débiles.

—Yo voto por la ahijada de la Reina

—No, la Duquesa de Stradford —dijo el que estaba de espaldas—. Su muerte los debilitaría porque todo empezó cuando ella llegó a Londres.

—Yo voto por la Reina —dijo el Conde fríamente.

—Eso no es un asesinato, eso es alta traición —dijo Martin asustado.

—Reinará el príncipe Alberto hasta que su heredero pueda hacerlo. El grupo ya no tendría la misma influencia con él y nosotros volveríamos a tener el favor de la corona que hemos ido perdiendo a lo largo de estos años. Los amigos que tenemos en palacio nos beneficiarán a nosotros ante Alberto.

Todos se miraron y Britannia apretó los labios estudiando bien sus caras para que no se le olvidara ninguno. Al único que no le veía bien el

rostro era al que estaba de espaldas que en ese momento dijo —Estoy de acuerdo. Mejor cortar el problema de raíz.

—Bien, ¿estamos de acuerdo? —Los tres hombres que le acompañaban asintieron mientras que el que vigilaba miraba sobre su hombro para ver su decisión. Britannia juró por lo bajo porque le conocía. Le había conocido en el baile de la Reina y recordaba haber bailado con él. Era el hijo de un Conde creía recordar y le había parecido muy simpático. Para que te fies de las apariencias.

—Ahora el método. Contrataremos a alguien que lo haga en el teatro. En una semana se estrena Hamlet y la Reina siempre acude. Estará allí y es un momento que no podemos desaprovechar.

—¿Un disparo? —preguntó Martin.

—No. Una bomba.

Britannia cerró los ojos con ganas de cargárselos allí mismo. Sería una matanza.

—¿Cómo que una bomba? Puede matar a varios —dijo Martin asustándose aún más—. No quiero ser responsable de la muerte de medio teatro.

El Conde de Houghton le cogió por la pechera y siseó —Ahora no te vas a echar atrás. Pondrás el dinero como los demás para conseguir nuestro

objetivo. Y si mueren más mucho mejor. Seguro que su ahijada la acompaña y su marido también.

—¿Y si va el príncipe Alberto? —Martin negó con la cabeza.

—Si eso ocurre, cosa que dudo porque tiene previsto un viaje a Escocia, se abortará el atentado. ¿De acuerdo?

Martin asintió, pero más por miedo que por otra cosa. El Conde le soltó demostrando su desprecio. —No me traiciones, Martin. Puede que seas mi primo, pero no dudaré en quitarte del medio a ti también para conseguir lo que quiero.

—No te pongas así, Harrison. Solo estaba expresando mis dudas.

—Daos prisa. Ya estamos tardando demasiado —dijo el que vigilaba.

—¿Dónde vas a conseguir a ese hombre? —preguntó el tercer traidor.

—Es un profesional. Y por la cantidad que pide ya puede serlo. No puedo decir el nombre. Mañana debéis llevarme el dinero a casa. Repartíos. No vengáis todos a la vez para no levantar sospechas.

—Dos mil libras por cabeza me parece una barbaridad —dijo Martin—. ¿Y si falla?

—No ha fallado nunca. Y para que os quedéis tranquilos, os diré que ha trabajado estrechamente con Sterling. Eso nos da una garantía.

A Britannia se le cortó el aliento. ¿Había trabajado para Sterling?

¿Coleman sabría algo de eso? Sería una manera de quitarse a la Reina de encima para siempre.

—¿Para Sterling? —preguntó el Vizconde con desconfianza—. Esto no me gusta. Esa gente es muy peligrosa.

—Por eso solo voy a dar la cara yo ante él. A vosotros no os conoce, estúpido. Tú me das el dinero y mantendréis el anonimato. Todos conseguiremos lo que queremos y asunto arreglado. Y si algo sale mal, será exclusivamente cosa mía.

Eso tranquilizó a Martin y al Vizconde que sonrieron. —Muy bien, mañana te llevaremos el dinero.

—Volvamos —dijo el que vigilaba empezando a caminar hacia el jardín.

Cuando se alejó Martin le preguntó a su primo —¿Por qué le has metido en esto?

—Porque por culpa de los Duques él perdió la herencia del Conde Fishburgne —Martin asintió. —Encontraron al verdadero heredero y eso no le vino bien a nuestro Winston. Lo ha perdido todo.

—¿Y de dónde va a sacar el dinero?

—No lo sé ni me importa. Ha dicho que lo pondrá y para mí es suficiente. Regresemos. La bruja de mi esposa seguro que se está preguntando

dónde estoy mientras les da coba a todas esas sanguijuelas.

—Les queda poco, primo. Las cosas van a cambiar de nuevo, ya verás.

—Martin le palmeó en el hombro. —Nuestro negocio volverá a florecer.

—Dios te oiga, primo. Es una pena que no desaparezcan todos de un plumazo.

Dieron la vuelta a la esquina y su abuelo sacó la cabeza por la ventana.

—Baja, es más fácil que subir de nuevo. Te veo en la entrada principal.

Ella levantó el pulgar. Le costó algo bajar porque le dolía la mano y descolgarse no era fácil, pero lo consiguió. Respiró hondo mirando a su alrededor y se miró el vestido. Estupendo. Pasó las manos ante las manchas del pecho empeorándolo porque las tenía sucias y chasqueó la lengua. Jyll la iba a matar. Se encogió de hombros y rodeó la casa por el lado contrario al que se habían ido ellos hasta llegar a la parte delantera de la mansión de los Fishburgne. Su abuelo salió como si nada y la cogió por el brazo yendo hacia la calle. —Estás hecha un desastre —dijo divertido.

—¿Lo has escuchado?

—Partes. Sobre todo cuando se alteraba ese tal Martin.

—Van a atentar contra la Reina, abuelo.

El Duque asintió. —¿Les has visto bien?

—Sí. Y sé quiénes son.

—Pues asunto arreglado. Esto se acabará esta noche. —Su carruaje llegó en ese momento y su abuelo la ayudó a subir. —A palacio.

—Sí, Duque.

Capítulo 14

La noticia del intento de complot contra la Reina corrió por todo Londres al día siguiente. El Vizconde de Fales había sido detenido en su club y lloraba mientras era arrastrado al coche que le esperaba para llevarlo a Newgate. El Conde y su primo habían sido sorprendidos juntos cuando Martin le daba el dinero. Y el joven se había pegado un tiro cuando vio a la guardia de la Reina ante la puerta de su casa. Era un escándalo de tales dimensiones que no había nadie que no hablara del asunto.

Sentada en el sofá de su casa miró a Christopher aburrida y su amigo sonrió divertido. —¿Inquieta otra vez? Has salvado a la corona ayer noche, ¿no te vale con eso?

—Bah, eso es agua pasada.

—Todavía no me has dicho cómo te diste cuenta.

—En el baile de hace una semana...

—En el que después fuimos al club.

—Ese mismo —dijo intentando no acordarse de lo que pasó allí—.

Escuché al Vizconde decirle a un hombre que se veían en el jardín para hablar de lo que habían comentado en el club. Dijo: “Debemos hacer algo ya”. Me intrigó y les seguí, pero no conseguí escuchar nada porque estaban alejados en medio del jardín. Vi que el otro era el Conde de Houghton y que estaba furioso. Como la Reina me había dicho que debía escuchar lo que no llegaría a sus oídos decidí observarles. En la fiesta de los Fishburgne vi que el Conde le hacía un gesto al Vizconde y minutos después él fue hasta el jardín de nuevo. El resto ya lo sabes.

—¿Y el hombre de Sterling que iba a colocar la bomba?

—Ese es un cabo suelto que me gustaría descubrir, pero no pienso acercarme al club para saber de qué se trata. Se encargará Sterling. La Reina me ha dicho que él lo solucionará y no lo dudo. Es problema suyo.

Cristopher se echó a reír. —Me extraña que no le pidieras a la Reina la cabeza de Félix en recompensa.

—Oh, se la pedí y me dijo que no estaba tan agradecida. —Su amigo se echó a reír más fuerte y Britannia sonrió sin poder evitarlo. —La muy bruja me tiene bien cogida.

—Antes de que te des cuenta estaremos de nuevo en alta mar.

—¡Pero es que aquí el tiempo no pasa! —Frustrada se levantó y fue hasta la ventana poniendo los ojos en blanco al ver que llovía.

Jyll llegó a la puerta y se apretó las manos nerviosa. Distraída vio que se acercaba por el rabillo del ojo y se volvió hacia ella sonriendo. —¿Qué ocurre, Jyll? Si vas a decirme que las manchas no salen me lo imaginaba.

—No es eso, milady —dijo acercándose a ella—. He ido a recoger los guantes a casa de Madame Blanchard y...

—Dime. ¿Qué ocurre?

—Escuché a dos damas hablar sobre usted, milady.

Se tensó enderezando la espalda porque por su cara no era nada bueno. —Continúa.

—Pues decían que tenían que tolerarla por su abuelo y por la Reina, pero que era una vergüenza para ellas tener que mirarla siquiera. Que no tenía ninguna educación y que era zafia. Se reían de su comportamiento y del señor Coleman. Un barriobajero venido a más, le llamaron. Una escoria que había sabido flotar hasta arrastrarse a la orilla donde la había encontrado a usted. — Britannia no movió el gesto. —Pero que nunca serían uno de ellos. Una de ellas tenía una hija y dijo que como se le acercara siquiera la encerraba en su habitación un año por estúpida. Que la Reina quería imponerles su presencia, pero que se hubiera casado con un hombre como el señor Coleman, era el colmo. Un asesino a las órdenes de Sterling. Un ladrón. Señora, le llamaron de todo y lo estaba escuchando todo el mundo. Como nadie les decía nada se

envalentonaron y a usted la llamaron puta. Que era lógico que una puta que había estado vagabundeando por los mares compartiendo lecho con sabe Dios cuántos hombres, buscara un chulo que la encamara en cuanto llegara. ¿Qué mejor que él para dominarla? Señora, se despacharon a gusto. Dijeron cosas...

—¿Qué más? —preguntó fríamente. Christopher se levantó y ella le hizo un gesto con la mano para que no interviniera.

—Que el día que tuviera un hijo a saber de quién era. Porque con lo zorra que era desnudándose ante todos, lo que haría de puertas para adentro. Que seguro que su marido la compartía con esos hombres que asistían al club. —Jyll se sonrojó intensamente. —Una de ellas se echó a reír y le dijo a la otra: “A ver si va a ser hijo de tu marido porque frecuenta el club, ¿no es cierto?”

La frialdad de sus ojos azules ponía los pelos de punta. —Christopher que traigan el carruaje.

—No debes dejar que te afecte. Son unas envidiosas.

—Que traigan el carruaje.

—Milady... —Jyll preocupada le rogó con la mirada. —No vaya. Solo empeorará las cosas.

—¿Empeorar? Creo que su opinión no puedo empeorarla más y te

aseguro que cuando acabe con ellas al menos yo me sentiré mucho mejor. ¿Aún seguían allí?

—Sí, milady. Y tenían para rato porque la tienda estaba llena de gente que esperaba a Madame.

—Perfecto. ¿Cómo eran?

—Una tenía un sombrero con un lazo violeta y otra estaba sentada a su lado con un vestido rosa fuerte. Esa tiene nariz de cuervo, milady.

—Pues vamos allá.

Fue hasta la entrada donde su mayordomo mantenía la puerta abierta. Su carruaje ya estaba preparado seguramente porque como Jyll acababa de llegar ni siquiera había salido hacia las caballerizas de detrás de la casa. Se subió con ayuda de Christopher y su amigo se sentó a su lado. —No quiero que intervengas.

—De acuerdo, jefa. Pero no las mates.

—No... —Sonrió maliciosa. —No voy a matarlas. La Reina me castigaría.

Su amigo rió por lo bajo y cuando llegaron a Bond Street el coche se detuvo ante la puerta. Bajó del carruaje y caminó con paso firme hasta la puerta que se abría en ese momento mostrando a una dama vestida de azul que salía con un paquete en la mano. Ella le cedió el paso, pero al parecer al

reconocerla ahora no quería irse. Entró encogiéndose de hombros porque le daba igual tener público. Puso los brazos en jarras mostrando su impresionante vestido de mañana amarillo que resaltaba sus rizos rojos y miró a las damas que sentadas en unas sillas la miraban con la boca abierta. Localizó a la de la nariz de inmediato y se acercó a ella mirándola fijamente. —Al parecer, vosotras tenéis algo que decir de mi hijo y del padre de mi hijo. ¿Por qué no me lo decís a la cara?

Ambas se sonrojaron con fuerza mientras varias sonreían maliciosas. —No os oigo. —Se acercó llevando la mano a su oreja. —No, no oigo nada. Al parecer os ha comido la lengua el gato. —Cogió la cabeza de la que tenía el sombrero y la forzó a abrir la boca mientras la mujer la miraba aterrorizada. —Pues no. Sigue ahí. —Cerró su boca con fuerza poniendo cara de asco. —Señora mastique hoja de menta. Le apesta el aliento. —Las damas se taparon la boca intentando no reír. —Pero igual no es el aliento lo que les huele. Igual es el alma que la tienen tan negra que les gusta ir humillando a los demás a sus espaldas. Sí, seguro que es eso porque solo una persona que habla mal de un niño que ni ha nacido debe estar realmente enferma. Igual debería arrancarles el corazón para que dejaran de sufrir. —Pálidas empezaron a temblar de miedo. —Porque tiene que ser un sufrimiento ser tan vil. —Chillaron al ver de repente una daga en su mano y aterrorizadas se pegaron la una a la otra. —Mi marido puede que no sea de sangre azul como vosotras, pero tiene algo que no

tendréis jamás, tiene palabra y es un hombre de los pies a la cabeza. Y sí, estoy orgullosa de él porque ha llegado donde está trabajando y dejándose la piel para que vosotras, damas que no sabéis lo que es la vida, viváis mucho mejor. Si mi marido desapareciera, ¿qué creéis que ocurriría? —Señaló a la de la nariz con la daga. —Pues que cualquier ladrón entraría en tu casa y te sacaría esos ojos de sapo que tienes para robarte todo lo que posees. Puede que mi marido sea un ladrón y un asesino, pero gracias a él sigues viva. Deberías besarle los pies. —Sonrió maliciosa. —Pero claro vosotras no os rebajaríais a hacerlo, ¿verdad? Mejor me los besáis a mí, que soy lady. —Se miraron y para asombro de las damas se tiraron a sus pies y se los besaron dejándolas a todas con la boca abierta. Britannia sonrió. —Así me gusta. —Se alejó mirándolas con asco y dijo fríamente —Volver a hablar de mi familia o de mí y sabréis por qué era el terror de los mares. Eso os lo juro por mi vida. —Dio un paso hacia ellas y chillaron asustadas abrazándose. Britannia sonrió con desprecio antes de salir de la tienda sin darse cuenta de que Madame Blanchard lo observaba todo desde la puerta de detrás del mostrador.

Salió a la luz y se acercó a las mujeres diciendo con su delicioso acento francés —¡Fuera de mi tienda! ¡Y no vuelvan jamás por aquí!

A la mañana siguiente empezó a encontrarse mal y vomitando el

desayuno tuvo que quedarse en la cama hasta que llegó el médico por orden de Christopher, que preocupado porque nunca se ponía enferma le ordenó llamar de inmediato. Ahí llegó la mala noticia. Era por culpa del embarazo y puede que le pasara a menudo. Otra razón para odiar a Coleman que no hacía más que fastidiarle la vida.

Su malestar no mejoró en las semanas siguientes sino todo lo contrario y su médico se preocupó por su pérdida de peso. Le ordenó que se quedara en cama. Su abuelo estaba preocupado pero el niño seguía creciendo. A Britannia la angustiaba perder las fuerzas y se levantaba cuando se sentía mejor para caminar por la habitación. El encierro era lo peor. Se sentía presa por ese embarazo y creyó que perdía la cabeza varias veces porque deseaba no haberse quedado embarazada. Cuando esos pensamientos llegaban la culpabilidad la invadía diciéndose que de todo tenía la culpa Félix, pero sabía que ella era la única culpable porque jamás tendría que haber llegado a esos extremos por vengarse. Había destrozado su vida.

Su impulsividad la había metido en ese lío y ahora tenía que salir de él. Sentada en la butaca ante la ventana viendo el sol radiante que ella no podía disfrutar, se acarició su pequeño vientre. Escuchó que alguien entraba en la habitación y sonrió volviéndose para perder la sonrisa de golpe al ver a su marido entrando como si nada con un traje marrón y unas impecables botas negras. —Hola preciosa. ¿Cómo te encuentras?

Sintió un nudo en la garganta y sus ojos llegaron hasta su rostro. —
¿Qué haces aquí?

—Me han dicho que estás enferma y me he acercado para ver cómo iba todo. —Se acercó a ella y le iba a dar un beso en la mejilla, pero Britannia apartó la cabeza. Él apretó los labios incorporándose. —¿Estás mejor?

—No te importa. Tú no eres nada mío.

—Soy tu marido.

—No, ya no. Solo eres el padre de mi hijo y todavía no ha nacido, así que no sé qué haces aquí.

—Britannia, no compliques las cosas.

—Te dejé muy claro que no quería volver a verte. Aquí el único que complica las cosas eres tú. Vete de mi casa.

—Es mi casa. Yo pago el alquiler.

Le miró como si fuera estúpido y él suspiró sentándose en la butaca frente a ella apoyando los codos sobre las rodillas mirándola fijamente. —No tienes buen aspecto.

—No tienes por qué verlo. —Miró hacia la ventana de nuevo decidida a ignorarle.

—La Duquesa de Stradford me ha hablado de un médico muy bueno en París y...

Le miró con desprecio haciéndole callar. —Vete de mi casa.

—Preciosa, no puedes seguir así. Te estás consumiendo.

—¡Vete de mi casa! —gritó perdiendo los nervios porque el dolor de su alma ya era insoportable.

Coleman la miró fijamente antes de levantarse. —Muy bien, no te alteres. Pero haré que venga ese médico a verte.

—¿Acaso crees que no puedo traer a tu hijo al mundo? —preguntó con odio—. Tranquilo, lo conseguiré. —Levantó la barbilla mostrando sus ojeras. —No vuelvas más por aquí. Si no te importaba antes, esta repentina preocupación está de más.

—Al parecer hemos dejado hasta de ser amigos.

—Tú nunca has sido mi amigo. Si lo hubieras sido jamás me habrías apartado de tu lado sin razón solo porque te aterra amar a alguien. —Él la miró sorprendido, pero ella seguía mirando la ventana. —Pero llegaba el niño y me lo iba a llevar. Ni querías tenerme cerca por si deseabas ser padre. Y lo deseabas porque sino no me hubieras echado en cara que me lo iba a llevar. —Sonrió con tristeza. —Pero yo no te he importado nunca más allá de conseguir lo que querías. Pues ahora ya lo tienes. Eres el rey de los bajos fondos. Y disfrutarás de tu hijo un mes al año. —Se volvió mirándolo con odio. —¿Qué más quieres? ¿Eh? ¿Qué más quieres de mí? ¡Déjame en paz de una maldita

vez!

Cristopher entró en la habitación. —Coleman, sal de inmediato. Esto no le conviene nada.

Él no dejaba de mirar su rostro torturado de dolor y sus preciosos ojos azules cuajados en lágrimas. —Britannia...

—¡Vete! —gritó desgarrada odiándose a sí misma porque sintiera pena por ella.

Pálido dio un paso atrás y se volvió saliendo de la habitación a toda prisa. Britannia siseó —Tiene prohibida la entrada en esta casa, ¿me has entendido?

—Sí, Britannia.

—¡Contrata hombres, haz lo que sea, pero no le quiero por aquí!

Su amigo asintió cerrando la puerta y ella se echó a llorar porque su corazón clamaba por él. Había vuelto a latir en cuanto le había visto y ahora se había detenido de nuevo. Se tapó el rostro con las manos y ni se dio cuenta de que se inclinaba hacia delante cayendo desplomada sin sentido sobre la alfombra.

Su estado empeoró mucho y casi no podía comer sin sentir que tenía

que vomitar. Su rostro estaba ceniciento y no tenía energías para salir de la cama. Su abuelo estaba preocupado y Britannia temió de veras no ser capaz de traer a su hijo al mundo. En ese momento era lo único que deseaba. Ver la cara de su hijo antes de morir. Pero aún quedaban un par de meses para el parto. No se sentía con fuerzas de resistir así dos meses más.

Su abuelo fue a visitarla esa mañana y sonrió al ver que estaba despierta. —Buenos días, mi niña. ¿Cómo te encuentras?

—Hoy no he vomitado, abuelo —dijo con la voz ronca pues tenía la garganta irritada desde hacía días.

—Eso es estupendo. —Le cogió la mano y se la besó. —Me gustaría que te viera otro médico. Me han dicho que es muy bueno y...

—Ya me han visto diez, abuelo —protestó ella muy cansada.

—Lo sé, pero éste es una eminencia y ya está aquí.

—¿Está aquí? ¿En casa?

—Sí, niña. Llegó ayer de París y ha dormido aquí esperando a que te despertaras. Le verás, ¿verdad?

—Es el médico del que me habló Coleman.

—Ese mismo. Vino el mes pasado y le echaste.

Chasqueó la lengua. —Si así me dejan en paz...

Su abuelo sabía que se refería a Coleman que había ido a menudo a la

casa para intentar verla. Sonrió levantándose. —Enseguida viene.

Miró el dosel de su cama y suspiró deseando que llegara y se fuera cuanto antes. Estaba harta de reconocimientos sin sentido para que todos le dijeran que era a causa del bebé y debía tener paciencia.

Un hombre de barba blanca con un bigote espeso que terminaba en dos caracolillos sonrió entrando en la habitación con Jyll que sonrió acercándose a la cama. —Bonjour, madame. Soy el doctor Tator.

—Buenos días. ¿Habla mi idioma?

—Gui. Lo hablo pues estudie aquí, milady.

Sonrió aliviada. Su francés era bueno, pero no sabía si lo suficiente como para hablar con un doctor de su malestar. El hombre dejó el maletín sobre una silla tras él y lo abrió. —Desvista a milady.

—Enseguida doctor —dijo Jyll apartando las mantas mostrando su vientre.

El doctor se volvió y apretó los labios al ver su desnudez cuando Jyll tiró de su camisón hacia arriba, pero cuando su doncella se lo quitó por la cabeza forzó una sonrisa acercándose con una trompetilla en la mano. —¿Por qué no me cuenta cómo empezaron las molestias?

Hastada le contó cómo había empezado y todo lo que había ocurrido en esos meses.

—Así que las náuseas empezaron sobre el cuarto mes de embarazo.

—Sí, así es. Antes me encontraba bien de salud. De hecho, ni me había dado cuenta de que estaba embarazada.

Él sonrió. —Continúe.

—No hay mucho que contar, el doctor Mayers me recomendó que me quedara en cama y todo fue a más. Me siento cansada casi todo el tiempo y...

—Se emocionó sin poder evitarlo. —Solo quiero tenerlo de una vez.

El doctor asintió. —No se reprima, milady. Llore sin miedo. —Miró a su doncella colocando la trompetilla en su pecho. —Tráigame agua fresca.

—Enseguida doctor.

Salió de la habitación a toda prisa y el señor Coleman intentó mirar por la rendija para ver a su esposa llorando cubriéndose el rostro. —¿Qué ocurre?

—Nada, señor. La está reconociendo.

—Por favor, no interfieras —dijo el Duque muerto de miedo—. Me prometiste que no la molestarías.

Se pasó las manos por el cabello frustrado viendo como la doncella se alejaba hacia la escalera de servicio. Cuando Jyll regresó con una bandeja con una jarra de agua y un vaso volvió a mirar para ver que el doctor se había sentado a su lado y hablaba con su esposa en voz baja.

Cristopher gruñó y él se apartó de la puerta para que no le viera mientras Jyll cerraba la puerta.

Acercó la bandeja a la mesilla de noche y el doctor sonrió. —Llene el vaso. Milady tiene que beber. Está deshidratada. Volveré en un rato a ver si la tolera.

—Bien doctor.

Sonrió levantándose y salió de la habitación. Perdió la sonrisa en cuanto cerró la puerta y todos se tensaron.

—¿Qué tiene doctor? —preguntó su abuelo pálido.

—Por favor ahora necesito que usted guarde la calma, ¿me ha entendido? A la paciente no le conviene preocuparse bajo ningún concepto y si usted enfermara para ella sería un shock. —El doctor miró a Coleman. —Su esposa no ha sido tratada convenientemente desde el principio. Y ahora está grave, no se lo voy a negar. Si continúa así no va a sobrevivir al parto si es que llega, que lo dudo. Su corazón no lo resistirá. Lleva demasiado tiempo vomitando lo que come y eso ha provocado que su cuerpo no reciba los nutrientes que necesita. Había escuchado de casos parecidos y las madres no sobrevivieron.

—Mi esposa es muy fuerte —susurró pálido.

—No lo dudo, pero a estas alturas su cuerpo ya no tiene fuerzas para

nada.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Christopher con el rostro descompuesto—. Tiene que salvarla.

—En cuanto la vi hubiera recomendado sacar al bebé de inmediato, pero no puedo hacerlo porque son dos y no sobrevivirán tan prematuros. Los gemelos suelen ser más pequeños y en este caso...

—¿Dos? —Coleman cerró los ojos volviéndose antes de llevarse las manos a la cabeza de nuevo.

—Pero si ella sobrevive... —dijo su abuelo antes de echarse a llorar.

—No se reprima Duque. No es ninguna tontería lo que está diciendo. Por eso quiero hablarlo con ustedes. Podemos arriesgarnos a finalizar el embarazo para intentar salvar a los tres. Por supuesto iniciaré el tratamiento de inmediato para mejorar su salud. Pero no sé si será suficiente para llegar al final del embarazo. Por otro lado, puedo sacar a los bebés. La madre saldrá adelante, pero...

—Continúe por favor.

—No sé si lo superará la paciente. Hemos estado hablando unas palabras y me ha repetido mil veces que solo quiere tener a sus hijos, como si ese fuera su objetivo ahora que se encuentra tan mal.

Coleman se volvió y dijo con voz grave —Saque a los bebés.

—¿Estás loco? —preguntó Christopher empujándole por el pecho haciendo que se apartara—. ¡Tú no eres nadie para tomar la decisión! ¡La tomará mi niña!

—Soy su marido.

—¿Desde cuándo? —le gritó a la cara—. ¿Cuando te tirabas a esa zorra y la ridiculizabas ante todo Londres o cuando le diste la espalda después de que te perdonara?

Coleman apretó los puños y el doctor carraspeó. —Señores por favor... Si les escucha la paciente...

Christopher le miró. —Si hay alguien aquí que se parezca a un padre para esa niña soy yo que la he visto crecer y la tuve en brazos cuando llegó al mundo. Y yo digo que mi niña tomará la decisión porque es lo que querría Harry. Siempre la dejaba decidir sobre su futuro y no le vamos a quitar eso.

El Duque asintió. —Estoy de acuerdo.

—¿No os dais cuenta? Los bebés la matarán —dijo Coleman frustrado.

—¿Y a ti qué más te da? —preguntó el Duque cortándole el aliento—. Es que ni sé qué haces aquí aparentando ser el marido preocupado. Ni siquiera te enteraste de su enfermedad hasta semanas después. ¿En cuánto te enteraste de que estaba en estado te alejaste de ella y fue Britannia la que tuvo que ir a ti para preguntar por qué no habías vuelto a casa? Nunca la has querido y ni

siquiera la has apreciado.

—Eso no es cierto.

—¡Sí que lo es! ¡La has humillado desde que la conoces simplemente porque demostró interés en ti!

—Pero todos sabemos la razón de ese interés, ¿no es cierto? —La rabia de su voz les dejó helados. —¡Todos sabemos por qué se acercó a mí! ¡Si no hubiera sido por Félix estaría en alta mar!

—Eso tú no lo sabías cuando la conociste y la rechazaste igual. — Coleman dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —No busques excusas para tu actitud. No la soportaste desde el principio y solo estuviste a su lado para conseguir lo que querías por este maldito trato que está a punto de matarla. ¡En cuanto lograste embarazarla le diste la espalda de nuevo cuando ella te amaba! ¡Y tú lo sabías! Niégalo si tienes valor. ¡Niégamelo a la cara!

—Señores, esta conversación no nos va a llevar a ningún sitio. Será mejor que lo consulten con la almohada y mañana me dicen lo que han decidido. Mientras tanto empezaré con el tratamiento.

El médico muy incómodo entró en la habitación y sonrió a su paciente que levantó una ceja. —Al parecer mi marido ha llegado alegrando el ambiente como de costumbre. Voy a tener que despedir a los hombres que había contratado para impedirle la entrada —dijo irónica haciéndole sonreír

de nuevo—. Lo he bebido todo. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Esa es la actitud, milady. No va a ser fácil, pero al parecer tengo toda su colaboración.

—Por supuesto. Haga lo que tenga que hacer para salvar al bebé.

Deseando que eso le diera fuerzas le dijo —Son dos, milady.

Le miró y sus ojos brillaron de la alegría. —¿Dos? ¿Y están bien?

—Estarán mucho mejor en cuanto consigamos que coma un poco.

Britannia se despertó con la boca seca y alargó la mano hasta la mesilla rozando el vaso con los dedos. Alguien se lo acercó a la boca y cuando levantó la vista vio a su marido que se sentó a su lado. Estaba en mangas de camisa y su rostro empezaba a tener barba. Apartó la boca y un poco de agua mojó su barbilla. Él juró por lo bajo alejándose y cogiendo una toalla para volver y secarla con cuidado. La miró a los ojos. —Sigue durmiendo.

—¿Qué haces aquí?

—Acabo de llegar del club y me he pasado a ver cómo estabas. —Se encogió de hombros sentándose después a su lado. —Tienes mejor color que el otro día.

—El doctor me ha dado unas hierbas que me han sentado muy bien —
susurró haciéndole sonreír.

—Eso es estupendo.

—Si el mes pasado le hubiera dejado verme...

—Shusss. Ahora tienes que pensar en el futuro no en el pasado.

Ella asintió y cerró los ojos, pero los volvió a abrir y cogió su mano.

—Si no sobrevivo...

—Eso no va a pasar. —Entrelazó sus dedos con los suyos y Britannia le miró emocionada. —Ni lo digas siquiera.

—Escúchame. Si no lo consigo, pero los niños sí, prométeme que dejarás que el abuelo los vea a menudo. Eso le hará seguir adelante. —Él asintió. —Les enseñarás esgrima, ¿verdad? Y a disparar. Quiero que sean hombres que se hagan respetar como lo era mi padre.

—Preciosa...

—Prométeme que intentarás darles cariño. Sé que será difícil para ti, pero si me lo prometes sé que al menos lo intentarás.

—No te pongas en lo peor. Saldrás adelante. El tratamiento funciona.

—Cogió un rizo y lo acarició entre sus dedos.

—Sí. —Sonrió mirando el dosel de la cama. —Solo quería asegurarme de que estarían bien si me pasara algo. Aunque no sé por qué me

preocupó. Harás lo correcto.

Él apretó los labios. —No siempre hago lo correcto.

Britannia sonrió. —Sí que lo haces. Lo nuestro era imposible, ¿verdad? Somos iguales, aunque de mundos distintos. Y yo no sería feliz aquí. Ahora lo sé. Eso de espiar a esos estirados no va conmigo. Prefiero pegar tiros y abordar barcos. —Soltó una risita. —La cara que ponen en cuanto me ven es impagable.

Coleman sonrió con tristeza. —Me lo imagino.

—En el mar soy libre. —Sus ojos brillaron fascinándole, pero Britannia no se dio cuenta pensando en el Tempestad. —Cómo lo echo de menos. Echo de menos a mi gente. Ellos darían la vida por mí en este momento, ¿sabes? Leales hasta la muerte.

—Te reconocí.

Le miró sin entender y frunció el ceño porque él tenía la cabeza agachada sin dejar de acariciar su cabello. —Te reconocí la primera vez que te vi. Te había visto hacía unos años. Habías llegado con tu padre a Londres y os alojasteis con Sterling. Yo estaba en la casa y te vi llegar vestida de hombre. Debías tener catorce años y tu cabello rojo llegaba por debajo de tu trasero. —A Britannia se le cortó el aliento porque recordaba ese momento. Coleman sonrió. —Pensé que cuando fueras mayor, serías una auténtica bruja

descarada y no me equivoqué.

Britannia se echó a reír porque su primer encuentro le dio la razón. Él acarició su mano con el pulgar y perdió la sonrisa mirando sus ojos. —Así que sabías quién era cuando me enviaste a la habitación con ese viejo.

—Creí que necesitabas una lección. Mostraste tus cartas demasiado pronto.

—Mi manera de seducir es penosa. Se lo advertí a la Reina, pero no me hizo caso como de costumbre.

—Cualquier hombre hubiera aceptado encantado.

—Pero tú no. —Él iba a decir algo, pero ella le interrumpió. —No te disculpes.

—Te he hecho daño. No pretendía... Cuando me di cuenta de que estabas embarazada sentí la necesidad de alejarme, Britannia. Sé que no lo entiendes.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Él se tensó, pero la dejó hablar. —
¿Quieres a Jack?

La miró sorprendido. —Es como un padre para mí.

—Así que le quieres.

—Me ha demostrado que me aprecia mucho y yo a él.

—Sentirías su muerte.

—Por supuesto que sí.

—¿Sentirías la mía?

La miró asombrado. —Claro que sí Britannia. No digas tonterías.

—¿Entonces por qué a mí me apartas y a él no? —Coleman parecía que no la entendía y suspiró dándose por vencida. No sabía ni para qué lo intentaba. Estaba claro que no la querría jamás y torturarse no la convenía. Forzó una sonrisa. —Da igual.

—¡Porque a ti no quiero amarte! —La cogió por la nuca acercándola a su rostro mientras Britannia sentía el dolor de su rechazo de nuevo y él siseó furioso —No quiero amarte porque como has dicho antes no estarás a mi lado. Te irás y yo desearé que llegue cada enero el resto de los malditos años que me queden de vida, esperando a tener la oportunidad de verte, aunque solo sean unos minutos si tengo la suerte de que me traigas tú a los niños. No quiero amarte porque cuando te vi por primera vez tenía veinte años y deseé que fueras mayor. —A Britannia se le cortó el aliento. —No quiero amarte porque te he deseado con desesperación y eso es una debilidad para mí. Así que me alegré cuando me contaste lo que había ocurrido con la Reina, porque tenía la excusa perfecta para meterme en tu cama el tiempo suficiente para quitarte de mi mente, cuando desde que llegaste a Londres no dejaba de pensar en ti. No quiero amarte porque cuando me casé contigo quise que fueras mía y no lo serás nunca. No quiero amarte porque cuando me di cuenta de tu embarazo,

sentí que te había perdido. Por eso me alejé, Britannia. Porque sentí miedo de que fueras tú la que se alejara y decidí hacerlo yo primero. Y no quiero amarte porque si mueres... —Los labios de Coleman temblaron. —Si mueres... —La abrazó a él con fuerza y la besó en la mejilla. —No puedes morir, preciosa. No puedes morir porque esperaré impaciente esos minutos al año y si no estás, mi vida ya no tendrá sentido.

Britannia le abrazó con las pocas fuerzas que tenía y él besó su cuello aspirando hondo como si quisiera recordar su olor. Una lágrima mojó su cuello y él se apartó para mirarla. —Eh... —La tumbó con cuidado y limpió su rostro con ternura. —No llores preciosa, por favor no llores o te pondrás más enferma.

Sintió que los niños se movían y cogió su mano colocándosela en el vientre. Él miró hacia abajo sorprendido. —¿Les sientes? —Movié su mano cuando sintió otra patada y sonrió a su marido. —Te juro que yo haré lo que haga falta para verles la cara. No me voy a dar por vencida.

Él cerró los ojos como si eso fuera suficiente y cuando la miró de nuevo acarició su mejilla. Britannia quiso mantenerse despierta, pero sus ojos se fueron cerrando con sus caricias. —Descansa, preciosa. Tienes que recuperar las fuerzas.

—Puede que tú no quieras amarme —susurró medio dormida—. Pero yo te amaré siempre.

Capítulo 15

El médico asintió contento. —Muy bien, milady. Día y medio sin náuseas. Va muy bien. Seguiremos solo con los líquidos de momento hasta que su estómago se asiente.

—Lo que usted diga.

—Un té con mucha miel para milady. Que no esté muy caliente.

—Sí, doctor —dijo Jyll saliendo de la habitación casi corriendo. Apenas dos segundos después los tres hombres de su vida entraron en la habitación sin ser invitados.

—¿Así que está mejor?

—Necesita recuperar peso y energías, pero estoy muy satisfecho con el tratamiento. Le está funcionando muy bien para alguien en su estado. Debemos esperar unas semanas y al ser gemelos rezar porque el parto no se adelante demasiado.

Los tres sonrieron y Christopher la miró orgulloso. —Sabía que lo conseguirías.

—Gracias. —Alargó las manos y su amigo se acercó cogiéndolas. —
Siempre estás a mi lado.

—Hasta la muerte, niña. —Se agachó y la besó en la frente.

Mientras su abuelo se acercaba y la besaba también vio como Coleman hablaba con el médico muy seriamente y asentía a lo que le decía. —No te preocupes. Si tú quieres se irá —dijo Christopher tensándose al darse cuenta de lo que miraba—. Le dejamos pasar porque traía al doctor y estábamos desesperados, pero...

—Da igual. Es el padre de los niños.

No quería pensar en lo que le había dicho la noche anterior porque si ella se entregaba puede que él volviera a rechazarla y no podría soportarlo de nuevo. Ahora solo tenía que pensar en sus bebés.

Su doncella entró con la bandeja en la mano y el médico se acercó a ella para comprobar que estuviera exactamente como lo había pedido. Fue él mismo quien le puso la miel y le acercó la taza por el otro lado de la cama para no molestar al Duque. —Beba milady. La miel es muy sana y necesita nutrientes. Vamos a comprobar si la tolera.

Se sentía observada por los cinco y bebió lentamente mirándolos uno por uno. Cuando iba por la mitad dijo —¿No tenéis nada que hacer?

El Duque reprimió una sonrisa. —De momento no.

Bebió otro sorbo y perdió la sonrisa al sentir una arcada, pero la reprimió. El doctor le retiró la taza de inmediato dándosela a la doncella y le pasó un trapo frío por la frente. —Tranquila, milady. Respire hondo. —Ella lo hizo. —¿Mejor? —Negó con la cabeza y cerró los ojos. Sintiéndose frustrada porque se había hecho ilusiones ni sintió que una lágrima corría por su sien.

—No se angustie, milady. Debemos ir poco a poco. Además, lo ha controlado. Lo ha hecho muy bien. Siga respirando hondo y piense en otra cosa.

—Me voy a mudar aquí.

Abrió los ojos mirando a su marido. —¿Qué has dicho?

Él hizo una mueca. —Creo que es lo mejor. —El médico les hizo un gesto a Christopher y al abuelo que fueron hacia la puerta de inmediato. —Así me aseguro de que estás bien. —Se sentó a su lado y le pasó el pulgar por la sien. —¿No te había dicho que no lloraras?

—No tienes que hacerlo. Voy a hacer lo que sea por...

—Ya lo sé. Pero algo tendré que hacer yo. También son mis hijos. Te daré apoyo moral —dijo divertido—. Y podemos jugar a las cartas.

—Tu trabajo. No puedes alejarte ahora.

—No me alejo. Tengo a mis hombres y Sterling me echará una mano si es necesario. Además, pueden localizarme si me necesitan. —Le guiñó un ojo.

—¿A que el susto te ha quitado las náuseas?

Parpadeó sorprendida y sonrió porque tenía razón. —Así que quieres entretenerme. ¿Quién era el hombre de Sterling que iba a participar en el...?

—Al ver que negaba con la cabeza preguntó —¿No qué?

—No era cierto, Britannia. No iban a atentar contra la Reina. Era un timo.

Recordando la conversación de aquellos hombres negó con la cabeza. —No era un timo. Estoy acostumbrada a escuchar a mentirosos y el Conde hablaba muy en serio. ¡Y ese chico del que no recuerdo el nombre también!

—El Conde de Houghton lo ha reconocido. Quería quedarse con el dinero, pero nunca tuvo la intención de matar a nadie.

—¡Miente! ¡Es más fácil presentarse ante la corte por un delito de estafa que por un complot para matar a la Reina!

—Da igual lo que diga. Los demás han confesado que pagaron por el atentado y perderán la vida. Y el Conde también.

—No te creas una palabra, Coleman. Tienes un traidor entre los tuyos.

Él acarició su cuello sonriendo divertido. —¿No te había dicho que me llamas por mi nombre?

Chasqueó la lengua. —No me sale.

—Vamos a ver... Repite conmigo. Rawdon. Ra...

—Muy gracioso.

—Ra...

—Ra... —dijo divertida.

—Raw.

—Rawdon.

—Muy bien. ¿A que no ha sido tan difícil?

—No te queda bien. Te queda mejor Coleman.

—Pues Britannia es perfecto para ti. Perfecto para una Reina.

Él sonrió y sus ojos bajaron hasta sus labios cortándole el aliento. Britannia abrió los ojos como platos sin darse cuenta y él carraspeó levantándose. —Mejor voy a dar una vuelta por el club.

—Sí, por supuesto. Tienes mucho que hacer —dijo de lo más confusa.

—Volveré pronto.

—Está bien. —Se sonrojó ligeramente porque había deseado que la besara.

—Si me necesitas...

Negó con la cabeza y cerró los ojos. —Voy a dormir un rato.

—Sí, descansa —susurró antes de salir de la habitación.

Britannia abrió un ojo para ver que se había ido y suspiró

profundamente. Lo mejor era dejar las cosas como estaban. Le había dejado claro que no quería amarla, aunque parecía que luchaba consigo mismo para no hacerlo, pero si él se empeñaba en no amarla no lo haría nunca como ella quería. Necesitaba que su pareja le demostrara que le importaba. Aunque estaba allí, ¿no? Frunció el ceño. Bueno, mejor no pensar en ello y a ver qué problema surgía ahora, porque estaba claro que ellos nunca tendrían una vida tranquila. Sonrió divertida porque esa vida tranquila la volvería loca.

Escuchó un gruñido a su lado y se sobresaltó llevando la mano bajo la almohada antes de ver que su marido estaba durmiendo en su cama. Entrecerró los ojos y miró a un lado y a otro pensando qué hacer. No, aquello no estaba bien. Puede que pasara por alto su enfado pero que durmiera en su cama como si tuviera derecho no estaba bien en absoluto. ¡Si ni se había disculpado! ¡Y le había dicho que no quería amarla! ¿Qué rayos hacía allí? Sacó lentamente el cuchillo de debajo de la almohada y se lo puso bajo la barbilla. Sintió como su cuerpo se tensaba antes de abrir los ojos. —Preciosa, deberías estar dormida.

—Roncas. ¡Y roncas en la cama equivocada además!

—Pues nunca te habías quejado.

—Ya, pero es que antes era idiota. —Apretó la punta del puñal en su carne. —Te has equivocado de cama?

—No.

—Ya me parecía que creías que no estabas equivocado, pero sí que lo estás. Así que largo.

La miró asombrado. —¡No voy a irme de nuestra habitación!

—¡Claro que sí porque no tienes derecho a dormir conmigo! ¡Perdiste ese derecho cuando te alejaste de mí!

—Ya te expliqué por qué lo hice.

—Y yo te tengo que perdonar.

—Pues sí.

—Pues no.

Él se apoyó en el codo. —¿Cómo que no me perdonas? Britannia ya te dije...

—Te entendí perfectamente. Tengo mal el estómago no la cabeza. Y entiendo que no me quieras. También entiendo que no quieras amarme. Yo lo entiendo todo, pero no te perdono. Ahora largo.

—¡Pero me quieres! —exclamó alterado.

—¿Y por eso voy a dejar que me pises cuando te venga en gana? Ah,

no. Largo.

—¡Ya te he dicho que no me voy a ningún sitio! ¡Ahora a dormir!

—¿A que no me duermo? —Le retó con la mirada y él entrecerró los ojos. —Como no te vayas de mi cama no pienso cerrar los ojos. Te lo advierto. Luego se lo explicas tú al médico.

Coleman gruñó apartando las sábanas y Britannia jadeó indignada al darse cuenta de que estaba desnudo. —¡Serás sinvergüenza! ¡A mí no me catas más!

—Como si pudieras hacer algo en ese estado. ¡Si casi no puedes mantener el cuchillo en la mano, Britannia!

El cuchillo pasó al lado de su oreja y asombrado vio el mechón de cabello que cayó sobre su hombro. —¡Estás loca!

—¡Era para demostrarte que no puedo mantenerlo en la mano! — Señaló la puerta. —¡Fuera!

—Mujer, me colmas la paciencia —dijo poniéndose los pantalones dándole la espalda. Ella se mordió el labio inferior mirando su duro trasero. Lo de hacerle una estatua cada vez le apetecía más. Se volvió de golpe y ella disimuló levantando la barbilla. —¿Y dónde duermo?

—Ah... no es problema mío. —Se tumbó de costado cubriéndose con las mantas. —Buenas noches, cielo.

Él gruñó yendo hacia la puerta, pero salió de la habitación cerrando suavemente como si no quisiera asustarla. Britannia sonrió sintiéndose mejor que en mucho tiempo.

Su marido entró en la habitación sin llamar cuando Jyll le estaba cepillando el cabello. Gruñó cerrando la puerta y ella sonrió. —Buenos días. ¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien?

—¡He dormido en el sofá! ¡Todas las habitaciones están ocupadas!

Parpadeó sorprendida. —¿Las veinte?

—Milady, el señor se trajo a sus hombres y entre el médico, su abuelo, el señor Christopher y sus propios hombres que mandó contratar está todo lleno.

—Ah... —Chasqueó la lengua. —Y yo que pensaba que la casa era enorme. —Se acarició el vientre intentando no reír. —Mi barco es más pequeño y cabemos más.

Su marido volvió a gruñir yendo hacia el armario y abrió la puerta de golpe. —¿Dónde está mi ropa!

—¿Jyll?

—Se la he metido en el armario del señor Christopher. A él no le

molesta dormir acompañado. Dice que está acostumbrado a dormir en cualquier parte.

—¡Pues que se traslade al sofá!

—Ah, no. Es un hombre mayor y debes respetar sus canas. ¡A Sterling no le harías dormir en el sofá!

—¡Lo que no haría es que tú durmieras en el sofá!

—Estaría bueno. —Levantó la barbilla. —Yo estoy enferma, y embarazada. Además, tus ronquidos me molestan.

—¡Pues antes no te molestaban nada!

—Eso era antes y ahora tengo el sueño más ligero. No sé qué me pasa. Ya ni me reconozco. —Miró a Jyll asombrada. —Yo era capaz de dormir en el palo mayor en plena tormenta.

—¿De verdad, milady? —preguntó con admiración.

—Fíjate lo que me está haciendo Londres. Me estoy convirtiendo en una finolis. ¡Jamás me he puesto enferma! Que te lo diga Christopher.

—No hace más que repetirlo, milady. Es esta ciudad que es muy sucia. ¿Ha visto como huelen a veces las calles? Eso no es sano, milady. Cuando vuelva a alta mar se encontrará mejor.

—Sí, ¿vendrás conmigo?

Los ojos de Jyll brillaron. —¿Yo una pirata? —Coleman las miraba

asombrado y su doncella soltó un gritito de alegría. —¿De verdad, milady?

—Pero allí tendrás que llamarme capitana. —Se miró las uñas. — Imagínate el cachondeo de mis hombres si te escuchan llamarme milady. Se estarían riendo una semana y tendría que azotarles con el látigo a los pobrecitos.

—Con el látigo...

Coleman cerró la puerta del armario con tal fuerza que la bisagra venció y la puerta se metió dentro dejándolas con la boca abierta. Él se sonrojó. —Se me ha escapado. Haré que te traigan otro.

Cristopher entró en la habitación con un arma en la mano y un hombre detrás. Les apuntó a todos antes de fruncir el ceño. —¿Qué diablos ha sido eso? ¿Un disparo?

—Mi marido tiene una fuerza desmedida y me ha roto un armario traído de París. —Le fulminó con la mirada. —¡Y me encantaba!

Él gruñó de nuevo pasando ante Christopher murmurando. Levantó una ceja interrogante hacia su amigo que susurró —Algo de las mujeres. Lo ha farfullado demasiado suave y mi oído ya no es tan fino. Lo siento, capitana.

—Señor Christopher, cuando la capitana se vaya me iré con ella. ¡Voy a vivir en un barco pirata!

El hombre miró a Britannia con horror y ella le hizo un gesto sin darle

importancia. —Necesito niñera. No voy a abordar barcos con los niños en los brazos. Quedaría raro.

—¡Tú de momento tráelos al mundo y después hablamos!

—¡Claro que voy a traerlos al mundo, viejo! ¡Acaso lo dudas!

—¡Milady, su carácter está volviendo! ¡Eso es que se encuentra mejor!

—dijo Jyll ilusionadísima—. ¿Le traigo un jarrón y se lo tira a la cabeza? —
Abrió los ojos como platos. —Le conseguiré un látigo para que lo use desde la cama.

Britannia se echó a reír divertida y Christopher salió de la habitación sonriendo para ver al Duque y a Coleman sonriendo a su vez. —Está mucho mejor de ánimo, ¿verdad? —preguntó su abuelo encantado—. En nada de tiempo ya estará pegando gritos.

—¡Jyll, que me arrancas el cabello, mujer! ¡Tú usas el cepillo como si fuera un arma mortal! ¡Ten cuidado o me dejarás calva y entonces sí que no me mirará ningún hombre! ¡Imagínate, pirata y calva! ¡Era lo que me faltaba!

Coleman perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué ha dicho?

El Duque silbó disimulando. —¿Christopher, desayunamos?

—Por supuesto Duque.

—¡Qué ha dicho! —Al ver que no le hacían caso entró en la habitación haciendo que la puerta golpeará contra la pared.

Britannia levantó una ceja. —¿Si, querido?

—¿Qué has dicho?

—¿Cuándo, querido? —preguntó mientras su doncella reprimía la risa.

—¡Ahora!

—¿Ahora? ¿Si, querido?

—¡Antes!

—¿Antes cuando el armario?

—¡No te hagas la tonta! ¡Has dicho algo de que calva no te miraría nadie! ¡A ti no tiene que mirarte nadie! ¡Estás casada!

—Bueno, casada, casada...

—¡Casada! ¡Casada!

—Tengo que pensar en el futuro y...

—¿Y qué? —gritó a los cuatro vientos.

—Pues que soy muy joven y seguro que en el futuro... ¡Bueno, que querré compartir lecho con otro hombre! ¡No me voy a quedar sin catarlo nunca más porque ya no estemos juntos!

Coleman se quedó de piedra. —¿Qué has dicho?

—¿Cuándo?

—¡Ahora!

Se sonrojó ligeramente. —Pues eso que...

—¡Ya lo he oído! ¡Y a ti no va a tocarte un pelo otro hombre! Como vea...

—Ah, pero no lo vas a ver, tranquilo. —Sonrió radiante. —Estaré al otro lado del mundo.

Parecía que su marido quería matar a alguien por como apretaba los puños. —Como yo no veré lo que haces aquí. —Soltó una risita. —Si no lo he visto en estos meses. ¡Por Dios si estaba en ese despacho y no me di cuenta de nada! —Coleman se puso rojo como un tomate. —Así que tranquilo que al otro lado del mar no te vas a enterar de nada.

—¿Hay hombres atractivos a bordo, milady?

—Oh, sí. Está Robert que es muy apuesto, aunque le da algo a la botella, pero es de fiar. Y después está Beacher, es un hombre extraordinario y enorme.

—¿De verdad, milady?

—Y según dicen las putas del pueblo sabe lo que tiene entre manos, no sé si me entiendes. Le adoran. En cuanto atracamos tiene a cuatro o a cinco para satisfacerle. Está hecho un toro. Y es guapísimo para ser pirata, ¿sabes? Casi no tiene cicatrices.

Su marido gruñó antes de salir de nuevo dando otro portazo. —

¡Marido! ¡Sigue maltratando las puertas de la casa y me voy a enfadar! —Otro portazo en respuesta la hizo sonreír de oreja a oreja.

—Esto va muy bien, milady.

—¿Tú crees?

—Oh, sí. Está celoso —susurró cómplice—. Seguro que está escuchando detrás de la puerta.

—¿Cómo va a hacer eso?

—¿Y no tuvo nada con ninguno de esos, milady? —preguntó en alto.

—Bueno... Una vez uno de los marineros me besó...

Un golpe en la pared de al lado la sobresaltó mirando el cabecero de la cama con los ojos como platos y añadió rápidamente —¡Pero tuve que matarle!

—Vaya, milady. A usted no le duran demasiado los novios.

—Ni los maridos.

Reprimieron la risa cuando escucharon otro golpe. —No se preocupe, milady —dijo Jyll reponiéndose—. Cuando se recupere, tendrá hombres a patadas.

—Sí, pero el próximo lo elegiré marino, ¿no te parece?

—Muy acertado, milady. Así si hay conflictos pueden liarse a

cañonazos.

Ahí Britannia no pudo más y se echó a reír a carcajadas. En ese momento entró el médico con su marido detrás que tenía una cara de funeral que no podía con ella. El doctor Tator sonrió ampliamente. —Me alegro de que esté de tan buen humor, milady. ¿Se encuentra mejor?

—Mucho. Algo cansada pero mucho mejor.

—Eso es estupendo. ¿Le apetece comer algo? ¿Qué le parece si probamos un poco de leche con pan?

La observaron desayunar, pero al tercer mordisco ya no pudo más. Miró a Coleman decepcionada cuando Jyll salía con la bandeja y él se sentó a su lado cogiendo su mano. —Debes tener paciencia.

—Sabes que no tengo de eso.

—Lo ha hecho muy bien, milady —dijo el doctor satisfecho—. Ha tolerado toda la leche y ha comido algo sólido. Vayamos paso a paso. Ahora descanse. Volveré para la comida. Voy a recordar a la doncella que le dé la tisana de hierbas a media mañana para asentar el estómago.

En cuanto el doctor se fue, Coleman sonrió. —¿Ves cómo va bien?

Forzó una sonrisa e iba a decir algo cuando llamaron a la puerta.

Sonrió a su abuelo cuando asomó la cabeza. —Querida tienes visita.

—¿Visita?

Su abuelo abrió la puerta del todo y Coleman se levantó en cuanto la Reina de Inglaterra entró en la habitación seguida por la baronesa de Dimsdale. Britannia no salía de su asombro. —Majestad...

—Niña, me enteré de que estabas enferma y tenía que acercarme — dijo la Reina horrorizada por dentro por el aspecto de Britannia que estaba en los huesos con unas horribles ojeras bajo los ojos. —¿Cómo te encuentras?

—El embarazo me ha sentado algo mal, pero me voy a reponer.

—Claro que sí. —Miró de reojo a Coleman que estaba muy tenso.

—Baronesa me alegro de verla.

—Y yo a usted, Lady Britannia. —Sonrió más. —Mi hijo le envía saludos.

—Es un niño encantador. Espero que se encuentren mejor.

—Mucho mejor, gracias a usted. No sé cómo agradecer su ayuda y...

—No tiene nada que agradecer. —Miró a su majestad. —¿Qué ocurre?

No se hubiera arriesgado a venir hasta aquí si no ocurriera algo.

—Todo va bien, Lady Britannia.

—Si teme que no lo consiga, eso no va a pasar. Pero tendré que dejar

el espionaje para más adelante.

La Reina sonrió. —Una pena porque se le da muy bien.

—Majestad... —dijo Coleman preocupado.

—Tranquilo, Señor Coleman. No pienso encargarle ninguna misión. —

Los ojos de la Reina brillaron. —Solo quería recordarle que cierta persona espera que milady imparta justicia y para eso debe reponerse.

Britannia enderezó la espalda. —Usted solo asegúrese de que está en perfecto estado para cuando mi espada atraviese su negro corazón. De lo demás me encargo yo.

—Lo haré, querida. Reponte y ven a palacio en cuanto creas que estás preparada. Todo lo demás déjalo de mi mano. —Se volvió hacia la baronesa. —Vámonos, Lady Melody. Dejemos que la Reina de los mares descanse.

La baronesa sonrió antes de inclinar la cabeza siguiendo a la Reina y asombrada miró a Coleman. —¿Para qué ha venido?

—Para que no olvides por qué pasas por todo esto. Para eso.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Si me he metido en este lío por eso... — Reposó la cabeza sobre las almohadas preocupada. —No le habrá pasado nada a Félix, ¿verdad?

—No, cielo. —Se sentó a su lado de nuevo sin llegar a relajarse y cogió su mano —Tendrás tu venganza.

—Me quitó lo que más quería y si...

—Shusss. Todo irá bien. No te preocupes por nada. Como dice la Reina tienes que recuperarte para enfrentarte a él, pero primero los niños.

Ella sonrió apretando su mano. Bert asomó la cabeza y le guiñó un ojo a Britannia antes de decir —Jefe, hay lío en el puerto de nuevo. Han querido robar una carga de los Sherman.

Coleman tomó aire y besó a su mujer en la frente. —Descansa. Volveré antes de que te des cuenta.

—Ten cuidado y machácales.

Él sonrió yendo hacia la puerta y le escuchó decir —Quédate aquí y si ocurre algo avísame de inmediato.

—Sí, jefe. No me moveré de la casa. Llévate a Bruce para que te cubra las espaldas.

—Avísale. —Se volvió y Britannia le guiñó un ojo antes de que cerrara la puerta. Preocupada miró el dosel de su cama y suspiró. Estaría bien.

Capítulo 16

Después de la cena en la que se había podido comer una rebanada de pan con mantequilla y la leche, estaba algo inquieta porque no sabía nada de su marido. —¡Bert! —gritó desde la cama.

El hombre de su marido abrió la puerta. —¿Si, milady?

—¿Cómo que si milady? ¿Dónde está mi marido?

—Como le dije hace cinco minutos, está en el puerto controlando a los que se están poniendo rebeldes.

—¡Envía a unos hombres que quiero que averigüen si está bien!

—Está bien... se lo aseguro.

—¡No me asegures nada cuando estás aquí y no sabes una mierda, Bert! ¡Me estoy alterando! ¡Quiero ver a mi marido! ¡Se fue hace horas!

El Duque entró en la habitación seguido por el médico. —Bert envía unos hombres al puerto para saber qué ocurre con su esposo.

El médico se acercó a ella con un frasquito en la mano. —¿Qué es eso?

—No debe alterarse, milady.

—No me estoy alterando, de verdad —dijo preocupada por lo que le daría—. Solo quiero que mueva el trasero y...

—Abra la boca, milady.

Le rogó con la mirada. —Si me duermo y le ocurre algo...

—Si le ocurriera algo, en su estado no podría hacer nada. Abra la boca.

Resignada abrió la boca y el doctor le metió la cucharilla hasta la campanilla. Le miró con rencor tragando y el doctor sonrió. —Ahora a dormir. Cuando se despierte su esposo estará a su lado y todo volverá a la normalidad. Buenas noches.

Su abuelo se quedó con ella. —Lo siento.

—No lo sientas por amarle y preocuparte por él. Pero debes pensar en ti y en los niños. Tú sí que estás enferma. Además, si le hubiera pasado algo ya lo sabríamos—Acarició su cabello apartándolo de la frente. —Ahora a dormir.

—Dile que me despierte en cuanto llegue.

—No voy a decirle tal cosa. Le verás cuando te despiertes.

Tumbada de costado en la cama sintió como alguien suspiraba a su

lado y sonrió en sueños. —¿Seguro? —escuchó susurrar a Christopher.

Britannia se despertó de golpe y levantó la cabeza para ver a su marido pálido de dolor con un vendaje enorme en el pecho. Gritó sentándose viendo una mancha de sangre sobre su pectoral.

—Estoy bien, preciosa —dijo con esfuerzo blanco como la cera.

—¿Cómo que estás bien si estás herido? ¿Quién ha sido? —preguntó histérica.

—Milady...

Se volvió para ver al doctor con la cucharilla en la mano y le dio un manotazo. —¡No me fastidie, hombre! ¿No ve que han herido a mi marido? ¡Si no grito ahora cuándo voy a gritar! ¡Christopher!

—Estoy aquí —dijo a los pies de la cama.

Le miró sanguinaria. —Quiero que les mates a todos, ¿me oyes?

Coleman sonrió. —El que me hizo esto ya está muerto, cielo.

—¡Me da igual! —Cogió al médico de la pechera acercándole a su cara y gritó —¡Cúreme! ¡Tengo que matar a alguien!

—Sí milady, tómese esto. Enseguida se curará, ya verá. —Le metió la cucharilla en la boca.

Britannia le soltó tragando y miró a su marido. —¿Quién ha sido? ¿Seguro que está muerto? ¡Más te vale que sí porque si no quemaré el maldito

puerto!

—Ha sido Bruce.

Parpadeó asombrada y de repente siseó —¡Serás idiota! ¡Te lo dije! — Su marido hizo una mueca. —Él era el cómplice que intentó matar a la Reina porque ella te quería a ti en el puesto que ocupas. Y no me hiciste caso, ¿verdad? ¡Quiso quitarte del medio! ¡Y encima le metes en mi casa!

—Milady...

—¡Cállese hombre! Estoy discutiendo con mi marido, ¿no lo ve? — Volvió a mirar a Coleman como si quisiera matarle con sus propias manos. — ¡Te has confiado! ¡Eso no debe pasar nunca, estúpido!

—Menudo carácter tiene milady —dijo el doctor a Christopher en voz baja.

—Pues no ha visto nada, doctor. Porque la pilla enferma que si no...

—Preciosa túmbate.

Él cerró los ojos pálido de dolor y muerta de miedo se acercó hasta colocar el rostro encima del suyo. —¡Ni se te ocurra morirte!

Abrió los ojos y sonrió. —¿Y dejar de ver esos preciosos ojos azules? Ni loco.

—Muy gracioso. ¡Sigue siendo tan descuidado y me vas a dejar viuda! Deberías avergonzarte. —Miró al médico que asustado por la expresión de su

rostro dio un paso atrás. —¿Qué tiene mi marido?

—Un tiro que le ha atravesado el hombro, pero he tenido que abrir para sacar la bala. Le quedará una buena cicatriz, pero se pondrá bien si no hay complicaciones.

—¿Podrá mover el hombro? Es diestro. Necesita ese brazo en plena forma.

Coleman sonrió mientras el médico se encogía de hombros. —Habrá que esperar.

—Habrá que esperar, habrá que esperar... —Miró a su marido y gimió viendo el vendaje. —¿Estás bien?

—Sí, preciosa. Acuéstate a mi lado. —Miró su brazo en cabestrillo vendado a su pecho y sorprendiéndolos a todos pasó por encima de su marido para acostarse al otro lado y apoyar su mejilla en su hombro. Él acarició su cabello y les hizo un gesto para que salieran de la habitación.

—Buenas noches —dijo Christopher—. Que descanséis.

En cuanto se quedaron solos ella susurró —No vuelvas a hacerlo.

—Perdona, preciosa. No volverá a pasar.

—Más te vale. Me has asustado.

Él sonrió acariciando su espalda. —Tú también me has asustado a mí.

—Pero no lo he hecho a propósito.

—Ni yo.

Britannia gruñó antes de besar su hombro sano y él giró la cabeza besándola en la coronilla. —Ahora tendrás que trabajar así y no puedo cubrirte las espaldas ni ayudarte —susurró antes de quedarse dormida.

Coleman apretó los labios y besó su coronilla de nuevo abrazándola a él.

—Lleva dormida mucho tiempo —escuchó decir a su marido a su lado.

—Debe descansar y no es malo que duerma.

Abrió los ojos de golpe sentándose en la cama y medio dormida vio la cicatriz de su marido. Chasqueó la lengua antes de tumbarse de nuevo dándoles la espalda para seguir durmiendo, sorprendiéndoles al murmurar — Se pondrá bien.

El médico miró divertido a Coleman. —Al parecer ella ha dado el diagnóstico.

—Britannia tienes que comer algo. Es casi mediodía.

Abrió un ojo para mirar la ventana. —¿Mediodía?

—Vaya a por una bandeja para milady. El caldo con pan.

—Enseguida doctor —dijo Jyll.

Suspiró poniéndose de espaldas y volvió la cara hacia su marido que tenía mejor aspecto. —¿Qué haces aquí, vago? ¿No tienes que trabajar?

El médico la miró asombrado. —Milady, su marido no puede trabajar. Al menos en una semana.

Levantó una ceja. —He visto piratas subirse al palo mayor con una mano colgando. Eso no es nada.

Coleman se echó a reír. —Seguro que huían de ti.

Sonrió maliciosa. —Pues sí.

El médico comenzó a vendar a su marido y ella lo observó como un halcón hasta que terminó y asintió dándole el visto bueno. —Bueno, hoy dejo que te quedes en casa porque con el brazo así no puedes ponerte la camisa. — Sonrió ilusionada. —¿Qué podemos hacer?

—Preciosa, tú vas a comer. Eso es lo que vas a hacer para que te repongas cuanto antes.

—Sí, ya... ¿pero qué podemos hacer? —Se mordió el labio inferior y él la miró fijamente. —Ah, no. Eso no.

Coleman se echó a reír mientras el médico los miraba asombrados. — ¡Milady!

—¡Es mi marido!

—Tranquilo doctor. No estamos para fiestas. Jugaremos a las cartas.

El médico gruñó porque al parecer eso tampoco le parecía bien. —
¿No podemos jugar a las cartas? —preguntó asombrada.

—Eso la alterará, milady. ¡Porque al parecer se altera enseguida!
Mejor charlen.

Asombrada vio que salía de la habitación. —¿Que charlemos? ¿De qué
vamos a charlar?

Él carraspeó llamando su atención. —Cuéntame cómo es tu vida en el
Tempestad.

Eso sí que la dejó de piedra porque desde que se habían conocido ni
una sola vez se había interesado de nada que tuviera que ver con su vida.
Podían hablar del trabajo que desempeñaban ahora o de los problemas que
Coleman había tenido cuando Sterling le puso al cargo, pero jamás habían
hablado del pasado. —¿Qué quieres saber?

—Nunca he vivido como tú. ¿Cómo es tu vida allí? ¿Qué haces cuando
te levantas?

Soltó una risita. —Mi grumete me lleva el desayuno. Es un pillo de
doce años que es listo como un zorro. No sé cómo lo hace, pero en cuanto hay
problemas sabe esconderse en los sitios más insospechados.

—¿Cómo se llama?

—Niño. Todavía no se ha ganado que le llamen por el nombre.

—Entiendo ¿y cuando lo haga?

—Pues le llamaré Logan que es el nombre que le puso su madre. —Se encogió de hombros. —Llegará lejos.

—¿Y después qué haces?

—Paso revista. Hecho un vistazo a que los hombres hagan bien su trabajo. Reviso la cubierta y castigo a alguien.

—¿Siempre?

—Casi siempre. Si algo no me gusta, cojo al primero que pillo y le doy un par de azotes mientras grito que es un vago. —Coleman reprimió la risa y ella le miró mosqueada. —¿De qué te ríes? ¡Tengo el barco más limpio de los mares!

—Estoy seguro. ¿Y después?

—Depende... si nos encontramos un francés pues a por él. Y si es italiano más de lo mismo. A los ingleses les dejamos pasar de largo. Hay días que no nos encontramos a nadie, por supuesto. Muchos. Y en esos días leo o reviso cartas de navegación... No sé, habló con Robert que es mi segundo.

—Christopher es tu mano derecha.

—Era el mejor amigo de mi padre. Siempre ha estado a mi lado.

Su marido asintió mirándola pensativo y en ese momento entró Jyll con

la comida de los dos acompañada de su mayordomo que les sonrió con la bandeja en la mano. —Me alegra que se encuentre mejor, milady.

—Gracias, Albert. —Miró el caldo que tenía el pan mojado en su interior y por primera vez en días sintió hambre. Sonrió cogiendo la cuchara y la hundió en el caldo.

Su marido la observó comer. —Despacio, preciosa.

Ella asintió comiendo más despacio y en cuanto tragó preguntó —¿Qué más quieres saber?

—¿Cómo era la vida con tu padre? —Se metió el tenedor en la boca.

Britannia sonrió. —Fascinante. Me lo enseñó todo y... —Perdió la sonrisa poco a poco. —Vivir a su lado era divertido y siempre tenía algo que mostrarme. Aunque a veces era duro, pero lo hacía por mi bien.

—Le echas de menos.

Agachó la mirada. —Cada día. Era mi mejor amigo.

Hundió la cuchara en el bol y él susurró —Yo maté a mi padre.

Se le cortó el aliento levantando la mirada hasta sus ojos ambarinos. Pero desvió la vista de inmediato pinchando el rosbif muy tenso. Britannia soltó la cuchara y le abrazó por el cuello pegándose a él sin importarle tirar la comida. Él gimió de dolor, pero pasó su brazo libre por su cintura pegándola a él. —Gracias —dijo ella emocionada contra su cuello.

—¿Por qué, preciosa?

—Por confiar en mí.

Él apretó los labios. —Era un cabrón que me pegaba continuamente, pero...

—Era tu padre y te sientes culpable. —Se apartó para mirar sus ojos torturados de dolor. —Sobreviviste. —Acarició su mejilla. —Y mira hasta donde has llegado. Te has casado conmigo.

Coleman sonrió. —Todo un triunfo.

—Exacto. ¿Qué es ser el rey de los bajos fondos comparado con casarse con la pirata más sanguinaria de los mares? Gano yo claramente.

Su marido se echó a reír. —Claramente.

Britannia le acarició el cuello y susurró —Serás un padre maravilloso.

Se le cortó el aliento. —¿Eso crees?

—Por supuesto, porque sabes lo que está mal ya que lo has vivido y no cometerás esos errores. Estoy segura.

—¿Y si...?

—Shusss, jamás les harías daño. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te conozco. Nunca has intentado hacerme daño. Has sido sincero porque no querías quererme. Pero a ellos les amarás por encima de todo, lo sé. Porque darías la vida por quien te importa y ellos te importarán más que nada.

Coleman la abrazó con fuerza enterrando su cara en sus rizos. —Tienes que ponerte bien, preciosa.

—Estoy aquí y me pondré bien. Palabra de pirata. —Le besó en la mejilla y él giró la cabeza atrapando sus labios en un beso tierno que la sorprendió. Tan lento y embriagador que la hizo suspirar de placer. Él se apartó acariciando su mejilla y sonrió. Se miraron a los ojos y se sintió totalmente unida a su marido.

—Has tirado la comida —dijo él en un susurro.

Se sonrojó mirando las sábanas que estaban hechas un desastre. —Oh... Vaya. —Le miró a los ojos de nuevo y unieron sus bocas desesperados abrazándose mientras las bandejas caían al suelo.

Un carraspeo les hizo separar su boca para ver a los pies de la cama al médico, a su abuelo y a Christopher mirándoles con el ceño fruncido. —Señores... voy a separarles.

Se sentaron avergonzados. —No lo haremos más —dijo Coleman con voz ronca.

—¡Por supuesto que no! —dijo el Duque indignado—. ¡Niña, si no puedes tenerte en pie!

Se sonrojó aún más. —Estaba tumbada.

—Señor Coleman, venga conmigo.

—¡No! —protestó ella cogiéndole por el brazo—. Mi marido se queda.

—¡Milady no puede alterarse y creo que él la altera demasiado! ¡Ni siquiera ha comido! ¡Ni desayunado porque ayer la alteró al llegar!

—Preciosa deja que me vaya —dijo preocupado—. Tiene razón.

—No. ¡Cómo mi marido no se quede, sí que me voy a alterar! ¡Jyll tráeme otro caldo!

Su doncella sonrió desde la puerta. —Enseguida, milady.

El médico puso los ojos en blanco exasperado. —¡O siguen mis instrucciones o me voy! ¡No lo digo más! ¡Mon Die, qué difíciles son los ingleses!

Jadeó indignada viéndole salir. —¿Qué ha dicho de los ingleses?

—Nada, cielo. Es envidia.

Asintió dándole la razón y apartó las sábanas viendo como un guisante caía al suelo. Se había mojado hasta el camisón y no se había dado cuenta. — Abuelo, ¿puedes llamar a otra doncella?

—Cielo, estoy desnudo.

—¿De veras? —Le miró maliciosa y Christopher se echó a reír a carcajadas mientras el abuelo se sonrojaba.

—¡Niña, que te estás recuperando y vas a tener gemelos!

—Debería alegrarte que me encontrara tan bien.

Ante eso nadie pudo decir ni pío, así que se pusieron a recoger las bandejas y los platos mientras Jyll regresaba. Y lo hizo enseguida apurándose para quitarle los platos al Duque de la mano. —Encárgate de mi nieta. Tiene mojado el camisón.

—Oh, milady... —Corrió hasta el armario y cogió un camisón. — Excelencia...

—Sí, por supuesto. Vamos Christopher. Creo que necesito una copa de coñac.

—¿Tan temprano, abuelo? —Su abuelo gruñó saliendo de la habitación y levantó una ceja mirando a su marido. —¿Se ha molestado?

—Sí, preciosa. Se ha molestado.

Vio como Jyll le levantaba el camisón y apretó los labios al ver la delgadez de su esposa. Se puso el camisón nuevo y antes de darse cuenta Coleman estaba de pie con la sábana sucia rodeando sus caderas. —¿Qué haces?

—Creo que le voy a dar la razón al médico.

—Pero si no hay habitaciones y así podemos estar juntos y hablar — dijo decepcionada sin poder evitarlo.

—Ya, pero... Tienes que recuperarte y no te dejes. —Jyll sin hablar

puso una sábana limpia sobre ella.

—Claro que me dejas. —Dio palmaditas sobre el colchón. —Ven aquí.

—Britannia...

—¡Qué te acuestes!

Jyll reprimió la risa al ver cómo es hombretón se metía en la cama de nuevo y ella sonreía radiante. —Ahora vamos a comer. Cariño, cuéntame tú a mí qué hacías en tu día a día antes de conocerme. ¿Cómo era trabajar para Sterling?

Eso pareció aliviarle y se pasaron charlando toda la comida. Y cuando les retiraron las bandejas el médico asintió satisfecho antes de decir —Ahora a dormir al menos dos horas.

—Sí, doctor. —Se tumbaron y se miraron a los ojos. Britannia sonrió. —Le encanta mandar.

El doctor jadeó saliendo de la habitación y Britannia amplió su sonrisa. —¿Te gusta ser el jefe? No te lo he preguntado. ¿Es cómo te imaginabas?

—Llevo muchos años preparándome para esto. Como tú para tu trabajo. Ya sabíamos lo que era.

Britannia asintió. —Cierto.

—¿Lo dejarías?

Se le cortó el aliento. —Solo por algo mucho mejor. —Él asintió pensativo. —¿Y tú lo dejarías?

—No. Es para lo que he nacido.

Britannia disimuló su decepción, pero no sabía de qué se extrañaba. ¿Qué esperaba que dijera? ¿Que lo dejaría todo por ella? Menuda estupidez.

—Cuando me vaya, te voy a echar de menos —dijo ella en voz baja.

Coleman sonrió con tristeza y acarició su mejilla. —¿De veras?

—Sí.

—Yo también te echaré de menos.

—Lo sé. —Cerró los ojos y Coleman perdió la sonrisa viendo como su esposa se dormía poco a poco. Le acarició un rizo pensando en cómo sería su vida cuando ella se fuera y apartó las sábanas levantándose de la cama. Se puso la bata y salió de la habitación sin hacer ruido.

Bert le vio salir de la alcoba y se enderezó. —Consígueme ropa. Me voy al club.

—Sí, jefe.

Britannia abrió los ojos cuando Jyll entró en la habitación y apretó los

labios al ver el lado de la cama de su marido ya vacío. Había sido demasiado para él. Tomó aire y se sentó en la cama cogiendo la taza con la tisana que tenía que tomar. —¿El señor se ha ido a trabajar?

—Sí, milady.

—Bien. Prepárame un baño.

—Enseguida, milady.

Se tomó la tisana y con ayuda de su doncella se levantó para ir hacia la bañera. Le quitó el camisón y la sujetó por el brazo para que entrara. Suspiró cuando apoyó la espalda en el respaldo y cerró los ojos mientras Jyll enjabonaba sus brazos. —Milady...

—¿Si?

—Ha llegado un paquete para usted. Pero no lo he subido porque estaba dormida y...

—Ya lo subirás después.

—Es del señor.

Abrió los ojos asombrada. —¿Un paquete del señor? ¡Vete a buscarlo!
¡Corre!

Jyll se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Impaciente esperaba que se abriera la puerta y cuando lo hizo vio el paquete que llevaba en su mano envuelto en papel de estraza con un cordel a su alrededor.

Decepcionada porque no era un regalo, le hizo un gesto para que se acercara. —Trae las tijeras. ¿Seguro que es para mí? —Lo cogió en sus manos antes de que se alejara a por las tijeras del tocador.

—Sí, milady. Yo misma escuché a Albert cuando recibió el paquete. El chico que lo traía dijo que era para usted de parte del señor Coleman.

Jyll cortó el cordel y Britannia apoyándolo en el borde de la bañera abrió la caja. Su doncella gritó horrorizada dando un paso atrás mientras la caja caía al suelo mostrando un pequeño bebé muerto. Pálida no podía dejar de mirarlo sin darse cuenta de que el doctor entraba en la habitación perdiendo el color de la cara al ver lo que había en el suelo. Lo cogió a toda prisa metiéndolo en la caja y le ordenó a la doncella que no dejaba de gritar —¡Sal de aquí!

Bert entró corriendo mientras que el médico metía las manos en la bañera sacándola de inmediato mientras Britannia temblaba con fuerza del shock.

El médico la dejó sobre la cama cubriéndola con las mantas y dio instrucciones a una doncella que entró en ese momento. —¡Mi maletín, rápido!

La chica salió corriendo y el doctor cogió el frasquito echando una cantidad en la cuchara. —Abra la boca, milady.

—Un bebé...

El doctor la cogió por las mejillas y apretó con fuerza metiéndole la cuchara en la boca. —¡Unas mantas!

La doncella llegó en ese momento y le puso el maletín a su lado antes de correr fuera de la habitación de nuevo llegando un minuto después con un grueso edredón. La arroparon entre los dos y el Duque de Branstong llegó en ese momento. —Me ha avisado Bert. ¡Cómo ha podido llegar eso hasta mi nieta!

—Una broma macabra, me temo —dijo el médico cogiendo la trompetilla—. Voy a reconocerla. Déjenos solos, Duque.

—Voy a avisar a Christopher. Dios... Cuando Coleman se entere, van a rodar cabezas.

—Pues no me dan ninguna pena, se lo aseguro.

Capítulo 17

Coleman miró la caja que le había llevado su hombre y levantó la vista fríamente —¿Cómo está mi esposa?

—La atendía el doctor. Temblaba y estaba impresionada.

—Averigua quién ha llevado eso a mi casa y tráemelo de inmediato.

—Ya están buscando al niño. Uno de los nuestros estaba en el hall cuando llegó y le conocía. Ya ha ido a por él, pero...

—¿Pero qué?

—Esa caja es del club.

Coleman se levantó sorprendido y la volvió para ver que era una de las cajas donde le habían enviado las servilletas bordadas con la corona de tres puntas que había encargado como nuevo símbolo del club en lugar de la S de Sterling. Sus dientes rechinaron y siseó —Tráeme a Amber.

—Sí, jefe.

Él apretó los puños y fue hasta la ventana que daba al patio trasero. Se tensó aún más cuando escuchó a Amber gritar —¡Suéltame estúpido! ¿Quién te

crees que eres?

La metió a rastras y en ropa interior hasta el despacho dejándola ante el escritorio. —¡Coleman, dile a este oso que aún me duele el brazo!

Se volvió a ella. Se le cortó el aliento al ver sus fríos ojos perdiendo el color de la cara. —¿Qué ocurre?

—¿Ocurre? Abre esa caja, Amber.

Miró la caja que tenía ante ella y la abrió poniendo cara de asco antes de cerrarla. —¿Estás loco? ¿A qué viene esto?

—Dímelo tú.

—¿Yo?

Él se acercó en dos zancadas perdiendo la paciencia y la cogió por el cuello. —Ni se te ocurra mentirme a la cara, zorra. Esto lo has hecho tú. Te conozco. Y la caja es del club. ¡Sabías que estaba delicada! —le gritó a la cara asustándola de veras—. ¡Yo mismo te lo dije preocupado por ella! ¡Querías que el disgusto la matara!

Amber angustiada porque se quedaba sin aire apretó su mano. —Por favor... Lo hice por ti.

—¡Por mí! ¿Matando a mis hijos? ¿A mi sangre? —La tiró contra la pared y ella lloriqueó viéndole que se acercaba de nuevo y la cogía por su melena rubia. —¡Te lo di todo! —gritó fuera de sí—. ¿Te saqué de la calle y

me lo pagas así?

—¡Si muere serás libre de nuevo! —Le rogó con la mirada. —¡Solo quiero lo mejor para ti! ¡La Reina te obligó a estar con ella! Sé que no la quieres. Si muere...

—Tú no sabes lo que es lo mejor para mí. ¡Y desde luego tú no lo eres, que es por lo que lo has hecho! ¡Te dije que nunca serías nada en mi vida!

—¡Cómo ella!

Se agachó para susurrar —Antes de hablar de mi esposa, lávate la boca. Yo tomo mis decisiones y que hayas querido matar a lo que más quiero, no te lo perdonaré jamás. —Amber palideció. —Pero no te voy a matar yo. Dejaré que lo hagan esas amigas que te has ido forjando a lo largo de los años al reírte de ellas por la calle. Seguro que sentirán más satisfacción que yo. — Tiró de ella hacia la puerta y Amber gritó intentando librarse del agarre de su cabello mientras todas las meretrices salían de sus habitaciones para verla caer por las escaleras. —Fuera de mi club. ¡Ya no tienes mi protección!

Las prostitutas la miraban tras él y sonrieron maliciosas mientras era arrastrada por sus hombres hasta la puerta. Amber lloraba gritando que la perdonara. —¿Perdón? ¡Jamás tendrás mi perdón! ¡Si sobrevives y vuelves a acercarte a algo mío, te mataré yo mismo!

Ella gritó desgarrada antes de que la puerta se cerrara. Coleman siseó

—Asegúrate de que esa basura se aleja de mi puerta para siempre.

—Sí, jefe. Haré que traigan el coche.

Coleman se volvió y gritó a todas las que observaban. —¡Fuera de mi vista! —Furioso entró en su despacho dando un portazo y juró por lo bajo al ver la caja sobre la mesa. Sintió el dolor que Britannia debió sentir al ver ese horror y apretó los puños lleno de rabia porque Amber le había hecho daño. Solo esperaba que por confiar en esa mujer, su esposa no sufriera las consecuencias. Eso no podía pasar. Si a Britannia le ocurría algo...

Un suave beso en los labios la hizo sonreír antes de abrir los ojos y medio dormida vio a su marido a su lado. —Estás aquí.

—Claro que sí, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien. Se mueven. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Quién ha sido?

—Olvídate de todo, ¿entiendes? Está muerta. Se acabó y esto no va a volver a ocurrir jamás.

—Amber...

Él apretó los labios. —Lo siento, preciosa. Al parecer confío en pocas personas y son las equivocadas.

—No, puedes confiar en Bert que es un buen hombre, en Jack, en mí...

Su marido sonrió. —¿Puedo confiar en ti?

Jadeó ofendida. —¡Claro que sí! Ya te lo dije. ¿No te lo dije?

Él asintió. —Cuando nos hicimos amigos.

Hizo una mueca. —Bueno... los amigos se enfadan. —Su risa la hizo sonreír.

—Y los matrimonios también.

—¿Hablas de los matrimonios de verdad o del nuestro?

—Después de ver los matrimonios que conozco, hablo de todos, el nuestro incluido.

—¿De veras? Yo conozco pocos.

—Pues en uno de los que conozco la esposa apuñaló al marido y ahora son muy felices.

—Yo te pinché el trasero.

—Otra esposa le pegó un tiro a su marido y le arrancó el dedo meñique. Ahora se quieren mucho.

Britannia abrió los ojos como platos. —Nosotros nos llevamos muy bien. Solo te corté un mechón de pelo.

—Yo opino lo mismo. —Pasó su brazo tras su cabeza y la abrazó a él.

—Cuéntame más.

—Déjame pensar... Uno secuestró a su esposa. Antes de darse cuenta estaba casada en Escocia porque no le quedaba más remedio.

—¿Y por qué no le mató?

—Supongo que ya le atraía. Además, no todas las damas son como tú, cielo. —Chasqueó la lengua haciéndole sonreír. —Pero ahora son felices.

—Es una pena que no me quieras, porque podríamos llevarnos bien. —Acarició su pecho distraída con el tacto de su piel.

Coleman carraspeó. —Preciosa, no hagas eso o el médico me echará a patadas.

Levantó la vista divertida y se le cortó el aliento al ver sus ojos. La miraba como si la quisiera más que a nada y temió cometer un error de nuevo, así que agachó la mirada. —Preciosa...

—Debería dormir y tú también. —Se volvió dándole la espalda y Coleman apretó los labios mirándola.

—Está bien. Descansa.

—Hasta mañana.

Observó su espalda durante unos minutos y apretó los labios porque se había alejado de él. Y no le gustaba nada.

Estaba leyendo un libro aburridísimo cuando Jyll entró en la habitación. —Milady, un paquete para usted. —Se tensó dejando el libro a un lado para ver un paquete enorme con un bonito lazo rojo. —Lo ha traído Bert.

—Ah... —Sonrió al ver como lo colocaba a su lado en la cama. —¿Y de quién es?

—De su esposo, milady.

Eso sí que no se lo esperaba. Sonrió tirando del lazo impaciente. Seguro que quería quitarle el mal sabor de boca de hacía unos días. Quitó la tapa y soltó una risita al apartar el papel de seda para ver una fina tela blanca con bordados dorados. Levantó la exquisita prenda para ver que era un camisón.

—Oh milady, es una obra de arte.

—Sí —susurró emocionada—. Es precioso, ¿verdad?

—Hay bata a juego y zapatillas.

Apartó el camisón para ver la bata de una tela un poco más gruesa pero igual de hermosa. —Un detalle precioso. —Acarició el bordado del pecho con una corona de tres puntas.

—Es su sello, milady.

—¿Su sello?

—El sello del señor, milady. El señor ha mandado poner esa corona tallada en piedra en la fachada y según he oído por la casa, estará en el club del señor y todo lo demás. Su sello, ¿me entiende? Su carruaje ya lo tiene.

Britannia sonrió. —Y ha mandado bordarlo en la bata. —Soltó una risita. —No sé qué dirá la Reina de la corona. Igual no le sienta muy bien.

Llamaron a la puerta. —Adelante.

Albert asomó la cabeza. —Milady, han llegado varias cosas para usted.

—¿De verdad? —preguntó ilusionadísima—. ¿El qué?

En ese momento empezaron a entrar doncellas y lacayos cargados de paquetes. Britannia vio asombrada como los iban colocando por la habitación y cuando pensaba que habían terminado porque parecía que no entraba nada más, su abuelo entró en la alcoba con Christopher cargando una cuna de ensueño. Se le cortó el aliento al ver el dosel de muselina blanca. La madera era blanca con bordes dorados y una corona de tres puntas estaba tallada en el frontal. —La otra está en el pasillo. Son iguales —dijo su abuelo satisfecho—. ¿Te gusta, cielo?

—Es hermosa. La cuna más bonita que he visto jamás. —Hizo una mueca sorbiendo por la nariz. —Aunque no he visto muchas, la verdad, pero ninguna tan bonita como esa.

Bert entró con otro paquete bajo el brazo y sonrió encantado. —Las encargó hace una semana.

A Britannia se le alteró el corazón. —¿De verdad?

Su hombre asintió dejando el paquete que tenía en la mano ante ella. — Espero que le guste, milady. Le costó mucho decidirse.

Muerta de curiosidad y emoción abrió el paquete a toda prisa mientras todos sonreían. En su interior había un estuche de terciopelo azul con la corona de tres puntas dorada sobre la tapa. Soltó una risita. Ese sello le encantaba. Perfecto para ellos.

Abrió la tapa y dejó caer la mandíbula al ver un maravilloso collar de diamantes montados en oro. Se echó a reír cuando vio una corona de tres puntas colgando del enorme diamante central. —Será exagerado.

—¿Le gusta, milady? —preguntó Bert satisfecho.

—Me encanta.

—Niña, está claro que quiere consentirte en todo —dijo Christopher subiéndose los pantalones.

Ella asintió perdiendo parte de la sonrisa porque en realidad lo que quería no lo tendría nunca. Quería mimarla y hacerla feliz pero no necesitaba todo eso para ser dichosa. Solo necesitaba que la amara. —Veamos el resto. Estoy segura de que me voy a cansar de ver la corona en todas partes.

Después de desenvolver los regalos miró a su alrededor. Hasta le había comprado un juego de oro de escritorio y de tocador con la corona. Aparte de medias, zapatos... incluso una sombrilla con la corona en la base de plata del mango. —Está claro que es un derrochador.

Todos se echaron a reír y el médico entró en la habitación mirando a su alrededor asombrado, pero cuando vio la cuna apretó los labios. —Milady debe descansar, ahora.

Eso le hizo perder parte de la alegría y le miró a los ojos. —¿No estoy mejor?

—Por supuesto que sí, milady. Pero aún está delicada y todas estas emociones no le sientan bien. Debe estar tranquila y procurar que el parto se retrase lo máximo posible. Jyll, la tisana de milady.

La doncella salió de la habitación como un rayo y él sonrió mirando a su alrededor. —Está bien que la consienta. Se nota que la ama muchísimo, aunque es evidente que han tenido dificultades.

Su corazón saltó en su pecho. —¿Cree que me ama?

—Un hombre como su marido no tiene un gesto así si no es sincero, milady. ¿No cree? Tómese la tisana y después descanse un poco.

Asintió distraída pensando en lo que el doctor acababa de decir porque tenía toda la razón. Frunció el ceño. Esos días estaba muy atento y

cariñoso. Había pensado que lo hacía porque estaba enferma, pero los regalos... Negó con la cabeza. Si la quisiera se lo diría. Sabía que ella le amaba y si él la correspondiera por qué no decírselo haciéndola muy feliz. No, simplemente era otro gesto de cariño más. Ahora eran amigos, hablaban de todo y se tenían confianza. Pero la mirada de días atrás... Se mordió el labio inferior. ¿Debía preguntárselo? No, ella ya se había mostrado demasiado y volvería a quedar en ridículo. Que se lo dijera él si la amaba. Asintió decidida. Ella no pensaba abrir la boca.

—Buenas noches, preciosa —dijo su marido entrando en la habitación —. ¿Qué haces despierta?

—No puedo dormir. Ya son muchos días durmiendo y estoy harta. — Sus ojos brillaron. —Además quería darte las gracias por tus presentes. —Le mostró la manga del camisón. —Es precioso.

Él sonrió quitándose la chaqueta del traje de noche. —Me alegro de que te guste.

Cansado se sentó en la butaca y Britannia frunció el ceño estirando el cuello para verle. ¿No pensaba decirle nada más? Observó cómo se quitaba los zapatos y el lazo blanco. —Y el collar es una obra de arte —añadió ella

—. Ha sido un detalle precioso. Pero lo que más me ha gustado han sido las cunas. —Soltó una risita. —¿Piensas poner la corona en todo?

—Ajá...

Britannia entrecerró los ojos viendo la cicatriz sonrosada de su pecho. Parecía cansado, pero tanto como para no poder hablar. ¿Había escuchado lo que le había dicho? —El doctor dice que pariré esta noche.

—Me alegro mucho, preciosa.

Estaba claro que no había escuchado una palabra. Se estaba quitando los pantalones cuando la miró sorprendido. —¿Qué?

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Estás bien?

—¿Era una broma de las tuyas? ¡Pues no tiene gracia!

—Ahora tengo tu atención, ¿no? —Se arrodilló sobre la cama. —
¿Ocurre algo que deba saber?

—No. —Dejó caer los pantalones y fue hacia la cama mostrando una desnudez que le secó la boca. ¿Cómo era posible que cada día estuviera más guapo? Y ella cada día más fea. No era justo. Se tumbó a su lado y suspiró apoyando la cabeza en las almohadas. —Estoy agotado. Hasta mañana, preciosa. —Le acarició la espalda con la mano por encima del camisón y ella parpadeó cuando dejó de hacerlo quedándose dormido en el acto. No había tardado ni un minuto. Inquieta se le quedó mirando. Pues parecía que le

importaba un rábano si a ella le habían gustado los regalos o no. ¿Para qué se los había regalado entonces? Igual solo quería tener un detalle bonito con ella. Claro, sería eso. Había vuelto a hacerse ilusiones para nada. Pero esa vez la culpa la tenía el doctor Tator. No era suya. Ese hombre le había metido ideas raras en la cabeza y había estado a punto de meter la pata de nuevo. Con lo bien que se llevaban ahora. Se acostó a su lado y estiró la mano para bajar la luz de la lámpara de aceite. Escuchó un golpe seco y se tensó metiendo la mano bajo la almohada. La puerta de su habitación se abrió lentamente y ella entreabrió los ojos para ver a un hombre con un abrigo negro y con una pistola en la mano. Levantó el arma y Britannia se sentó de golpe disparando la suya para darle entre los ojos. Su marido se levantó en el acto cogiendo la pistola de su mano y corrió hacia la puerta. Britannia levantó una ceja pensando que sus asaltantes se iban a llevar la sorpresa de su vida al ver su desnudez. Escuchó dos disparos más y gritos de sus hombres. Brent se acercó vestido únicamente con los pantalones y al ver el muerto gritó —¡Rodead la casa!

—A buenas horas. —Se tumbó de nuevo y suspiró. Iba a tener que hablar con su marido sobre la seguridad. Estaba claro que no era su punto fuerte.

Su abuelo entró corriendo con su batín y una antigualla en la mano. —
¿Estás bien?

—Abuelo, regresa a la cama —dijo como si nada para ver que

entraban el médico y Christopher que levantó una ceja.

—¿Quién es este tipo? —preguntó su amigo molesto.

—Milady... ¡así no hay quien cure en condiciones! ¡Siempre ocurre algo!

—Así es mi vida, doctor. —Miró a su amigo. —Averigua qué está ocurriendo. Si es necesario llama a Sterling.

—Sí, jefa.

Su marido apareció con cara de querer matar a alguien y todos le miraron divertidos entrando en la habitación para sentarse a su lado y cogerla por las mejillas. —¿Estás bien?

—Claro que sí. —Él la miró de arriba abajo como si quisiera asegurarse antes de acariciar su vientre como si tuviera que comprobarlo. —Cielo, estoy bien. No ha disparado.

—¡Maldito cabrón! —Furioso se levantó yendo hacia su ropa de nuevo y ella les hizo un gesto a sus hombres para que salieran.

—Rawdon, ¿qué ocurre?

Su marido se volvió y sonrió mirándola a los ojos. —No pasa nada. Sigue durmiendo.

—¿Quién te está retando por ocupar tu puesto? Me mentiste con lo de Bruce, ¿verdad? Hay más implicados.

—Un grupo no estuvo muy de acuerdo con el cambio. No pasa nada. Estaba previsto. Con un cambio de liderazgo siempre hay personas que no están de acuerdo.

—¿Son quienes provocan los conflictos en el puerto?

—Intentan fastidiar donde pueden. No deben quedar muchos, así que estarán huyendo como ratas en este momento.

—Han entrado en nuestra casa —dijo fríamente.

Él apretó los labios. —Eso no va a volver a pasar. Doblaré la seguridad.

—Eso no es suficiente, Rawdon. Lo sabes. Debes dejar claro quién manda a partir de ahora y arrasar con todo. No puedes esperar a que se les pase porque te pones en riesgo y nos pones en riesgo a nosotros. Debes eliminar al enemigo antes de que te muerda porque nunca sabes hasta donde va a llegar el veneno. Mátalos a todos.

Su marido sonrió cogiendo la chaqueta. —Me encanta que seas tan sanguinaria, preciosa. —Se acercó y la besó en los labios. Britannia le cogió por las mejillas preocupada por él. —Estaré bien. Lo solucionaré. Te lo juro.

—Estaban dispuestos a matar a la Reina. No se detendrán hasta la muerte. Vete a casa de Sterling. Asegúrate de que está bien.

Él asintió y la besó apasionadamente. Cuando se alejó para mirarla a

los ojos susurró —Te dejo a Bert.

—Sé cuidarme sola.

Su marido sonrió. —Lo sé, cielo. Es para que le cuides.

Se echó a reír mientras su marido salía de la habitación y gritaba —
¡Sacad a esta rata de mi casa!

Britannia suspiró mirando la pistola sobre la mesilla. Mejor la cargaba
de nuevo.

Estaba Jyll poniéndole una de las batas nuevas cuando llamaron a la
puerta. —¿Si?

Albert la abrió. —Milady, el señor Sterling.

—Que pase, Albert.

Jack entró en la habitación y por su rostro y la preocupación en sus
ojos negros se dio cuenta de que la cosa no iba nada bien. —Déjanos solos
Jyll.

Se sentó en el borde de la cama sin dejar de mirar a su amigo y en
cuanto la doncella salió preguntó directamente —¿Tan grave es el problema?

—Ya han intentado matarle tres veces, cuatro con la de anoche.

Le miró asombrada. —No me lo ha dicho.

—No quiere preocuparte. Y yo tampoco por eso no he venido por aquí. Pero después de lo que ocurrió ayer...

—Te agradezco que me lo cuentes. No me gusta que me oculten las cosas. ¿Quiénes son?

—Ese es el problema. Que no lo sabemos hasta que atacan —dijo frustrado—. Lo de Bruce fue una auténtica sorpresa. Era uno de los hombres de Finnegan y siempre se habían llevado bien Coleman y él. Acataba sus órdenes como si fueran las de Finnegan o las mías.

—Finnegan fue tu mano derecha durante muchos años. ¿Puede estar implicado?

—Imposible. Está encantado con su nueva vida. Ya va para mayor y jamás quiso ser más de lo que fue dentro de la organización. Incluso cuando le di más responsabilidad a Coleman hace años estuvo de acuerdo. Finnegan siempre ha apoyado a tu marido en todo.

—Tenemos que cortar la cabeza del que ha ideado esto. —Sterling la miró preocupado y Britannia se tensó. —Ella no lo haría.

—Todo empezó cuando os separasteis. Debió temer que se frustraran sus planes.

—Pero si incluso ha estado aquí. ¿Cómo va a presentarse en mi casa

ante mi marido e intentar matarle? ¿Por qué? Quería que fuera el nuevo rey y ya lo es.

—Pues no encuentro otra opción. Es la única que tiene el poder para retar a tu marido.

Britannia palideció. —Si la Reina ha ordenado matar a Coleman no parará hasta que lo consiga.

—Tiene que tener un enlace con nuestros hombres, pero no consigo saber quién es.

—Yo sí. —Sacó el arma que tenía bajo la almohada y apuntó a Sterling levantándose. —Tú tienes el poder para enviar a esos hombres a matar a mi marido y eres el único enlace que conozco que tiene la Reina. No dejaría esto en manos de uno de tus esbirros. Tú eres quien ha ordenado matar a Coleman.

Sterling se tensó enderezando la espalda y sonrió con ironía. —Siempre has sido muy lista.

—¡A qué viene esta charada! —gritó furiosa.

—Cálmate, Britannia.

—¡Te juro que te reviento la cabeza como no me cuentes lo que está ocurriendo!

La puerta se abrió de golpe y Christopher apuntó a Sterling a la cabeza. —Ya me parecía a mí que todo era muy raro.

—El traspaso fue demasiado suave. Sin demasiadas complicaciones. Eso no le daría el poder que necesitaba. Podían pensar que no se lo había ganado.

—¡Así que se lo ponéis más difícil! ¡Han muerto hombres! ¡Tus hombres!

—También teníamos que arreglar su metedura de pata respecto a ti. Cuando tu vida peligra, te das cuenta de lo que es importante. Tu mujer, tus hijos...

Britannia sintió que perdía el aliento. —Lo hicisteis para que volviera a mí. ¡Por eso los atentados empezaron cuando regresó al club!

—Pero no funcionó hasta que supo que estabas enferma. Continuamos porque las dificultades unen a las parejas.

—¡Malditos manipuladores! —Jadeó sorprendida. —Entonces Bruce no estaba implicado en el atentado de la Reina.

—Todo fue un timo. El Conde Houghton quería sacarles el dinero a esos incautos. Después diría que el hombre de Sterling se había echado atrás. Pero a Coleman le vino muy bien que tú pensaras que Bruce le había intentado matar por eso, así que no lo desmintió para no contarte todo lo que estaba pasando.

—Nos habéis manipulado a los dos desde el principio, ¿verdad?

¡Cuándo ideasteis esto!

—Cuando Félix mató a esos aristócratas. Lo supimos desde el principio. El Dragón dorado nos lo contó todo y ahí nos dimos cuenta de que tú eras perfecta para ser su esposa.

Se le cortó el aliento. —Todo fue una trampa.

—Teníamos que hacer que regresaras a Londres y para eso atrajimos a Félix.

—¡La Reina sabía que era inocente! ¡Dejó que arrastraran mi nombre por el fango y retuvo al hombre que mató a mi padre para obligarme a hacer esto! ¡Y tú la has ayudado!

Sterling apretó los labios. —Te necesita. No podemos dejar que le abandones en cuanto mates a Félix.

Le miró furiosa sintiendo que la rabia la recorría de arriba abajo. — ¡Le contaste mis planes! Me has delatado ante la Reina, ¿no es cierto? ¡Por eso se presentó en mi casa para recordarme lo de Félix y comprobar por sí misma nuestra relación!

—Quería asegurarse de que lo que yo le contaba era cierto. Cree que puedo favorecer a Coleman.

—¡Al parecer te conoce muy bien! Eres capaz de apuñalar a un amigo por la espalda para conseguir tus propósitos.

—Bah, todos los que envié a por él no le llegan a las suelas de los zapatos. Y Bruce cometió un error imperdonable al robar de la caja creyendo que nadie se daría cuenta con tantas cosas que estaban ocurriendo en el club.

Dejó caer el arma. —¡Maldito manipulador! Detén esto de una vez porque sino yo misma iré a tu casa y te rajaré la garganta, ¿me oyes?

Jack hizo una mueca. —Siempre has tenido muy malas pulgas.

—¡Y dile a esa bruja que como se vuelva a acercar a mi familia, como vuelva a dañar algo mío, la voy a despellejar viva! ¡Y ningún ejercito podrá detenerme!

Sterling sonrió divertido. —Esa bruja como tú la llamas, te ha dado algo que no tendrías si no fuera por su decisión.

—¿Si? ¿Aparte de tirar de mis hilos a su antojo para darme una vida que no quiero, qué ha hecho por mí? ¿Qué crees que me ha dado?

—Al hombre que amas, querida. Le tienes gracias a ella. —Se le cortó el aliento. —Si no hubiera sido por ella jamás te habrías acercado a Coleman. Jamás le hubieras mirado siquiera y no porque no fuera atractivo sino porque no formaba parte de tu mundo. Pero te entregaste demasiado pronto. Le asustaste. Teníamos que hacer que lo entendieras.

—Así que me contaste la muerte de su padre.

—De esa manera te relajaste un poco y todo fue más o menos bien

hasta tu embarazo. Ahí él sintió miedo y lo solucionamos. Aunque tu enfermedad ayudó mucho, no puedo negarlo. También fue un error el ataque de ayer noche. La Reina intentó detenerlo al comprobar tu estado, pero fue demasiado tarde. No consiguió localizarme a tiempo.

—¡Dejadnos en paz! —gritó furiosa.

—Eso no pasará jamás.

Fuera de sí levantó el arma. —Eso ya lo veremos.

Su marido apareció en la puerta y sorprendida le miró a los ojos. Él levantó las manos lentamente. —Baja el arma, Britannia.

—¿Le has oído? ¡Ha intentado matarte! ¡Él lo ordenó siguiendo las instrucciones de la Reina!

—Baja el arma.

Sterling se volvió y levantó una de sus cejas negras divertido. — Chico, tu mujer tiene un carácter...

—No tiene gracia, Jack —dijo muy serio sin dejar de mirar a su mujer—. Preciosa baja el arma.

—¡Nos dominan como quieren, Rawdon! —gritó fuera de sí y su marido dio un paso hacia ella—. ¡Han jugado con mi vida como les ha venido en gana! —Sterling perdió la sonrisa al ver que estaba perdiendo el control. —¡Casi muero por su culpa y casi te matan a ti! ¡Estoy harta de esto! ¡Yo

siempre he sido libre y quiero volver a serlo! —Sus ojos azules eran fríos como el hielo. —Como si tengo que matar a la Reina para regresar a mi vida que...

Un disparo la hizo mirar a su marido a los ojos para ver la pólvora humeante ante su rostro. Asombrada se miró el brazo que hasta un segundo antes apuntaba a Sterling para ver como la sangre salía de él sin ser consciente de que su pistola ya estaba en el suelo. Dio un paso atrás impresionada porque su propio marido le había disparado y una lágrima cayó por su mejilla sintiéndose traicionada. Ni siquiera le dolía el brazo porque el dolor de su alma era tan intenso que no era consciente de nada más. Simplemente no se lo podía creer. Hubiera dado la vida por él y le hacía eso.

Coleman muy tenso se acercó lentamente. —No podía dejar que lo hicieras, cielo. Nos hubieras llevado a todos a la muerte.

Pálida se sentó en la cama sujetándose el vientre y Coleman gritó cuando vio la sangre entre sus piernas, pero ella ni se dio cuenta. Sterling se llevó las manos a la cabeza mientras Christopher salía corriendo llamando al médico a gritos. Coleman la cogió en brazos tumbándola sobre la cama y dijo angustiado —Te vas a poner bien. —Cogió su mano mientras su esposa tenía la mirada perdida. —Britannia, preciosa... Tenía que hacerlo. Entiéndeme. —Vio que una lágrima recorría su sien y le apretó la mano desesperado. —Lo siento. Lo siento.

El médico llegó corriendo y gritó a todos que salieran de la habitación apartando a su marido. Coleman se alejó mirando a su esposa que no reaccionaba mientras el médico le rasgaba el camisón gritando instrucciones a Jyll que entraba en la habitación con una bandeja que tenía preparada desde hacía días. Se llevó las manos a la cabeza al ver la sangre entre sus piernas abiertas y como esa sangre manchaba las sábanas. El doctor le miró furioso. —¡Se lo dije! ¡Se lo advertí mil veces! ¡Usted es el responsable de esto!

Pálido dio un paso atrás como si le hubiera golpeado mientras el médico le gritaba a Jyll que iba a operar. —¡Salga de la habitación!

Jyll se acercó a él y le empujó por el pecho. —¿No ha oído al doctor? ¡Fuera!

Miró a su esposa de nuevo y su corazón se retorció cuando vio que le miraba y sus preciosos ojos azules estaban vacíos. Salió de la habitación sin poder soportarlo.

Capítulo 18

—Milady, no debería estar haciendo eso. El doctor Tator ha dicho que todavía es muy pronto para que se ejercite —dijo su doncella preocupada.

Con la espada en la mano daba estocadas de un lado a otro mirando con odio la pared que tenía en frente. Tiró la espada y cogió la bola de hierro que tenía en el suelo para levantarla una y otra vez. Tenía que fortalecer el brazo porque Félix era letal con la espada. Si quería vencerle tenía que estar en plena forma.

—Milady...

—¡Cállate! —Le miró furiosa. —Haré lo que tenga que hacer para salir de este maldito sitio. ¡Cuida del bebé que es tu cometido!

El labio inferior de Jyll tembló, pero ella no sintió ningún arrepentimiento. No, ya no. Había perdido su corazón cuatro semanas antes como perdió a su hija esa noche. Solo le quedaba su pequeño Harry y los suyos. Y pensaba regresar a su vida costara lo que costara.

Su abuelo entró en la habitación para ver a su nieta vestida de hombre

con su cabello recogido en una trenza. Casi estaba recuperada. Excepto su brazo que no tenía la misma fuerza. Eso era lo que le impedía irse de su vida para siempre. Christopher sentado en una silla observándola asintió como si estuviera de acuerdo con ella. El Duque carraspeó y Britannia le miró sobre su hombro. —¿Qué ocurre, abuelo?

—Tu marido está abajo. Quiere verte.

Ella le hizo un gesto a Christopher que se levantó de inmediato saliendo de la habitación. El Duque apretó los labios al ver que cuatro hombres le seguían por el pasillo. Britannia había fortificado la casa. Le dejaba entrar en el salón simplemente para echarle sin dejarle ver a su hijo. —No puedes seguir así.

—¿Así cómo? —preguntó sin dejar la maldita pesa.

—¡Tiene derecho a ver al niño!

—Sí, cuando llegue enero. —Chasqueó la lengua. —Y puede que me lo piense. Ese no fue el trato original. Solo ha venido porque quiere seguirle la corriente a la Reina y a Sterling, pero ahora seré yo la que juegue con sus vidas.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¡Cómo vas a hacer que la Reina te entregue a Félix! ¡Si sabe que te vas a ir no te lo entregará!

—Claro que lo hará. Quiere mi confianza y si no cumpliera el trato

sabría que me iría de inmediato. Y furiosa además. No le conviene tenerme atacando barcos Sherman. No, no le gustaría.

—¿Y no temes que te mate?

—Tampoco lo hará. Porque entonces tendrá que darle muchas explicaciones al Dragón. Le he escrito una carta a su casa de Londres y a su casa de las Antillas para cuando regrese y se lo he contado todo con pelos y señales. Si a mí me ocurre algo mi amigo se enfurecerá porque jamás permitiría que me hicieran daño. Otra razón para que la Reina se ande con ojo. —Le miró fríamente. —Me darán a Félix. Claro que me lo dará. Ahora la que voy a entrar en guerra seré yo como no lo haga.

A su abuelo se le pusieron los pelos de punta. —¿Qué has hecho?

—Avisar a mis aliados. Solo eso. Porque yo también los tengo. Era lo que tenía que haber hecho desde el principio en lugar de dejar que me manipularan. Pero dejé que la lealtad a la corona y mi estupidez me nublaran el juicio. Eso se acabó.

—Dios mío, Britannia... Vas a provocar una guerra.

—No. Solo quiero a Félix. Así de simple. A Félix y mi libertad que creo que me la he ganado. Ahora déjame abuelo, tengo que ejercitar el brazo.

Preocupado salió de la habitación y al acercarse a la escalera vio que Coleman salía furioso del salón. Se detuvo al verle y el Duque de Branstong

siseó con odio —Espero que te pudras en el infierno por haber matado a mi nieta esa noche. Porque puede que esté viva, pero le has matado el alma, maldito bastardo, y eso no te lo perdonaré nunca.

Coleman palideció intentando encajar el golpe y agachó la mirada al suelo de mármol. —¿Cómo está mi hijo?

—Vivo que es más de lo que está tu hija. Ahora lárgate antes de que pierda la paciencia.

Él le miró torturado. —Sabes que si no la hubiera detenido... si hubiera matado a Sterling ahora estaríamos todos muertos.

—¡Quizás por una maldita vez tendrías que haberte puesto de parte de tu esposa! ¡Por una maldita vez!

El sonido de unas botas se acercó por el pasillo y a Coleman se le cortó el aliento al ver a la pirata de la que todo el mundo le había hablado en el pasado. Puso sus manos en jarras y sonrió irónica mientras sus ojos azules expresaban todo lo que le odiaba. —Vaya, vaya. Pero si está aquí mi maridito.

—Britannia...

—Para ti Lady Britannia... —Se acercó a la barandilla y apoyó los codos en ella levantando una ceja. —¿Qué se te ofrece?

—Quiero ver a Harry.

—Estamos en septiembre, ¿no abuelo?

—Así es niña.

Chasqueó la lengua. —Va a ser que no. Para enero queda mucho y puede que ya esté muy lejos y me cueste llegar a Inglaterra.

Él se tensó. —Al parecer quieres guerra, preciosa. Y si la quieres la vas a tener.

—Solo estoy cumpliendo nuestro trato. El niño te importaba muy poco cuando accediste a casarte conmigo... y cuando me disparaste. ¿O pensaste en él en ese momento y no me di cuenta?

—¡Pensaba en salvar el pellejo de todos!

—Pues no salvaste el de tu hija —dijo como si nada.

—¡El doctor dijo que no hubiera sobrevivido igualmente! ¡Lo sabes!

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo para calmar tu conciencia? Pobrecito. —Le miró furiosa, pero dijo con una calma que helaba la sangre — Vuelve a acercarte a mi casa y haré que te desmiembren repartiendo tus restos por todo Londres. A la Reina le enviaré tu cabeza.

—¡Estás jugando con fuego, Britannia! Conseguirás que te maten.

—Como si te importara. ¡Fuera de mi casa!

Sus hombres rodearon el vestíbulo y Coleman la miró impotente. — Recapacita. Todavía puedes dar marcha atrás y...

—Mi padre decía que no hay que mirar atrás y me he dado cuenta de

que tiene razón. Dile a la Reina que me entregue a Félix y a Sharon. Es lo único que quiero. Si lo hace me iré sin complicar las cosas, pero como no lo haga... —Rió poniéndole los pelos de punta. —Como no lo haga va a morir mucha gente. Eso os lo garantizo. Si quiere una batalla en Londres ante su palacio la va a tener y se desatará el infierno que no quería cuando te puso en el puesto de Sterling.

Su marido la miró sin comprender y se echó a reír de nuevo. —Sacadle de mi casa. Me asquea su presencia. —Se volvió mientras sus hombres se tiraban sobre él para arrastrarle hasta la puerta.

—¡Britannia! ¡No hagas locuras! ¡Recapacita! ¡Britannia!

A la mañana siguiente recibió una misiva de la Reina ordenando su presencia en palacio. —Que traigan el carruaje.

—Enseguida, milady.

Se volvió mirando a su abuelo sentado a la mesa del desayuno sin probar bocado observándola atentamente. —Ha llegado la hora.

—Te va a prender. Acabarás en Newgate.

—No he hecho nada.

—Tampoco lo habías hecho antes y mira en la situación en la que te

encuentras. Buscará una excusa para prenderte.

—Veremos lo que ocurre. —Sintió como Christopher se ponía a su lado y sin mirarle preguntó —¿Todo listo?

—Preparado desde hace una semana, niña. Todos están en sus puestos.

—Pues emprendamos el viaje que nos lleve al infierno. —Sonrió a su abuelo y se acercó a él. —Enviaré a buscarte.

—No, no lo harás porque no saldrás viva de esto —dijo emocionado levantándose.

Ella le abrazó con fuerza y le susurró al oído —Si eso ocurre, dile a mi niño que seguí mis principios y que por eso di la vida. Conseguirás que se convierta en un hombre de bien. Lo sé. —Le besó en la mejilla. —Sigue las instrucciones al pie de la letra y todo irá perfecto. Te lo garantizo.

—Dios te oiga, niña. —Acarició su mejilla. —Nunca he estado más orgulloso de ti.

Emocionada asintió antes de abrazarle de nuevo y apartarse caminando con paso firme hacia la salida. Su hijo estaba en brazos de Jyll y ella se acercó para cogerlo en brazos. Acarició su pelito negro antes de besarle en la frente. Cada día se maravillaba más con lo que crecía. —Mi vida, Jyll te cuidará mientras estoy lejos. —Besó de nuevo su frente y se la acarició con la mejilla disfrutando de su olor. Miró a su doncella que tenía los ojos llenos de

lágrimas. —Le cuidarás, ¿verdad?

—Con mi vida, milady.

Asintió mirando a su bebé de nuevo. —No puedo pedir más. —Se acercó a ella y le entregó a su bebé. —Te estoy confiando lo que queda de mi alma, Jyll. Sé que lo harás bien.

Su doncella se echó a llorar. —Mátelos a todos, milady.

Se echó a reír volviéndose. —Haré lo que pueda, Jyll. Haré lo que pueda.

Escortada por seis soldados a cada lado entró en la sala del trono y la Reina levantó una ceja asombrada al ver su aspecto. Su majestad les hizo un gesto a sus damas para que se alejaran y cuando Britannia llegó hasta ella hizo una burda reverencia demostrando que la despreciaba. —Al parecer está enfadada, milady. Y no entiendo la razón.

—Pues si no la entiende, es que es menos inteligente de lo que creía... majestad.

Las damas jadearon del asombro y la Reina se levantó de golpe. —
¡Todos fuera!

Los soldados no sabían qué hacer mientras las damas salían

despavoridas. Todas menos la baronesa que la miró entre asombrada y preocupada antes de seguirlas y cerrar las puertas.

—¡He dicho que fuera! —Ahí los soldados salieron corriendo y el gran salón se quedó vacío como el día en que la conoció.

—No sé quién de las dos es más estúpida, Britannia. ¡Pero creo que eres tú al insultar a la Reina de Inglaterra en su propia cara!

—Es que prefiero hacerlo de frente. No como otras que van de aliadas para después apuñalarte por la espalda.

—Todo lo que hice lo hice por el bien de Inglaterra.

—Muy noble por su parte. ¿Se dice eso cuando manipula la vida de los demás a su antojo?

—¡Yo no tengo la culpa de que tu marido te disparara! ¡Ni de la pérdida de tu hija! ¡Eso estaba en manos de Dios!

—Pues la vida de mucha gente ahora está en sus manos, majestad. ¿Qué piensa hacer?

La Reina apretó los labios. —¡No sé a lo que te refieres! ¡Habla claro de una vez!

—Lo dije bien claro hace meses. Quiero a Félix y a Sharon. Entréguemelos. Yo he cumplido mi parte del trato.

La Reina Victoria bajó los escalones y sonrió con ironía. —No has

cumplido tus objetivos del todo. Sobre todo porque piensas irte. ¿Crees que soy estúpida?

—No, majestad. Ese no era el trato. Yo tenía que casarme y lo hice. Y tenía que tener un hijo y lo hice. Me hice un hueco en la alta sociedad y apoyé a mi marido en el traspaso con Sterling. Yo lo he cumplido todo.

—¿Piensas irte!

—Usted dijo que sería mi marido quien me lo impidiera, ¿recuerda? Eso quedaría en sus manos. ¡Yo nunca prometí que me quedaría!

—Cierto. —La rodeó con una sonrisa en los labios. —Muy cierto. ¿Y qué piensas hacer si no cumplo mi palabra?

La miró de reajo. —No quiera saberlo, Majestad.

—Puedo hacer que te maten ahora mismo —siseó furiosa.

—Puede hacerlo. Pero si en dos horas no estoy en Hyde Park batiéndome con Félix, sesenta barcos llegarán al puerto y el infierno se desatará en Londres. —La Reina palideció. —Es lo que tiene jugar con la Reina de los mares. Que tiene aliados de muchos países, majestad.

—¿Por qué no lo hiciste antes? ¿Por qué no me amenazaste con esto desde el principio?

—Porque era mi venganza y mi obligación. No quería que muriera mi tripulación por su deseo de ganarme. Pero ahora tengo que pensar en mi hijo y

no voy a detenerme ante nada. —Se echó a reír al ver la rabia en su rostro. —
No se puede ganar siempre, majestad. Entrégume a Félix y me iré
tranquilamente. Si no lo hace, prepárese para explicar que sesenta barcos
piratas arrasen la ciudad.

—¿Cuánto llevas preparando esto?

—Mi barco zarpó unos días después de llegar, majestad. ¿Qué cree
que fueron a hacer? Buscar a mis aliados para que si no me ponía en contacto
con ellos en nueve meses regresaran todos a mí. Y ya están aquí. A unas millas
de la costa.

—No les han visto. ¡Mi guardia se hubiera percatado de su presencia!

—Son piratas. Sabemos ocultarnos. Entrégume a Félix.

—Es mentira. Sigues sola.

Ella miró hacia la ventana sonriendo. —¿Es ya mediodía?

—¿Y que más dará la hora?

En ese momento se escucharon dos cañonazos y la Reina corrió hasta
la ventana para ver como su guardia gritaba que les atacaban. Furiosa se
volvió. —¡Está bien! ¡Te entregaré a Félix!

—Dos horas. En el puente Serpentine, majestad. Les quiero a los dos.
No se retrase porque mis hombres no son pacientes. —Se volvió caminando
hacia la puerta y la abrió antes de mirarla sobre su hombro. —Intenté ser lo

que usted quería y me manipuló una y otra vez. Ni cuando estaba enferma y embarazada tuvo consideración por mí ni mi marido. No me dejaré manipular de nuevo. Eso no va a volver a pasar. Cumpla el trato y todo irá bien.

—¡Esto lo vas a pagar! ¡Eso te lo juro!

—Se lo advertí, majestad. Y conmigo no se juega.

—Y conmigo tampoco.

—¡La palabra está para cumplirla! Si no se lo ha enseñado nadie se lo enseñaré yo.

Salió de la sala del trono y vio allí a las damas esperando. La baronesa de Dimsdale se acercó a ella de inmediato. —Milady por Dios...

Se detuvo mirándola a los ojos. —Haré lo que haga falta por salir de su yugo y si quiere hablar de Dios juro por él que mi hijo será libre. ¿Acaso usted no haría lo mismo?

La baronesa asintió. —Yo no tuve el valor de matarle.

—Pero yo sí que tengo el valor, baronesa. Eso es lo que nos diferencia. —Se alejó de ella y la guardia la rodeó para salir de palacio.

Dos horas después Britannia rodeada de sus hombres esperaban en un extremo del puente viendo como llegaba un carro de presos rodeado de

soldados. Un carruaje le seguía y pudo ver a la Reina que descendía de él. Apretó los labios cuando vio a su marido a caballo al otro lado del puente. Como no. Estaba en el lado adecuado porque jamás había estado del suyo. Se abrió la puerta de atrás del carro y Félix salió con una sonrisa irónica en la cara. El muy cerdo se echó a reír al verla y estiró la mano para ayudar a salir a Sharon vestida de plateado y negro como si fuera una Reina. Estaba claro que les habían cuidado bien.

—Se le ve muy confiado —susurró Robert a su lado.

—Niña, se nota que ha hecho ejercicio. Está más fuerte.

—Ha tenido meses para prepararse para esto, Christopher.

—Querrá matarte a toda costa —dijo su segundo al mando—. Seguro que la Reina le compensará con la libertad si te mata.

—Puede que lo intente, pero le costará conseguirlo.

—¿Cómo quieres hacerlo mi Reina? —dijo Félix riendo. Se acercó al puente y empezó a caminar por él hasta quedar en el medio.

Ella extendió la mano y Robert le entregó su espada. La espada de su padre que tenía en la empuñadura rubíes y esmeraldas. Félix se echó a reír de nuevo y se quitó la impecable chaqueta marrón que llevaba. Le hizo un gesto a Sharon que sonrió acercándose y cogió su chaqueta con cuidado. Esa zorra. La Reina le hizo un gesto a uno de sus hombres que sacó su espada acercándose a

Félix y entregándosela antes de abandonar el puente.

—Sin piedad, mi niña.

Asintió a Christopher sintiendo que su corazón se aceleraba. Llevaba esperando ese momento tanto tiempo... Caminó hacia él y no pudo evitar mirar a Coleman que muy tenso sobre su caballo la observaba sin perder detalle. Él miró a la Reina y vocalizó —Te van a prender en cuanto le mates.

Sonrió entrecerrando los ojos y miró los de su enemigo quedando a cinco pasos de él.

—Al fin nos encontramos, Britannia.

—Nos hubiéramos encontrado antes si no hubieras sido tan cobarde.

Félix rió. —¿No me digas que me estabas buscando? Si lo hubiera sabido...

—¿Qué tal tu encierro?

—Ya me ves. Me han tratado como a un rey. Pero soportar a Sharon ha sido un suplicio.

—Tranquilo, que te libero de esa bruja enseguida. Aunque seguro que coincidís en el infierno.

—¿Qué tal tu hijo?

Eso la tensó. —Al parecer estás muy bien informado.

—La información es poder.

—Y seguro que la Reina ha tenido la amabilidad de informarte para sacarme de mis casillas.

—Exacto. —Levantó su espada. —Hubiera preferido una pistola. Es más rápido.

—Sí, pero esto es más doloroso. —Le atacó con la espada y Félix se puso en guardia repeliendo su ataque. Como había dicho Robert, Félix estaba en plena forma y su brazo no tardó en resentirse por sus fuertes estocadas. Sintió que le cortaba en el muslo, pero siguió avanzando y cuando su espada cruzó de parte a parte el pecho de Félix dio un grito de guerra sin saber de dónde salían las fuerzas. Félix intentó atacarla por el costado, pero ella saltó hacia atrás antes de adelantar una pierna estirando el brazo, clavando su espada en su mejilla. Félix gritó cuando sacó la espada cayendo de rodillas y ella con la respiración agitada le rodeó. —Reza lo que sepas, cabrón. Porque te vas a encontrar con mi padre. —Levantó su espada cuando estaba a sus espaldas y Félix intentó clavarle la suya en el estómago, pero lo esquivó y saltó sobre él clavando su espada en su nuca de parte a parte. Miró a la Reina mientras el cuello de su enemigo se deslizaba por la hoja clavada en el suelo hasta caer sin vida. Cogió la espada de su padre y la sacó de su cuerpo. Sharon gritó de horror antes de correr por el parque alejándose de ella. Britannia cogió la pistola que le tendía Robert y extendió el brazo siguiendo a

aquella zorra antes de disparar dándole un tiro certero en la sien que la hizo caer al lago.

Coleman apretó los labios y ella levantó la barbilla antes de volverse dándoles la espalda para regresar con sus hombres. Entonces vio como un ejército armado bajaba por los prados rodeándolos. Sonrió volviéndose y le hizo una burlona reverencia a la Reina que sonrió satisfecha antes de subirse a su carruaje.

—¿Seguimos con el plan? —preguntó Robert divertido.

—Por supuesto.

Un soldado la apuntó con una bayoneta y se volvió para mirar a su marido burlona mientras le ponían los grilletes a la espalda al igual que a los demás. Coleman se acercó a caballo colocándose ante ella. —Preciosa, dime que sabes lo que haces.

—Por supuesto que lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Sí, sé exactamente lo que hago. —Volvió su caballo y se lanzó a galope. Britannia entrecerró los ojos observando cómo se alejaba. Ese planeaba algo.

El soldado la empujó y ella le miró sobre su hombro. —Vuelve a hacer eso y serás al primero que mate.

—Veremos cómo se te bajan los humos cuando la soga envuelva ese

fino cuello —le gritó el comandante cogiéndola del brazo y tirando de ella para que recorriera el puente. Los metieron en el carro que antes había ocupado Félix y cerraron la puerta en cuanto Robert y Christopher se sentaron en el suelo a su lado.

Miró a Christopher. —¿Cuánto queda?

—Unos diez minutos.

—Bien. Sigue contando.

Escucharon gritos fuera de un hombre dando órdenes diciendo que no se separaran del carro y minutos después empezó a andar y Christopher dijo — Unos dos minutos.

Miró a Robert a los ojos. —Preparaos. —Su amigo acercó los pies a Britannia que se giró y le quitó las botas dejando caer las llaves maestras que tenía escondidas. Todos cogieron las suyas y se quitaron los grilletes de las muñecas dejándolos caer en el suelo de madera y levantándose. Se apoyaron en las paredes y Britannia miró por la ventana de la puerta guiñándole un ojo a un soldado que iba a caballo justo detrás. El sonido de los disparos le hizo hacer una mueca cuando el soldado cayó abatido. Escuchó a alguien sobre el carruaje y el gemido del cochero mientras el caos se escuchaba a su alrededor. El coche se detuvo y sonrió al oír como la puerta se abría mostrando al viejo Matt que sonrió mostrando sus dientes llenos de tabaco de mascar. —¡Viejo te

falta otro diente!

—¡Cómo me alegro de verte, niña! ¡Cada día estás más guapa!

Se echó a reír bajando del carro y silbó a sus hombres montando sobre el primer caballo que encontró. Uno de los soldados intentó dispararle, pero Christopher le dio una patada en la cara que le dejó sin sentido. —¡Al Tempestad! —gritó subida en su montura. Se lanzaron a galope yendo hacia el punto de recogida recorriendo las calles de Londres mientras sus hombres disparaban al aire sembrando el pánico. —Escucharon un cañonazo y gritó — ¡Daos prisa! ¡No tenemos tiempo! —Pasaron ante el niño que le había robado en el teatro y le guiñó un ojo.

Cuando llegaron ante la Torre de Londres los guardias vieron asombrados como se lanzaban a las barcas ocultas tras el muro y remaban con fuerza alejándose. Escucharon otro cañonazo en la zona del puerto más cerca del centro. Vieron a lo lejos el fuego en una de las dársenas del puerto mientras se alejaban de Londres. Apretó los labios sintiendo que allí dejaba algo insustituible, pero su corazón le dolía demasiado como para pensar siquiera en perdonarle algún día. Había llegado el momento de regresar a su vida.

Sentada en su silla con los pies apoyados en la mesa de su padre movía el abrecartas entre sus dedos pensando en todo lo que le había ocurrido en un año. Su grumete entró en su camarino y levantó la vista hacia él. — Estamos llegando, capitana.

—Muy bien, Logan.

El niño sonrió radiante porque al fin se había ganado el nombre entrando en uno de los barcos Sherman para accionar los cañones. Logan había hecho detonar la primera salva que había escuchado desde palacio. Pasó a su lado y le revolvió sus rizos castaños antes de salir. Caminó hacia el timón pasando entre sus hombres y vio al vigía que silbó de nuevo. Miró hacia babor para ver tierra y sonrió porque ese día volvería a ver a Harry después de dos meses. Subió los escalones con agilidad y sonrió a Christopher que estaba al timón. Beacher se acercó a ella con el catalejo en la mano. —Hay un barco en el puerto, capitana.

Entrecerró los ojos cogiendo el catalejo. —Eso no puede ser. —Se acercó a la borda poniendo el catalejo ante el ojo derecho y apretó los labios al ver que efectivamente había una goleta amarrada en su puerto. Esa zona de la isla era suya y que hubiera un barco amarrado allí no era buena señal. No tenía bandera y sus velas estaban recogidas. En cubierta no había nadie y no reconocía el barco como uno de sus conocidos.

—¿Crees que han llegado en ese barco? —preguntó Christopher

preocupado.

—No, les dije claramente que debían ir al norte y contratar uno de los barcos Sherman que hiciera ruta a Boston. Desde allí debían comprar un barco hasta aquí. Después debían decirles que se fueran. En cuanto se enteraran de que podían quedarse la embarcación, saldrían a toda prisa. Ese barco no debía estar ahí.

—Igual han tenido problemas.

—Que se preparen los hombres. Quiero asegurar el perímetro.

—¿Atracamos?

—Sí. Puede que estén dentro del barco esperando, pero estaremos preparados para abordarlo si es necesario. Logan, mis armas.

—Sí, capitana.

Mientras se aproximaban, Logan se acercó a ella entregándole dos pistolas y una espada. Vio que él también iba armado y asintió poniendo las manos en jarras mirando el barco. Ni un solo movimiento. —No está cargado —dijo Christopher—. Al menos con mercancía.

—Sí, ya veo que su casco no está hundido. Su línea de flotación habitual está más alta. —Logan entrecerró los ojos aprendiendo mientras miraba la línea más oscura que tenía en el casco.

Se acercaron y sus hombres armados se quedaron al lado de estribor

mientras se colocaban a su lado. Ni un solo movimiento. Saltaron a la embarcación sujetándose en las sogas y Beacher fue el primero en bajar a la bodega mientras los demás se distribuían por el barco. Ella se acercó al navío que evidentemente era de carga. Beacher salió e hizo una mueca antes de decir —Vacío, capitana.

Britannia miró hacia su casa. La preciosa edificación colonial pintada de blanco parecía vacía y se tensó con fuerza. —Esto no me gusta.

—A mí tampoco. Me da la sensación de que vamos a una trampa — dijo Beacher.

—Nadie sabe que tengo esta casa aquí excepto vosotros y mi abuelo. Además, ¿dónde está Rose y Peter? Siempre que llegamos se acercan al puerto. No, esto no me gusta.

—¿Qué hacemos, capitana?

Se volvió hacia sus hombres. —¡Distribuiros y rodead la casa!

Ella sacó su espada y caminó por la pasarela saliendo la primera con Robert detrás. Caminó hacia el edificio viendo que las ventanas estaban abiertas y las cortinas de hilo se movían por la brisa. Entró en el jardín y el olor de las flores que rodeaban su casa llegó hasta ella. Miró a un lado y a otro viendo como sus hombres tomaban posiciones cuando llegó hasta ella el llanto de un bebé. Sin aliento corrió hacia la casa y abrió la puerta para ver a

su marido en el salón, que se dio la vuelta en ese momento mostrando a su pequeño. Coleman sonrió. —Hola, preciosa. El mar te sienta bien. Cada día estás más hermosa.

Ignorando a su corazón que dio un vuelco, levantó la espada poniéndose en guardia. —Dame al niño.

—Oh, no. Ahora vamos a hablar.

—¿Dónde está mi abuelo?

—En Londres. Donde deberías estar tú. —Hizo una mueca. —Se empeñaba en venir, pero no podía consentirlo. Está en su casa de Londres. No debes preocuparte por él. —Sus ojos brillaron mirándola de arriba abajo. —Puedes decirles a tus hombres que se relajen. Estamos solos. Les he dicho a todos que se fueran en cuanto llegaste para que pudiéramos conversar.

—¿Qué te propones? Si quieres al niño...

—Por supuesto que quiero al niño. Y te quiero a ti. Regresaremos a Londres y volveremos a nuestra vida. La Reina está dispuesta a pasarlo todo por alto si regresas porque se dio cuenta de que le habías mentido respecto al ataque naval. Como no has implicado a nadie más que a los tuyos en esto, está dispuesta a ser magnánima y olvidar tu rebeldía.

—¡Qué se pudra! ¡Y tú también! Ahora dame al niño.

Él suspiró y se acercó a la cuna que había cerca de la ventana para

dejar a su hijo. Se volvió y apretó los labios. —No quería amarte, preciosa. Lo he intentado. Te juro que lo he intentado con todas mis fuerzas, pero desde que apareciste en el club no sales de mi cabeza.

—¡Cuéntame otra historia que esa ya la he oído! —Se acercó con la espada en la mano y le puso la punta en el cuello, pero él no se alejó de la cuna y para colmo sonrió. Parpadeó asombrada. —¿Eres estúpido? ¡Aléjate de mi hijo!

—Vi tu dolor cuando Amber te reveló que lo sabía todo. Te sentiste traicionada y sentí rabia porque yo también sentí que te había traicionado. Ahí tenía que haberme dado cuenta de que empezabas a ser importante para mí, pero no fue hasta la boda, hasta verte preciosa vestida de blanco cuando fui consciente de que me estaba metiendo en un problema. Un problema que se iría en cuanto dieras a luz a mi hijo.

—¡Cállate! ¿Crees que me importa lo que digas? —preguntó con rabia.

—Tenía que alejarme y te hice daño de nuevo. Tenía que demostrarme que no sentía nada por ti y la única manera era haciendo que no me importabas, preciosa. Pero me importabas y mucho. Te juro que nada me ha importado más que tú en mi vida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Mientes!

—Cuando te vi enferma... Cuando me di cuenta de que podía

perderte... Nunca he sentido más miedo en mi vida, cielo —dijo desesperado y una lágrima corrió por su mejilla escuchándole—. No te dije nada de lo que estaba ocurriendo en el negocio por no asustarte, pero sabía que Jack estaba detrás de lo que estaba pasando. Bruce me lo dijo antes de morir y también me contó la razón por la que le había enviado a la muerte. Jack sabía que había robado y no le quedaba otra opción. Por eso cuando ordenó que atacaran nuestra casa me enfurecí tanto. Sabía que lo hacía para que todos mis hombres pensaran que tenía dificultades, pero que aun así seguía teniendo el control. No me imaginé que lo hiciera también para que tú y yo nos uniéramos más, sobre todo porque le había dicho que estabas muy enferma. Fui a verle y le pedí explicaciones. Entonces dudé porque Jack nunca me había mentido y dijo que él no tenía nada que ver. Por eso me asusté cuando Bert me dijo que Jack había llegado a casa. Suponía que le habías mandado llamar por lo ocurrido la noche anterior y temí que te contara lo de los otros atentados. Cuando escuché que había sido la Reina la que estaba detrás del asunto, me di cuenta de que perdías el control y no podía dejar que mataras a Jack. Nos hubieras matado a todos. No eras racional en ese momento. ¡Te disparé para detenerte porque no me escuchabas, Britannia! ¡Y bastante dolor tengo en mi interior por haber perdido a nuestra hija, como para permitirme perderos a vosotros! —gritó muy serio—. Así que mátame porque sino tú regresas a Londres conmigo.

Asustada negó con la cabeza. —No voy a volver.

Decepcionado susurró —Pues entonces tendrás que matarme, cielo. Porque no puedo vivir sin ti. Te amo más de lo que nunca he creído que se pueda amar a alguien y siento haberte fallado tanto. Pero te juro que si regresas conmigo, te demostraré cada día que te amo. Te amo, preciosa. Sé que no me crees, pero te amo por encima de todo.

Ella apretó el filo en su cuello y Coleman cerró los ojos. Angustiada apretó la empuñadura de la espada y gimió al ver que una gota de sangre recorría su cuello porque no podía hacerlo. Durante esos meses de travesía no había salido de sus pensamientos. Su alma era suya y dañarle era como arrancarse el corazón, que solo latía a su lado. Había intentado olvidarle. Regresar a su vida, pero ahora solo sobrevivía sin disfrutar de lo que antes la apasionaba. Todo su mundo había cambiado y él era el responsable. El miedo la recorrió porque sabía que era sincero. La amaba. De otra manera esas palabras jamás habrían salido de su boca. Su corazón latió en su pecho con fuerza temiendo cometer un error. Porque ese error le arrancaría su alma.

Su marido abrió los ojos viendo el dolor en su rostro y apartó la espada acercándose a ella para atraerla por la nuca atrapando sus labios. Britannia se abrazó a su cintura y sintió como él temblaba abrazándola a su cuerpo como si la necesitara. Coleman se apartó para besarla por toda la cara limpiando sus lágrimas y susurró —Te amo, te amo tanto, mi vida. He pasado tanto miedo de no volver a verte... —Besó suavemente sus labios. —Dime

que me perdonas, preciosa.

—No quiero amarte. —A Coleman se le cortó el aliento apartando sus labios para mirarla a los ojos asustado. —No quiero amarte porque cambiarás toda mi vida, porque me has hecho daño y porque no debería confiar en que no me hagas daño de nuevo. Pero mi amor por ti no tiene límites. Te amo más que a mí misma, te perdonaré siempre y renunciaré a mi vida si con eso puedo recibir tu amor, convivir contigo y ser la madre de tus hijos. Te doy mi alma y solo puedo pedirte que nunca dejes de quererme.

Él la abrazó con fuerza y susurró a su oído —Eso no pasará, mi amor. Te amaré por encima de todo hasta el día en que me muera. Jamás me alejaré de ti de nuevo.

—Ahora que sé que me amas no te lo consentiré.

Coleman se echó a reír y la cogió en brazos. —Entendido capitana.

—A babor grumete. Voy a enseñarte mi camarote.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- ViloX (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)

- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)

- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?

- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- ViloX II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.

- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor

- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)

- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca
5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. La consentida de la Reina
7. Lady Emily
8. Condenada por tu amor
9. Juramento de amor
10. Una moneda por tu corazón
11. Lady Corianne

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.